

MEXICO

SEMINARIO
SOBRE
DIGNES Y
DESARROLLO
MEXICO.

80133

1369



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

SEMINARIO SOBRE REGIONES Y DESARROLLO EN MÉXICO

Guillermo Bonfil Batalla

Ángel Bassols Batalla

Claude Bataillon

Enrique Valencia

Sergio de la Peña

...

Seminario sobre regiones y desarrollo en México



INVESTIGACIONES
SOCIALES



Primera edición: 1973

DR © 1973, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

INTRODUCCIÓN

El Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México publica en este volumen un conjunto de trabajos que abarcan temas de geografía histórica, geografía de la población, urbanización, localización de la producción y formación cultural de México, indispensables para comprender y elaborar una estrategia global de desarrollo. Aunque estos temas constituyen una unidad, el lector no dejará de observar ciertas lagunas, debidas a la imposibilidad de abarcar todas las áreas de estudio necesarias para cumplir cabalmente con lo propuesto. Los trabajos presentados fueron discutidos en un seminario sobre "Regiones y desarrollo en México" que tuvo lugar del 20 al 23 de octubre de 1969. El Instituto desea expresar su agradecimiento a los profesores e investigadores que hicieron posible la reunión.

El estudio de las variaciones geográficas de los fenómenos sociales y económicos constituye un tema bastante común hoy en día; responde a la heterogeneidad de nuestros países en donde las situaciones medias son casi inexistentes. No obstante, es útil distinguir los diferentes niveles metodológicos desde los cuales se actualiza ese enfoque.

En un primer nivel, que se podría llamar la expresión simple de una variedad de situaciones socioeconómicas, se ofrecen los elementos necesarios que permiten establecer, mediante clasificaciones a veces complejas y refinadas, los rasgos específicos de las situaciones observadas o su distribución a lo largo de ciertas escalas de desigualdades. Este nivel de conocimiento depende de las formas de investigación de ciertas disciplinas o del carácter inexplorado de algunos campos de investigación.

Claude Bataillon en "Poblamiento y población en la regionalización de México" pone de relieve la diversidad actual de la población y los desplazamientos e incrementos que la explican. A partir de un primer hecho demográfico —el crecimiento natural de la población—, señala las formas de concentración, las migraciones inter-

nas, la persistencia de un estilo de poblamiento propio de México y los contrastes entre las diversas formaciones regionales. La descripción de estas formaciones abre el paso a la investigación de las leyes que explican el proceso de desarrollo de México.

Los estudios sobre el proceso de urbanización en México están bastante adelantados, particularmente dentro del enfoque ecológico-demográfico. Se ha escogido para este libro el trabajo de Enrique Valencia, que estudia un grupo particular de ciudades: los núcleos fronterizos y los puertos del país. Estos centros, los primeros en recibir los impactos de las economías centrales, no han sido tratados con la atención que merecen en los estudios sobre urbanización, ya que generalmente se analiza el fenómeno con datos agregados a nivel nacional o suele abocarse a la observación de las grandes metrópolis.

La posición metodológica de estos estudios regionales no pretende ofrecer hipótesis que vayan más allá de la asociación de características, para dilucidar la persistencia y la estabilidad de la variedad observada; no se desprenden de ahí estrategias de desarrollo. Aunque este tipo de análisis opera con variables cuantificables y ofrece una jerarquización de las unidades ecológicas —como en el caso de los trabajos basados en los indicadores del nivel de vida—, no es factible proponer en ese marco el cambio de posición de las unidades inferiores, sin incurrir en extrapolaciones indebidas.

No obstante, en ese caso, como en todos los estudios descriptivos acerca de desigualdades regionales, se proponen objetivos que pueden alcanzarse mediante experiencias de otros niveles de conocimiento. La observación de las variedades y desigualdades es a la vez punto de partida y manera de evaluar los resultados obtenidos en un proceso de desarrollo.

En lo que se refiere a la sociología del desarrollo, ciertos autores, en su mayoría latinoamericanos —F. H. Cardoso, A. Quijano, E. Falletto, Theotonio dos Santos, A. Gunder Frank, entre otros—, a partir de un enfoque fundamentalmente histórico, tratan de dar cuenta de los procesos de desarrollo desigual. Ofrecen una explicación de la variedad de situaciones que confrontamos a partir de los principios de evolución de los sistemas dominantes. Las particularidades de las formaciones nacionales y regionales se explican por el juego dialéctico de las relaciones de dependencia. La unidad ecológica recobra su existencia real y deja de ser una desviación de situaciones abstractas, como se propone en los estudios descriptivos cuando éstos no se mantienen dentro del alcance de su posición metodológica. Pasan a ser un sujeto histórico que nace en el cruce de las exigencias

de ciertos sistemas polares localizados y de la capacidad de unidades dominadas secundarias.

Aunque se admite el carácter dialéctico de las relaciones entre las unidades dominadas y las dominantes, la observación de la asimetría que resulta lleva por lo general a enfatizar los influjos autónomos de las economías centrales y las adaptaciones subsecuentes de los núcleos periféricos. De aquí se puede concluir que los sectores dinámicos de la evolución económica en los países subdesarrollados se localizan en el seno de estas relaciones y que el sentido de la evolución sociopolítica depende de la capacidad de los grupos sociales vinculados a estos sectores para optar por una fórmula correspondiente a sus intereses. La investigación de las resistencias a un incremento de los vínculos de dependencia suele ser incompleta.

Las estrategias de desarrollo que se desprenden llevan a proponer una ruptura de las relaciones de dependencia y un cambio social radical. Se admite que esta ruptura pueda ser más o menos lenta, según la coyuntura histórica o según la intensidad de las relaciones asimétricas. En la medida en que se especifiquen las peculiaridades de la internalización de las relaciones de dependencia durante el proceso hacia cierta autonomía política y económica, se superarán las explicaciones basadas en el carácter del momento histórico apropiado —el caso del petróleo mexicano— o las que se refieren al eslabón débil de una cadena de relaciones de dominación como la rebelión de los esclavos en Haití durante las guerras napoleónicas.

Desde el punto de vista del método, es evidente que este enfoque puede dar cuenta de nuestras diversidades regionales y está en mejor posición para captar la razón de estas variaciones. Así en su trabajo intitulado: "Geografía y desarrollo histórico de México", Ángel Basols Batalla analiza los procesos que dieron lugar a la estructura geoeconómica actual a lo largo de cinco periodos de la historia del país. Presenta una población heredera de un pasado lejano y arraigado, presa de un medio físico variado y una red de relaciones internacionales desfavorables, que reformula su hábitat y lo adapta a sus necesidades crecientes según las posibilidades de su sistema sociopolítico y los medios técnicos a su alcance. Interpreta la historia de un paisaje que define al México moderno a medida que el país se desarrolla, una diversidad cada día más marcada que recobra sentido en el punto de encuentro de las influencias de que es responsable y las que se originan en las modificaciones sucesivas de las relaciones internacionales y de las formas de organización sociopolítica interna.

En los trabajos ya publicados dentro de este enfoque, el estudio de los cambios revolucionarios obtenidos recientemente se completa

a posteriori por la carencia de una observación más detenida de los fenómenos de independencia real —aunque parcial— que se traducen en rupturas revolucionarias. Si bien se sabe descubrir la necesidad de cambios radicales, se ignora cómo diagnosticar su proximidad en una situación de aparente equilibrio. Hacen falta instrumentos teóricos y metodológicos para determinar las esferas relevantes de un proceso de independencia. Se ignoran las leyes según las cuales se están actualizando e institucionalizando direcciones de desarrollo autónomo. Se desconocen las peculiaridades de las situaciones de subdesarrollo en donde toman cuerpo los esfuerzos de autodeterminación de los grupos revolucionarios. Las situaciones anómalas encuentran desprevenido al sociólogo, mientras que las situaciones aparentemente objetivas de revolución no se materializan.

Un esfuerzo para complementar este enfoque consiste en reformular el sentido de los estudios regionales para definir, además de la génesis y del campo de fuerza que condiciona el subdesarrollo y sus variantes, los principios según los cuales se enriquecen y se institucionalizan dichas variantes. Sin intención de minimizar las relaciones región-totalidad externa, se pretende precisarlas en la búsqueda de las leyes del equilibrio regional interno y de las evoluciones específicas independientes que por su relevancia definen un sistema opuesto a las totalidades externas. Por lo mismo, al llevar este enfoque a sus últimas consecuencias, se descubrirían las condiciones en las que las unidades nacionales subdesarrolladas pueden imponer el predominio de sus tendencias autónomas de desarrollo sobre las influencias desfavorables planteadas por las relaciones asimétricas de dependencia.

La pregunta que se formula es: ¿cuáles son las formas de vida que se cristalizan y cuáles son las leyes específicas de equilibrio y evolución que surgen en las situaciones estructurales de dependencia y de subdesarrollo, en respuesta y oposición a estas últimas? O, si se admite la dependencia fundamental de la región y de la nación subdesarrolladas y la impotencia de los núcleos dominantes para completar la homogeneización sociocultural, ¿cuál es la dinámica de la heterogeneidad que resulta? Se postula, pues, que más allá de las desigualdades regionales se estructuran diversidades culturales y modos de vida estables que se deben no sólo al carácter impracticable de una difusión masiva de los beneficios originados de las leyes y normas de desarrollo de las unidades dominantes, sino a barreras y vías de evolución propias definidas por los sistemas dominados.

Este conjunto de preocupaciones ha dado lugar a trabajos recientes que se limitan por lo general a proponer las bases para investigaciones

futuras. Dentro de ese marco se coloca el trabajo de Sergio de la Peña Treviño: "Interpretación e incógnitas del desarrollo regional." El autor trata de dilucidar las leyes de la diversidad del desarrollo económico regional de México. Precisa las particularidades de las fuerzas económicas que sostienen los procesos de centralización y descentralización económicas. Su análisis se basa en una interpretación del proceso de subdesarrollo durante ciertos periodos de la historia económica del país. La periodización se basa en el examen de las relaciones de producción y de las fórmulas políticas referentes a la dirección de la economía. La diversidad regional se interpreta como un momento de los procesos internos —los acontecimientos nacionales de carácter autónomo— y externos que la condicionan, y se refieren las posibles consecuencias en caso de que no se modificaran las tendencias actuales de desarrollo regional. El autor se pregunta cómo controlar esta marcha para satisfacer las aspiraciones de desarrollo. De ahí surgen las incógnitas, opciones que de todas maneras se llevarán a cabo y que cambiarán o reforzarán las tendencias observadas.

Guillermo Bonfil Batalla explora en "La regionalización cultural de México: Problemas y criterios", las posibilidades y la utilidad de dicha regionalización. Analiza las presiones nacionales tendientes a la homogeneización cultural; persisten diferencias estables que explican tanto algunas transformaciones locales como ciertas modificaciones nacionales. El estudio de la región cultural, en su opinión, trata de captar esa microdinámica nacional que define la variedad y especificidad de la sociedad mexicana y plantea serios obstáculos a la homogeneización. Después de un estudio crítico de la historia de la investigación antropológica, determina las bases metodológicas para la observación de esas regiones, nivel intermedio entre el enfoque macrosociológico y el enfoque comunal antropológico. Dar cuenta de la cultura compleja de México y de su dinámica propia exigirá ese paso.

De esa manera, si se concibe la región como el resultado de un sistema de procesos enmarcado dentro de las líneas de fuerza de diversos núcleos, será posible determinar y definir este sector que, a pesar de y tal vez debido a las influencias externas, responde a la especificidad de la unidad de observación. Desde el punto de vista del proceso de desarrollo, las regiones, los sistemas nacionales marginales, no se conciben ya como zonas residuales, sino como estructuras peculiares que se consolidan a la sombra de la impotencia de los efectos de homogeneización. Paralelamente, los países y regiones que conocen un proceso de desarrollo en el seno de una situación global

de subdesarrollo son la realización de una estructura, que responde a las exigencias externas así como a los imperativos internos de estos sistemas. Aunque las relaciones de dependencia se intensifican e internalizan, surgen procesos de franca autonomía que se traducen en normas políticas de acción o se mantienen como frentes de oposición y barreras a la homogeneización internacional.

JEAN CASIMIR.

Coordinador del Seminario

GEOGRAFÍA Y DESARROLLO HISTÓRICO DE MÉXICO

Ángel Bassols Batalla

El estudio que presentamos tiene por objeto eslabonar una serie de ideas que puedan contribuir a la aclaración del complejo problema de la influencia recíproca entre los factores de carácter natural, los demográficos y los de índole socioeconómica a lo largo de la historia de México. Intentaremos, así, mostrar la importancia real que la geografía física y la estructura de la sociedad han tenido en el proceso de transformación del país y la división interna en regiones geo-económicas. No se trata en este caso de llenar páginas enteras con cifras relativas al crecimiento de la población ni de cada una de las actividades económicas, ni tampoco de cuantificar el uso exacto que de cada uno de los recursos se ha realizado hasta hoy; por el contrario, se trata de reunir una serie de premisas para sentar —basado en un brevísimo análisis de hechos— algunas conclusiones útiles para la comprensión del papel representado por los aspectos naturales en la historia de México.

Sin embargo, insistimos, nada se podría lograr si nos limitáramos a considerar simplemente la utilización de recursos que se ha llevado a cabo antes o se practica en la actualidad, pues para nosotros el peso real de los factores naturales *no se puede calibrar per se*, sino en función del adelanto que en determinada época del desenvolvimiento nacional han alcanzado las fuerzas productivas y, por ende, la técnica y los métodos de explotación de recursos. Si no se toma como determinante la capacidad de la sociedad para enfrentarse y vencer a la naturaleza, toda explicación sobre la importancia de la geografía en la historia cae dentro del terreno de la magia prefeudal o de los prejuicios medievales (sean de carácter racial, religioso, aristocrático, mecanicista o de otra índole), lo que en lugar de aclarar el problema nos sume en la imposibilidad de entenderlo. Damos por hecho, además, que los lectores poseen una imagen correcta de los principales rasgos de carácter geomorfológico, climático, edafológico, de vegetación y fauna y de otros recursos naturales del territorio mexi-

cano, así como también de los caracteres básicos de su población y de las grandes etapas de nuestra historia, por lo que sería obvio repetir en este sucinto trabajo toda una serie de elementos que de otro modo lo harían larguísimo y aburrido. Tampoco profundizaremos en la teoría de la división económica regional ni en la descripción de cada zona o región del país, sino que remitiremos al lector a obras publicadas donde se hace una amplia exposición al respecto.

La escasez de investigaciones sobre estos temas y la evidente tergiversación de la realidad por parte de algunos autores nos obligan a basarnos muchas veces en nuestras propias ideas y enfoque del problema. Ésta en verdad no pretende ser sino una interpretación objetiva —aunque aquí bien esquemática— de esta apasionante interrelación de fenómenos, vista a través del cristal de un geógrafo economista.

I. NATURALEZA E HISTORIA

Postulados iniciales

En los últimos decenios, con el increíble desarrollo de la ciencia y la técnica —y por ende de las armas con que la sociedad cuenta para enfrentarse y dominar a la naturaleza— en los países avanzados, se han ido aclarando diversos conceptos alrededor del problema de la influencia de los factores naturales sobre la historia de la humanidad; hoy podemos contar con mayores elementos de juicio y calibrar mejor los hechos. Estamos ya bien lejos de las concepciones de determinismo “grosero” que los filósofos griegos esgrimían en la antigüedad e incluso de las afirmaciones pedantes y casi ridículas de los enciclopedistas en la época del ascenso histórico de la burguesía europea. Cada vez menos estudiantes creen en las fanfarronas ideas de que los climas predominantes en Francia hayan predispuesto el adelanto económico de ese país o que la situación de Gran Bretaña en el mapa explique el alto grado de capitalismo ahí alcanzado y que los países desérticos, montañosos o tropicales estén condenados a vivir siempre en el atraso y la miseria, debido a su clima y a los problemas que sus suelos presentan para un uso rápido y eficaz.

Por lo contrario, a partir de mediados del siglo XIX y sobre todo en el actual, coincidiendo con el auge del sistema capitalista en unas partes del globo y el surgimiento del socialista en otras, las escuelas europeas de geografía presentaron los elementos de algunas doctrinas más avanzadas. El fundador de la moderna geografía, Alejandro de

Humboldt, hizo siempre hincapié en la interrelación e interdependencia de los fenómenos como un hecho real existente y como base del análisis de cualquier aspecto natural o social; incluso elevó este principio a la categoría de fundamental en los estudios geográficos, que deben utilizar también —dice René Clozier—¹ los datos aportados por otras ciencias naturales y sociales. Ritter, al mismo tiempo, demostró la íntima relación de los hechos naturales con el devenir de la sociedad, poniendo “las ciencias naturales y la historia al servicio de la geografía”.

En resumen, la geografía se ha convertido en una disciplina cuyo método es concreto, cuyo proceso de análisis es dinámico, cuya meta es el estudio preferentemente regional y cuyas finalidades son eminentemente prácticas (o, como se dice ahora, “aplicadas”). De tal experiencia se desenvuelve hoy toda una nueva concepción de esa rama del conocimiento,² sin que ello signifique la desaparición completa de los estudios antes considerados como “puros”, que cada vez son más “impuros”, o sea que tienen menos finalidades prácticas.³ En la actualidad, el meollo de los estudios consiste en mostrar la acción del medio natural sobre el hombre y su actividad económica y al mismo tiempo la que ejerce la sociedad sobre el ambiente natural, transformándolo incesantemente.⁴

Todavía hay divergencias sustanciales entre los estudiosos en lo que se refiere al grado de importancia que se concede a cada uno de los dos grupos de factores y en la forma en que se estima que actúan unos sobre los otros, o sea, en decidir cuáles son los decisivos y cuáles resultan de menor importancia. Aun sin desearlo, permanecen en posiciones “ciegas” aquellos geógrafos que aceptan los postulados idealistas, estimando la acción del hombre sobre la naturaleza como un problema de “voluntad”, de “energía creadora” supuestamente generada por particularidades raciales o como el resultado de un clima “estimulante” frente a la acción nulificadora de otros climas “enervantes”. En realidad, están tomando el resultado de un largo proceso social como la causa de un hecho circunstancial y actual, ocultando los hechos reales. Los Huntington, los Cole, los Augelli y los Zimmerman pueden analizar correctamente desde el punto de vista técnico toda una serie de aspectos concretos,

¹ René Clozier. *Les étapes de la géographie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1949.

² Michel Philippneau. *Géographie et action*, Paris, Armand Colin, 1960.

³ L. Dudley Stamp. *Applied Geography and Our Developing World*, Londres, Penguin Books, 1964 y Londres, Faber and Faber, 1960.

⁴ Richard S. Thoman. *Geografía de la actividad económica*, Madrid, McGraw-Hill, 1966.

pero fracasan cuando pretenden explicar las causas profundas de dichos fenómenos.

Ahora bien, es hasta cierto punto inevitable que se sostengan algunas ideas deterministas, porque aparentemente la situación en el mapa, el tipo de clima y la fácil explotación de un recurso son las raíces del poderío actual de Europa, Estados Unidos o la Unión Soviética. Pero es lamentable que en México se sigan escuchando las voces de quienes sostienen estas mismas teorías, que en el caso de un país pobre como el nuestro conducen a “explicar” el subdesarrollo merced a las “difíciles condiciones físicas” de nuestra nación;⁵ se hacen oír por los jóvenes, y los sumen muchas veces en el desaliento y la apatía, ya que en realidad llevan el problema a un callejón sin salida.

Por lo contrario, nosotros, para los fines propios de este trabajo, sostenemos lo siguiente: 1. El medio geográfico es un conjunto de factores que sirve de base al desarrollo de un pueblo y el problema principal consiste en conocer cada vez más acertadamente las leyes naturales que rigen la marcha de sus distintos elementos y permiten la integración del todo. 2. Ese creciente conocimiento de las leyes naturales depende, a su vez, del desarrollo de las fuerzas productivas y de la ciencia y la técnica; por lo tanto, la capacidad del hombre para enfrentarse y vencer a la naturaleza está en función de su grado de adelanto económico y social. 3. Los elementos del ambiente físico juegan un papel importante directo e indirecto, pero variable a través de la historia, de tal manera que a cada etapa del progreso humano corresponden mejores armas en su lucha con la naturaleza. 4. De esta manera, no existen las “resistencias” e influencias estáticas del medio, sino que cada época histórica muestra cómo el hombre se adapta mejor, se enfrenta más abiertamente y transforma más a fondo a la naturaleza. 5. En consecuencia, un mismo factor natural desempeña diferentes funciones en distintas etapas del desarrollo; como todas las cosas, al principio puede ser elemento negativo y luego volverse positivo y más tarde ser de nuevo un hecho negativo: la relación historia-naturaleza es un vaivén dialéctico. 6. La importancia de los recursos es también distinta a través del tiempo y ello depende de las necesidades de la sociedad de un determinado tipo de recursos. “En los estadios bajos del proceso humano, los recursos que se buscaban y que eran indispensables —afirmamos en otra ocasión— comprendían sólo una gama limitada y relativamente fácil de obtener, ya que las necesidades eran pequeñas, el número de personas relativamente reducido y los medios de producción pobres y rudimentarios.

⁵ Notas sobre conferencia de Daniel Costo Villegas *Excelsior*, febrero 1969.

Sin embargo, el crecimiento de las fuerzas productivas fue gradual e incesante, como lo fueron el aumento de las necesidades por satisfacer y la forma de utilizar los recursos. Al mismo tiempo, cambiaron y crecieron también tanto la variedad de recursos potenciales (al conocerse mejor las reservas) como los métodos y la técnica para explotarlos. Las bases naturales no son fácilmente modificables por el hombre y éste sólo hace uso de aquellas riquezas que puede explotar y que necesita.”⁶ Varía tanto el recurso como la forma de utilizarlo: siempre es la sociedad el elemento decisivo para el desarrollo económico. 7. El uso de los recursos no está en función únicamente de las necesidades locales o regionales inmediatas, sino que en los sistemas capitalista y socialista depende cada vez más de las necesidades nacionales e internacionales, en relación con las exportaciones e importaciones de materias primas y productos elaborados. 8. Al analizar las condiciones geoeconómicas actuales de un país, es necesario observar el cambio gradual en el uso de los recursos y en la influencia ejercida por los factores naturales dentro de las diferentes etapas del desarrollo histórico. Sólo aplicando los principios antes enunciados podremos tratar de entender el proceso mediante el cual “algo ha llegado a ser lo que es”.

Eso —en una forma angustiosamente breve y como mero ensayo de un trabajo que se antoja indispensable realizar en el futuro— trataremos de hacer en las siguientes páginas, considerando el caso específico de México.

II. INTERDEPENDENCIA NATURALEZA-SOCIEDAD EN LAS GRANDES ETAPAS DEL DESARROLLO DE MÉXICO

Primera etapa

Los grupos humanos procedentes del Asia nororiental comenzaron a avanzar por Norteamérica hacia el sur después de los años 30-22 000 antes de nuestra era; lograron dejar una huella permanente hacia los años 10 000-7 000 antes de nuestra era (descubrimientos de Tepexpan y otros sitios en la cuenca de México, Jalisco y valle de Puebla) y constituyeron la semilla de las civilizaciones que con diversos grados de adelanto florecieron en el México prehispánico. Los primeros habitantes fueron indudablemente cazadores, pescadores y recolectores

⁶ Ángel Bassols Batalla. *Recursos naturales*, 2ª edición, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969.

de frutos; mientras los más arrojados llegaban hasta el centro del país, otros integrantes de esas tribus se diseminaron por la altiplanicie septentrional y por las montañas del norte y noreste y también en los parajes —entonces menos áridos que en época posterior— del noroeste, incluyendo la Baja California. En las cavernas de Mulegé y de la Sierra de Tamaulipas, por ejemplo, quedaron los impactos de estos grupos errantes de cazadores. Más tarde se crearon las “civilizaciones concheras” de pescadores en las vertientes exteriores bajacalifornianas y, a pesar de que por muchos siglos no pudieron desarrollar su economía hasta convertirla en una de tipo agrícola (por serles imposible, entre otras cosas, regar las tierras de los valles desérticos y semidesérticos), dejaron la simiente de los pueblos que más tarde imprimirían un sello especial a la colonización y la vida toda del norte de México. *

Desde entonces esas tribus, posteriormente denominadas en general “salvajes”, “chichimecas” o “indios de guerra”, continuaron llevando un tipo de vida errante o semierrante en toda la faja norteña situada más allá del centro de los actuales Estados de Sinaloa, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí y Tamaulipas, por las vastedades casi inabarcables de Norteamérica.

En oleadas sucesivas e incesantes, algunos grupos ocuparon tierras de los valles altos, donde existían aquellos recursos que su escaso desarrollo socioeconómico les permitía explotar a base de un trabajo común y de una común distribución de la riqueza. Había en el altiplano una abundante fauna de caza mayor (inicialmente mamuts y quizás búfalos y caballos salvajes), en la cual eran importantes los venados y otros mamíferos, también numerosos en las Sierras Madres. En los altos valles había también extensos bosques mixtos y de coníferas, además de arbustos de planicie y montaña y plantas útiles en medicina y alimentación; había agua suficiente en forma de lagos y algunos ríos caudalosos (que sin embargo tenían caudal variable en el curso del año), propicios para la pesca de manutención de esas colectividades poco numerosas. Es importante señalar la existencia del fenómeno del deshielo en las montañas del Popocatepetl, del Iztacoíhuatl o del Nevado de Toluca, que contribuía a proporcionar agua suficiente en las áreas vecinas. También había sal en el lecho de aquellos lagos y, por si fuera poco, abundaban la arcilla, la obsidiana y la piedra volcánica que les permitirían elaborar utensilios de caza y más tarde comenzar el desarrollo de la alfarería primitiva.

* En este trabajo no se consideran los territorios de la Colonia que pertenecieron a nuestra patria y que hoy se encuentran dentro de los Estados Unidos y Centroamérica. Además se utilizan los nombres de Estados actuales y de las zonas geoeconómicas determinadas por el autor de estas líneas.

Entonces, la etapa inicial de la explotación de riquezas por el hombre mexicano se lleva a cabo en las zonas altas, donde la organización colectivista y preesclavista con técnicas rudimentarias buscó y encontró el tipo de recursos que necesitaba y que el medio ofrecía, pródigo en un ambiente virgen. Aquí comenzó también la agricultura rudimentaria de la época neolítica; cuando se lleva a cabo la llamada “revolución urbana”, a partir del segundo milenio a. C., la agricultura alcanza mayor desarrollo no en las mesetas sino en el ambiente tropical y subtropical del oriente, el occidente, del sur y Yucatania: éste es el primer cambio geográfico importante en la localización de lo que hoy se llama núcleos o focos de desarrollo.

Al igual que en otras zonas del planeta —hemos escrito antes—, en México los movimientos migratorios de las viejas culturas y la fundación de villas y ciudades obedeció siempre a la búsqueda de aquellos recursos de agua, suelo, vegetación y fauna que les ofrecían a las tribus prehispánicas medios de subsistencia apropiados al grado de desarrollo que entonces habían alcanzado. Muchos de los recursos que no se usaron entonces han sido utilizados con posterioridad, cuando el avance de la técnica y de los requerimientos de la sociedad lo hacen indispensable... Es claro que la abundancia o escasez de los recursos influye directa o indirectamente, pero lo decisivo resulta saber cuándo y por qué se ha usado un tipo de recursos determinado... Cada etapa de la prehistoria y de la historia de nuestro país muestra que los grupos humanos han vivido allí donde su organización social y sus medios de producción *les permitían y les obligaban a residir.*⁷

Una agricultura intensiva requería abundante mano de obra y el establecimiento de poblados a orillas de los ríos de Tabasco y Veracruz, cuyas avenidas por los valles bajos permitían el florecimiento de la agricultura a base de maíz, chile, frijol y frutales del trópico. La servidumbre y la mayor división del trabajo en una sociedad que dependía cada vez más de las labores agrícolas y cada vez menos de la caza (cuyas especies abundaban en el trópico) y la recolección, trajeron como resultado el auge de las sociedades más antiguas: primero en las cuencas de los ríos Papaloapan, Tonalá-Pedregal, Coatzacoalcos y en la Chontalpa (con los Olmecas de la Venta), y también en el Pánuco de la Baja Huasteca, y más tarde en el Tajín, la tierra caliente de Michoacán, la costa de Guerrero, el occidente (Jalisco, Nayarit-sur de Sinaloa) y mucho más tarde en todas las tierras tropicales desde Tabasco a Yucatán y de Chiapas a Honduras, donde se desarrolló la gran civilización maya.

⁷ *Idem.*

Parece ser que la creciente escasez de animales de caza en la cuenca de México y en los valles cercanos contribuyó a la movilización de los grupos hacia el trópico. Y en el medio favorable de los bajos valles (como en China, Mesopotamia, Egipto y la India, aunque utilizando menos riesgo) se dieron las bases naturales para el desarrollo de las sociedades teocráticas y para el progreso inicial de la esclavitud. No quiere decir esto que se haya abandonado el altiplano, pues como lo demuestran los restos encontrados en Tlatilco, Cuicuilco y otros sitios, la cuenca de México nunca dejó de estar habitada. Incluso se advierten en esa época los primeros signos de ocupación de los valles de Oaxaca y Guerrero; pero lo importante es que las civilizaciones más avanzadas de entonces se forjaron en el ambiente tropical. Como dice Gurvich: "La verdad es que en América el más alto nivel logrado en la economía, antes de que los europeos empezaran a poblarla, no tuvo lugar en un clima *moderado*, sino en el trópico y los subtropicos: en Perú, en América del Sur, y en México."⁸ Y no sólo eso, sino que nos atrevemos a afirmar que las mayores contribuciones de los mexicanos a la cultura universal, las realizaron los hombres que antes de 1521 vivieron en Yucatán, Oaxaca, Chiapas, Tabasco y Campeche, es decir en los trópicos, sumándose más tarde a ellos los grupos del occidente, del centro de Michoacán y de los valles "subtropicales de altura" donde tenía su sede la Confederación de Anáhuac.

Las sociedades que crecieron en el trópico coincidieron en ese tiempo con otras menos desarrolladas en las montañas y planicies del norte o el centro-norte, y entre ellas hubo muchas relaciones e influencias poderosas. Pero fue merced al propio mejoramiento de los instrumentos de producción, resultado del progreso de la agricultura sedentaria y del crecimiento de las ciudades, como se explica —entre otras cosas— el auge de Teotihuacan, las culturas de Oaxaca y el llamado sureste. Incluso en el norte tienen interés las huellas de los pobladores de Casas Grandes y de los grupos migratorios que alguna vez se establecieron en La Quemada, Zacatecas, o sea en parajes donde la agricultura desempeñó también un papel destacado, ya que esos valles eran menos áridos que en la actualidad. Parece ser que —afirma De Gortari— la aclimatación del maíz en zonas altas y la extensión del cultivo del algodón contribuyeron a introducir las culturas del trópico hasta el altiplano. Este fenómeno explicaría que el proceso iniciado en La Venta, se desarrollara después (en el período clásico) *simultáneamente* en las planicies y en los montes

⁸ *El papel de los recursos naturales en el desarrollo de las fuerzas productivas*, La Habana, Publicaciones Económicas, 1964.

tropicales de las vertientes exteriores y al mismo tiempo en los valles y serranías del México interior.

La revolución urbana —agrega este autor— fue el resultado de la acumulación laboriosa de un conjunto importante de conocimientos científicos, topográficos, geológicos, astronómicos, químicos, zoológicos y botánicos, de las experiencias obtenidas en la agricultura y las artesanías, y de la destreza práctica adquirida en esos trabajos. Todo ese caudal de conocimientos fue aplicado con una eficacia creciente a la producción, aumentando enormemente su rendimiento.⁹

Las sociedades dirigidas primero por los sacerdotes y más tarde por los jefes militares van transformándose internamente merced a la mayor acumulación de riqueza; a la par, crece el poder del hombre sobre la naturaleza, de tal manera que —concluimos— el establecimiento de la cultura azteca fue consecuencia inevitable de todo el desarrollo previo en el altiplano y en las tierras tropicales. Aunque —como advertíamos— los lazos entre los pueblos del México antiguo fueron fortaleciéndose, esta interrelación no condujo a consolidar un estado que abarcara la mayor parte del territorio nacional. Sólo cuando la Confederación de Anáhuac estableció su dominio (basándose en mucho en los adelantos alcanzados por toltecas, tepanecas y mixtecas), puede hablarse del *inicio* de la amalgama verdadera de las diversas tribus para integrar, antes de la llegada de los españoles, una historia de tipo *nacional* dentro de una variedad regional, que ahora se antoja increíble por la heterogeneidad de pueblos, de lenguas y de costumbres.

Lo básico es que, habiendo comenzado la prehistoria de México en las altiplanicies y descendido después al trópico, vuelve más tarde a ascender a las zonas montañosas y a establecerse definitivamente —y por muy largo tiempo— en el altiplano, convirtiéndolo en el corazón del país. Durante la decadencia de la cultura maya se introducen ciertos tipos de metalurgia (sin alcanzar aún la fundición del hierro); esto explica también en parte la nueva preeminencia de las zonas montañosas, donde se crearon ciudades tan importantes como Tenochtitlan, Texcoco, Tlacopan, Azcapotzalco, Tlaxcala, Cholula, etcétera. El establecimiento de la capital del Estado azteca no sólo se explica por la estratégica situación que la ciudad de México-Tenochtitlan tenía en la cuenca y muy cerca del descenso al trópico, sino también por la existencia de los manantiales que la proveían de agua potable y de los lagos que ofrecían un medio de transporte más barato

⁹ Eli de Gortari. *La ciencia en la historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

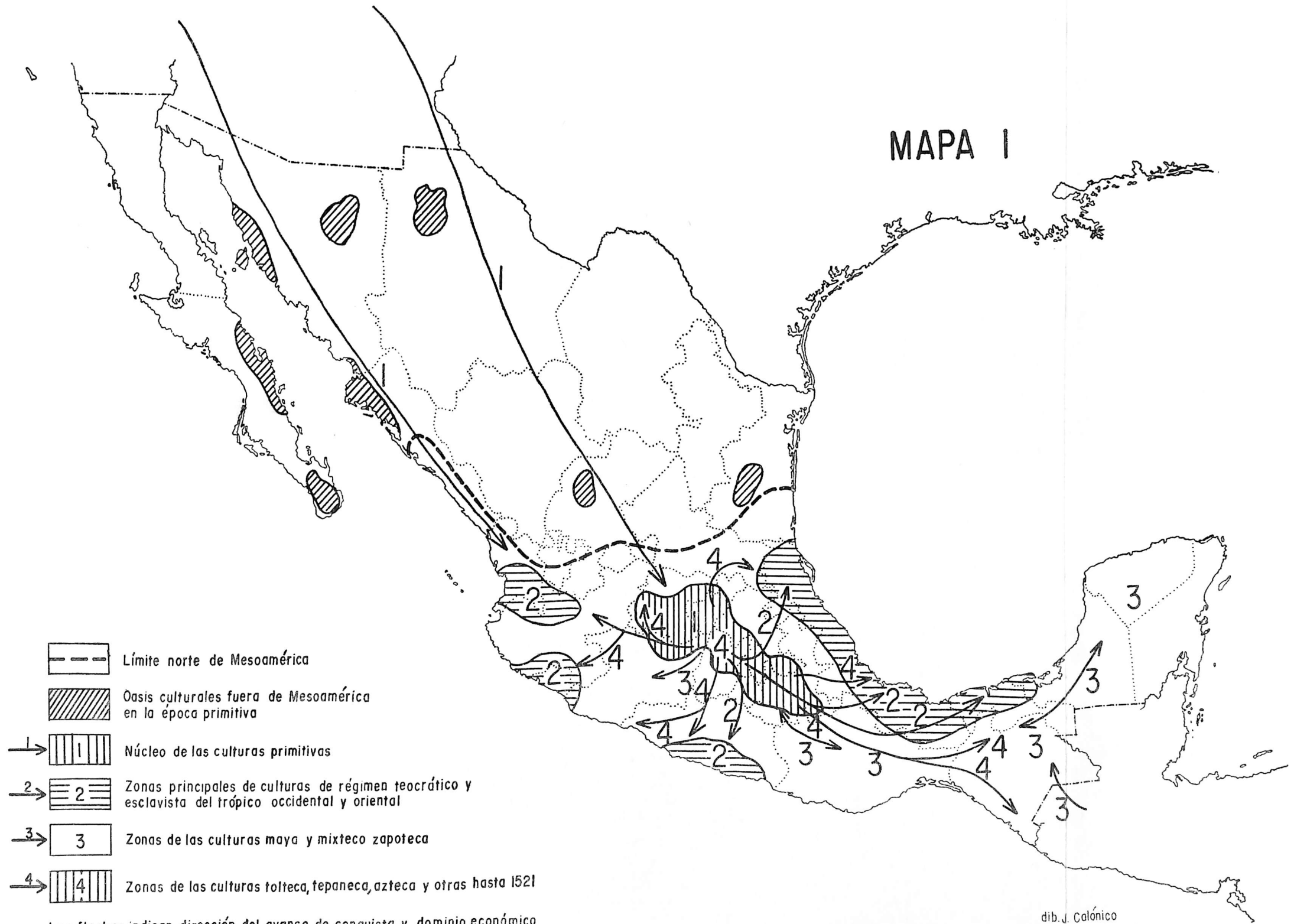
que el movimiento a base de *tamemes* (que se empleaban, a falta de ganado, para realizar el comercio con los más distantes puntos conquistados y con las tribus no sometidas). La abundancia de agua permitió un auge inusitado de la agricultura intensiva de chinampas; al mismo tiempo, la vegetación era muy variada y se utilizaba en muy diversas formas: los tianguis eran inmensos e incluían productos del trópico, especialmente el cacao utilizado para las transacciones comerciales.







El territorio dominado por la confederación llegó hasta las regiones actuales de las Huastecas, el suroeste de Campeche, el centro de Michoacán, el Bajío, la costa de Jalisco, las montañas interiores de Oaxaca; las rutas de penetración se extendían hasta el centro-norte y el Soconusco e incluso más allá. Aunque la propiedad privada de la tierra para militares y funcionarios es importante en esa organización social, es decisiva la existencia del *calpulli* con sus terrenos comunales, la división del trabajo entre campesinos libres, artesanos y comerciantes, a quienes servían también los esclavos y los “peones” agrícolas. El estado militar-teocrático explotaba principalmente los recursos del suelo y el agua, pero también utilizaba en gran escala la vegetación natural; se practicaba la pesca e incluso existían artesanos dedicados a trabajar el oro y la plata, a curtir las pieles de animales salvajes y a cuidar de las escasas especies que los aztecas pudieron domesticar.

En conclusión, a partir del establecimiento de las sociedades de agricultores sedentarios y luego con la “revolución urbana” iniciada en La Venta y continuada hasta Tenochtitlan, la zona de México donde se desarrollaron las culturas importantes es una parte de la llamada “Mesoamérica”; esto es, al sur de una línea imaginaria que arrancara de la costa de Tamaulipas central, cruzara el norte de las Huastecas y el Bajío, y fuera al centro de Sinaloa. Las huellas más importantes de la acción del hombre sobre la naturaleza se advierten en las dos zonas antes mencionadas: 1. En el trópico y 2. En el subtrópico y las tierras templadas. En el primer caso las regiones más destacadas son las siguientes: *a*) Yucatania, centro-norte y norte de Chiapas, y Tabasco; *b*) El centro y norte de Veracruz y las Huastecas; *c*) El suroeste de Jalisco, Colima y el sur de Nayarit; y *d*) Las montañas y la costa de Guerrero. En el segundo ambiente: *a*) La cuenca de México y los valles de Puebla, Tlaxcala y Toluca; *b*) Los valles de Morelos; *c*) El centro-oeste de Michoacán y *d*) Mixtecas y los valles centrales de Oaxaca; en mucho menor escala, el valle central de Chiapas.

Fuera de Mesoamérica y en el norte, algunos valles y sitios de paso

MAPA I



-  Límite norte de Mesoamérica
-  Oasis culturales fuera de Mesoamérica en la época primitiva
-  Núcleo de las culturas primitivas
-  Zonas principales de culturas de régimen teocrático y esclavista del trópico occidental y oriental
-  Zonas de las culturas maya y mixteco zapoteca
-  Zonas de las culturas tolteca, tepaneca, azteca y otras hasta 1521

Las flechas indican dirección del avance de conquista y dominio económico en cada época

dib. J. Colónico

de las tribus que emigraban hacia la “tierra prometida”, sufrieron influencias nada despreciables; *a*) El noroeste de Chihuahua y el oriente de Sonora; *b*) el centro de Zacatecas; *c*) el sur de Tamaulipas y Durango; y *d*) algunas regiones periféricas del Bajío, amén de puntos aislados en el centro y sur de la Baja California. El resto de lo que hoy es México fue menos transformado y muchas regiones ni siquiera conocieron la sociedad neolítica. De esta manera, permanecieron casi vírgenes enormes extensiones de las Sierras Madres del occidente y el oriente, vastas planicies del norte y el noroeste hasta Sinaloa, Zacatecas y San Luis central, que hasta el siglo xvi sirvieron sólo de asiento a tribus muy primitivas, al igual que lo fue el norte de la Baja California.

La causa de este “abandono histórico” de muchas regiones de la República en el periodo prehispánico, no puede ser otra que el escaso adelanto economicosocial de los grupos migratorios y de las sociedades que crearon: las dificultades que ofrece el clima tropical fueron vencidas e incluso se registró una adaptación bien avanzada a las condiciones de las tierras bajas y de los valles altos. Puesto que no se practicó la fundición del hierro, las grandes riquezas minerales de las montañas del norte no fueron explotadas. Por el contrario, las colectividades de cazadores, pescadores y recolectores —como señalamos anteriormente— usaron los recursos de las altiplanicies y costas del norte y noroeste; una vez que se desarrolló la civilización agrícola, encontraron en las planicies tropicales de Yucatán, regadas por las corrientes que bajan de la montaña, y en los bosques y tierras con cenotes el marco ideal para su más rápido avance. Introducida la agricultura a los valles altos, cuando en ellos triunfó el sistema esclavista, encontraron allí ricos suelos volcánicos, aguas de lagos, ríos y extensos bosques. Aquí —mientras en las planicies tropicales lo habían sido los ríos y lagunas costeras— las vías de comunicación fueron en parte acuáticas y principalmente terrestres a base de *tamemes*, que mantenían activas las rutas del comercio de Tenochtitlan y de todas las ciudades “vivas” que encontraron los españoles a su llegada.

Aunque la invasión europea y la Colonia significaron una total revolución económica y social en México, algunos rasgos del tipo de poblamiento y de la localización de las fuerzas productivas se conservaron durante los siglos siguientes. Entre otros muchos fenómenos podrían señalarse los siguientes: 1. La concentración de grandes masas de habitantes en la altiplanicie meridional; 2. La preeminencia de México-Tenochtitlan entre las ciudades de Mesoamérica; 3. El uso del suelo, el agua y la vegetación que se hacía en la cuenca,

en los valles cercanos y en los trópicos de Morelos, el centro-norte de Veracruz y las Huastecas, los valles de Oaxaca, el norte de Yucatania, la costa de Guerrero, el interior de Jalisco y Michoacán, la costa de Colima; 4. La escasa población del norte y el noroeste, excepto alrededor de los reales de minas que se explotaron después;¹⁰ 5. La gran mayoría de las ciudades y villas españolas crecieron sobre la base de antiguos poblados indígenas, sobre todo en el centro y el sur; 6. Muchas de las rutas del Altiplano a las costas se trazaron siguiendo los caminos de los antiguos pobladores; 7. En muchas regiones siguieron predominando los cultivos indígenas de maíz, frijol, chile, calabaza y otras legumbres que todavía hoy son la base de la alimentación; 8. También se trabajaron por los españoles numerosos yacimientos de oro y plata, conocidos y usufructuados antes por los mineros indígenas, al igual que depósitos de sal, materiales de construcción, etcétera.¹¹

De esta manera, la influencia de las culturas mesoamericanas, que fueron destrozadas por la conquista española, se continuó directamente durante siglos hasta nuestros días y en mucho puede decirse que ambas civilizaciones se fundieron para constituir una nueva, no sólo mestiza en lo racial sino también híbrida en lo económico, social, cultural y religioso.

Segunda etapa

Cuando el México antiguo se encontraba en el proceso de integración que hemos señalado y cuando se creaban ya los "imperios" que los españoles consideraron "feudales", irrumpió en 1519 un poder distinto, una cultura superior en fuerza material, que representaba la expansión del desarrollo de Europa sobre el resto del mundo.

España estaba en la etapa de transformación del viejo sistema feudal en uno nuevo de carácter capitalista y, si bien ya triunfaba el mercantilismo, numerosos caracteres feudales se conservaban; como señala Cué Cánovas, la monarquía absoluta y la aristocracia terrateniente afianzaron a principios del siglo xvi su dominio y retardaron el desarrollo burgués de la sociedad peninsular.¹² Últimamente se ha seguido debatiendo el tema de si en la Nueva España se implantó un régimen feudal o un régimen capitalista. Lo que parece claro es

¹⁰ Diego C. López Rosado. *Historia y pensamiento político de México*, tomo II, UNAM, 1968.

¹¹ Miguel Othón de Mendizábal. *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946-1947.

¹² Agustín Cue Cánovas. *Historia social y económica de México. 1521-1824*, México, Ed. Trillas, 1960.

que —como afirmamos al final de la primera parte— se yuxtaponen la vieja economía indígena primordialmente comunitaria y los elementos feudales traídos de una España en transición al capitalismo industrial, para formar una estructura colonial de claro sentido mercantilista y comercial. También es parte que a través de la minería de exportación y de los cultivos en plantaciones, se señaló un rumbo capitalista de sumisión de nuestra economía a las necesidades de España y de sus funcionarios y colonos en América.¹³ Quienes con mayor énfasis defienden la tesis del capitalismo comercial en la Colonia concuerdan con la siguiente afirmación: “La verdad es que, desde el primer momento posterior a la conquista, están presentes en nuestra economía ciertas relaciones típicamente mercantiles cuya importancia no debiera subestimarse.”¹⁴

De cualquier manera, toda la política colonial en América se redujo, en síntesis, a sacar el mayor provecho en el menor tiempo posible de las riquezas —sobre todo mineras— que se encontraran en los países conquistados. La economía española no evolucionó definitivamente hacia una de corte industrial; en América explotó tardía y deficientemente los minerales usados en la metalurgia ferrosa y no ferrosa (en especial a partir del siglo xviii) y dirigió su atención al uso de los metales y piedras preciosas, y de algunos otros que —como el azogue— eran necesarios para amalgamar la plata (procedimiento que se mejora a finales del propio siglo xviii) y de minerales de construcción. En lo que respecta a la agricultura, los europeos introdujeron en México numerosos cultivos (tanto el trigo y la cebada, como el café y la caña de azúcar, entre otros), pero limitaron su producción a las necesidades del grupo colonizador y del exiguo mercado de los “indios”. Impidieron la propagación de numerosos cultivos comerciales y plantaciones, celosos siempre del desarrollo de la Colonia y, aunque trajeron el precioso don de la ganadería mayor y menor y de la avicultura (excepto el “gallo de la tierra”), también concentraron en sus manos el beneficio de su explotación. Incluso se hace ver que en el siglo xvi la ganadería “es uno de los principales obstáculos que frenan la agricultura indígena en la meseta central por las invasiones de tierras cultivadas”.¹⁵

¹³ Jean Bazant. “Feudalismo y capitalismo en la historia de México.” En *El Trimestre Económico*, núm. 1, 1950. F. Chevalier. “La formación de los grandes latifundios en México.” En *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, núm. 1, Editorial PAI de M., 1956.

¹⁴ Alonso Aguilar M. *Dialéctica de la economía mexicana*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1968.

¹⁵ Alejandra Moreno Toscano. *Geografía económica de México (siglo XVI)*; México, El Colegio de México, 1968.

Entonces, el progreso relativo de la Colonia fue motivado directa e indirectamente por las necesidades que de algunos productos tenían la economía española y por las exigencias de los colonos. De aquí se derivó la función de numerosas ciudades y poblados mineros; la creación de caminos que iban desde las propias regiones mineras hasta la capital del virreinato y los puertos de exportación (principalmente Veracruz, Mazatlán y Acapulco); y también el crecimiento de las ciudades de México, Puebla, Guanajuato, Zacatecas, Taxco, Pachuca, Morelia, San Luis y otras, donde se derramó una parte —pequeña por cierto— de la enorme riqueza minera extraída del subsuelo nacional y donde, en consecuencia, se alcanzó también la cima del arte y la cultura coloniales.¹⁶ El auge de la minería permite explicarse los adelantos logrados en la técnica para separar los metales preciosos y al mismo tiempo la fundación del Real Colegio de Minas, que tanto admirara el barón de Humboldt.

Indirectamente, la minería y el ansia ilimitada de enriquecimiento del europeo condujeron a un cierto desarrollo de la agricultura y la ganadería en regiones cercanas a los yacimientos o densamente pobladas, donde se crearon muchos poblados al estilo español y se evitó el tipo de poblamiento disperso que antes predominaba en la explotación agrícola a base de *roza*. La influencia directa e indirecta del tipo de economía colonial permitió entonces el incremento agrícola ganadero en la cuenca de México y los valles vecinos, en el centro de Jalisco, Michoacán y Veracruz, los valles del sur de Zacatecas y San Luis y también del Bajío, los valles centrales de Oaxaca y la costa de Colima, Guerrero y Veracruz, a lo largo de los ejes de comunicación. Incluso, como bien lo señaló Humboldt en su *Ensayo político...*, el cultivo cerealista y la ganadería seminómada se extendieron por las laderas de numerosos montes en todas las comarcas centrales y del sur. Asimismo, el comercio se desarrolló debido al movimiento de mercancías hacia y desde España (esporádicamente de las Filipinas y algunos puertos sudamericanos, sobre todo en la segunda mitad del siglo xviii) y también por la necesidad de abastecer ciudades, conventos y zonas rurales.

El sistema de opresión colonial se basaba en numerosas instituciones que, además de otorgar el monopolio de la minería a los españoles, les reservaron el usufructo de las mejores tierras, pastos, bosques y aguas en toda la extensión del enorme territorio novohispano, obligando a muchas comunidades indígenas a establecerse en sitios alejados de la montaña y del bosque. López Gallo enumera algunas de las prácticas que tanta importancia tuvieron para obtener mano de

¹⁶ Fernando Benítez. *Los primeros mexicanos*, México, Editorial Era, 1961.

obra barata y despojar al indígena de muchas tierras de buen temporal o con posibilidad de riego, que tuvo su inicio tanto en el altiplano como en el istmo, Michoacán y la Vega de Mezquitlán, extendiéndose después al Bajío y puntos aislados del norte: a) Las mercedes y capitulaciones a los conquistadores; b) Los baldíos o realengos; c) La mesta ganadera; d) La encomienda de indios "ciervos"; e) Los naboríos de esclavos; f) La mita de trabajos forzados; y g) Las congregas para "enseñar la religión".¹⁷

Es justo señalar, por otra parte, que en diversas zonas indígenas se reservaron para los nativos algunos ejidos, fundos legales y tierras de cultivo, sobre la base de los antiguos *calpulli* y *altepetlalli*. Este hecho consolidó hasta cierto punto el poblamiento de algunas regiones por parte de indígenas, sobre todo en Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Yucatán.

Mucho importa, para los fines de este trabajo, hacer hincapié en la gran labor de exploración geográfica que llevaron a cabo los navegantes, capitanes, mineros, comerciantes y sacerdotes españoles que —auxiliados por la mano de obra gratuita de los naturales— penetraron hasta los más distantes confines de un inmenso imperio y abrieron a las rutas del intercambio lo que hoy son el norte, el noroeste, las montañas de las Sierras Madres, el noreste, los bosques del sur y los valles de Chiapas, Nayarit y las Huastecas. Las exploraciones de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Sebastián Vizcaíno, Fortún Ximénez, el padre Kino y tantos otros aventureros y científicos, ampliaron el horizonte de la conquista y prepararon el terreno para el futuro desarrollo de las costas del Pacífico y las vastas extensiones de la altiplanicie septentrional. No se puede decir que el movimiento de los españoles hacia el norte y el sur haya sido lento, pues para fines del siglo XVI conocían ya las montañas y praderas del interior norteamericano y las costas de Alaska y dominaban firmemente Centroamérica. Por desgracia, la débil estructura colonial de la economía no permitió conquistar cabalmente la naturaleza de nuestras regiones septentrionales y menos aún la de aquellas que se localizaban más allá del Bravo y el Colorado: ni siquiera las riquezas mineras fueron usadas en la escala necesaria para propiciar una rápida colonización agrícola o ganadera en el extremo norte.

Tampoco sería correcto afirmar que los colonizadores europeos no trataron de penetrar en las regiones tropicales de México; pero puede concluirse, al mismo tiempo, que sólo establecieron bases firmes en tierras cercanas a los ejes de comunicación, en los valles y planicies

¹⁷ Manuel López Gallo. *Economía y política en la historia de México*, México, Grijalbo, 1965.

densamente poblados por indígenas, del sur y de Yucatán. El trópico bajo fue mal conocido y peor utilizado por los peninsulares, que no pudieron vencer los obstáculos que representaban el clima, las selvas, las inundaciones y enfermedades ahí predominantes. Además, la estructura del poder colonial orientaba prácticamente la economía alrededor del trabajo minero y de la agricultura de temporal y el comercio en las zonas medias y altas del país, principalmente en la faja central entre Jalisco y Veracruz, con algunas porciones de cierto desarrollo en el centro-norte, en Oaxaca, el noroeste de Yucatán y muy contados valles del norte. Tampoco las grandes sierras fueron vencidas y, por el contrario —excepto en contados sitios por donde cruzaron los caminos de México a Veracruz, Acapulco y Oaxaca o de Guadalajara a San Blas y Manzanillo, o bien del centro-norte a las costas, por ejemplo—, siguieron constituyendo barreras formidables a las que el atraso colonial no supo ni pudo enfrentarse.

A pesar de las explotaciones llevadas a cabo por los jesuitas o franciscanos en los desiertos de la Baja California y de Sonora y no obstante las explotaciones mineras en Chihuahua y Arizona, permanecieron grandes “espacios blancos” que nunca lograron incorporarse plenamente a la economía de la Nueva España.

A partir de 1517 los españoles comenzaron una amplia labor de conocimiento de México, penetrando primero por las costas de Yucatán, Campeche y Tabasco, siguiendo después a los valles intermedios y a Puebla, hasta llegar a la capital azteca. Durante el siglo xvi¹⁸ se fundan los reales de minas en los Estados de Hidalgo, Guanajuato, México, Jalisco, Zacatecas, Guerrero, Durango y Chihuahua. Se suceden los movimientos de militares y mineros que descubrieron los yacimientos de Coahuila y Nuevo México e incluso los que fueron famosos en Oaxaca, Sinaloa, Álamos de Sonora y Chiapas. Tomando en su conjunto la época colonial, puede decirse que el trópico bajo del sur de Veracruz, Tabasco y Campeche, que alguna vez sustentara dos grandes civilizaciones, entra en completa decadencia, al igual que el interior de Yucatán, donde había florecido la cultura maya. En cambio, el centro y el occidente, reforzados por el auge de la minería en Guanajuato, Sultepec, Real del Monte, Zimapán, San Luis, Etzatlán, Tacámbaro y Zacatecas, entre otros sitios, ven cada día aumentar su desarrollo económico y su importancia histórica. Inclu-

¹⁸ *Atlas Porrúa*, México, 1966. Diego G. López Rosado. *Historia de México (perspectiva gráfica)*, México, Talleres de María Durán, 1959. Manuel Orozco y Berra. *Apuntes para la historia de la geografía en México*, México, Imprenta Díaz de León, 1881. Ángel Bassols Batalla. *Bibliografía geográfica de México*, México, Secretaría de Agricultura y Ganadería, 1955.

so algunas zonas montañosas del centro de Oaxaca, con abundante población y artesanado indígenas, conservan determinada relevancia.

La naciente industria se va concentrando también poco a poco cerca de los mercados de la capital y las ciudades del Bajío, Guadalajara, Querétaro, Puebla, Oaxaca, San Luis y Valladolid, aunque existen excepciones como la industria azucarera y parte de la tabacalera, que crecieron en las propias regiones productoras de Veracruz, Morelos, Oaxaca, Jalisco, Michoacán, etcétera.¹⁹ La industria salinera es una de la más importantes en la época colonial y destacan las salinas costeras (Tehuantepec, Campeche y Yucatán, Colima, Jalisco y Sinaloa) y las interiores del Salado potosino y de Zacatecas.

La agricultura de temporal se encontraba principalmente localizada en la misma faja central, con climas “templados” y subtropicales (entre los valles de Puebla y Guadalajara) a base de maíz, frijol, trigo, cebada y chile. En el Bajío mismo, en Morelos y Veracruz, prosperaba en el siglo XVIII la caña; el algodón en las costas y valles del centro, el sur de la Nueva España y el norte de Yucatán; el arroz no recibió el impulso necesario en aquel tiempo, pues de haber existido su cultivo en gran escala, se hubieran evitado, según Humboldt, los periodos de hambre tan frecuentes en la etapa colonial.

También comenzó el proceso de creación de regiones ganaderas en los valles centrales de Jalisco, en las llanuras de Durango y Zacatecas y en algunas comarcas orientales, el centro de Oaxaca y la región vecina a Mérida. En el poblamiento del Bajío desempeñaron un papel importante las “estancias” o poblados con tierras a su alrededor, que fueron el fundamento de las ciudades de carácter comercial, con base en artículos agrícola-ganaderos. Como señala el propio Alejandro de Humboldt, la situación de las minas de México, en alturas medias de 1 700 a 2 000 metros, facilitó su explotación y la fundación de villas y ciudades en el centro y norte del país, pues no faltaban a su alrededor campos de labor, pastos y bosques.

La propiedad latifundista de la tierra propició en la época colonial la concentración de la riqueza en ciudades determinadas, principalmente en las de México, Puebla, Guanajuato, Zacatecas, etcétera; por esta circunstancia, aunadas al desarrollo de la minería, se crearon otras industrias y, gracias a las vías de comunicación que se construyeron para ligar los centros demográficos, esos núcleos consolidaron su poderío en detrimento de las poblaciones del sur, Yucatania (excepto, hasta cierto punto, Mérida) y el norte o noroeste, fuera de muy contados reales de minas que se convirtieron en verdaderas

¹⁹ Diego G. López Rosado. *Historia y pensamiento económico de México*, tomo II, México, UNAM, 1968.

ciudades. La defectuosa distribución de la población en el territorio novohispano se hizo más acentuada con el tiempo, debido a la atracción que ejercían las regiones mineras y los grandes puertos, y también porque se incrementó la acumulación demográfica en las zonas agrícolas del altiplano (en el caso del Bajío el fenómeno ocurre después del siglo xvi), de Occidente y a lo largo de los caminos que conducen al mar. El resto de la Colonia estaba casi deshabitado, excepto —como se ha insistido— las comarcas indígenas tradicionalmente pobladas como los valles de Oaxaca y el norte de Yucatán, que destacaron en ciertos momentos de esa etapa histórica pero que se encontraban alejadas de las rutas medulares.

Como es bien sabido, la división territorial de la Nueva España fue el resultado de influencias *históricas* (áreas de poblamiento indígena como Oaxaca, Tlaxcala, Michoacán-Valladolid, o de dominio sucesivo de los españoles como las “provincias internas” del norte y el noroeste). Otras fueron de carácter natural, debido a la importancia de las grandes Sierras Madres, como divisorias entre el exterior y el interior del país, y también a causa de las selvas, pantanos y ríos tropicales y la existencia de grandes extensiones arenosas en los desiertos. El sistema colonial no pudo vencer los obstáculos que representaban esos aspectos físicos y su importancia negativa fue entonces bastante grande. Hubo también influencias *económicas* debido a determinados lazos internos y especialización productiva que se fueron creando en las regiones, sobre todo en los valles del altiplano, en el Bajío, en Jalisco-Guadalajara, Zacatecas, Durango, Colima y Veracruz. Muchas de las deficiencias de esa división territorial se conservan incluso en la actualidad y las regiones económicas realmente existentes ven estorbado su desarrollo por el absurdo trazo de los límites político-administrativos.²⁰

Al hablar de la colonización y el progreso de la Nueva España, es conveniente siempre distinguir entre las viejas regiones de alta cultura y numerosa población indígena de Mesoamérica y los nuevos territorios de las poco numerosas tribus cazadoras o de primitiva agricultura en el norte y el noroeste. En el primer caso se llevó a cabo un fuerte mestizaje y la vida se impregnó de costumbres y prácticas precoloniales; en el segundo, el mestizaje fue menos importante y en minas y ciudades las trabas de tipo feudal se aflojaron por no existir en gran escala la agricultura de temporal y el dominio completo del clero. Además, en Yucatania, Oaxaca, Guerrero, Chiapas,

²⁰ Edmundo O’Gorman. *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, Editorial Porrúa, 1966. Ángel Bassols Batalla. *La división económica regional de México*. México, UNAM, 1967.

Tabasco y las altas montañas de las sierras (excepto los reales de minas) se conservaron grupos indígenas en decadencia y aislados ahora del relativo progreso alcanzado en la faja central y algunos puntos del oriente y el centro-norte. Se crearon así las bases de los "tres Méxicos" y tres tipos de mexicanos que aún pueden distinguirse en nuestros días: 1. El "típico" agricultor de temporal y poblador urbano mestizo, en los valles y mesetas del centro-occidente y del centro-sur; 2. El habitante de las zonas desde el noroeste al noreste, que después se forjó en "hombre libre" de las vastas praderas y semidesiertos; 3. El poblador del sur montañoso; de las Huastecas, las sierras de Nayarit y los bosques del istmo y de Yucatania, de fuerte predominio indígena. Más tarde se estructuró en las regiones bajas tropicales, entonces abandonadas y remotas (excepto el centro de Veracruz, Morelos, Colima, valles bajos del centro y puntos aislados de la tierra caliente), un cuarto tipo de mexicano: el mestizo que hoy puebla el interior de Veracruz y Tabasco, el norte de Nayarit y las costas tropicales desde Sinaloa hasta Chiapas, que resume la mezcla de sangre indígena, negra y española, en las ciudades colonizadas.

Además de los puntos antes mencionados, la época colonial se destacó por el mayor dominio sobre la ruda naturaleza de algunos puntos del norte, merced tanto a la explotación de los recursos minerales (incluyendo en escala reducida el hierro y el cobre), como al uso creciente de los pastos para una ganadería extensiva (insuficiente siempre) que abarcó desde Durango hasta Texas. El trópico no fue incorporado sino en pequeñas regiones y el altiplano, los valles y montañas de la faja central reafirmaron su fuerza rectora de los destinos de la patria en formación.

Es verdad que se trazaron importantes rutas a Guatemala, Veracruz, Acapulco e incluso hasta Santa Fe del Nuevo México, y otras que unían al noroeste con Guadalajara, a Tampico con el centro norte del país, a las ciudades del Bajío entre sí, etcétera.²¹ Esos caminos desarrollaron el comercio interno, hicieron crecer los centros urbanos y aceleraron la integración regional. Pero no debe olvidarse que amplísimas regiones del sur y del norte, de las montañas del noroeste y la Baja California, lo mismo que de los bosques de Yucatania y las altas cordilleras, permanecieron prácticamente aislados de la vida económica y del intercambio mercantil que predominó en las regiones rectoras de la Nueva España.

²¹ Diego G. López Rosado. *Problemas económicos de México*, México, UNAM, 1966. Ángel Bassols Batalla. *Geografía económica de México*, México, Trillas, 1970.

Tercera etapa

Las contradicciones internas entre criollos y españoles por la posesión de la riqueza y la situación de extrema explotación de las masas populares, así como el debilitamiento de España y las invasiones que sufrió a principios del xix, conducen a la revolución de 1810-21, que fue —según palabras del doctor Mora— “tan necesaria para la consecución de la independencia, como perniciosa y destructora del país”.²² Todo decayó: la minería, el comercio, la agricultura, y fueron destruidas muchas ciudades, sobre todo en el Bajío, Jalisco, Michoacán, Guerrero y Morelos; pero grandes ciudades como México y Puebla sufrieron pocos daños.

La estructura colonial se derrumbó con la independencia política y también se debilitó la dependencia económica con respecto a España, por lo que numerosos peninsulares huyeron o “perdieron sus capitales, contribuyendo ambos hechos a modificar la estructura de clases y afirmar el poder de los criollos”.²³ Se conservó durante algún tiempo el poder de la iglesia (que según Mora controlaba hasta el 90% de las fincas urbanas y muchas rurales) y del ejército, pero en los siguientes decenios la burguesía mexicana comenzó lentamente a adquirir más tierra, a fundar industrias y a hacer renacer en algunos momentos la minería, que ahora no contaba con el mercado seguro de la metrópoli. El proceso fue difícil, no sólo por la situación caótica que reinó en muchas partes del país hasta bien entrado el siglo xix, sino también por la penetración del capital extranjero (principalmente inglés, francés, alemán y más tarde norteamericano) en el comercio y la industria.

A pesar de todo se produce durante la primera mitad del siglo pasado cierto desarrollo económico y social, del cual dan fe los escritores más destacados de entonces, entre ellos Lucas Alamán, Miguel Lerdo de Tejada, Mariano Otero y Quiroz y geógrafos destacados como Orozco y Berra y Antonio García Cubas. Varios de ellos señalan los graves problemas a que se enfrenta el país en su lucha con la naturaleza. Por ejemplo, Alamán señala la desvinculación existente entre el México de las costas y el del altiplano y el abandono en que se encontraba el trópico; pero al referirse a este último afirma con evidente falsedad que las dificultades naturales que ofrece son “casi insuperables”. Es más profundo el doctor Mora, porque atribuye el atraso principalmente a las condiciones históricas, señalando

²² José María Luis Mora. *México y sus revoluciones*, París, Librería de la Rosa, 1836.

²³ Alonso Aguilar M. Ob. cit.

la dilapidación de recursos en la época colonial, la existencia de enfermedades no controladas en el trópico, el poder del clero y el diezmo, las sangrientas luchas intestinas, los tributos y en general los efectos de la estructura económica colonial, como verdaderos determinantes. Mora exageró incluso el volumen de algunas riquezas naturales de México, pero al mismo tiempo observó —con Humboldt— la evidente bondad del altiplano y los valles montañosos intermedios, que en aquella etapa ofrecían las mejores posibilidades para el desarrollo; el sabio alemán también anticipó el gran progreso que el trópico bajo podría alcanzar, pues “puede producir todo aquello que los europeos van a buscar en el resto del globo...” Insistió en la necesidad de poblar Texas y hacía hincapié en la riqueza minera del norte y del extremo norte que “se puede decir todavía virgen e intacta”. Como todo gran pensador Mora y Humboldt anticiparon ideas que sólo se harían realidad en un distante futuro.

Al retardo en el desarrollo contribuyeron en no poca medida los numerosos motines, asonadas, invasiones y desórdenes de todo tipo que sufrió la nación, siendo los más graves la pérdida de la mitad del territorio en 1848 y de otra región en 1853, así como la instauración del “imperio” de Maximiliano en 1862-67 y la guerra que trajo consigo. No obstante, la vida del país hasta el porfirismo siguió adelante, sin cambiar básicamente las pautas geográficas existentes a finales de la colonia, pues la incipiente industria textil, alimenticia, del papel, tabacalera y de otros tipos se instaló en la misma faja central del país (algunos establecimientos se fundaron en el centro-norte, hasta Durango), en la región central de Veracruz y en Monterrey. La industria azucarera, por su parte, avanzó además en algunos recodos del trópico de Veracruz, Guerrero, Yucatán, Tabasco y el occidente.²⁴ De gran importancia era en aquella época la producción algodonera, entonces desarrollada en sitios tropicales de Veracruz y Guerrero y en las primeras tierras con agua de riego en la Comarca Lagunera, Chihuahua y Coahuila.

Durante el porfirismo, otros productos como el pulque, la madera y el henequén permitían ya la creación de grandes riquezas.²⁵

La minería siguió constituyendo el más importante sector de la economía nacional durante la segunda mitad del xix, aunque sufriendo constantes crisis y problemas para su exportación. Los reales de minas del centro del país se contaban todavía entre los más importantes (Guanajuato, Hidalgo, México, Michoacán y Jalisco) y tam-

²⁴ Diego G. López Rosado. *Historia y pensamiento económico de México*, tomo II, México, UNAM, 1968.

²⁵ Manuel López Gallo. Ob. cit.

bién algunos de los viejos yacimientos del norte y el noroeste, entre ellos el de San Luis Potosí, Zacatecas y Chihuahua, Durango y Sinaloa, incorporándose algunos nuevos en la Baja California o Tamaulipas. Progresivamente se advierte un uso mayor de los minerales de hierro, carbón de piedra, cobre y otros metales industriales, pero predominan las explotaciones de plata y oro, muchas de las cuales se encontraban en manos de europeos.

Quizás los acontecimientos más importantes en la transformación económica del siglo XIX antes del porfirismo fueron la expedición y realización en la práctica de la ley sobre desamortización (1856) y de las llamadas Leyes de Reforma (1859 y 1873), pues las propiedades de la iglesia en el campo y las ciudades pasaron a manos de individuos particulares, con lo que el poder eclesiástico se debilitó enormemente. Más tarde la tierra se acaparó en las haciendas, que servirían como una de las bases del ulterior desarrollo capitalista. La ley de 1856 despejó el camino para una nueva etapa en las relaciones productivas en el campo mexicano y, de paso, lesionó gravemente las propiedades comunales que poseían los indígenas; estas herencias precoloniales retardaban el desarrollo del capitalismo, el cual prosperó lenta y débilmente durante muchos años después de aprobada la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma.

El caos vuelve a reinar con la Guerra de Tres Años y la economía está en completa bancarrota: aparentemente el camino se encuentra abierto para la invasión francesa, que no es sino un intento de dominio económico y de saqueo de recursos en la nueva época de expansión del capitalismo europeo. El "imperio" fue efímero, pero pueden mencionarse dos sucesos importantes de ese periodo: la publicación de numerosos estudios sobre las riquezas de México y los intentos de una nueva división "económico-administrativa" sobre la base del mapa de Manuel Orozco y Berra, quien por decenas de años se anticipó al estudio que hoy se hace de "regiones económicas" para el desarrollo.²⁶ Después del triunfo del pueblo mexicano acaudillado por Juárez y hasta 1882, se otorgan una serie de concesiones para colonizar la Baja California, Sinaloa y otras comarcas con inmigrantes extranjeros, pero dichos planes afortunadamente no trajeron resultados apreciables porque los colonos mueren o regresan a su patria, sin poder vencer al medio natural: quizás el ejemplo más importante fue la suerte de Owen y su grupo de Topolobampo.²⁷

²⁶ Ángel Bassols Batalla. "Importancia de la Carta de división económica administrativa de Manuel Orozco y Berra." En *Temas y figuras de la intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963.

²⁷ Mario Gill. *La conquista del Valle del Fuerte*, México, Impresora Técnica Moderna, 1967.

Pero habiendo cesado la guerra, también en esa etapa se empieza a poner cierto orden en el caos y se prepara el terreno para los adelantos productivos que traería consigo el porfiriato. Un indicio concreto es la inauguración del primer ferrocarril a Veracruz en 1873 por el presidente Lerdo de Tejada.

Cuarta etapa

Durante la época de paz, México reorganiza su economía y al mismo tiempo que continúa su progreso material, se sume de lleno en una nueva y mayor dependencia con respecto al extranjero, tan funesta o más que la sufrida en el periodo colonial.

En el aspecto agrícola se impulsa el sistema de las haciendas y en general de los latifundios, que adquieren proporciones monstruosas tanto en las regiones de agricultura temporalera como en las zonas de ganadería entre el noreste y el noroeste. Las compañías deslindadoras se apropian de inmensas extensiones; se otorgan arrendamientos para explotación de bosques, guano, etcétera; se ofrecen terrenos para colonización por parte de extranjeros (que gozan de mayores facilidades que en el pasado), y muchos norteamericanos crean latifundios gigantescos en Chihuahua, Sonora, Baja California o Tamaulipas. Este fenómeno, además de representar un peligro para la unidad nacional, exageró el uso irracional de recursos y la salida de ganancias al extranjero. Al mismo tiempo, los hacendados nacionales perpetúan la aplicación de métodos de servidumbre; una minoría, no superior al 2-3% de los propietarios de tierras, amasa grandes fortunas.

A esa tremenda concentración de la propiedad rural debe agregarse la fuerte inversión extranjera (tanto norteamericana como europea), que absorbe totalmente la gran minería mexicana y, para no citar sino otro elemento importante, las generosas subvenciones otorgadas también a compañías extranjeras para estimular la construcción de ferrocarriles y que iban acompañadas de increíbles concesiones en materia de recursos (por ejemplo, la entrega de una faja de 70 metros de ancho a todo lo largo de la vía y el uso gratuito de materiales de construcción, yacimientos mineros cercanos, etcétera).²⁸

No tocaremos muchos aspectos interesantes del porfirismo y señalaremos solamente algunos otros que nos parecen del mayor interés en la geografía histórica de este periodo. "La etapa del porfirismo —escribimos— significó un trascendental paso adelante en la evolu-

²⁸ Manuel López Gallo. Ob. cit.

ción económica y por lo tanto en la escala de utilización de los recursos naturales, cuyos métodos de explotación cambiaron también notablemente... Crecieron las ciudades y con ello también la demanda de productos ganaderos y agrícolas, trayendo un mayor uso relativo de los pastos del norte y de los suelos de la agricultura temporalera; se creó la zona de los cereales en que tanto hincapié hizo Molina Enríquez... La creciente exportación de mercancías a los Estados Unidos obligó a la apertura de tierras nuevas en las zonas de riego que comenzaron a multiplicarse en Sinaloa, Coahuila y Tamaulipas... Fue también desde fines del siglo XIX cuando se comenzó la gran explotación minera del cobre, plomo, zinc, carbón de piedra, petróleo o hierro: es decir se cambió radicalmente el antiguo carácter de la minería y el tipo de recursos de mayor uso... En el México de los grandes latifundios y de las compañías extranjeras comienza a crearse el capitalismo en mayor escala.”²⁹

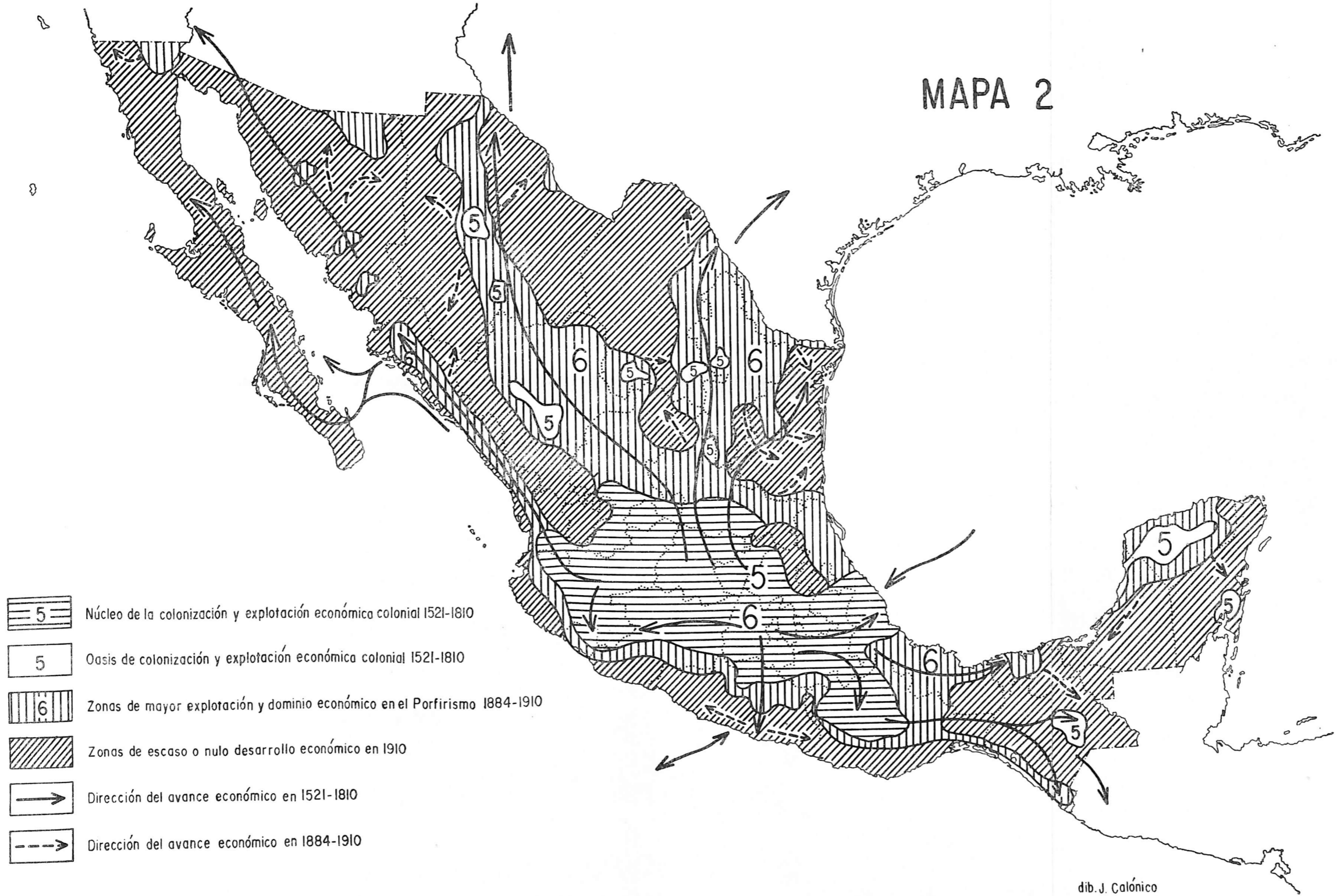
Entre los fenómenos más importantes para los fines de este ensayo, mencionaremos los siguientes:

1. La minería, como decíamos, recibió un impulso poderoso, pero el beneficio real no fue para México sino para los intereses extranjeros que se apoderaron de ella. En la formación de regiones, sin embargo, el desarrollo minero tuvo enorme influencia porque: a) Extendió el dominio del hombre a numerosos reales y yacimientos, no sólo situados a lo largo de las vías férreas (que fueron construidas precisamente para movilizar los productos mineros) que unieron Parral, Charcas, Chihuahua, Cananea, Matehuala, etcétera, sino también en el interior de la Sierra Madre Occidental en Topia, Batopilas y otros fundos que sacaban su producción por caminos rudimentarios al ferrocarril; b) Permitió el crecimiento de ciudades y poblados mineros en el norte y noroeste, lo que consolidó el dominio de esos territorios, aunque muchas poblaciones decayeron después y fueron abandonadas; c) Imprimió un carácter netamente capitalista y dependiente en la economía, subsidiaria en alto grado de las necesidades exteriores, principalmente de Estados Unidos; d) El desarrollo de la minería en el norte y el agotamiento de vetas en Guanajuato, Real del Monte, Taxco y otras regiones antiguas, significó un verdadero cambio geográfico en el uso y en el tipo de recursos para exportación; e) Impulsó en cierta medida las investigaciones geológicas y cartográficas, aunque muchos datos nunca se dieron a la publicidad por las compañías extranjeras.

La industria petrolera aprovechó los recursos del trópico en Vera-

²⁹ Angel Bassols Batalla. *Recursos naturales*, 2ª edición, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969.

MAPA 2



cruz y comenzó el contradictorio progreso de los puertos y regiones petroleras en las Huastecas y el istmo. Las primeras grandes industrias de transformación se fundaron en aisladas regiones: Monterrey, el Distrito Federal, Orizaba, Puebla, Guadalajara, es decir, donde existía el mercado inmediato o donde la situación en el mapa resultaba más propicia. Desde entonces arranca el grave problema de la concentración industrial en pocas regiones, que en lugar de solucionarse creció más tarde.

2. El crecimiento de la población en general y de las ciudades en particular, condujo a un cierto desarrollo de la agricultura de temporal y riego en la “zona fundamental de los cereales”, abarcando principalmente el Bajío, los valles del altiplano y de Jalisco central y Michoacán, donde como consecuencia se siguió concentrando la mayor parte de los habitantes, se construyeron muchas líneas ferroviarias y se afianzó el dominio político centralizado por la dictadura. La hacienda —han explicado Bazant y otros investigadores— era una empresa predominantemente capitalista y por lo tanto enviaba sus excedentes a los mercados: ello no quiere decir que utilizara correctamente los recursos, ni mucho menos que hiciera justicia al peón. También los ranchos desempeñaban importante papel en la producción de mercancías. Molina Enríquez exageró obviamente la importancia de la “zona fundamental de los cereales” y menospreció las posibilidades de desarrollo del norte y sobre todo del trópico, pues afirmó que “lejos de la misma zona, ni aun con excepcionales elementos de producción agrícola tropical, minera e industrial, la población puede crecer”: el tiempo se encargaría de probar su equivocación.³⁰

En la “zona fundamental” se producía maíz, trigo, frijol, chile, cebada, en tanto que existían importantes regiones aisladas de arroz en Veracruz, Michoacán, Morelos y otros sitios. El algodón continuó cultivándose primero en Veracruz y otros valles tropicales y después se introdujo en las primeras zonas de riego del norte y el noreste. La caña de azúcar se localizaba ya en el trópico bajo o medio, entre Veracruz y Chiapas, y de ella se derivaba una de las principales industrias de aquel tiempo. Igualmente, el café se extendió de Veracruz hasta Chiapas y Oaxaca y llegó a cultivarse bastante incluso en Sinaloa. Tanto al café como al tabaco (producido en Veracruz, Tabasco y el sur, más tarde en Nayarit) afectaban ya las fluctuaciones de precios en el mercado internacional.³¹

³⁰ Andrés Molina Enríquez. *Los grandes problemas nacionales*, México, Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964.

³¹ Daniel Cosío Villegas y otros. *Estadísticas económicas del porfiriato e Historia moderna de México*, México, El Colegio de México, 1955-1959.

La agricultura de riego comenzó a desarrollarse en gran escala (hasta alcanzar tal vez 700 mil hectáreas) y ese fenómeno tuvo importante efecto regional en La Laguna, el bajo Río Bravo, el Valle de Mexicali, Ciénagas de Chapala y Morelos. Significó el comienzo de la agricultura moderna con fines entonces casi totalmente de exportación y también una fase decisiva en el dominio de los recursos agua y suelo en el norte y el noroeste. Las plantaciones comerciales abrieron también ciertas regiones del trópico a la agricultura durante el porfirismo y la escala fue también inusitada hasta entonces. Con más fuerza que antes, se explotan los bosques de Tabasco y Guerrero y las selvas de Yucatania, lo mismo que las superficies boscosas, templadas del centro, de Durango y de Jalisco, lo que provocó al mismo tiempo una más rápida erosión de los suelos.

Muy importante fue, sobre todo al final del periodo considerado, el desarrollo que recibió la ganadería de exportación, que mejora en calidad y técnica: también aquí se demuestra un mayor dominio sobre la áspera naturaleza de la faja norteña de buenos pastos y se van forjando las regiones especializadas en bovino, lanar y caprino. Es evidente que el aumento de población ofrecía importante mercado interno para los productos ganaderos y así aparecen las primeras granjas lecheras en la cuenca de México, en el Bajío y en los valles de Michoacán, Jalisco o Puebla. La cría de ovejas se extendió primero en las montañas de Oaxaca y Guerrero, pero más tarde se llevó al norte y al altiplano, cerca de los mercados.

3. El llamado porfiriato fue "la era de los ferrocarriles" en México, pues la red alcanzó más de 20 mil kilómetros de vía en 1910 y comunicó las principales ciudades del centro, los puertos de Veracruz y Tampico y Manzanillo y ligó los centros mineros del norte con la frontera, para facilitar el envío al vecino país de una gran variedad de productos (incluyendo varios del trópico). Los ferrocarriles, pues, no sirvieron primordialmente para un desarrollo sano de la República, sino para las necesidades del mercado estadounidense; comunicaron muchas veces áreas desérticas que no ofrecen posibilidades inmediatas de progreso y dejaron sin unir multitud de regiones densamente pobladas y de gran potencial económico. Es cierto que algunas líneas simplemente no se habían terminado al estallar la Revolución, pero puede afirmarse que el "capitalismo del subdesarrollo" no pudo ni quiso vencer los obstáculos que presentaban las Sierras Madres, las montañas del sur, las selvas de Yucatania y Tabasco. De esta manera quedaron sin ferrocarriles no sólo la Baja California y el interior de Chiapas, sino también las costas (de Jalisco a Oaxaca) y muchas de las regiones indígenas. No se enlazaron las penínsulas

con el resto del país ni la altiplanicie septentrional con la costa del Pacífico. Los inversionistas extranjeros nunca se propusieron unir y desarrollar las diversas regiones de México, sino únicamente facilitar la exportación de materias primas al exterior. La “revolución de los ferrocarriles” fue en nuestro caso incompleta y torcida, como corresponde a una nación que no estaba llevando a cabo su verdadera transformación industrial.

Sin embargo, las vías férreas impulsaron el comercio interno, favorecieron la concentración urbana, la acumulación de la naciente industria en pocas regiones, el aumento en el valor de las tierras aledañas y la importancia de las ciudades fronterizas por donde se exportaban los productos, principalmente Ciudad Juárez, Nuevo Laredo, Matamoros y Piedras Negras.

La explotación desmedida del pueblo mexicano por los latifundistas nacionales y extranjeros, permitió que para 1910 se alcanzase un relativo progreso material capitalista que ensanchó el uso irracional de los recursos y fundió algunas nuevas regiones del trópico y el desierto en el haz histórico de la nación. Pero no hubo *desarrollo*—como dice acertadamente Silva Herzog—, ni justicia, ni libertad, ni oportunidad para las clases sociales que emergían: la Revolución era inevitable.³²

Quinta etapa

Lejos de nuestro ánimo está el referirnos detalladamente al proceso que después de la fase armada de la Revolución se ha llevado a cabo en México. No pretendemos caracterizar ni demostrar que esté vivo o que ya haya muerto ese movimiento social; ni nos interesan los hechos sucedidos en cada gobierno ni la presentación de abundantes datos estadísticos. Trataremos sólo algunos de los resultados reales que a partir de 1925 se han registrado en el país y exclusivamente en lo que concierne al uso de los recursos, la relación de los factores geográficos en el avance del país y los cambios en la integración regional.

Una verdad parece indudable: el desarrollo capitalista de México no comienza después de 1925, sino que en realidad muchos elementos de ese régimen social aparecen desde el siglo xvi y se van afianzando durante todo el periodo colonial; otros maduran después de la Independencia y otros más destacan nítidamente en la época porfirista. De esta manera, los efectos económicos y sociales del proceso iniciado

³² Jesús Silva Herzog. *El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1967.

en 1910 han servido para *ensanchar* el capitalismo y robustecer el mercado interno, incrementar el poder de las fuerzas productivas e ir integrando cada vez en mayor medida la unidad de la República. Esas influencias han luchado contra —y en buena parte las han destruido— las herencias feudales que se mantenían vivas desde la Colonia, pero incluso hoy pueden observarse diversos rasgos prehispánicos en la propiedad de la tierra y en otros aspectos materiales y culturales de las regiones indígenas del sur de Yucatán, las montañas del centro y aislados parajes del norte, del oriente y del noroeste.

Hasta hoy no se han superado los fuertes atrasos en la agricultura de temporal de las zonas pobres ni se han satisfecho —sobre todo en el campo— las necesidades primordiales de todos los obreros y los campesinos. La población ha crecido hasta alcanzar no menos de 48.5 millones de personas en 1970 (o sea superior en más de 300% a la de 1910) y todo indica que aumentará en gran escala durante muchos años, para sumar cuando menos 90 millones a fines del siglo xx. Esta población se encuentra concentrada en más de un 50% en la faja central;³³ sigue en marcha el proceso de urbanización y al mismo tiempo diversos tipos de colonización espontánea y “dirigida” en distritos de riego y en algunas zonas comunicadas del trópico. Existe la llamada “explosión demográfica”, pero el fenómeno de una posible “sobrepoblación” está lejano; por el contrario, el creciente dominio sobre la naturaleza exigirá disponer en el futuro de más abundante mano de obra. Las llamadas clases medias son hoy más numerosas que en 1910, pero una minoría enriquecida aprovecha en buena medida las riquezas de la nación y no tiene al mismo tiempo el empuje necesario para hacer salir al país del subdesarrollo como carácter económico dominante, ni tampoco puede planificar con estilo moderno el progreso alcanzado.

Seguimos siendo un país productor principalmente de materias primas (ya sean minerales, agrícolas o ganaderas) que se venden a precios bajos y fluctuantes en el mercado internacional; continuamos dependiendo de pocos mercados, principalmente de la demanda de la Estados Unidos. No contamos todavía con una industria manufacturera que pueda competir en el exterior con las mercancías de países avanzados y casi el 50% de la población activa se dedica a las actividades primarias: el capitalismo avanza en nuestro medio, pero es primordialmente un capitalismo comercial dominado en diversas ramas por las inversiones del exterior.³⁴

³³ Jorge L. Tamayo. *Geografía general de México*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, 1962.

³⁴ Fernando Carmona y Alonso Aguilar M. *México: riqueza-miseria*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1968.

Sin embargo, a partir de 1925 se han llevado a cabo importantes transformaciones en la economía y en otros aspectos de la vida del país, lo que nos conduce a recapitular dichos avances, tomando exclusivamente de ellos lo que sirva a los fines concretos de este ensayo.

La lucha armada destruyó al país y para 1921 numerosas vías férreas habían quedado destruidas, los campos arrasados y las industrias paralizadas. Hubo que empezar de nuevo para rehacer la economía sobre nuevas bases, pero el proceso fue lento en todos sentidos, tanto en la reforma agraria (que no ha concluido todavía) como en el impulso industrial, la construcción de nuevos ferrocarriles que el país necesitaba y, en fin, en la modernización de la vida mexicana. Hubo etapas de mayores transformaciones sociales y otros momentos de estancamiento o retroceso; pero las ramas económicas han cambiado sus caracteres y sólo analizándolas se pueden comprender las condiciones actuales.

1. La vieja hacienda fue destruida y en su lugar la agricultura de temporal y riego se basa en la propiedad privada (no siempre pequeña, porque subsisten grandes latifundios en el norte y el noroeste) y en los ejidos, producto de la reforma agraria pero débiles en general para hacer un uso adecuado de los recursos de suelo, agua, pastos y bosques. Se cosechan ya unos 15 millones de hectáreas (de ellos 80% son de temporal) y al mismo tiempo aumentan sustancialmente los rendimientos por hectárea, principalmente en plantaciones y cultivos bajo riego. El país es ya prácticamente autosuficiente en materia de alimentos y exporta excedentes importantes de trigo, maíz, legumbres, frutas, azúcar, etcétera. A este respecto nos interesa resumir algunas influencias de ese proceso de desarrollo agrícola:

a) La *reforma agraria*, aunque incompleta, entregó unos 75 millones de hectáreas a cerca de 3 millones de campesinos (más de la mitad son tierras de bosques y pastos) y con ello ensanchó el mercado interno rural en las viejas zonas maiceras del centro e incorporó a la economía de mercado algunas regiones agrícolas del trópico y los distritos de riego entre Baja California y Tamaulipas.

b) Esta apertura de las *comarcas de riego* (que también favorece en menor escala a diversas áreas centrales) es uno de los capítulos más importantes en la lucha de la sociedad mexicana por imponerse al medio físico; esto se demuestra, entre otras cosas, por el hecho de que tres millones de hectáreas con riego proporcionaban un muy alto porcentaje del trigo, algodón, tomate, caña de azúcar, sorgo, etcétera, que se producía en el país.³⁵ Utilizando métodos modernos

³⁵ Jorge A. Vivó. *Geografía de México*, México, Editorial Herrero 1967.

y técnicas avanzadas, los terrenos situados en el México árido han permitido negar en los hechos las tesis pesimistas de Vogt y Gill que nos condenaban a la derrota debido a la erosión de la tierra de temporal y al uso de métodos anticuados de cultivo. Se hizo evidente que los recursos de agua y suelo en esas regiones no se habían podido utilizar con anterioridad debido al atraso de nuestra economía y que cuando las condiciones maduraron, las zonas de riego surgieron en terrenos aparentemente estériles y hoy son la base del progreso agrícola (aunque existan en ellos numerosos problemas relativos a la propiedad, al uso de los recursos y a la dirección del mercado). El desarrollo de los distritos de riego ha dado origen al nacimiento y avance vertiginoso de numerosas ciudades en un clima extremo donde en algún tiempo se consideró que sería casi imposible vivir: son notables los ejemplos de Torreón, Matamoros, Ciudad Obregón, Hermosillo, Mexicali, Navojoa (sin que ignoremos la existencia de otros factores que también han cooperado al crecimiento demográfico). Esos distritos han impulsado también la construcción de caminos y el mejoramiento del transporte ferroviario, intensificando el comercio interno y externo, y han permitido el poblamiento de vastas regiones antes ofrecidas a la colonización extranjera. La integración del país se ha reforzado y surgen regiones económicas modernas.

c) La vieja *agricultura* de temporal ha seguido practicándose en la antigua "zona fundamental de los cereales", pero ya el país no depende exclusivamente de esa faja, sino que se han ido incorporando nuevas regiones de maíz en Chiapas, Veracruz, Tabasco, las Huastecas o Nayarit. Lo mismo podría decirse del frijol en Veracruz, Chihuahua y Michoacán. Ahora el trigo se produce con más eficacia y calidad en Sonora que en el Bajío y se obtienen magníficas cosechas en La Laguna, Durango y Baja California. Se observa un notable cambio en las áreas de cultivo del algodón, caña de azúcar y café, principales productos agrícolas comerciales y de exportación.

En el caso de la caña, la distribución geográfica se ha extendido hasta amplios valles de Tamaulipas y Sinaloa, en tanto que continúa cultivándose con éxito en el bajo Papaloapan, Morelos y la Tierra caliente. Por su parte, las zonas algodonerías principales no son ya las del centro o el trópico medio, sino las de los distritos de riego entre el noroeste y el noreste, e incluso últimamente se ha sembrado en la costa de Chiapas. Finalmente, las antiguas regiones cafetaleras de Veracruz y Guerrero se ven superadas en escala comercial por las nuevas del Soconusco, Oaxaca e Hidalgo. El henequén ha dejado de ser monopolio de Yucatania para introducirse en Tamaulipas

y después en Sinaloa y Chiapas.³⁶ En estos ejemplos puede verse cómo las mayores posibilidades de la sociedad permiten explotar también más ampliamente los recursos que el medio natural ofrece. El trópico todavía no se ha incorporado totalmente al proceso económico, pero muchas de sus regiones son ya una parte activa del todo, no sólo desde el punto de vista agrícola sino por su importancia ganadera (el istmo en Veracruz, sur de Tabasco y norte de Chiapas, Huastecas, etcétera) o forestal (en Oaxaca, Guerrero, Campeche y Quintana Roo).

d) Al referirnos a la *ganadería* debemos destacar no sólo la creciente importancia del trópico sino también de las zonas áridas entre Sonora y Tamaulipas, donde en el curso de 50 años se han formado enormes rebaños de alta calidad que sirven, ante todo, para la exportación del ganado en pie a los Estados Unidos. En el centro se encuentran los mejores establos y una creciente producción de artículos derivados que alimentan a la numerosa población; también se han registrado significativos adelantos en Chiapas, Veracruz y la vieja zona del Bajío.

2. La *pesca* ha crecido últimamente, pero dista mucho de ser la actividad que permitirían los amplios recursos marinos de México, considerando entre ellos únicamente al mar territorial y a la plataforma continental adyacente. La actividad pesquera de hoy surgió después de 1925, pues en el pasado casi no existía y se ha desarrollado con mayor fuerza en el noroeste y en la sonda de Campeche, con fines primordialmente de exportación (camarón, langosta, atún, sardina, etcétera); pero hay posibilidades infinitas para su crecimiento, cuando el mercado interno se robustezca y la flota moderna se impulse decididamente, para explotar recursos de alta mar, incluso muy lejanos de nuestras costas.

3. La *minería* ha disminuido en importancia relativa y ha variado el uso de sus recursos, orientándose todavía hacia la explotación en gran escala del cobre, plomo y zinc, pero intensificando la de los minerales de hierro, carbón y piedra, petróleo y gas, además de otros minerales menores, metálicos y no metálicos. La plata no predomina ya en la exportación y el oro se encuentra en situación de inferioridad con respecto a épocas pasadas. Por otra parte, las industrias siderúrgica y petrolera han adquirido mayor importancia y son básicas en el crecimiento industrial de los últimos treinta años. Las regiones petroleras revelan un adelanto verdaderamente impresionante, no sólo en el aspecto industrial sino en el desarrollo urbano y de

³⁶ Angel Bassols Batalla. *Geografía económica de México*, ob. cit.

comunicaciones, igual que en el comercio. La nacionalización del petróleo, junto con la reforma agraria y el crédito estatal, son elementos básicos que en mucho explican el avance industrial y la expansión del mercado interno, todavía muy insuficiente.

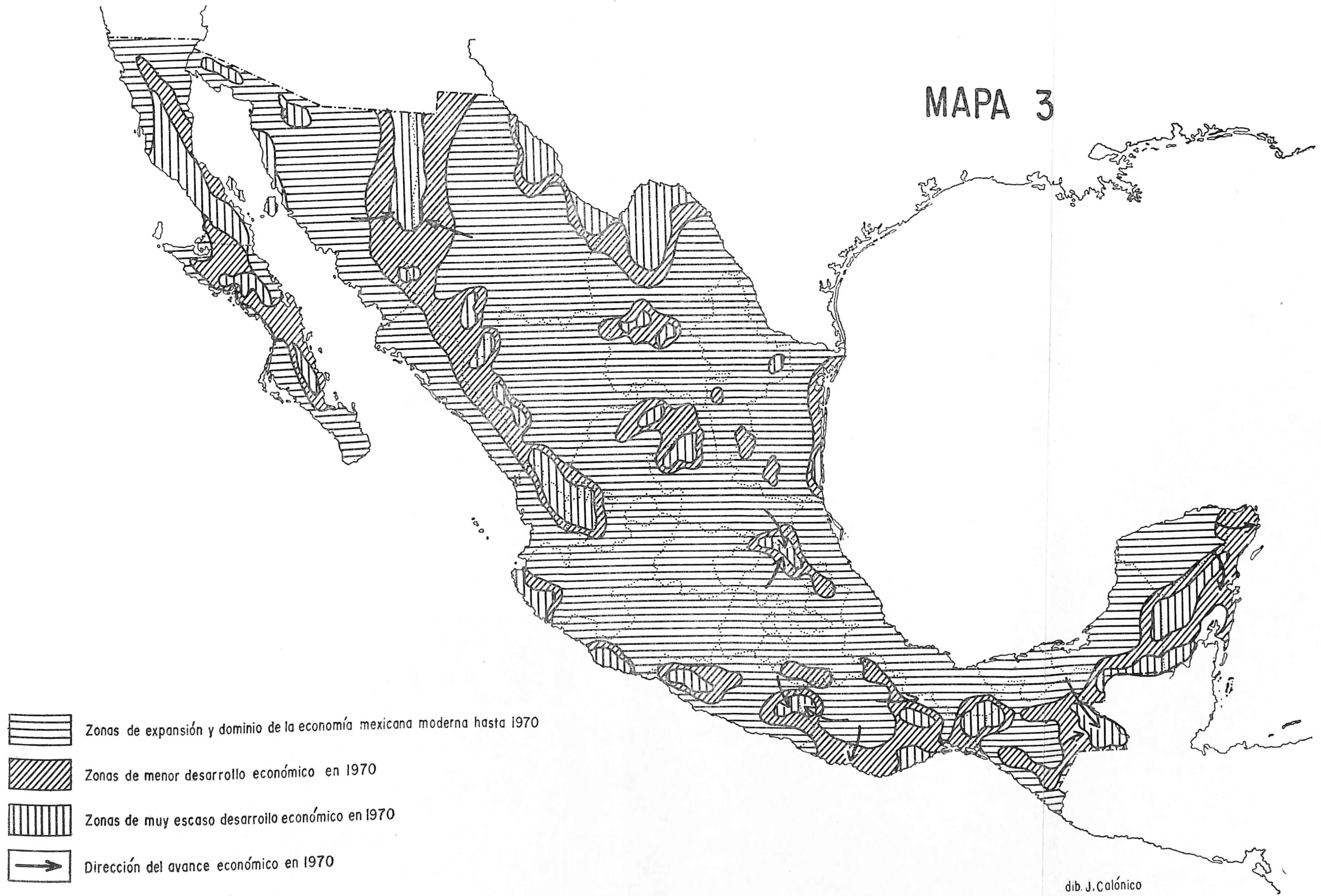
Las grandes regiones mineras son en buena parte las mismas que se desarrollaron en el porfiriato, predominando definitivamente el norte, desde Rosita a Parral, además de Cananea y puntos aislados del centro. Numerosos yacimientos, vetas y placeres se han agotado o no se trabajan ya, lo que explica la decadencia de Guanajuato, Batopilas, Real del Monte, etcétera, pero otras explotaciones han surgido, entre ellas las del bismuto y el azufre, este último en los domos salinos del Istmo de Tehuantepec, en pleno clima ardiente del trópico. Se han descubierto importantes yacimientos de uranio, torio y tierras raras, que tendrán en el futuro enorme significación.³⁷

4. El uso de agua y de los combustibles minerales en la generación de *energía* es uno de los capítulos donde se observa claramente el avance material logrado: hoy en México se proyectan instalaciones gigantescas como las de Infiernillo y Malpaso, en los trópicos seco y húmedo, respectivamente. De la zona central y el oriente las obras hidroeléctricas se han desplazado al noroeste, al Río Bravo, al sur y al occidente, en tanto que en el árido interior y en Yucatán se instalan plantas térmicas. Esta dinámica es aún insuficiente y el consumo se concentra en escasas regiones industriales del centro-sur, el occidente y Monterrey.

5. En el renglón de la *industria manufacturera* se advierten progresos importantes tanto en la estructura como en el volumen general de producción, pero por desgracia sigue concentrada principalmente en la región metropolitana, en Monterrey y Puebla y el centro de Veracruz, aunque algunas nuevas industrias surgen en Jalisco central, el Bajío, las regiones petroleras, Toluca, etcétera. Todavía no opera un mecanismo efectivo de descentralización y en muchas zonas del sur, de Yucatania e incluso del norte y el noroeste sólo han podido crearse aisladas empresas, casi siempre de industria ligera. Además, muchas empresas se encuentran en manos del capital extranjero y eso impide encauzar debidamente el progreso conforme a nuestras necesidades, tanto nacionales como regionales. Es urgente la creación de establecimientos fabriles de importancia en ciudades que se convertirían en "metrópolis de equilibrio" y evitarían el monopolio

³⁷ México, *50 años de Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960 y *Agenda estadística*, México, Dirección General de Estadística, 1968.

MAPA 3



que hoy poseen las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, en muchas ramas industriales.³⁸

Coexisten, pues, varias regiones industriales importantes, inmersas en el vasto océano de la vida rural atrasada y pobre: mientras México no rompa el marco del subdesarrollo, el problema de la desigualdad regional e intrarregional no sólo se mantendrá en vigor sino que tenderá a agravarse, sobre todo a falta de una correcta planeación económica.

6. Finalmente, se observan cambios sustanciales en las *vías de comunicación* y en los *medios de transporte* que existen en la República. Terminó la "era de los ferrocarriles" y comenzó la del automóvil, en la cual los progresos han sido formidables. Por lo que toca al ferrocarril, se comunicaron las dos penínsulas, por primera vez se cruzó la Sierra Madre en Sinaloa y Chihuahua y se completó la vía al noroeste. Faltan, sin embargo, numerosas líneas férreas que unan al altiplano con las costas del Pacífico y con otras ciudades importantes del interior, pues la carretera no puede sustituir al ferrocarril en el transporte de materias primas y artículos industriales pesados. Las carreteras integran ya una red que abarca todos los estados y une todas las capitales, pero buena parte de las costas del Pacífico sur, las Sierras Madres, el interior de Yucatania y la Baja California, los bosques de Lacandonia y otras regiones están todavía muy mal comunicados. El transporte aéreo (y en el caso de Baja California Sur el movimiento marítimo) han venido a resolver parcialmente el problema del aislamiento en diversas zonas de Chiapas, Guerrero, Oaxaca y el noroeste. Las comunicaciones han tenido un efecto generador directo en el comercio y en general en todas las actividades productivas y en los procesos de poblamiento de las ciudades y de nuevas regiones.

Todo ello ha ido creando las ocho grandes zonas y 90 regiones geoeconómicas que hoy se pueden distinguir en la República.³⁹ Algunas regiones cuentan con un alto grado de integración y otras comienzan apenas a consolidarse.⁴⁰ En resumen, podemos decir que a partir de 1925 siguió adelante el proceso de consolidación y desarro-

³⁸ Paul Lamartine Yates. *El desarrollo regional de México*, México, Banco de México, 1962. Rosa María Domínguez. *Distribución regional de la Industria en México*, México, UNAM (Tesis), ENE, 1967. Henri Enjalbert. *Algunas ideas sobre regionalización geográfica económica en México*, México, Comisión Nacional de los Salarios Mínimos, 1968. Claude Bataillon. *Régions géographiques au Mexique*, Paris, Institut des Hautes Études de L'Amérique Latine, 1967. Traducción castellana: *Las regiones geográficas de México*, México, Editorial Siglo XXI, 1969.

³⁹ Ángel Bassols Batalla. *La división económica regional de México*, ob. cit.

⁴⁰ J. P. Cole. *Latin America*, Londres, Butterworths, 1965.

llo de las regiones del centro-sur y del centro-occidente. En ese periodo se abrieron vastas regiones del norte y el noroeste, lo que constituyó el más importante fenómeno en la lucha con la naturaleza. Algunas regiones tropicales se impulsaron decisivamente en el oriente y este-sureste, la Tierra caliente y bajo Balsas.

Por lo contrario, se han rezagado en forma notable muchas regiones del sur y de Yucatania; las planicies y terrenos montañosos áridos, situados fuera de los distritos de riego; vastas extensiones de las Sierras Madres, del istmo boscoso y la Baja California. Una de las más urgentes tareas actuales consiste en estructurar y llevar adelante un plan realista y audaz de desarrollo de las regiones atrasadas de México.

Tesis finales

Debemos terminar reafirmando nuestra esperanza de que esta breve exposición de un tema extraordinariamente interesante, haya logrado mostrar que, así como el medio físico ofrece numerosas riquezas al hombre, la sociedad sólo utiliza aquellos recursos que *necesita y está en posibilidad de explotar*. Los factores naturales pueden ser positivos o negativos, de acuerdo con el estado del desarrollo social, el avance de las relaciones e instrumentos de producción y las probabilidades reales de enfrentarse a la naturaleza y vencerla.

México ha ido avanzando a lo largo de su historia y a cada gran etapa corresponde un modo general de poblar el país, de utilizar recursos, de integrar regiones y de llegar a la unidad, conservando la enorme diversidad que le ha ofrecido la naturaleza. Sabemos que mucho se puede hacer ahora mismo para combatir la irracional explotación de los recursos, para conocer mejor el país y para planificar su desarrollo. Pero otras muchas hazañas colectivas son imposibles de realizar actualmente; sólo el futuro verá nuevas generaciones de mexicanos valerosos y organizados que se lanzarán por todos los rumbos de un gran país pleno de contrastes, para lograr siempre mayores éxitos en el proceso que acertadamente el geógrafo Jorge A. Vivó llamó "la conquista de nuestro suelo".

POBLAMIENTO Y POBLACIÓN EN LA REGIONALIZACIÓN DE MÉXICO ¹

Claude Bataillon

Se considera con frecuencia que las bases del desarrollo de un país o de una región son los “recursos naturales” y los “recursos humanos”. Estos dos elementos nos remiten a una concepción mecanicista del desarrollo que permite realizar inventarios abstractos, a veces útiles para las necesidades de la contabilidad nacional o para algunas previsiones de inversión: por ejemplo, el crecimiento de la población o la disponibilidad de tierra cultivable. El peligro de tal clasificación consiste en analizar por separado estos dos factores: por un lado los recursos naturales “renovables” y los “no renovables” y por el otro los recursos humanos. Se puede preguntar si estos últimos pertenecen a la categoría renovable o a la categoría no renovable: precisamente los hombres que viven en la década 1960-1970, o la siguiente, no son renovables. Pero la sola idea de la conservación de estos recursos humanos no renovables para un futuro lejano es bastante absurda.

Si se analizan los recursos naturales por sí mismos pierden todo sentido, ya que existen en relación con una población que desee y pueda utilizarlos. Tal población puede —aunque es raro— carecer totalmente del deseo o de los medios para utilizar sus recursos; o bien puede desear utilizarlos sólo conforme a sus propias necesidades. Es preferible estudiar grupos humanos de distinta dimensión que utilicen algunas ventajas de la región en que viven y que luchen concretamente contra ciertos obstáculos. Según la dimensión del grupo humano y las técnicas de que dispone y según la época que se trate, el territorio presenta particularidades que pueden ser ventajas u obstáculos. Así, por ejemplo, el río Tonto era un inconveniente para los agricultores de Veracruz, debido a las inundaciones que provocaba.

¹ Estas reflexiones acerca de los contrastes regionales que afectan a la población mexicana no pretenden más que resumir y poner al día los resultados de un estudio recientemente publicado (1). Fuera de algunas actualizaciones de este estudio elaborado en 1965-67, intentamos señalar, respecto de cada región, la importancia de las densidades, las migraciones y el crecimiento urbano, factores que desde luego se inscriben en marcos naturales y formas de crecimiento económico particulares.

Fue controlado gracias a una presa cuya finalidad principal era la producción de electricidad destinada al Distrito Federal,² lo que justificaba las inversiones requeridas; el interés de las poblaciones de la región tenía menos importancia y se hubiera podido encontrar sin dificultad otras tierras de buena calidad, cultivables a menor precio en otras regiones de Veracruz. Sin embargo, aquella región, ahora que la irrigación es posible, ofrece muy buenas tierras aluviales. Fuera del marco concreto de un grupo humano y de sus medios técnicos, pueden describirse los recursos naturales que en principio permitirían una producción con las mejores técnicas existentes. ¿Existirían, sin embargo, suficientes consumidores de una producción de maíz triplicada dentro de diez años, si se aplican bruscamente las mejores técnicas conocidas de selección de semillas a este recurso natural que es la *tierra de labor*?

Si no se pueden estudiar los recursos "naturales" de una región haciendo abstracción de los grupos humanos que ya viven ahí o que puedan sacarles provecho, resulta mucho menos posible considerar a los hombres que viven en esta región como un *recurso* entre otros, como una simple fuerza anónima que sería *objeto* de mejoramientos, cuya justificación técnica sería evidente y absoluta. Los grupos humanos son, al contrario, los sujetos y los actores de los cambios que ellos escogen o sufren. Actualmente, en México, estos grupos humanos han logrado conceder un crecimiento económico más o menos marcado, según las regiones, y se puede decir que este cambio es realmente un *desarrollo* en la medida en que, durante cierto periodo, satisfacen mejor que antes las necesidades expresadas por estos grupos humanos.

I. LOS FACTORES DEL POBLAMIENTO EN MÉXICO

Los problemas del poblamiento mexicano, desde hace una treintena de años, se pueden resumir en un crecimiento demográfico muy rápido. Este crecimiento no es parejo en las ciudades y en los medios rurales, ni en las diferentes regiones del país; sin embargo, ningún elemento importante de la población se le escapa y casi ninguna ciudad o región rural ha conocido una disminución. Además, desde hace varios milenios en el país existen contrastes muy marcados entre regiones muy poco pobladas (ocupadas) y otras muy densamente pobladas. Las migraciones internas, cada vez más intensas desde hace treinta años, atenuaron a veces las diferencias tradicio-

² En este texto designamos a veces a las entidades federativas mexicanas por sus abreviaturas usuales.

nales; pero en la mayoría de los casos reforzaron los núcleos urbanos existentes o crearon nuevas ciudades. Las formas de agrupamiento o de dispersión de la población en cada región tienen una gran importancia, ya que de ellas dependen las circunstancias de migraciones o las posibilidades de mejoramiento local. En fin, si los cambios que han ocurrido en los últimos treinta años atenuaron un poco los contrastes de la distribución de la población, los cambios económicos muy rápidos acentuaron más bien las diferencias de niveles de vida: las regiones o ciudades que eran ya más ricas se enriquecieron más rápidamente, dejando cada vez más atrás a las más pobres.

A) *Crecimiento natural*. El conjunto de la población mexicana creció durante las décadas de 1950 y 1960 a un ritmo un poco superior al 3% anual. Se puede pensar que este ritmo de crecimiento disminuyó alrededor de 1960 y que se reducirá probablemente de una manera muy lenta a medida que las personas de edad sean más numerosas a partir de 1975, a menos que intervenga una política en favor de una disminución de la fecundidad, lo que es poco probable.

La natalidad se sitúa tanto en las ciudades como en el campo entre 4 y 5% anual; la débil diferencia entre la ciudad y el campo es bastante excepcional y merece un análisis. La natalidad urbana se mantiene muy elevada a pesar de una fecundidad menor que la del campo; esto se explica por el hecho de que el movimiento de inmigración atrae hacia las ciudades un fuerte contingente de mujeres y particularmente de mujeres jóvenes. Sin embargo, la fecundidad femenina es elevada incluso en las grandes ciudades; lo que parece deberse al origen rural muy reciente de una fuerte proporción de la población que mantiene sus hábitos tradicionales, pero también a ciertas ventajas de que disponen las clases medias de las grandes ciudades: servicio doméstico abundante, posibilidades de escolarización de los niños, servicios sociales desarrollados.

La mortalidad es de alrededor del 1% anual en promedio, pero es ligeramente más reducida en las ciudades, en donde las condiciones sanitarias son mejores que en el campo. Así el crecimiento natural es, por lo menos, tan rápido en el campo como en la mayor parte de las ciudades; en promedio, la medida nacional de crecimiento natural de las ciudades se calcula en alrededor de 3.1% anual, durante la década 1950-1960.

Algunos estados tienen un crecimiento natural claramente diferente del resto del país: Baja California tiene un crecimiento muy fuerte ya que la proporción de inmigrantes jóvenes es muy elevado; al contrario, los Estados de Oaxaca y sobre todo de Yucatán tienen

un crecimiento débil, sin duda debido a una mortalidad alta por el bajo nivel de vida.³

B) *Formas de agrupamiento de la población.* Como en muchos países, en México se considera legalmente que una población es "urbana" a partir de un agrupamiento poco numeroso: 2 500 habitantes. En realidad, la mayoría de las aglomeraciones de esta dimensión tienen caracteres análogos a los de las poblaciones rurales: predominancia de actividades agropecuarias, nivel de vida o de escolarización, tipos de vivienda, etcétera. Es, pues, necesario escoger un nivel más elevado para encontrar aglomeraciones en donde predominen, en general, actividades de industria, de comercio o de servicios y en donde la forma de vida y las viviendas sean realmente urbanas. Hace medio siglo, aglomeraciones de 5 000 habitantes podían desempeñar un papel urbano por su comercio o sus servicios, debido al aislamiento; pero actualmente sólo aglomeraciones de más de 10 000⁴ o de 15 000 habitantes⁵ pueden considerarse como verdaderas ciudades. Si se admite que las ciudades agrupan por lo menos 15 000 habitantes, la *población urbana* de México representa en 1960 el 36.5% del total, y el 20% en 1940. Mantendremos esta definición de población urbana en el curso de nuestro análisis.

Por debajo de las ciudades encontramos una franja de *población mixta*, poco numerosa en general, en aglomeraciones de 5 000 a 15 000 habitantes. Menos del 8% de la población vive en esta categoría incierta: aglomeraciones que en general son más que *pueblos* pero menos que *ciudades* y que a veces llevan el nombre tradicional de *villas*; la población empleada en agricultura puede ser predominante, pero se dispone a menudo de ciertos servicios urbanos (agua corriente, electricidad, alcantarillado, etcétera).

La población que se puede considerar como *rural* (menos de 5 000 personas agrupadas) era todavía una mayoría en México en 1960 (alrededor del 60% contra el 72% en 1940). Dos terceras partes

³ De acuerdo con los análisis de L. Unikel (2), discrepancias notables surgen en el crecimiento natural de las distintas ciudades. Esas discrepancias probablemente se deben en parte a las fallas del subregistro de nacimientos o defunciones en una ciudad, o, al contrario, al registro en otras ciudades de nacimientos y defunciones de personas domiciliarias fuera de ellas.

Por 1 000 habitantes y por año	natalidad	mortalidad	crecimiento natural
1. Registro correcto	40	10	30
2. Subregistro de 10%	36	9	27
3. Sobre-registro de 15%	46	11.5	34.5

⁴ M. T. Gutiérrez (3).

⁵ L. Unikel (2).

de esta población rural viven en aglomeraciones de menos de 1 000 habitantes, mientras que el último tercio vive en aglomeraciones más grandes, entre 1 000 y 5 000 habitantes. Cuando los agrupamientos son de varias centenas, pero sobre todo cuando pasan el millar, forman *pueblos* dotados de una organización que permite ciertos servicios, si la población dispone de un nivel de vida suficiente. Estos pueblos tienen una traza cuadrículada, una plaza central con sus monumentos públicos, autoridades responsables capaces de fomentar ciertas mejoras; inclusive si la población tiene como únicas actividades la agricultura y la artesanía puede beneficiarse de la escolarización, de servicios de agua potable o de electricidad, más fácilmente que las poblaciones completamente campesinas dispersas en los ranchos o rancherías de algunas decenas o centenas de habitantes. Desde hace algunos decenios se observa que la proporción de la población rural agrupada en pueblos aumenta y que la que se mantiene dispersa es proporcionalmente menos numerosa. Inclusive si crece, el agrupamiento de la población rural tiene un carácter tradicional peculiar en México.

C) *Migraciones internas*. Las migraciones de la población mexicana se dirigen, durante la época colonial, hacia las regiones nuevas que la destrucción de los *indios de guerra* hacía disponibles en el norte del país: regiones agrícolas del Bajío desde el siglo xvi; regiones mineras y ganaderas más al norte, rumbo al desierto, entre el siglo xvi y el xviii; regiones norteñas, de riego, después de 1850. Pero dentro de las regiones pobladas, tierras cada vez más mediocres fueron ocupadas por una población dispersa: montañas de Jalisco (Altos en particular), lomas de Michoacán, sur del Estado de México o de Guerrero; sobre todo desde 1940, regiones costeras de tierra caliente experimentan el mismo movimiento tanto en la costa del Golfo (Huasteca, Veracruz) como a la orilla de la Sierra Madre del Sur: el paludismo desaparece poco a poco y los inmigrantes, una vez instalados, se multiplican gracias al crecimiento natural. No obstante, desde principios del siglo xx y sobre todo después de 1940 la mayor parte de las migraciones se producen en dirección a las ciudades y sobre todo a las grandes ciudades que representan las principales fuentes de nuevos empleos y que atraen por su nivel de vida, siempre más elevado que el promedio nacional.

En 1921, 8.5% de los mexicanos vivían fuera del Estado en donde habían nacido; en 1960 la proporción alcanza 15%. Los principales centros de atracción reciben una parte cada vez mayor de inmigrantes: se trata de la aglomeración de México, por una parte, y de los Estados fronterizos del norte, por la otra. Estos centros de atracción

acogían ya el 60% de los migrantes entre 1930 y 1940 y recibieron el 71% de 1950 a 1960. Parece que durante la década 1930-1940 la reforma agraria frenó a la vez el movimiento migratorio y su concentración hacia algunos sectores privilegiados; los campesinos recibieron muy importantes dotaciones de tierras en una época en que el crecimiento natural era todavía moderado; posteriormente el crecimiento natural se aceleró, las distribuciones de tierra disminuyeron y el número de campesinos dispuestos a buscar trabajo en las grandes ciudades creció considerablemente.

El poder de atracción de la capital nacional no dejó de crecer hasta 1950, y polariza en esta fecha el 46% de los inmigrantes. Al contrario, en los cuatro Estados fronterizos del norte-noreste disminuyó la participación de las migraciones nacionales de 27% en 1921 a 17% del total nacional en 1960; en esta región solamente Monterrey mantuvo su poder de atracción. El noroeste, gracias a su crecimiento económico reciente, incrementó su participación en las migraciones nacionales (5% en 1940, 10% en 1960).

En realidad, las migraciones de población son mucho más numerosas de lo que se trasluce en los párrafos precedentes, en donde sólo se tomaron en cuenta las migraciones entre Estados que registra el censo. No cabe duda que en el seno de los Estados se producen movimientos a corta distancia, sea del campo hacia las ciudades (en la mayoría de los casos), sea desde regiones rurales *elevadas* densamente pobladas hacia regiones calientes en donde están disponibles tierras cultivables (menos frecuente). Cada vez que la población de un municipio crece mucho más que el crecimiento natural de la región, atrae a los inmigrantes, que generalmente se quedan en el interior del Estado donde nacieron.

Las regiones de emigración se extienden sobre amplios espacios, mientras que los sectores agrícolas o las regiones que atraen a los inmigrantes son apenas pequeños puntos sobre el mapa de México. En algunas regiones del sur y del este del país sólo parte reducida de su población emigra, no porque las condiciones de vida allí no sean buenas, sino porque se encuentran alejadas de los grandes focos de atracción (más allá del Istmo de Tehuantepec) o simplemente porque la población rural allí está aislada por falta de medios de transportes (Guerrero y Oaxaca); este aislamiento ha disminuido progresivamente desde 1950 y sobre todo desde 1960. En contraste, en todo el centro del país —de Puebla a Jalisco— y en las regiones no fronterizas del norte —de San Luis Potosí a Sinaloa— se observa una fuerte emigración desde el campo o de las regiones mineras decadentes; la emigración es más fuerte en los Estados del centro-

este, en los cuales, al menos desde 1930, más del 10% de su población nativa vive fuera del Estado en que nació.

Casi todos los grandes focos de atracción de los emigrantes (y sobre todo la capital federal) atraeron poblaciones originarias del conjunto de la República y la mezcla de emigrantes es cada vez más intensa. Sin embargo, se puede analizar el destino *principal* de los emigrantes de cada Estado; se observa que la zona que manda a la mayoría de sus emigrantes hacia la capital federal es la más amplia: todos los Estados situados al sur del meridiano de Tampico, más Zacatecas y excepto Nayarit. Pero los Estados del noreste (S. L. P., N. L., Coah., Tamps.) mandaron también por lo menos el 2.5% de sus nativos. La región fronteriza del norte y del noreste atrae a la mayoría de los emigrantes de San Luis Potosí y Durango y una minoría de los de Aguascalientes y Zacatecas. De todas maneras, las migraciones más importantes se dirigen hacia Monterrey, foco de atracción mucho más *ad hoc* que los otros. El noroeste atrae cada vez más a los emigrantes que provienen de Nayarit y de Sinaloa (sobre todo), aunque Jalisco participe del movimiento. Así los intercambios de población de los Estados norteños son particularmente complejos y la inestabilidad de poblamiento es particularmente fuerte en esta zona.

Hay que recordar que la atracción de emigrantes hacia el norte de México es completada por una emigración hacia los Estados Unidos: en 1960 más de medio millón de mexicanos vivían de manera más o menos permanente en el país vecino, pero además en ciertas épocas un gran número de trabajadores temporales van cada año durante varios meses como braceros, empleados en la agricultura de las regiones meridionales, Texas y sobre todo California. Oficialmente el número más elevado de braceros fue alcanzado hacia 1959: aproximadamente 400 000; esta cifra disminuyó en seguida y a partir de 1965 la emigración temporal casi cesó por completo. Sin embargo, hacia 1960 se estimaba que entraban a los Estados Unidos, aproximadamente, tantos braceros clandestinos como los oficialmente registrados. Es evidente que la emigración clandestina no ha cesado en nuestros días.

D) *Permanencia de densidades de población.* A pesar del fuerte crecimiento natural de los últimos decenios y de las migraciones internas debidas al desarrollo de nuevas regiones o de nuevas ramas de la economía mexicana, no ha cambiado radicalmente la distribución de la población en el territorio nacional. Los principales contrastes subsisten entre regiones muy pobladas y regiones casi

vacías, ya que las migraciones nunca quitaron a una región más que parte del exceso de población debido al crecimiento natural.

Las fuertes densidades se encuentran por lo general en regiones situadas a una altura mayor que 2 000 metros. Sin embargo, existen algunas excepciones: algunos oasis como la Comarca Lagunera son muy poblados; las llanuras calcáreas de tierra caliente del Yucatán central y occidental, también. Estas excepciones son menores respecto de las regiones altas muy pobladas del centro del país. Se trata ante todo de la parte del altiplano central, bastante húmeda para permitir cultivos de temporal. La parte oriental de este altiplano es más elevada; la ocuparon poblaciones de altas civilizaciones indígenas que finalmente fueron absorbidas o dominadas por el imperio azteca. En la parte occidental del altiplano, reino de los tarascos y de otras poblaciones políticamente menos organizadas, se dieron densidades menos elevadas en la época precolonial y se observan en la actualidad poblaciones menos densas, a pesar del movimiento de inmigración que se verificó durante la época colonial.

El otro núcleo de altas tierras dotado de una fuerte población indígena es mucho más pequeño en México: se trata de los altos de Chiapas, en donde se agrupan poblaciones mayas que ocupan también la región este de las tierras altas de Guatemala. No cabe duda de que la ausencia de ciertas enfermedades tropicales, en particular la malaria, favoreció las regiones altas; sin embargo, el mapa del poblamiento denso está lejos de coincidir con la carta hipsométrica: la presencia de tierras de fácil cultivo más o menos abundantes puede también explicar ciertas particularidades. Lo más notable es que hay regiones de tierras calientes muy pobladas que se encuentran en la cercanía de los principales focos de poblamiento de tierras frías: es el caso de la parte central de Tabasco, al norte de los altos de Chiapas, ciertas tierras calientes de Oaxaca, Jalisco o Colima, pero sobre todo de la Huasteca y de las tierras bajas de Veracruz hacia el este hasta los Tuxtles.

Casi siempre se trata, por supuesto, de regiones *menos* pobladas que las tierras altas cercanas. En la mayoría de los casos estas tierras calientes fueron unidas, desde antes de la época colonial, a las tierras frías vecinas por ciertos vínculos políticos que establecían una seguridad suficiente para que las migraciones se produjeran con facilidad. Si las enfermedades tropicales o la inestabilidad de la agricultura de roza impedían que el poblamiento fuese muy estable en estas tierras calientes, al menos el repoblamiento desde las tierras frías vecinas presentaba cierta facilidad.

En primer lugar, las bajas densidades de población se observan,

desde luego, en las regiones semidesérticas, más o menos al norte de una línea Tampico-Tepic. No se trata siempre de regiones desérticas incultivables: no sólo la irrigación pudo desarrollarse ahí recientemente, sino que las regiones elevadas y las faldas de las Sierras Madres Oriental y Occidental permiten que los cultivos de temporal alcancen zonas situadas muy al norte. No obstante, estas regiones tuvieron una población indígena muy dispersa, que vivía más bien de la caza y la recolección y no de la agricultura y que ofreció tal resistencia a la colonización española que la ocupación moderna no progresó sino hasta mediados del siglo xxx, a medida que las tribus eran físicamente destruidas y reemplazadas por el poblamiento muy débil, necesario para la ganadería extensiva, con la sola excepción de los centros de explotación minera. Recientemente la vasta expansión de las zonas cultivadas fue acompañada de un poblamiento modesto y sólo el crecimiento urbano del norte cambió este panorama.

La mayor parte de las tierras calientes y húmedas del sur y del este del país tiene una población débil. Sin embargo, existen contrastes entre regiones medianamente pobladas y otras completamente vacías, en medios naturales poco diferentes. En algunas regiones hubo un poblamiento indígena bastante abundante, pero sin duda muy sensible a las epidemias, y políticamente poco organizado. Aquel poblamiento fue destruido durante las primeras décadas de la colonización española: el norte de la Huasteca, ciertas tierras calientes del Balsas, ciertos sectores costeros de Jalisco, de Nayarit y de Sinaloa meridional fueron despoblados por el trabajo de las minas o por las deportaciones de esclavos; conocieron apenas hasta estas últimas décadas una población mestiza muy débil dedicada a la ganadería extensiva. Otros sectores de tierra caliente estaban casi vacíos a la llegada de los españoles y se mantuvieron así hasta nuestros días, aunque guardan la huella de civilizaciones antiguas que lograron construir ciudades importantes, gracias a una densa población agrícola. El caso más típico es el del "antiguo imperio maya" que ocupó la región de la selva del Petén, región que permanece todavía hoy casi vacía; asimismo, la vertiente norte del Istmo de Tehuantepec hasta principios del siglo xx. Así se confirma el carácter precario del poblamiento de tierra caliente, amenazado cuando está separado de las tierras frías capaces de proveerlo de población complementaria.

E) *Acentuación de los contrastes de nivel de vida.* Las condiciones de vida de las poblaciones mexicanas varían considerablemente de una región a otra; se puede decir que ninguno de los grandes países

del mundo conoce contrastes tan marcados. Tal fenómeno es el fruto de una historia fuertemente arraigada en su pasado indígena; y esto desde hace un siglo, después de un crecimiento económico ligado a una unificación nacional y a intercambios cada vez más intensos con la potencia económica más rica del mundo. Las inversiones que permitieron la multiplicación de empleos no agrícolas provocaron en ciertas regiones un crecimiento urbano y una intensificación de todos los medios de comunicación y de intercambio, y al mismo tiempo una mejora del nivel de vida. Resultan de ahí muy fuertes discrepancias en los niveles de consumo de la población, según los sectores del país. Se observa (cuadro 1) una disparidad entre las ciudades y el campo en una misma región y a la vez una disparidad entre las regiones de fuerte crecimiento económico (norte y capital nacional) y las regiones cuyo crecimiento es débil (sur y región transísmica). Las primeras tienen un consumo global superior, pero sobre todo un consumo de productos industriales duraderos o de servicios. Las segundas absorben apenas una pequeña parte del consumo nacional (excepción hecha de productos alimenticios tradicionales como el maíz) y una parte todavía más pequeña de productos industriales y de servicios. Estos notables contrastes obligan a estudiar en cada región del país qué relaciones se establecen entre el crecimiento de la población, su distribución y su densidad, sus migraciones, sus formas de consumo y de intercambio.

II. CARACTERES REGIONALES PRINCIPALES DE LA POBLACIÓN MEXICANA

A. *Las regiones norteañas.* No se puede hablar en serio de densidades medias para las poblaciones norteañas: constituyen principalmente una serie de núcleos aislados donde la población urbana es mayoritaria. Sin embargo, las porciones más húmedas tienen a veces una fuerte población distribuida en rancherías; es el caso de las áreas cercanas a la región central (San Luis Potosí, Zacatecas y Baja California Sur) o de las serranías y las faldas de ambas Sierras Madres, en Sonora, Chihuahua y el oeste de Durango, en San Luis Potosí, Tamaulipas y el este de Nuevo León: en estas regiones la densidad puede pasar de 10 habitantes por km². Estas poblaciones dispersas viven sobre todo de la ganadería y se encuentran a veces muy aisladas. Los núcleos importantes están, al contrario, compuestos de poblaciones urbanas y las ciudades son los centros de regiones agrícolas de riego, cuyos agricultores viven sea en grandes aglomeraciones agrícolas, sea en las grandes ciudades propiamente dichas. Las distancias

que separan estos núcleos de poblamiento son más grandes hacia el norte. Distan entre sí menos de 200 km. las ciudades del noroeste hasta Hermosillo o las ciudades del noreste hasta la frontera americana en Piedras Negras, o las del Centro hasta la Comarca Lagunera. Al contrario, Chihuahua está a más de 400 km. de Torreón y a más de 350 km. de Ciudad Juárez, mientras que Hermosillo está todavía más lejos de Chihuahua o de Ciudad Juárez, e inclusive a más de 700 km. de Mexicali. Esta última, como las otras ciudades de Baja California Norte, está, sin embargo, muy cerca de Los Ángeles; ésta forma una zona urbana continua con San Diego y, del otro lado de la frontera, con Tijuana. Así, los núcleos de poblamiento del norte son a veces bastante cercanos del México central, hasta Torreón; en el noreste son a veces muy aislados, como Chihuahua, o bien mucho más cercanos a los núcleos de poblamiento norteamericanos, como las ciudades fronterizas de Chihuahua, Sonora y Baja California.

La mayor parte de la población norteaña no se encuentra arraigada desde hace mucho tiempo al lugar donde vive. El crecimiento económico de estas regiones es reciente y las nuevas actividades han atraído a los inmigrantes necesarios. Ya que los nuevos núcleos casi no tienen población rural abundante en la proximidad, no han inmigrado más campesinos que los requeridos por las circunstancias económicas locales. Así las migraciones de larga distancia fueron las que desempeñaron un papel preponderante en el poblamiento del norte. Esta población no se arraiga necesariamente en el lugar que la atrajo: el espíritu pionero que la caracteriza hace que acepte fácilmente nuevos desplazamientos si mejores fuentes de empleo surgen en otros lugares. Al mismo tiempo, los recursos explotados pueden ser efímeros en estas regiones pioneras. Las regiones de riego nacen en pocos años a consecuencia de las grandes obras de represa; luego dejan de extenderse cuando toda el agua ha sido utilizada. Además, los caudales pueden ser irregulares según los años, como en la Comarca Lagunera; allí donde la irrigación proviene sobre todo del bombeo (Hermosillo), el agotamiento de los mantos preáticos puede obligar a reducir la superficie cultivada. Ciertos cultivos especulativos que consumen mucha mano de obra pueden disminuir a consecuencia de las plagas o de las dificultades de mercado, como el algodón en Matamoros. Los recursos minerales (80% de la producción minera no petrolera de México se encuentra en el norte) pueden también agotarse o pueden dejar ser reutilizables según las cotizaciones mundiales de los minerales metálicos. Numerosas actividades de las ciudades fronterizas dependen de la reglamentación aduanera mexicana o norteamericana:

CUADRO 1

CONTRASTES EN EL CONSUMO EN MÉXICO

	Población 1	Consumo total	Alimentos y bebidas	Maíz	Vestido, calzado	Habitación	Bienes durables, automóvil, aparatos eléctricos domésticos	Seguros	Otros rubros
Distrito Federal	14	21.7	16.1	6.6	22.5	30.1	27	17.8	27.4
Pacífico Norte 2	4	6.4	6	1.5	7.5	5.3	14	3.3	5.4
Norte Central 3	12	15.4	13.8	10.2	18.9	15.9	15	12.8	16.6
Subtotal de regiones ricas	30	43.5	35.9	18.3	48.9	51.3	56	33.9	49.4
<i>Regiones rurales y "suburbanas": 4</i>									
Centro 5	18	10.9	12.8	19.8	11.8	9.4	7.8	4.9	8.5
Bajo 6	11.3	4	5.2	10.9	4.6	3.2	2	—	2.5
Pacífico Sur 7	10.5	7.5	10.1	15.7	4.9	5.2	7.8	5.8	4.8
Subtotal de las regiones pobres	39.8	22.4	28.1	47.4	11.3	17.8	17.6	10.7	15.8
<i>Población urbana de las regiones pobres y de las regiones medianamente pobres 8</i>									
	30.2	34.1	36.0	34.3	39.8	30.9	26.4	55.4	34.8
Total:	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Peso relativo de las ramas del consumo nacional en el porcentaje del total.									
	100	100	45		13.5	14.7	5.3	2.5	19

FUENTE: Encuesta sobre gastos e ingresos...⁵
 NOTAS: 1 Censo de población 1960. 2 B. C. Norte, B. C. Sur, Son. 3 Chihuahua, Coahuila, N. L., Tam. 4 Aglomeraciones de menos de 10 000 habitantes. 5 Hgo., Méx., Mich., Mor., Pue., Tlax. 6 Agu., Col., Gto., Jal., Quer., S. L. P. 7 Chis., Gro., Oax., 8 Las regiones medianamente pobres: Q. Roo., Tab., Ver., Yuc., Dur., Nay., Sin., Zac.

ciertas fuentes de empleo pueden agotarse en algunos años, como el movimiento de braceros.

Estas características de la economía norteña explican la intensidad de los movimientos migratorios en el seno del norte mexicano. En primer lugar, de la parte meridional proviene el grueso de los emigrantes: Nayarit, Sinaloa y Baja California Sur surten a Sonora y Baja California Norte; San Luis Potosí, Durango, Coahuila y en menor medida Zacatecas, surten a Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas. Pero también las rancherías de los Estados de llegada surten a los núcleos de inmigración, mientras que importantes intercambios los afectan: de Sonora salen emigrantes a Chihuahua y a Baja California, de Coahuila a Monterrey. Las migraciones en dirección de las regiones agrícolas de riego atraen, en general a un gran número de hombres y su origen es a menudo relativamente cercano, como en Mexicali o en los oasis de Sonora. Al contrario, las ciudades atraen más a las mujeres y reclutan, como en el caso de Monterrey o Tijuana, una proporción más fuerte de inmigrantes de origen lejano, de la capital federal en particular.

Los focos de atracción son principalmente las ciudades, que proporcionan las tasas de urbanización más elevadas a ciertos Estados (Baja California Norte 72%, Nuevo León 64%) o a los sectores de atracción de otros: oasis de Sonora, Comarca Lagunera (Durango y Coahuila), ciudades fronterizas de Sonora, Tamaulipas y Chihuahua. Además, las aglomeraciones que en otras partes de la República se considerarían como "mixtas" son en el norte pequeñas ciudades, debido a sus actividades no agrícolas (minas) o al nivel elevado de sus servicios urbanos.

Los núcleos de inmigración del norte disponen de un nivel de vida más elevado que ninguna otra región de México, a veces incluso superior al de la Ciudad de México. Esto se explica en parte por el hecho de que allí los núcleos ricos no están sitiados por regiones rurales pobres, cuya mano de obra emigrante acepta condiciones de vida y salarios que bajan el nivel de la región de llegada.

Esto no impide que las ciudades del norte tengan inmensos suburbios proletarios desprovistos de servicios.⁶ A pesar de eso las condiciones de vida (escolarización, organización sanitaria) se mejoran sin duda más fácilmente y a un costo menor que en las regiones de emigración en donde la población vive en rancherías dispersas. Estos niveles de vida elevados están directamente ligados a las importantes inversiones realizadas sea por el gobierno federal mexicano (presas e irrigación, caminos y vías férreas), sea por el capital privado, norte-

⁶ Según la encuesta del Seguro Social (5).

americano en buena parte. La proximidad de la frontera desempeña un papel esencial en el segundo caso, mientras que estas inversiones privadas hacían particularmente redituables las inversiones públicas y las hacían indispensables, si se quería evitar que el norte escapara del espacio económico mexicano: es así que hasta 1927 el noroeste estuvo ligado por vía férrea a los Estados Unidos, pero no a Guadalajara ni al resto del norte mexicano; se construyó la carretera desde Guadalajara a partir de 1940, al mismo tiempo que las grandes presas de irrigación; esta carretera no alcanzó a vincular a Tijuana con el territorio mexicano sino hasta 1964.

El nivel de vida elevado de la mayor parte del norte se acompaña de una organización excepcionalmente completa de todos los medios de comunicación. Si las redes férrea y vial parecen ser muy poco densas al noroeste de una línea Mazatlán-Torreón-Piedras Negras, eso corresponde a la vez a los grandes espacios vacíos que separan los núcleos poblados de esta región y al obstáculo que representa la Sierra Madre Occidental. Pero si se relaciona el kilometraje de vías de transportes con la población, el conjunto del norte dispone de mejores servicios que el resto del país. A eso hay que añadir un ambiente técnico excepcionalmente elevado: el analfabetismo en 1960 alcanzaba apenas, según los estados, del 33 al 45% de las poblaciones rurales (viviendo en aglomeraciones de menos de 2 500 habitantes) y del 14 al 20% de la población urbana (aglomeraciones de más de 2 500 habitantes).⁷ Al mismo tiempo, los medios de comunicación masiva —radio y televisión— son los más desarrollados del país, tanto por el número de ciudades provistas de emisoras desde hace más de 20 años, como por la proporción de población provista de receptores en su domicilio. Resultan de ahí hábitos de consumo que, ligados al nivel de vida elevado, tienen como ideal el modelo de consumo norteamericano; de esta manera el norte es un cliente importante para los bienes de consumo durables, cliente que se disputan la industria nacional y la industria norteamericana, que dispone de una situación estratégica muy buena en las zonas de libre comercio del norte y en las proximidades de las mismas. A pesar de este nivel de vida y de comunicaciones muy desarrolladas para México, se advierte que las grandes ciudades del norte no han tenido tiempo para llevar a cabo completamente la infraestructura técnica necesaria para su propio desarrollo económico: solamente Monterrey dispone de un sistema de enseñanza superior capaz de recibir más del 9% de los jóvenes de

⁷ Los datos que se refieren a la alfabetización, la radio y la televisión, provienen de C. Bataillon (6).

Nuevo León de 20 a 24 años de edad.⁸ En las demás entidades la enseñanza superior apenas está comenzando, mejor colocada en las antiguas zonas de inmigración medianamente ricas (Coahuila 2.5%) que en los estados muy ricos pero muy jóvenes (Tamaulipas 1.8; Sonora 1.7; Chihuahua 1.3; Baja California Norte 0.8%); estos Estados mandan todavía a sus jóvenes a estudiar a la Ciudad de México . . . o a los Estados Unidos.

Si las características de las poblaciones norteñas están bien marcadas con respecto al resto de México, fuertes diferencias internas se hacen notar. Si las divisiones norte-sur entre centro, este y oeste tienen una importancia esencial para enfocar la orientación de los intercambios, es la cercanía con respecto a la frontera o con respecto al centro de México lo que cuenta para el poblamiento. En la cercanía del México central se encuentra el *viejo norte*, país de emigración o lugar de paso de los emigrantes. Es el caso de todos los Estados no fronterizos del norte, más una parte de Coahuila: la emigración es intensa y muy antigua desde San Luis Potosí, Zacatecas o Durango; los dos primeros Estados ven inclusive despoblarse sus ciudades decadentes, de donde emigran en mayor proporción los adultos jóvenes y las mujeres. El exceso de población rural emigra desde los otros Estados, pero en parte para ir a las zonas agrícolas nuevas e irrigadas, excepto Nayarit, o hacia las ciudades de estos mismos Estados. Las dificultades de estos Estados aumentaron, así como las de sus vecinos situados más al sur, en el México central, debido al cierre de la frontera norteamericana a los braceros, pues de ahí salían los contingentes más numerosos.

En el norte intermedio los focos de atracción se desarrollan a un ritmo bastante rápido para atraer a los migrantes. Al este, los sectores poblados son bastante cercanos unos de los otros para que una capital fuerte —Monterrey— coordine sus actividades. Al contrario, en la cadena del noroeste, las distancias se amplían y hasta ahora ninguna ciudad ha tenido la fuerza necesaria para organizar la población más allá de su alrededores inmediatos. No es seguro que las dos capitales de Estado, Culiacán y Hermosillo, sean las mejor colocadas desde este punto de vista, con respecto a Ciudad Obregón y sobre todo a Mazatlán. En la parte central, las distancias entre los núcleos poblados parecen demasiado grandes para que puedan establecerse relaciones mutuas intensas: el núcleo de Chihuahua es muy dinámico pero muy aislado, mientras que el de La Laguna, bien vinculado al antiguo norte, es un foco de emigración.

El *norte fronterizo* es el más dinámico: atrae a numerosos inmi-

⁸ Los datos que se refieren a la enseñanza superior provienen de A. Lajous Vargas (7).

grantes, casi únicamente hacia las ciudades importantes. Su agricultura depende de ríos internacionales (Río Bravo y Río Colorado); su comercio, sus servicios y su turismo dependen estrechamente de las relaciones con los Estados Unidos, así como su actividad industrial, situada, según los casos, a un lado u otro de la frontera, pero destinada esencialmente al mercado norteamericano. Parece indispensable que este crecimiento urbano único en el mundo sea orientado y organizado teniendo en cuenta los intereses y la repartición de núcleos de poblamiento en los dos países vecinos. En particular, el poblamiento del Estado de Baja California tiene vínculos estrechos con el de la California norteamericana y más precisamente con los 7 millones de la aglomeración de Los Ángeles.

Si bien el norte de México ocupa más de la mitad del territorio nacional y posee elementos esenciales de la economía del país, y sobre todo de sus exportaciones, su peso demográfico es mucho menor. Los Estados fronterizos, con aproximadamente 5.5 millones de habitantes en 1960,⁹ apenas sobrepasan la aglomeración de México, o sea aproximadamente 1/6 de la población del país. El conjunto del norte, incluyendo las viejas regiones de donde provienen los emigrantes en dirección de las nuevas, representan 9.5 millones de personas, o sea más de la cuarta parte de la población nacional.

B) *México central*. En un poco más de la décima parte del territorio nacional, encontramos aquí casi 16 millones, o sea aproximadamente 4/10 de la población del país. Aquí es donde encontramos las peculiaridades que dan su originalidad a todo el país: densidades de población rural muy antiguas, de origen colonial o precolonial, un desarrollo diversificado de la vida urbana con ciudades muy grandes, contrastes marcados en cortas distancias.

La población rural ocupa un medio muy variado de cuencas, lomas y sierras que se reparten en pequeñas unidades de algunas decenas o centenas de kilómetros cuadrados. Tanto es así que el mapa de densidades de población muestra, a gran escala, fuertes contrastes entre las mejores tierras cuya población pasa a menudo de 100 y a veces de 200 habitantes por km.² y las tierras mediocres que tienen apenas de 10 a 50 habitantes por km.². Estas fuertes densidades han dejado de aumentar en todas partes desde hace medio siglo; corresponden a un subempleo de la población rural que disminuyó durante los años 1930-1940 gracias a la abundante repartición de tierras ejidales, pero que se acentuó en las recientes décadas, afectando sobre todo a los jóvenes que raramente han podido obtener tierras. Estas densi-

⁹ Todas las cifras de población provienen, salvo especificación contraria, del *Censo de Población de 1960*.

dades fuertes se acompañan también de una fragmentación de las explotaciones agrícolas que son a menudo minifundios de baja rentabilidad.

Las poblaciones rurales se agrupan aquí —lo hemos visto— en grandes aglomeraciones de varios millares de habitantes. Es particularmente el caso de regiones de tradición indígena, principalmente en las cuencas en donde las tierras de temporal son de buena calidad (cuenca de Puebla-Tlaxcala, de México, de Toluca) o bien en las cuencas irrigables (Morelos, región de Izúcar de Matamoros, de Tehuacán y del Mezquital). Agrupamientos similares se encuentran en las cuencas irrigadas, explotadas desde la época colonial, como por ejemplo las tierras del Bajío que se escalonan desde San Juan del Río hasta el Lago de Chapala, en los Estados de Querétaro, Guanajuato, Michoacán y Jalisco. Inclusive si es muy numerosa, como en las regiones indígenas de la Sierra Norte de Puebla, la población se encuentra mucho más dispersa en las colinas y montañas; esto sucede sobre todo en donde la ocupación se hizo solamente a partir de fines del siglo XVIII, en ciertos sectores del Estado de México, pero sobre todo de Michoacán y de Jalisco, en particular en los Altos, donde las tierras mediocres son más propias a la ganadería que a la agricultura.¹⁰

Si se excluyen las dos grandes metrópolis, México y Guadalajara, ninguno de los grandes Estados del centro —incluso Puebla— tiene menos de las 2/3 partes de población rural o “mixta”, y se sabe que inclusive grandes aglomeraciones de más de 5 000 habitantes mantienen aquí un carácter rural muy marcado.¹¹ En el centro, sin embargo, la vida urbana tiene tradiciones muy antiguas: pre-colonial en las zonas azteca o tarasca, y colonial, ligada a la administración, a la iglesia católica y a la explotación minera que permitieron la multiplicación de pequeños centros urbanos. Así, la vida rural y la vida urbana están dotadas en el centro de México de una permanencia de varios siglos que, asociada con las fuertes densidades, constituye un carácter único en América Latina.

Otra peculiaridad, cuyas consecuencias fueron esenciales, es el desarrollo de varias grandes ciudades y de una capital nacional en el corazón mismo de la región rural de tradición indígena más poblada, sin que las relaciones con el exterior, terrestres y marítimas, tuvieran durante mucho tiempo una influencia predominante sobre

¹⁰ Aquí como para las otras regiones, la repartición de la población por nivel de agrupamiento se debe a L. Unikel (2), así como la mayor parte de las indicaciones referentes a la inmigración hacia las ciudades.

¹¹ Para la descripción de estos medios naturales, ver en particular H. Enjalbert (8).

su crecimiento. De la misma manera, Puebla y Guadalajara se desarrollaron en el interior del país. Este desarrollo urbano ha tenido consecuencias profundas: la hispanización y el mestizaje progresaron desde muy temprano, a tal punto que actualmente sólo las regiones muy pobres (Mezquital) o muy aisladas (sierra de Puebla) aún mantienen poblaciones numerosas de tradición indígena. Otra consecuencia de la presencia de la capital nacional fue la creación de vías de comunicación numerosas, destinadas, en cuanto a las vías férreas, a vincular a México con las fronteras y las capitales de Estados; luego, en cuanto a las carreteras, desde hace cuarenta años fueron mejor diseñadas para las necesidades de la población del centro: hay pocas regiones rurales a más de 10 o 20 km. de una carretera transitable en todas las estaciones.

Los campesinos del México central, sin embargo, no esperaron los transportes modernos para emigrar en gran número hacia las ciudades. Estas migraciones se dieron en flujos reducidos desde el interior mismo de los Estados hacia las ciudades medianas, incapaces de acoger mucha mano de obra —salvo Guadalajara, desde hace más de 15 años, y Puebla más recientemente. Es, pues, la Ciudad de México la que acoge la mayor cantidad de inmigrantes. Sin duda, la capital recibe contingentes de todo el país, pero son los Estados del México central los que envían hacia ella la mayoría de los inmigrantes. De estos Estados muy poblados procedieron las tres cuartas partes de los inmigrantes permanentes de México de 1910 a 1950. En 1960 ingresó todavía más de las dos terceras partes de esa fuente, mientras que el sur del país comenzaba apenas a ofrecer su contingente. En el interior mismo del México central los Estados vecinos de la capital, muy poblados y pobres, se encontraron ligados a Tenochtitlan incluso antes que a México: de ellos salió la mayor parte de los inmigrantes. Más del 10% de los nativos de dichos Estados viven en la capital.

Las intensas relaciones entre las campiñas del centro y las grandes ciudades, México sobre todo, tuvieron consecuencias diversas según las regiones. Por lo que se refiere a los productos industriales fabricados en la Ciudad de México, se venden ante todo a la propia población (cuadro 1); sin embargo, ésta asegura la prosperidad de ciertas regiones rurales puesto que compra sus productos agropecuarios y aumenta en sentido inverso sus ventas de productos industriales o de servicios a estas regiones cuyo nivel de vida crece. Por otra parte, los progresos sanitarios que se dieron más temprano aquí que en otras regiones rurales tradicionales, han llevado a un crecimiento de población que la emigración logró reabsorber sólo

de una manera parcial. El subempleo rural pesa sobre el bajo nivel de vida de estas regiones. Las fuertes inversiones escolares reabsorbieron sólo parcialmente el analfabetismo de estas regiones: en 1960 la mitad de la población era todavía analfabeta (45 a 55%) y 20 a 30% de la de las ciudades. El uso de la radio se difundió de manera bastante amplia, lo que, frente al nivel de vida alcanzado por los campesinos, les proporciona modelos de consumo que difícilmente se pueden satisfacer: la incitación a encontrar trabajo en la ciudad aumentó, ya que en ellas el nivel de vida es dos veces superior al del campo.

Los contrastes marcados entre ciudad y campo y las otras características del México central no se presentan con la misma claridad en las dos mitades (oriental y occidental) del conjunto. La parte oriental, por lejana, es la más característica, mientras que en el oeste surgen ciertos elementos de las regiones "nuevas", norteñas o meridionales.

La parte occidental, pues, no tiene ni las densidades máximas de población rural, ni relaciones exclusivas con la enorme capital nacional. Si se examinan en mapas de escala mediana, las densidades rurales no alcanzan 70 habitantes por km.² sino en las partes más fértiles del Bajío; más a menudo son inferiores a 50: se trata de regiones pobladas más recientemente que las del este, salvo el pequeño núcleo indígena tarasco. La ocupación agrícola de las mejores tierras (Bajío) se llevó a cabo durante la época colonial; las faldas de las colinas y de las sierras se poblaron sobre todo en el siglo XIX. Así, la población se dispersó parcialmente en rancherías cuyos campesinos habían adquirido la propiedad de las tierras que cultivaban antes de la reforma agraria. La tendencia al minifundio es menos marcada y ahí donde la irrigación o la ganadería han dado lugar a producciones comerciales, la vida rural es bastante próspera. Las ciudades del oeste nunca pudieron absorber más que una parte del exceso de población rural, a tal grado que una corriente está orientada hacia México, particularmente desde Michoacán y Guanajuato.

Pero Guadalajara absorbió una buena parte de los emigrantes de Jalisco y esta ciudad extiende e intensifica su poder de atracción desde hace más de 10 años. En el extremo oeste surge así un contrapeso a la influencia predominante de México, lo que además tiene como consecuencia que en un radio de más de 200 kms. de Guadalajara ninguna ciudad importante se desarrolle: las ciudades de Michoacán occidental son pequeñas y Aguascalientes es un centro de emigración. El aumento de enseñanza superior revela claramente la fuerza de Guadalajara, ya que el número de estudiantes creció a más

del triple, crecimiento que no se presentó en las otras metrópolis mexicanas. Del mismo modo, esta ciudad tiene un crecimiento demográfico mayor que las demás en 1950-60, aunque en gran parte se debe a la inmigración.

En el sector situado más cerca de Guadalajara que de México, se encuentra una red de ciudades medianas inscritas en un triángulo Querétaro-León-Morelia. Algunas pequeñas ciudades se mantienen estancadas, mientras que las medianas y las grandes atraen inmigrantes. Se puede pensar que una infraestructura de servicios públicos concentrada en una o dos de estas ciudades permitiría desarrollar actividades capaces de atraer a los emigrantes de Michoacán y de Guanajuato con un desplazamiento de corta distancia, sin admitir por ello que sea actualmente redituable instalar en esta zona los servicios superiores que ya existen en Guadalajara y México.

La *parte oriental* de México central está dominada por la ciudad de México, que frenó el desarrollo de otras ciudades, con excepción de Puebla. Sin embargo, esta última no atrajo los emigrantes de las regiones circundantes en las últimas décadas; lo mismo aconteció con Toluca y todavía más con Pachuca, centro minero en decadencia y foco de emigración. Sólo Cuautla y más todavía Cuernavaca aprovecharon un turismo de fines de semana gracias a su clima caliente y a sus albercas a poca distancia de la Ciudad de México. Las poblaciones rurales de las regiones de riego cercanas a la capital han mejorado a veces su nivel de vida: en las cuencas de Puebla o de México, en el Mezquital y sobre todo en Morelos. La Ciudad de México, además, representa un éxito para aquellos que se fueron a vivir ahí: la cantidad siempre creciente de empleos ha proporcionado un nivel de vida, de educación y de salud elevado para la séptima parte de la población mexicana. Sin embargo, la polarización de los emigrantes hacia la capital disminuyó: la zona urbana agrupaba el 12% de la población nacional en 1950, el 14% en 1960 y probablemente sólo el 15% en 1968, con 6.8 millones de habitantes. Esto representa en ocho años un crecimiento del 38%, lo que deja un papel diminuto a la inmigración en el crecimiento de la población. Ciertos factores de crecimiento sin duda disminuyeron: nuevas industrias se instalaron sucesivamente en Ciudad Sahagún, Toluca, Puebla y Cuernavaca. El crecimiento de la enseñanza superior fue mucho más sostenido en provincia que en la capital, donde la población estudiantil del país bajó del 68 al 53% entre 1959 y 1967: así disminuye un poco la tendencia de utilizar servicios de un muy alto nivel técnico en la capital. Este decrecimiento de México es saludable, ya que permitirá tal vez atrasar, incluso evitar

la saturación de los servicios públicos (transportes, agua, teléfono) y que de otro modo se evitaría únicamente a costo de inversiones más y más considerables.

C) *Las orillas meridional y oriental del México central.* Las características de la población cambian si uno se aleja del núcleo de población del México central, en dirección al sur o al este: las densidades son más bajas, las comunicaciones no tan buenas, las migraciones hacia la capital menos intensas. Estas regiones mantienen con el núcleo central relaciones más importantes que las que se sitúan más allá del Istmo de Tehuantepec; sin embargo, de ambos lados del istmo se encuentran tierras a menudo calientes, aisladas, dotadas de fuertes contrastes de densidad y parcialmente pobladas por núcleos indígenas poco transformados desde la época colonial, por lo que algunos rasgos son comunes a las regiones que colindan con el México central y las regiones transísmicas del este. Pero todas estas regiones son demasiado contrastantes para que se puedan describir como un conjunto, método que se justificaba para el norte o el centro del país.

La fachada veracruzana tiene características de fuerte originalidad, desde Tampico hasta los Tuxtlas. Esta región se ha quedado durante mucho tiempo aislada, con poblamiento mediano y densidades siempre más bajas que en las campiñas vecinas del altiplano o de la sierra, y fuertemente sometida a enfermedades tropicales, por su clima. El panorama cambió en un principio, gracias a la explotación del petróleo en la parte norte, y luego gracias a las represas hidroeléctricas y al drenaje de zonas pantanosas. Todas estas obras obligaron a multiplicar las rutas que se añadieron a las tres vías férreas antiguas: el eje de carretera norte-sur ahora es continuo, mientras que la llanura está unida al altiplano, a través de la sierra, por una decena de caminos transversales. Si la desaparición del paludismo permitió un crecimiento natural rápido de la población, una inmigración moderada se añadió, mientras que las ciudades se multiplicaron y ciertas regiones rurales atrajeron inmigrantes desde la desaparición del paludismo, gracias a la abundancia de buenas tierras. Se encuentra aquí un caso excepcional de equilibrio: una población bastante numerosa que crece rápidamente, mientras mejora su nivel de vida por los nuevos recursos de la agricultura, de la ganadería y del petróleo. Si la población rural se mantiene predominante, tenderá a reagruparse en aglomeraciones de mayor tamaño.

El crecimiento urbano es rápido, pero parte de un modesto nivel de urbanización: pasa de 14% en 1940 a más del 21% en 1960. Las pequeñas ciudades de la sierra son a menudo lugares de emigra-

ción, pero lo mismo ocurre con las ciudades industriales antiguas que recibieron recientemente pocas inversiones, como la zona urbana de Orizaba. Algunas ciudades ligadas a regiones agrícolas se desarrollaron sobre todo entre 1940 y 1950, como Córdoba, Valles y El Mante o más recientemente Cosamaloapan. Las ciudades petroleras crecieron y atrajeron inmigrantes durante los trabajos de perforación: Tampico creció lentamente después de 1940, sin desarrollar su papel portuario. Poza Rica después de 1950 no atrajo más emigrantes. Así, el desarrollo urbano permanece modesto y sobre todo irregular, estrechamente ligado a industrias de base o a cultivos de exportación. La abundancia de agua, la mano de obra numerosa, la proximidad del México central con el que las ciudades mantienen relaciones, deberían permitir un verdadero crecimiento de las industrias de transformación. Esto presupone la elección de ciudades en donde la enseñanza superior debe desarrollarse en relación con las necesidades técnicas locales. A este respecto la gran ciudad de Tampico está poco estimulada, mientras que los progresos rápidos realizados en el Estado de Veracruz se localizan sobre todo en Jalapa, capital política que crece muy lentamente, y el puerto de Veracruz atrae sólo una inmigración débil. El desarrollo de la fachada veracruzana está muy vinculado al México central: se aprovechó de ello para la explotación de sus productos básicos, pero sus ciudades no han sido suficientemente estimuladas.

La parte central de la fachada del Pacífico es mucho menos poblada que la del Golfo. Es un vasto territorio que comprende los Estados de Oaxaca y Guerrero, Colima y las partes meridionales poco pobladas de los Estados de México, Michoacán y Jalisco. Una buena parte de esta región es a la vez caliente y seca, en la cuenca del Balsas; las densidades de población son menores de 10 habitantes por kilómetro cuadrado, a tal grado que este amplio conjunto tiene apenas 3 millones de habitantes, o sea menos que el conjunto huasteco-veracruzano. La proporción de la población urbana es excepcionalmente baja: de 5 a 8% en los dos grandes Estados. Con pocas excepciones, son regiones de emigración, pero mucho más débiles en este sentido que el campo de la zona central, y mucho más recientes. Esta emigración se dirige a la capital federal principalmente. Se entiende mejor la escasa proporción de los emigrantes desde estas regiones si se toma en cuenta que en muy amplios espacios la gente permanece aislada: aproximadamente la mitad vive en aglomeraciones de menos de mil habitantes y la red de transportes es muy pobre, salvo en Colima. La carretera paralela a la costa está todavía incompleta y las vías perpendiculares están en construcción, salvo la de

Acapulco. Al mismo tiempo encontramos aquí los niveles de vida más mediocres del país, desde luego acompañados de las más elevadas tasas de analfabetismo (hasta un 70%). Se puede decir que una vez que la población se encuentre mejor ligada a la vida nacional, incrementará probablemente su emigración hacia regiones más ricas del centro. Hasta la fecha las regiones costeras, potencialmente más ricas, pero poco explotadas, sólo han atraído una inmigración débil, sobre todo en la parte occidental y particularmente en Colima o en la región de Acapulco en la parte central; en las regiones interiores la zona de riego de Tepalcatepec, a pesar de su prosperidad, también atrae una inmigración modesta. Ahora bien, la situación de las poblaciones rurales es particularmente difícil en la parte oriental (Oaxaca y Guerrero oriental) porque las densidades son mucho más elevadas, con una agricultura de minifundios en tierras medianas de laderas que sufren una fuerte erosión. Estas densidades, a menudo superiores a 40 habitantes por kilómetro cuadrado, se encuentran en las tierras altas en donde vive una población indígena que pertenece a civilizaciones avanzadas (mixtecos y zapotecos principalmente). Numerosas poblaciones indígenas existieron igualmente en el este del México central, pero ahí hubo un profundo mestizaje. Permanecen también en la fachada huasteca veracruzana, pero se puede pensar que los problemas económicos lograrían resolverse en la atmósfera de prosperidad que domina estas regiones. Al contrario, las posibilidades son mucho más reducidas en Oaxaca, donde solamente una ayuda financiera y técnica importante del gobierno federal podría favorecer las migraciones hacia el frente veracruzano o hacia la costa del Pacífico para aliviar las tierras altas, ya que la ciudad de Oaxaca tiene pocas posibilidades de mejorar el nivel de vida de los inmigrantes que atrae.

D) *El México oriental transístmico*. Respecto a las dos regiones que enmarcan el México central al este y al sur, se encuentran pocas diferencias en las regiones orientales. Sin embargo, lejos del núcleo dominante del centro, el aislamiento y las dificultades de valoración alcanzan inclusive a los sectores cuyos recursos potenciales son grandes. El conjunto rebasa apenas los 2.5 millones de habitantes.

Los recursos más abundantes se encuentran en las llanuras del Golfo (Veracruz oriental, Tabasco y Campeche occidental). Con excepción del Tabasco central, estas regiones están casi vacías. Muchas tierras disponibles podrían estar más pobladas, pero aquí no existe el abastecimiento de emigrantes que Veracruz encuentra en el centro. Así, con excepción de algunas regiones agrícolas modernizadas (Chontalpa, Río Candelaria) y a pesar del desarrollo de las ciudades petro-

leras y de los puertos, estas regiones sufren una pequeña emigración en dirección del México central. Salvo algunas excepciones, los niveles de vida de las poblaciones rurales se mantienen mediocres y el esfuerzo para la creación de una infraestructura apenas está comenzando.

La situación es semejante en Chiapas, salvo que se encuentra en los altos un fuerte nivel de población indígena de lengua maya, que difícilmente puede mejorar sus condiciones de existencia en este lugar: con la ayuda del Instituto Nacional Indigenista, al igual que en Oaxaca, se puede mejorar el nivel emigrando a las llanuras del Grijalva, situadas río abajo de Tuxtla Gutiérrez o trabajando temporalmente en las regiones de café. Las demás zonas de Chiapas se mantienen poco pobladas, excepto en la región cafetalera del Soconusco que atrae a Tapachula más población que Tuxtla Gutiérrez. Sin embargo, se da algo de emigración hacia el México central, al igual que desde las llanuras del Golfo, ya que la infraestructura de la región es muy reciente, lejos del centro de iniciativas y de consumo del país.

Así, todas estas regiones, con su población rural dominante y muy dispersa y su débil urbanización (10% en Chiapas y Tabasco), parecen necesitar pequeños centros urbanos para el desarrollo de una vida regional que ponga fin al aislamiento, que facilite la escolarización y que permita crear nuevas fuentes de empleo: el aislamiento con respecto al centro de México representa una desventaja para las inversiones privadas o públicas como para el progreso técnico. No obstante, sería prematuro querer escoger una capital única con un nivel técnico elevado, puesto que así se favorecería sólo uno de los tres centros urbanos que actualmente existen: Tuxtla Gutiérrez, Villahermosa o Minatitlán-Coatzacoalcos.

La región al noroeste de Yucatán, fuertemente poblada, es la más aislada de México. Está separada del resto del país por regiones de selva casi vacías; la vía férrea y la carretera se establecieron tardíamente. Se trata del único núcleo de poblamiento indígena establecido en tierra caliente que resistió a la penetración colonial. Actualmente la población rural pasa de 40 habitantes por kilómetro cuadrado. La lengua maya, en vez de perder importancia, se mantiene inclusive en las ciudades. La población está fuertemente concentrada en grandes núcleos, debido esencialmente a los reagrupamientos alrededor de los monasterios en la época colonial; luego por el desarrollo de las ciudades durante la Colonia y en el momento de la introducción de los cultivos de henequén a fines del siglo XIX: menos de la cuarta parte de los yucatecos viven en aglomeraciones

de menos de mil habitantes y más del 30% vive en ciudades. Esta situación favorece la escolarización: el analfabetismo es inferior al 55% en el campo, al 30% en las ciudades —situación similar a la del México central o de Veracruz—, a pesar de tener uno de los niveles de vida más bajos del país. Ni la explotación del henequén ni la agricultura tradicional mejoraron la situación de la región. A pesar de buenas vías de transportes en el interior del núcleo poblado, hacia la capital o el puerto, la separación casi completa del resto de la República frenó toda inversión y todo progreso técnico; además, los recursos explotables no son muy atractivos. Así se explica que el crecimiento natural sea, con el de Oaxaca, el más bajo de México, que las ciudades sean focos de emigración y que el conjunto de Yucatán provea a la región central de una emigración modesta. La explotación de amplios territorios vacíos en Campeche o en Quintana Roo tampoco ha atraído hasta ahora a los campesinos yucatecos. El mejoramiento de Yucatán implica una ayuda financiera del gobierno federal análoga a la que necesita Oaxaca, en condiciones de aislamiento mucho más graves.

Después de examinar las diferentes regiones del país se puede preguntar si la población en su conjunto se ha beneficiado con un *desarrollo económico y social* desde hace tres o cuatro décadas. A nivel nacional, el crecimiento económico fue siempre más rápido que el crecimiento demográfico, lo que representa un logro notable. Pero al hablar de *desarrollo* a nivel regional, se suele considerar necesario que el nivel de vida se eleve y que la población y los recursos explotados estén mutuamente mejor adaptados para que los contrastes de nivel de vida se atenúen. Ahora bien, el crecimiento económico se concentra siempre en algunos sectores privilegiados: como ha sido muy rápido, las desigualdades entre regiones son tanto más difíciles de reducirse.

Las regiones del trópico mexicano, que limitan la región central y sobre todo más allá del istmo, han tenido un crecimiento débil y no han conocido el desarrollo como fue definido anteriormente, con excepción, sobre todo, de Veracruz, cuyo crecimiento evidente puede orientarse fácilmente hacia un verdadero desarrollo. {La región central tiene polos de crecimiento económico notables que han incrementado durante mucho tiempo las desigualdades regionales en provecho de la capital; por otra parte, han permitido desde hace poco un desarrollo del conjunto al acercar los niveles de vida del campo y de las ciudades.} El importante crecimiento económico del norte llevó a su población a un desarrollo regional muy notable, si se admite que ese desarrollo puede acompañarse de una fuerte depen-

dencia exterior. Por lo tanto, se puede decir que quizás dos terceras partes de la población mexicana están cerca de alcanzar o ya alcanzaron un desarrollo regional más armonioso. Sin embargo, una fuerte minoría aún se queda al margen del desarrollo económico y el crecimiento rápido de ciertas regiones produce sin cesar nuevas desigualdades que únicamente pueden ser atenuadas por vigorosas acciones políticas.

BIBLIOGRAFÍA

- BATAILLON, C. *Les régions géographiques au Mexique*, Paris, 1968, Travaux et mémoires de l'Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine núm. 20 (edición en español, México, Siglo XXI, 1969).
- UNIKEL, L. "El proceso de urbanización en México, distribución y crecimiento de la población", *Demografía y Economía*, vol. II, núm. 2, pp. 139-182.
- GUTIÉRREZ, M. T. *Geodemografía del Estado de Jalisco*, UNAM, Instituto de Geografía, 1968.
- Encuesta sobre ingresos y gastos familiares en México*, Banco de México, Oficina de estudios sobre Proyecciones Agrícolas, 1966.
- Investigación de vivienda, 3 tomos, Seguro Social, México D. F., 1966.
- BATAILLON, C. "Comunicación de masas y vida urbana en México", *Revista de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 32, 1963, pp. 143-158.
- LAJOUS VARGAS, A. "Aspectos regionales de la expansión de la educación superior en México, 1959-1967", *Demografía y Economía*, vol. II, núm. 3, pp. 404-427.
- ENJALBERT, H. *Algunas ideas sobre regionalización geográfica económica en México*, t. I de la Memoria de los trabajos de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos de 1966 y 1967, México, 1969, pp. 161-280

LAS CIUDADES FRONTERIZAS Y LOS PUERTOS DE MÉXICO

Enrique Valencia

I. Una mentalidad simplista ha dado por sentado que poseer extensas costas es por sí mismo un don casi providencial, que se ve sensiblemente acrecentado cuando esas costas se localizan en diferentes mares. Y aun cuando el criterio no es exactamente igual en cuanto al hecho de tener fronteras con países ricos, también en este caso ronda ese mismo principio simplista que consiste en suponer que los vecinos ricos generarán, automática y espontáneamente, una buena parte de la riqueza nacional. Sin embargo, los datos muestran que muchos países con costas amplias y con vecindario inmemorialmente rico, no derivan nada o casi nada positivo de esos factores, como no sea problemas que generalmente tienen que ver con el subdesarrollo social: insalubridad ambiental, aislamiento geográfico, bajos niveles de subsistencia, contrabando, delincuencia, etcétera, etcétera. Expresando lo mismo de otra manera, diríamos que la posesión de vastos litorales y de fronteras geopolíticamente importantes se reflejará en las posibilidades de desarrollo de un país, sólo en la medida en que ese país pueda derivar de esas circunstancias factores multiplicadores de su propio desarrollo; bien sea porque puede explotar de manera productiva los recursos de los mares territoriales, o porque puede establecer relaciones positivas de intercambio económico y cultural con sus vecinos. Además, este fenómeno de interdependencia se halla necesariamente relacionado con el estado y las formas de integración de tales costas y zonas fronterizas con el resto del país, de tal manera que los efectos de multiplicación por ellas generados no vayan a diluirse en el mar de las discontinuidades o en la aberración de la dependencia. Nos parece que, por lo contrario, más bien se produciría un proceso de subdesarrollo interno, como aquel de que habla Myrdal cuando se refiere a las desigualdades regionales internacionales e intranacionales.

Parece pertinente hacer estas consideraciones antes de analizar lo que ha sucedido en estos años con los puertos y ciudades fronterizas

de México, y la relación que pueden tener esos sucesos con el proceso general de desarrollo del país. Tal pertinencia tiene un doble sentido: el de no caer en simplismos como los señalados y el de la necesidad de enmarcar la situación de esas localidades dentro del marco más amplio de las transformaciones regionales, nacionales e internacionales que las determinan más significativamente.

Si se observa un mapa de zonificación de México la situación que se contempla es más o menos la siguiente: una zona central densamente poblada, bien comunicada y con un alto proceso de urbanización; luego, a partir de ese centro, la aparición de soluciones de continuidad que representan "zonas de laguna", cuyos bordes van a terminar en aquellas otras en que se produce un desarrollo localizado, y a partir de las cuales el fenómeno antropogeográfico va haciéndose cada vez más tenue. Varias de esas zonas de desarrollo localizado corresponde precisamente a ciudades fronterizas y a puertos, pero otras representan solamente polos de desarrollo regional; sin embargo, por lo menos en un caso: Monterrey, podría relacionarse ese polo con su proximidad a la frontera. Ésta no es precisamente la imagen del mosaico cultural de que tantas veces se ha hablado, sino más bien un panorama de discontinuidades dentro de un patrón centralista, con un proceso todavía predominante centrípeta y, consecuentemente, con zonas marginales. Un análisis de los indicadores más significativos del desarrollo económico muestra claramente ese desequilibrio regional, por lo que no es necesario insistir más sobre la cuestión.

Aun si la visión de estos hechos es de nivel más profundo, es decir, si la imagen se construye sobre la base de indicadores socioeconómicos que muestren la dinámica de cada zona, el panorama es semejante aunque no congruente. En efecto, la discontinuidad sigue presente, pero la polarización entre zonas de "alto" desarrollo y de "muy bajo" desarrollo es mucho más acentuada, sirviendo de trasfondo la vasta extensión del "bajo" desarrollo, que viene a ser la situación más generalizada.

El efecto más importante que encontramos asociado a esta situación es el del tipo de orientación que derivan de ella los puertos y las ciudades fronterizas en cuanto a su actividad económica y a su vida social y cultural. Resulta obvio que sobre un panorama de discontinuidad la influencia que pueden ejercer las zonas limítrofes o los centros de ultramar es diferente a aquella que estuviera condicionada por una integración nacional mucho más alta. Es decir, en la misma medida en que la integración sea débil y grande la discontinuidad, la orientación hacia afuera será mucho más efectiva y persistente, y

al contrario. Esto es sobre todo evidente en relación con la frontera norte de México, cuya orientación respecto de los fenómenos socioeconómicos del sur de los Estados Unidos es muy fuerte, hecho que ha sido subrayado en la actualidad por la "Operación Intersección". En el caso de las zonas costeras el tipo y grado de orientación se presenta menos perceptible, aunque desde luego también existe; el ejemplo más claro se encuentra en la zona costera del Golfo, especialmente en su sector central, continua y claramente influido por las relaciones de intercambio comercial con el exterior. Claro está que el fenómeno de la orientación socioeconómica regional no se da en un solo sentido y que las divergencias en el rumbo dependen de la potencialidad económica asociada a cada una de las zonas en contacto. Así por ejemplo, las zonas limítrofes del sur de México ejercen una clara atracción sobre sus vecinas de Guatemala y Belice, mucho menos desarrolladas.

Por otra parte los puertos y las ciudades fronterizas crean zonas de influencia en su derredor nacional, llegando a producir áreas de agrupamiento socioeconómico, tal como sucede en la parte noroeste del Pacífico mexicano y en el conjunto Ensenada-Tijuana-Mexicali. En términos de análisis, tales hechos se traducen en la necesidad de determinar el *hinterland* o trastierra de unas y otras localidades.

Quisiéramos agregar a esta consideración general del problema una última consideración de índole histórica. La pauta de localización de la actividad económica en la época colonial, cercana a aquellos lugares en donde se localizaban los recursos naturales o los centros de demanda interna, contribuyó a crear "vacíos". El norte era una de estas regiones "vacías" que se extendía por los extensos territorios del sur norteamericano, aún despoblados en gran parte debido a sus condiciones ecológicas y a la dificultad de explotar sus recursos.

II. Los estudios sobre el desarrollo regional de México¹ muestran que el nivel de ese desarrollo, con respecto de los puertos y las ciudades fronterizas, presenta los siguientes hechos: "muy elevado" en Nogales y Ciudad Juárez en el norte; en Tampico-Ciudad Madero y Coatzacoalcos-Minatitlán en el sur y en Mérida-Progreso en el sur. Estas zonas se caracterizan por ser centros urbanos importantes, que en general ejercen una gran atracción sobre la población regional, por lo cual el incremento en el volumen de los habitantes ha sido considerable en el decenio 1950-1960 (en promedio el 67.2%); entre un tercio y la mitad de la población se halla ocupada en actividades

¹ En este punto hemos seguido, principalmente, el trabajo de Claudio Stern. *Las regiones de México y sus niveles de desarrollo económico*, tesis, México, 1966.

secundarias y el 50%, en promedio, en terciarias, correspondiendo al carácter preponderantemente comercial e industrial de su economía. En correspondencia, los ingresos son de los más altos de la República (media mensual de \$ 900.00), aunque resulta menor en el área Mérida-Progreso. En el caso de las zonas localizadas al norte, es claro que los factores esenciales de este "muy alto" nivel de desarrollo se originan en la actividad comercial y en el crecimiento reciente de una industria maquiladora, en ambos casos asociadas a la economía de la zona limítrofe norteamericana. Pero también ha sido muy significativo en este proceso el surgimiento de una agricultura altamente productiva, basada en el cultivo de trigo y algodón, fundamentalmente. Por lo que toca a las zonas del Golfo, en los dos primeros casos ese nivel se asocia a la industria petroquímica que tiene ahí su principal sede nacional y, últimamente, a la industria azufrera desarrollada en las cercanías de Minatitlán y Coatzacoalcos. El fenómeno de Mérida-Progreso es más difícilmente explicable, ya que, como es evidente, el principal producto del área —el henequén— muestra tendencias descendentes en cuanto a su valor de exportación, por lo que se ha planteado como alternativa su transformación industrial, proceso que ha comenzado hace poco. Nos parece que en este caso el desarrollo polar de la zona está conectado con la situación de aislamiento de toda la región yucateca, por lo que Mérida y Progreso emergen allí como un centro de máxima atracción.

Por lo que respecta a zonas de elevado desarrollo, localizadas en litorales o áreas limítrofes, se señalan las siguientes: la de Poza Rica-Tuxpan en el Golfo; las de Ensenada-Tijuana-Mexicali, este de Chihuahua, Piedras Negras, Nuevo Laredo y Salinas en el norte, y La Paz en Baja California Sur. En todos los casos se trata de ciudades de importancia media, con predominancia de actividades industriales, comerciales y de servicios. La población creció en estas localidades a un ritmo mayor que la mitad, en buena parte debido a la atracción nacional ejercida por algunos de estos centros urbanos, o por un movimiento de concentración intrarregional como en el caso de la Baja California Sur, actualmente ya comunicada con el resto de la península después de mucho tiempo de aislamiento. El ingreso mensual promedio de los trabajadores era de \$ 760.00, mayor que el promedio nacional. En este grupo parece que el factor de mayor incidencia para crear ese "elevado" desarrollo es el comercio, sobre todo en las zonas limítrofes; pero aquí, nuevamente, vuelve a hacerse presente la industria maquiladora y la agricultura de alta productividad, así como la importancia de la industria petrolera, localizada en el complejo industrial del Golfo de México.

Cabría señalar que la expansión regional de las zonas norteñas es más "tardía" que la de las otras agrupadas en estas dos clasificaciones. Y que el principal origen de ese desarrollo se halla asociado a la profunda mudanza agrícola creada por el riego y las posibilidades de una agricultura comercial. Pero debe agregarse también que en ese proceso tuvo mucho que ver la política de nacionalismo económico que advirtió la ventaja de crear una faja fronteriza para aprovechar la economía de consumo norteamericano, tanto para la exportación de productos alimenticios como del "turismo de evasión".

Entre las zonas con desarrollo "medio", pero de todas maneras superior al del país en su conjunto, encontramos asociadas a puertos y ciudades fronterizas las siguientes: en la costa occidental la de Hermosillo-Guaymas (noroeste-norte), la de Topolobampo-Mazatlán (Sinaloa sur); la de Matamoros en el norte, la de Campeche-Carmen en el Golfo y la de Tapachula en el sur. Estas zonas se caracterizan por ser productoras y comercializadoras de productos agrícolas de exportación (algodón, café, legumbres, camarón) o transformadoras de las mismas (empacadoras de alimentos). Aunque las localidades urbanas no son de tamaño muy grande, entre el 55 y el 70% de la población tiene esta característica. Las zonas del noroeste costero, del norte y del Golfo son focos de atracción de población, por lo que el crecimiento ha sido superior al natural. La población, en una proporción media cercana a la mitad (en 48.6%), labora en actividades primarias, y el salario mensual promedio es equivalente al nacional. El nivel "medio" de desarrollo de estas zonas se basa en especial en sus tasas de urbanización y en la relativamente alta proporción de gente ocupada en actividades terciarias, lo que seguramente se halla asociado al tipo de economía primaria de exportación que aquí ocurre.

Entre las zonas que tienen niveles de desarrollo "medio", pero inferior al conjunto del país, y en las cuales se localizan puertos o ciudades fronterizas, encontramos las siguientes: la de Muleje-Comandú en Baja California Sur; las de Manzanillo y Acapulco en el Pacífico centro; dos en el norte asociadas al área de Ciudad Juárez y Villa Acuña-Piedras Negras, y dos en el Golfo relacionadas con las zonas de Tampico y Campeche. En estas zonas, la mayor importancia económica se sustenta en una agricultura diversificada y en la ganadería, que en buena parte se destina a la exportación. La población es urbana en una proporción aproximada a la mitad y su crecimiento en el decenio mencionado es relativamente bajo (el 30.3%). Sólo el puerto de Manzanillo puede considerarse un foco de atracción de población, de tal manera que su incremento correspondió al 62.3%.

Más de la mitad de los habitantes económicamente activos (el 60% en promedio) se hallaba ocupada en actividades agropecuarias y un 22.8% en comercio y servicios. Sin excepción, el promedio del salario medio mensual (\$ 535.00) es inferior al nacional.

Las zonas que muestran “bajo” y “muy bajo” desarrollo incluyen amplias áreas costeras y de la frontera sur, pero ninguna en la del norte. Dentro de estas áreas obviamente quedan localizados puertos y ciudades fronterizas de menor importancia, con la probable excepción de Chetumal, debido a su nivel político-administrativo. En estas zonas predominan las actividades primarias con baja productividad general y las industrias allí existentes son de un carácter bastante elemental. La población es predominantemente rural (sólo el 32.5%, en promedio, vive en localidades urbanas) y en su mayor parte creció a un ritmo parecido al natural; además la tendencia más acusada fue hacia la emigración. Casi el 70%, de la fuerza de trabajo en promedio, se hallaba ocupada en actividades primarias y el ingreso mensual promedio (de \$ 436.00) fue considerablemente menor al nacional.

Este rápido vistazo de los diferentes niveles regionales de desarrollo del país, muestra que las zonas limítrofes del norte y los complejos urbanos-industriales del Golfo representan los grados más altos de desarrollo, sólo superados por los que se generan en el seno y en derredor del Distrito Federal. Sin embargo, entre unas y otras regiones se advierten diferencias significativas, especialmente en cuanto a la relación entre el país, como un todo, y la región. En efecto, mientras las concentraciones urbano-industriales del Golfo y del Distrito Federal se relacionan plenamente con todo el conjunto del país, esa relación llega a ser parcial y aun muy débil respecto de las zonas limítrofes del norte. En este sentido la orientación de la dinámica económica de estas zonas y su dependencia de los procesos industriales y comerciales del sur norteamericano, constituyen los rasgos más sobresalientes de la economía regional y, desde luego, de la problemática de su integración. Adquiere mucho mayor relevancia, por cuanto las zonas limítrofes del norte constituyen, como se ha señalado, un foco muy fuerte de atracción migratoria, lo que en última instancia representa un incremento constante de un mercado dependiente. Los datos que se proporcionan en particular para algunas ciudades de la frontera norte ilustrarán más detalladamente este fenómeno.

III. Para el análisis global por localidades hemos considerado solamente aquellas poblaciones que, de acuerdo con el censo de población de 1960, tenían diez mil habitantes o más, esto es, localidades urbanas de acuerdo con el criterio sugerido por las Naciones Unidas.

El volumen total de población urbana que entonces queda agrupado dentro de la categoría de ciudades fronterizas y puertos, era en esa fecha de más de dos millones de habitantes (2 003 691), lo que representaba el 5.8% del total de la población del país y el 11.3% de la urbana, tomando en este caso como criterio de clasificación de población urbana el que establece la estadística nacional. Ahora bien, si el punto de comparación se basa en las cifras propuestas por las Naciones Unidas, tal proporción alcanza el 14.7%. La mayor parte de esta población se concentró en las ciudades fronterizas del norte, con algo más de un millón de habitantes (1 013 822), los que proporcionalmente representan el 50.5% del total de la población urbana localizada en puertos y ciudades fronterizas. Siguiendo este mismo criterio, continúan en orden de importancia los puertos del Golfo con el 33.9%, luego los puertos del Pacífico con el 12.9% y finalmente las localidades limítrofes del sur —Tapachula y Chetumal— con el 2.5%.

Es indudable que la mayor jerarquía “urbana” de las ciudades fronterizas del norte del país se relaciona significativamente con el acelerado y sostenido crecimiento social de estas poblaciones, sobre todo durante la década 1940-1950, cuando el conflicto bélico mundial dinamiza enormemente la actividad económica de esta zona, convirtiéndola en un vigoroso foco de atracción migratoria, sobre todo respecto de las zonas más densamente pobladas y pobres del centro de México. Los análisis hechos sobre el proceso de urbanización en México ² muestran consistentemente que todas estas ciudades cumplen con una función de atracción “elevada” de población, y algunas de ellas, como Ciudad Juárez, Tijuana y Mexicali, con una “muy elevada” * función de atracción; en efecto, en los decenios de 1940-1950 y 1950-1960 estas ciudades se hallan comprendidas entre las que constituyeron los polos principales de crecimiento demográfico de la República. ³ Por lo demás, esta misma función atractiva de población la presentan en general todos los puertos y ciudades fronterizas, con excepción de Tampico y Campeche que muestran un moderado rechazo de población. A este respecto resulta importante señalar, además, que las entidades federativas en que se hallan localizadas unas y otras son todas —si se exceptúa Yucatán— entidades que atraen migración, fenómeno que se halla bastante generalizado

² Luis Unikel. “El Proceso de urbanización en México”, *Economía y Demografía*, vol. II, núm. 2, México, 1968.

* El grupo de ciudades formado por la Ciudad de México, Guadalajara, Monterrey, Ciudad Juárez, Mexicali y Tijuana, absorbieron el 67.8% y el 75.9% del crecimiento social del país en los decenios señalados.

³ *Idem.*, p. 163.

en el país. El fenómeno tiene importancia por cuanto puede decirse, de manera general, que los Estados que en 1960 mostraron más bajo nivel de urbanización son también los de más escaso desarrollo socio-económico, en tanto que las mayores tasas de urbanización se asocian, en general pero no muy claramente, con entidades que presentan mayores niveles de desarrollo. A pesar de lo generalizado del fenómeno de atracción de población por parte de las localidades fronterizas y costeras, hay diferencias significativas en cuanto al tipo mismo de esa atracción. En efecto, todas las entidades federativas de la frontera norte, excepto Coahuila, muestran atracción de población con base en localidades urbanas y, revelándose con ello, un acentuado y persistente proceso de urbanización que sólo se repite en los Estados de Colima, Chiapas y Veracruz, entre los que tienen puertos o ciudades fronterizas de alguna consideración demográfica. Queda reafirmado dicho fenómeno por el hecho de que entre las diez ciudades del país con mayor crecimiento social en la década de 1950 a 1960, cuatro pertenecen al tipo de las que analizamos: las ya mencionadas ciudades fronterizas de Ciudad Juárez, Mexicali y Tijuana, y el puerto de Veracruz, cuyo crecimiento social se ha acelerado sobre todo en las últimas décadas.

El fenómeno de urbanización de la faja norte del país presenta características peculiares que no han sido suficientemente atendidas. En general este fenómeno se ha asociado con la atracción que ejerce la actividad económica urbana de la zona, esencialmente comercial y de servicios hasta 1965, cuando se incrementa con el inicio del "programa de aprovechamiento de mano de obra sobrante", por medio del fomento de la industria maquiladora. Pero no ha sido suficientemente valorado el impacto que en el proceso de urbanización ha representado el desarrollo de una agricultura empresarial intensiva y las vicisitudes sufridas por esta actividad. Por una parte las crisis de la agricultura han dado lugar a desocupación y bajos salarios y, por otra, este tipo de agricultura ha hecho surgir al trabajador migratorio asalariado que probablemente habita en las ciudades de la zona en los momentos de receso. Datos relativos a 1968 señalan, por ejemplo, que la crisis agrícola en el valle de Mexicali-San Luis ha contribuido a acrecentar el desempleo y/o la subocupación debido a la depresión consiguiente de salarios; como se sabe, en estos casos la migración rural urbana interna se intensifica.⁴ Pero también puede producirse la emigración hacia otras zonas a salvo de crisis; tal parece ser el caso de Mexicali en el decenio 1960-1970, cuando amplias zonas agrícolas fueron salinizadas por las aguas del Río

⁴ *Panorama económico*, Banco de Comercio, México, mayo-junio 1969, p. 2.

Colorado, lapso en que su crecimiento anual ha sido de 3.9%, cuando se esperaba que fuera aproximadamente del 7.5%. Seguramente este decrecimiento "inesperado" se relaciona asimismo con la saturación de la actividad económica comercial y de servicios en la zona y los problemas que ha confrontado la economía de los Estados Unidos.

A semejanza de las consideraciones especiales relativas a los factores que hacen de la faja fronteriza del norte un polo de atracción de población —polo que tiene las características de ser de desarrollo— pueden hacerse también respecto de la zona media del Golfo, que presenta claras características de incremento en su industrialización y urbanización. En este caso los recursos petroleros, las condiciones favorables para el crecimiento de una industria agropecuaria, los recursos hidroeléctricos y forestales y un elevado potencial pesquero, hacen de la zona del Golfo una región privilegiada en el panorama del país. Aquí se encuentra el 75% de las reservas de gas en explotación y el 50% de la industria refinadora de petróleo y prácticamente la totalidad de los yacimientos, lo que se traduce en el mayor movimiento de cabotaje entre los puertos del país, con un 87% del total de toneladas. Es evidente que todos estos hechos se han traducido en un proceso migratorio hacia las principales ciudades de la zona, en especial al conjunto Minatitlán-Coatzacoalcos, municipios que según los datos preliminares del censo de 1970 crecieron en un 99% durante el decenio 60-70. En la década comprendida entre 1950 y 1960 las ciudades de Veracruz, Tampico y Coatzacoalcos tuvieron un incremento de población equivalente al 3.8%, 2.7% y 6.8% medio anual, respectivamente, computándose en este crecimiento el de la propia ciudad y el de localidades aledañas prácticamente absorbidas por ella.

Los datos municipales preliminares del censo de 1970 señalan que en general este crecimiento demográfico se ha mantenido como un fenómeno propio del país. No obstante, es también indudable que ese crecimiento de nuevo sigue el patrón de concentración en los polos industriales y en aquellos en que la agricultura comercial ha continuado desarrollándose, incrementándose correlativamente el fenómeno de la desigualdad y de la discontinuidad nacional. Tal es el caso de los municipios de la zona fronteriza (excepto el de Mexicali, que parece haber disminuido su crecimiento), de los del Golfo y, desde luego, de los que gravitan en torno al área metropolitana del Distrito Federal, cuyo efecto de centralización persiste, aunque ahora muestra una tendencia a salir de los límites mismos de la entidad político-administrativa ya saturada.

Al intentar realizar una caracterización del nivel socioeconómico



INVESTIGACIONES
SOCIALES

de las localidades fronterizas y de los puertos, se tropieza con la dificultad de que los indicadores de ese nivel se hallan en el censo como entidades y no como localidades. En esta perspectiva la situación comparativa muestra los siguientes hechos: a) El promedio del porcentaje de población económicamente activa es en todas las entidades muy semejante al nacional y similar entre las diferentes zonas; sin embargo, aparece mayor en las entidades del sur (28.6%) y menor en las del norte (23.9%), diferencia que probablemente se debe a que en el norte la mayor tasa de ingresos se traduce también en una menor proporción de gente ocupada en actividades productivas; b) Los promedios de la PEA dedicada a actividades primarias resultan comparativamente muy altos en los Estados del Pacífico, debido especialmente a los elevados porcentajes que arrojan Guerrero y Oaxaca (entidades tradicionalmente agrícolas), tendiendo a ser menores y casi iguales en el sur y en el Golfo, y siendo considerablemente menores en el norte, en donde solamente el 45% de la fuerza de trabajo se dedica a este tipo de actividades, proporción que es aún menor a la proyectada para el país en la década que se inicia; c) El porcentaje de la población económicamente activa que se dedica a actividades secundarias resulta muy semejante en el norte y en el Golfo, con promedios de 19.6% y 18.5% respectivamente; esas proporciones son mucho menores en el Pacífico y en el sur; d) La fuerza de trabajo en el sector terciario se presenta en menor cantidad en las entidades situadas en el Golfo y es algo más considerable en el sur y en el norte, debido posiblemente a varias razones: que siendo regiones fronterizas hay una mayor demanda de personal empleado en la administración pública, y que en la faja norte del país una considerable demanda de empleo se halla determinada por los servicios que prestan los nacionales en las poblaciones norteamericanas cercanas a la frontera; e) Los ingresos mensuales promedio, generados por el factor trabajo, aparecen enormemente altos en los Estados del sur debido a la alta cifra que arroja este indicador en el territorio de Quintana Roo; una explicación plausible para tal fenómeno nos parece que puede hallarse en el hecho de que la población del territorio se concentra en el principal centro urbano de la entidad, Chetumal, y que por ello sus actividades son fundamentalmente secundarias y terciarias. Si se elimina esta "atipicidad", la estructura de ingresos derivados del factor trabajo aparece comparativamente muy desarrollada en las entidades fronterizas del norte (\$ 888.17 en promedio), región en que se encuentran los salarios más elevados del país, si se exceptúan los que se pagan en el Distrito Federal (véase cuadro 1).

CUADRO 1

POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA, POR RAMAS
DE ACTIVIDAD Y POR INGRESOS DERIVADOS
DEL TRABAJO

(1960)

	PEA Total	PEA I	PEA II	PEA III	Promedio de ingresos por trabajo
B. California Sur	23.0	39.0	22.7	17.2	1 051.00
B. California Norte	20.7	30.4	25.3	20.2	1 470.00
Sonora	23.1	52.3	13.5	14.5	1 136.60
Chihuahua	26.1	57.6	13.4	12.8	631.51
Coahuila	24.8	44.2	22.2	14.8	589.87
Nuevo León	23.8	42.6	23.5	10.9	677.42
Tamaulipas	25.8	49.4	17.8	14.7	660.82
<i>Promedio norte</i>	23.9	45.1	19.6	15.0	888.17
Sinaloa	26.0	45.1	13.2	17.5	851.00
Colima	24.9	62.8	10.3	12.9	552.26
Guerrero	25.6	80.6	6.3	5.8	424.16
Oaxaca	27.0	69.3	14.3	16.2	282.28
<i>Promedio Pacífico</i>	25.8	63.0	11.0	13.1	527.42
Veracruz	27.0	46.3	19.1	16.6	504.30
Campeche	23.3	54.0	19.6	10.9	564.67
Yucatán	31.2	55.7	16.7	6.5	362.93
<i>Promedio Golfo</i>	27.2	52.0	18.5	11.3	477.30
Chiapas	26.8	54.0	11.8	11.6	422.44
Q. Roo	22.4	55.3	13.8	17.6	5 480.10
<i>Promedio sur</i>	28.6	54.6	12.8	14.6	2 451.27

FUENTE: Dirección General de Estadística.

Si con base en estos indicadores se tratara de hacer alguna evaluación sumaria de las posiciones correspondientes en cuanto a la estructura económica de las zonas que son objeto de estudio, se vería claramente que los más altos índices se dan, en primer lugar, en el norte, y en seguida en la región del Golfo. Ahora bien, internamente cada una de las agrupaciones estatales muestra evidentes incongruencias, que resultan de asociar Estados más desarrollados con otros que no lo son tanto, por lo que la anterior descripción no puede ser más que indicativa y de ninguna manera una base consistente de agrupamiento regional. En efecto, se dan casos como los de los Estados de Sinaloa y Veracruz que aparecen asociados a otras entidades con indicadores de mucho menor rango y que corresponden a zonas tradicionalmente deprimidas como Guerrero, Oaxaca, Colima y Yucatán.

Las diferencias encontradas en el monto promedio de los ingresos tienen que ver consistentemente con el desarrollo urbano de las zonas y con la forma en que se distribuye la fuerza de trabajo por sectores de actividad económica, además de otros factores colaterales, como sería la existencia de población indígena en varias de estas zonas. A estas diferencias se superponen, pues, las que se producen regionalmente, hecho que ya se había advertido desde hace algún tiempo; al respecto se había señalado que de las seis zonas censales en que ha sido dividido el país, tres absorben el 63% del ingreso personal total. Si se toma en cuenta como base de referencia el ingreso medio del Distrito Federal, las regiones Pacífico sur y centro representan el 35% de aquél, proporción que se eleva al 54% en las zonas norte y Golfo de México y al 93% en la del Pacífico norte. En las zonas de más altos ingresos medios (el Distrito Federal y Pacífico norte), entre el 50 y el 54% de las familias disponía de un ingreso superior a 750 pesos mensuales, nivel que sólo alcanzaban el 14% de las familias en las zonas más pobres del centro y Pacífico sur.

Los cálculos realizados por el Departamento de Planeación y Programas de la Secretaría de Marina⁵ con relación al producto por habitante en cada una de las entidades federativas del país, son asimismo correspondientes con los datos anteriormente señalados. Así, por ejemplo, el mayor producto anual por habitante aparece en Baja California Norte, con \$10,502.00 pesos, cifra que supera aun a la del Distrito Federal. Le sigue a esta categoría aquella que

⁵ *Estudio del transporte marítimo nacional sobre la producción triguera*, Secretaría de Marina, Dirección de Obras Marítimas, Departamento de Planeación y Programas, México, 1968, pp. 56-59, mimeo.

agrupa Estados con un producto localizado entre los \$ 4 000.00 y los \$ 8 000.00 y en ella aparecen todas las entidades fronterizas del norte, además de Quintana Roo; en una categoría menor se ubican las entidades situadas en el Golfo, algunas del Pacífico y las del noroeste, hasta encontrarnos con los Estados de Chiapas y Oaxaca en la última categoría con sólo 1 167 y 736 pesos anuales de producto por habitante, respectivamente, esto es, diez veces menos que la entidad con mayor producto (véase cuadro 2). El estudio a que se ha hecho referencia tuvo por objeto analizar la viabilidad del transporte marítimo de la producción triguera del país, debido a las desigualdades regionales que existen en la producción de este cereal; resulta interesante observar la correlación entre el producto anual por habitante y el consumo anual per cápita de trigo. Para ilustrarlo sólo en los casos más extremos, señalaremos que mientras en Oaxaca, en 1960, este consumo era de 30.5 kilogramos anuales, ese mismo consumo

CUADRO 2

CLASIFICACIÓN DE LAS ENTIDADES FEDERATIVAS SEGÚN
EL PRODUCTO PER CÁPITA
precios de 1960

<i>Estados</i>	<i>Categoría</i>	<i>Producto por habitante</i>
Baja California Nte.	1	10502
Nuevo León		6583
Coahuila		5799
Sonora	2	5447
Chihuahua		4616
Tamaulipas		4453
Quintana Roo		4265
Baja California Sur		3379
Sinaloa		3284
Campeche	3	3101
Veracruz		3025
Yucatán		2739
Colima		2722
Chiapas	4	1167
Oaxaca	5	736

FUENTE: Secretaría de Marina, Departamento de Planeación y Programas, 1968.

en el Distrito Federal y en Baja California Norte era equivalente, en el mismo año, a 37.3 kilogramos anuales por persona. Ello, claro está, tiene que ver con la calidad de más altos productores de trigo por parte de algunas de las entidades mencionadas, especialmente de Baja California Norte que es la que produce los mayores volúmenes en el país: 178 088 toneladas de promedio en el quinquenio 1960-1964. Sin embargo, el hecho de que siendo el Distrito Federal uno de los dos más grandes consumidores del cereal, y produciéndolo sólo en una escala ínfima, quiere decir que existen también otras razones para explicar estas divergencias.

Si se toma en cuenta otro tipo de indicadores económicos y sociales, como algunos de los incluidos por González Casanova⁶ en su análisis de la situación del país, tiende a confirmarse el aspecto de discontinuidad y polarización que ha venido señalándose. Así, por ejemplo, los más altos ingresos municipales en 1963 correspondieron, en orden de importancia, a los Estados de Veracruz, Baja California, Yucatán, Chiapas y Colima. Estos índices muestran parecida correspondencia con los rangos en que el mismo autor agrupó a las entidades sobre la base de indicadores sociales como el consumo de algunos alimentos (pan de trigo, huevos, carne), el uso de calzado y el analfabetismo. Puede agregarse a ello otro tipo de indicadores de índole cultural, como es el tiraje de periódicos por habitante, de acuerdo con el cual, después del Distrito Federal —que es el que mayor proporción presenta— se hallan en orden de importancia los estados de Tamaulipas, Nuevo León y Sonora.

Pese a la extrema concentración y expansión que la educación superior del país tiene en el Distrito Federal, en el transcurso de la última década se advierte un movimiento importante para desplazar instituciones educativas y población estudiantil de este nivel hacia las entidades del norte de la República. Ello indudablemente tiene que ver con el progreso alcanzado por varios de los más importantes centros urbanos allí localizados, con la expansión de diferentes actividades económicas y con mayores tasas de consumo de servicios profesionales por parte de la población de estas zonas. En efecto, la proporción de la población universitaria en la población de 20 a 24 años, por regiones, en 1959 y 1967, muestra incrementos elevados en el norte y en el occidente del país (Estados de Nuevo León y Jalisco), incrementos que aun superan proporcionalmente al que en el mismo lapso se observó para el Distrito Federal, foco tradicional de concentración cultural. Ahora bien, las relaciones existentes entre

⁶ Pablo González Casanova. *La democracia en México*, México, Ediciones ERA, 1964.

la expansión de la escolaridad en la educación superior y el nivel de desarrollo de las entidades del país, sólo resulta muy estrecha en los estados muy ricos o muy pobres, es decir, tiende a ser polarizada. En este sentido la concentración de la población en grandes centros urbanos parece ser más decisiva para el establecimiento de instituciones de enseñanza superior, hecho que a su vez seguramente modificará la concentración intrarregional de la población universitaria. Desde este punto de vista puede preverse que la región norte presentará en el futuro un mayor dinamismo en cuanto a la formación de profesionales y en general en cuanto a la escolarización, lo cual incrementará la demanda del consumo educativo. En efecto, en términos generales los Estados cercanos a la frontera norte son los que más se aproximan a la tasa que a este respecto arroja el Distrito Federal, la entidad más escolarizada de la República.⁷

IV. El análisis a nivel local de algunas de las ciudades fronterizas para las que pudo obtenerse datos, permite detallar más claramente el proceso de expansión demográfico-urbana experimentado por ellas, así como los fenómenos concomitantes a esa expansión. Pueden visualizarse también con mejor fortuna las perspectivas que enfrentan para un desarrollo futuro.

Las series estadísticas sobre la evolución de la población de las ciudades fronterizas acusan un incremento constante, aunque diverso e irregular, a partir de 1940. En líneas generales, esta dinámica demográfica responde a las vicisitudes de la actividad económica norteamericana, tal como se ve en el decrecimiento de la población en la década de los treinta, en correspondencia con la depresión económica de esos años, y en el acelerado incremento que se produce entre 1940 y 1950, como reflejo de la demanda de fuerza de trabajo y servicios originados por el conflicto bélico. Asimismo, al cesar éste y ser superadas sus consecuencias en la década de los sesentas, el ritmo de crecimiento ha ido disminuyendo lentamente y aumentando correlativamente la importancia del crecimiento natural. No obstante estas fluctuaciones, es de esperarse que el subdesarrollo intrarregional del país haga siempre atractiva la zona de la frontera norte como meta de la migración interna. Los mayores salarios que se pagan allí y la eventual posibilidad de trabajar en los Estados Unidos representan motivos poderosos y permanentes. Por otra parte el incremento demográfico de las mismas comunidades fronterizas norteamericanas contribuirá a ello; entre 1950 y 1960 la población de esas comunida-

⁷ Adrian Lajous Vargas. "Aspectos regionales de la expansión de la educación en México", *Economía y Demografía*, vol. II, núm. 3, México, 1968.

des aumentó en un 69%, en comparación al 27% nacional. Las comunidades mexicanas crecieron en un 83% en relación a un 34% para la República (véase cuadro 3).

CUADRO 3

INCREMENTO DE LA POBLACIÓN DE LAS PRINCIPALES CIUDADES FRONTERIZAS DEL NORTE

<i>Ciudades</i>	<i>Población</i>			<i>Incremento Intercensal</i>	
	1950	1960	1970	[%] 1950-1960	1960-1970
Agua Prieta	10508	15275	—	45.3	—
Cd. Juárez	131308	276995	436054	110.9	57.4
Matamoros	128247	143043	182887	11.1	27.9
Mexicali	124365	281333	390411	126.2	38.8
Nogales	24478	37657	—	53.8	—
Nuevo Laredo	59496	96043	150922	61.4	57.1
Piedras Negras	31665	48408	—	52.8	—
Reynosa	69428	134869	143514	94.2	6.4
Tijuana	65364	165690	335125	153.5	102.3
Villa Acuña	11371	20048	—	163.7	—

FUENTE: Dirección General de Estadística.

El incremento de la población de las principales ciudades de la frontera básicamente está relacionado con la migración de grandes contingentes de población hacia la zona, y que provienen de Estados del centro, sur y occidente del país; las tasas promedio del aporte de la migración a este incremento son del 74.4%, superiores a las generales de la migración intranacional. Pero el control casi total que los Estados Unidos han establecido actualmente sobre la contratación de mano de obra agrícola migratoria, ha detenido la corriente demográfica hacia la región, hecho que podrá reforzarse en el futuro si triunfa la política adversa de los sindicatos norteamericanos hacia la industria maquiladora establecida en varias de las ciudades fronterizas. Puede decirse, pues, que las fluctuaciones en la oferta de empleo originada en los Estados Unidos, constituyen el mecanismo regulador de esa migración y del incremento acelerado de la pobla-

ción urbana fronteriza. Sin embargo, también la población rural alejada a los centros urbanos de la frontera engrosa esa corriente; en este caso los mecanismos impulsores de la migración se relacionan significativamente con las condiciones de la economía agrícola fronteriza y con las características de cómo ha evolucionado la propiedad territorial. En efecto, muchas de las tierras de la región norte son agrícolamente muy pobres, por lo que se requerirían erogaciones cuantiosas para hacerlas productivas. Las mejores tierras, que permiten una explotación intensiva y comercial, han tendido a concentrarse en pocas manos dentro de los mecanismos de un latifundio disfrazado.

Esta dualidad de estímulos —internos y externos— para la migración rural no es independiente. Una política de planeamiento urbano que limite el crecimiento acelerado y anárquico de las ciudades fronterizas tiene que basarse necesariamente en la posibilidad de absorber la mano de obra desocupada y subocupada, y originada en la migración intra e interregional. Dicho de otra manera, en la medida en que la oferta de empleo decaiga en las zonas sureñas de los Estados Unidos, será necesario, correlativamente, acrecentar las posibilidades de trabajo en esta región del país mediante la utilización más racional y amplia de los recursos agrícolas de la región y modificando los mecanismos que ahora tienden a dejar fuera de la producción agrícola a una buena parte de su población campesina.

Las tendencias relativas a la composición de la fuerza de trabajo en las ciudades fronterizas muestran algunos de los fenómenos que ya se han advertido para toda la región. En líneas generales esas tendencias se refieren al relativo descenso de las actividades primarias asociadas con la agricultura y la minería, que para 1960 fueron de un promedio de 6%. De manera correlativa se advierte una intensificación de la actividad comercial con un promedio aproximado de 5% de población en este renglón y de 3% en la industria ligera. La prestación de servicios, que de una manera considerable se realiza al otro lado de la frontera, constituye probablemente el renglón más dinámico de la estructura ocupacional de las localidades fronterizas, dándose el caso de ciudades como Mexicali, en donde la población dedicada a esta actividad ha llegado más que a duplicar la de 1950.

El mayor incremento de los renglones de ocupación ligados al comercio y a los servicios es, obviamente, una consecuencia de la misma naturaleza de estas sociedades urbanas, tanto en lo que respecta a su propio desarrollo como a los altibajos ocupacionales de la economía norteamericana de la frontera. Puede observarse, en relación con este fenómeno, que la desocupación agrícola e industrial de la región fronteriza, aunada a la baja capacidad de absorción de

mano de obra en la agricultura regional, tienden a dirigir la fuerza de trabajo hacia la prestación de servicios en la esfera del empleo público o del turismo y hacia el pequeño comercio que se alimenta de esta última actividad. Mientras el proceso de urbanización de la zona se incrementa, así como la corriente de transacciones comerciales y turísticas, la estructura del empleo en servicios y comercio se irá reforzando constantemente lo cual contribuirá a darle a estas localidades un carácter económico cada vez más dependiente y parasitario.

Los fuertes desniveles en salario que pueden observarse en las ciudades fronterizas están relacionados con estas tendencias ocupacionales, y ello continuará en la medida en que no se logre una autonomía económica de la población de la frontera, por vías más dinámicas que las que ofrece la industria maquiladora. Puede medirse esta situación tomando en cuenta que aproximadamente la mitad del producto del Estado de Baja California se genera en las actividades comerciales y de servicios, en razón a la importancia del turismo fronterizo.

Un hecho importante que debe anotarse con referencia a las anteriores consideraciones sobre la estructura ocupacional de la región, es que la población económicamente activa parece estar creciendo a menor ritmo que la población en general. La diferencia entre ambos crecimientos indicaría una probable saturación del mercado de trabajo y consiguientemente una mayor desocupación. En efecto, entre 1950 y 1960 la fuerza de trabajo se incrementó en un 118.3%, pero la población total en un 126.2%; la relación entre el personal ocupado y la población total se ha reducido, consecuentemente, del 33.3% en 1950 al 32.1% en 1960. Datos que se han podido recopilar para algunas localidades en concreto, muestran situaciones como las siguientes: en Nogales la PEA entre 1950 y 1960 creció en un 3.4%, siendo el grupo dominante el de los servicios con el 28.6%; estos servicios se localizaron en una parte considerable con relación al movimiento aduanero de la ciudad, que entre 1940 y 1950, debido a la segunda guerra, creció en un 226%, pero que entre 1950 y 1960 disminuyó al 18.6%.⁸ Una investigación sobre nutrición en la localidad de Agua Prieta del Estado de Sonora mostró que el 24.4% de la población económicamente activa se hallaba dedicada a prestar servicios (meseros, cantineros, sirvientes, etcétera) y que el 28.4% está subocupada o desocupada, al mismo tiempo que la falta crónica de empleo tendía a agudizarse por la inexistencia de fuentes locales de trabajo.⁹

⁸ *Nogales*, Programa Nacional Fronterizo, México, 1964, s. p. i.

⁹ *Revista Salud Pública de México*, División de Nutrición. Instituto Nacional de la Nutrición, "Hábitos de alimentación en una región fronteriza", México, ep. v, vol. xi, núm. 3, mayo-junio 1969.

En Mexicali, aproximadamente el 70% de la fuerza de trabajo dedicada a los servicios trabajaba en el lado norteamericano, en tanto que en Agua Prieta ascendía a más de la mitad; la dependencia económica de este municipio queda medida por el hecho de que el 90% de su economía dependía del exterior, es decir, de la zona fronteriza norteamericana. Algunos observadores han comentado este hecho de manera favorable al enfocarlo como fuente generadora de divisas, sin tomar en cuenta que los salarios obtenidos por la prestación de servicios en la región sureña de los Estados Unidos, en su mayor parte, se quedan allí mismo en forma de consumo, y que este patrón económico crece impulsado por el ritmo constante del efecto de demostración.

Son del mayor interés para el conocimiento y diagnóstico de lo que puede ser el desarrollo urbano de las ciudades fronterizas, las relaciones económicas que éstas guardan con sus vecinas norteamericanas y el reflejo que estas relaciones tienen sobre la economía de la población regional. A todo lo largo de la frontera norte, y no sólo en las zonas libres, se ejerce una fuerte demanda de productos y servicios extranjeros que significa una sangría considerable para la balanza de pagos de México. En 1968 los egresos por transacciones fronterizas ascendieron a 450.4 millones de dólares, cifra que en 1960 había sido sólo de 221 millones y en 1950 apenas si alcanzaba 76.5 millones. Quiere decir que las importaciones fronterizas crecieron entre 1950 y 1960 a una tasa media anual del 11.2%, y que entre 1961 y 1967 dicha tasa fue del 7.3%. Gran parte del crecimiento de esta demanda se debió al crecimiento de la población, pero también existen indicios de que al aumentar el ingreso per cápita ha habido un aumento personal de las importaciones. De acuerdo con las estimaciones realizadas, el gasto per cápita de los importadores fronterizos mexicanos aumentó en una tercera parte entre 1961 y 1968.¹⁰

Para ilustrar con casos concretos este fenómeno de dependencia, citemos el caso de Mexicali que presenta características comunes a la mayor parte de las grandes ciudades fronterizas. En 1960 el total de las compras de Mexicali en el extranjero representó el 38% del ingreso bruto de sus habitantes, lo que colocaba al municipio, igual que al de Tijuana, en el cuarto lugar de los municipios de la frontera en razón al monto de sus transacciones con el extranjero. Si se relaciona el valor total de las transacciones de Mexicali en ese mismo año (2 065 millones de pesos) con el número de habitantes,

¹⁰ Francisco Alcalá Quintero. "Desarrollo regional fronterizo", *Comercio Exterior*, México, vol. xix, núm. 12, diciembre 1969, pp. 960-964.

se obtiene una cantidad de 7,340 pesos por persona, cifra que nuevamente coloca a Mexicali en el cuarto lugar de las entidades municipales por este concepto; pero las transacciones globales del municipio con el resto del país, estimadas en esa misma fecha en 926 millones —que es la cifra más alta de todos los municipios fronterizos— sólo dan un promedio de 3,291 pesos por persona, que es menos de la mitad de lo que representa la misma relación respecto del extranjero.¹¹

En un estudio reciente elaborado por el Comité para el Desarrollo Económico de la Península de Baja California y Parcial de Sonora, se señala que el 84% de las familias de Mexicali realizan de manera habitual (la mitad de las familias una vez a la semana y la tercera parte diariamente) sus compras en el extranjero. Los artículos que demandan en el exterior incluyen tanto alimentos elaborados como no elaborados, prendas de vestir, enseres y aparatos domésticos y otros bienes de consumo duradero. Las motivaciones que alimentan este comercio habitual fronterizo, de acuerdo con los resultados del estudio, son las siguientes: casi nueve décimas partes de los compradores consideraron que los precios eran más bajos que en el país; las tres cuartas partes de esos compradores juzgaron que la calidad de dichos artículos extranjeros era mejor; la mitad estimó que las instalaciones comerciales y sus anexos son más cómodos y que la higiene y presentación de los artículos son mejores en el extranjero que en el territorio nacional; proporciones menores de compradores aludieron a otras razones tales como trato cordial, concesión de crédito, mayor surtido de mercancías, artículos más novedosos y el hábito de comprar del “otro lado”. Ahora bien, resulta evidente que cuando un número tan grande de consumidores estima que en el extranjero los precios son menores y mayor la calidad de los artículos que compra, sus preferencias no pueden considerarse como una mera norma psicológica, sino como el reflejo de una situación objetiva.¹² Esta forma de dependencia, medida por el porcentaje del producto bruto de los habitantes del municipio que se gasta en compras en el extranjero, es mucho mayor en Ensenada (el 60%), Matamoros (el 52%) y Piedras Negras (el 45%).

En 1960 la tercera parte de las compras realizadas por los empresarios de Mexicali en el extranjero correspondió a artículos de consumo doméstico o personal (16% alimentos, tabaco y bebidas; 10% calzado y prendas de vestir y el 7% aparatos electromecánicos para el hogar) que no tienen ninguna capacidad de generación econó-

¹¹ *Mexicali*, Programa Nacional Fronterizo, México, 1964, s. p. i.

¹² Alcalá Quintero. Ob. cit.

mica. En contraste, solamente el 4% fue destinado a maquinaria agrícola y refacciones y un 13% a productos químicos y farmacéuticos, cuyo efecto económico no es muy claro. En cuanto a las compras que realizan los residentes, el patrón de transacciones es muy semejante, aun cuando mucho más acentuado en su tendencia al consumo no duradero; el 60% de todas las compras es de objetos tales como alimentos, bebidas y tabaco (el 34%), refrigeradores, estufas y aparatos para el hogar (el 14%), calzado y prendas de vestir (el 12%).

La fuerte dependencia comercial descrita anteriormente resulta de la mayor importancia para México, no sólo por razones de la balanza de pagos, sino principalmente por motivos del desarrollo económico general. En efecto, es aberrante que uno de los mercados de crecimiento cuantitativo más rápido del país, de más alto nivel de ingresos y de mayor dinamismo, sea atendido en tal proporción por satisfactores generados en un mercado externo.

Un estimativo bastante aproximado de los ingresos de la población puede realizarse con base en la relación del total de ventas y servicios generados y el importe de las materias primas y servicios no personales que intervinieron en la producción. Los datos para 1960 relativos a los municipios de Mexicali, Nogales y Matamoros, permite estimar que el valor de las ventas totales ascendió a la suma de 5 778 millones y el valor de las materias primas y servicios no personales a 2 682.4 millones, lo que deja un remanente de 3 095 millones de producto bruto. En términos generales, la mitad de ese ingreso fue para los trabajadores por concepto de salarios, el 40% para los empresarios y el 10% para el gobierno. Las fuentes de esos ingresos y su proporción en la composición del producto bruto difieren en uno y otro caso. Así, en el municipio de Mexicali la agricultura aporta el 22% del total de sueldos percibidos por los trabajadores, ya que se trata de un municipio de avanzada agricultura comercial, en la actualidad sensiblemente disminuida por condiciones ambientales. Los trabajadores que laboraban en el extranjero recibieron un 21% de esos ingresos; los servicios de esparcimiento el 9%; la producción y comercio de alimentos, bebidas y tabacos el 7%; los servicios públicos y privados el 7% y el alquiler de construcciones el 5%. En Nogales, en la misma fecha, el ingreso per cápita estimado fue de 711.20 dólares, que representa más del doble del promedio nacional equivalente a 280.00 dólares, los trabajadores del municipio que trabajaban en el Condado de Santa Cruz recibieron en promedio 160 dólares mensuales, cifra asimismo mucho mayor que la corriente en el país.

Un fenómeno que afecta de manera significativa e importante la organización social y económica de las ciudades fronterizas es la corriente de visitantes fronterizos que representa para México un considerable ingreso de divisas, el segundo en importancia cuantitativa dentro de los renglones de ingreso de la cuenta corriente de la balanza de pagos. En 1968 el número de cruces fronterizos fue de 54 millones y el monto de la aportación económica por este concepto fue de 713.5 millones de dólares, cifra que equivale a alrededor de dos terceras partes de los ingresos por exportaciones de mercancías.¹³ La combinación de visitantes fronterizos extranjeros y de importadores fronterizos nacionales da lugar a una estrecha trabazón económica entre las localidades de ambos lados de la frontera; puede pensarse en una unidad económica integrada, que además se refleja en un área cultural delimitada, por lo cual una medida política tomada por alguno de los dos gobiernos afecta inevitablemente a toda la unidad.

El complejo de estos factores ha determinado que ambos gobiernos hayan tomado en diversas ocasiones diferentes medidas para regularlo y obtener los mejores beneficios de él. El gobierno de México, en concreto, desde hace varias décadas ha dado pasos para tratar de integrar la región fronteriza a la economía nacional, liberándola de la poderosa economía vecina, y para hacer frente a los numerosos problemas específicos que aquí se manifiestan. La política mexicana a este respecto se ha concretado en la creación del régimen de zonas y perímetros libres, los esfuerzos para reducir la importación doméstica de los residentes fronterizos, el control de la importación ilegal, las medidas del fomento del turismo fronterizo y el programa de industrialización fuera de las zonas y perímetros libres. Además, se ha tratado de difundir, al mismo tiempo que el conocimiento del país entre los visitantes norteamericanos, el sistema de valores culturales de México entre los habitantes de la frontera, poderosamente orientados hacia las costumbres y actitudes de la población norteamericana.

Si bien tales medidas han estimulado el desarrollo de la región fronteriza, sus resultados han sido contradictorios en muchos aspectos, especialmente en cuanto a la dependencia económica y a la deformación cultural. En efecto, la primacía económica del turismo aumentará también la influencia sobre los patrones de consumo y de conducta de la población, así como sobre la estructura del empleo y la organización social.

Uno de los efectos más conspicuos de esta relación en el campo

¹³ *Idem.*

de las relaciones humanas de la zona es el tráfico de drogas, la prostitución y el consumo de alcohol que ese turismo auspicia. Para controlar esta situación, el gobierno norteamericano implementó, en el segundo semestre del año pasado, la "Operación Intersección", que tuvo por objeto el control del tráfico de drogas. La información fragmentaria de que se dispone señala que la corriente turística hacia la ciudad de Tijuana, en los últimos meses de 1969, disminuyó en un 12.4% con respecto al mismo periodo de 1968, y que el paso de mexicanos hacia los Estados Unidos decreció en un 10.9%. El fenómeno fue mucho más acentuado en Mexicali, ya que la salida de mexicanos disminuyó en un 26.2% y la entrada de extranjeros en un 19.8%.¹⁴

Los problemas sociales de las ciudades fronterizas necesitan examinarse a la luz de dos elementos: en primer lugar, la inestabilidad de la población y, como consecuencia de esto, la inexistencia de un patrón ordenado y lento de crecimiento urbano; en segundo lugar, la existencia en ellas de una "cultura de frontera", de una cultura en proceso de transición, que si bien puede dar como resultado una síntesis subcultural rica y dinámica, por el momento se ha traducido en una desarmonía económica, política, educativa y cultural. El primero de estos hechos se refleja fundamentalmente en la dificultad para poder financiar los cambios necesarios para la obtención de mejores niveles de vida de las poblaciones fronterizas. Efectivamente, la constante corriente migratoria y la consiguiente formación de cinturones de tugurios en estas ciudades hacen aumentar en mucho el volumen de la dotación de servicios para una población que, por definición, carece de capacidad económica para comprarlos. El segundo de estos fenómenos ha dado lugar a una continua inestabilidad social generalizada que favorece poco el crecimiento y la organización ordenada de la comunidad y la familia. Un reflejo importante de esa inestabilidad y desarmonía está íntimamente relacionado con la capacidad de autofinanciamiento del desarrollo por parte de esta comunidad y con base en el ahorro de la población. La capacidad general de ahorro de la población fronteriza, que por las circunstancias señaladas es potencialmente de las más altas del país, registra muy bajos niveles debido a los patrones de consumo imperantes en la región fronteriza y que constantemente estimula, como ya se ha dicho, el efecto de demostración de la economía norteamericana. Además, el hecho de que la industria maquiladora sólo ocupe mano de obra, y que la inversión en esa industria se revierta a los Estados Unidos debido a la prescripción de que los

¹⁴ *Panorama Económico*, Banco de Comercio, México, vol. xx, núm. 1.

productos sólo pueden venderse en ese país, disminuye la posibilidad de la capitalización mediante la industria maquiladora.

Una consecuencia interesante de la desarmonía señalada es el comportamiento político de una parte considerable de los ciudadanos de la región fronteriza, que de una manera notoria se inclinan a sufragar por el principal partido de la oposición nacional, tal como lo muestran los porcentajes de la votación correspondiente a 1964 y 1967. En nuestro criterio, en la región fronteriza del norte se presenta una socialización política relacionada con la actividad económica; también la actividad comercial con los Estados Unidos tiende a difundir los patrones ideológicos políticos de las instituciones políticas norteamericanas, que de manera inconsciente aparecen ligadas a la estructura de consumo de los residentes de la frontera. Refuerza esta tendencia política la movilidad geográfica de una buena parte de la fuerza de trabajo manual, movilidad que dificulta la organización y la participación partidarias de una manera sistemática y estable, tal como se da en los casos en que los trabajadores y los empleados tienen estabilidad residencial.

Respecto de las contradicciones que presenta la política de fomento del desarrollo económico auspiciadas por el Estado mexicano (que han generado la formación de grupos de muy altos ingresos provenientes del comercio con el exterior, de servicios a los turistas y aun de actividad ilícitas —que actúan como grupos regionales de poder con alta capacidad de negociación política—), cabe recordar lo anotado por Gorz:

La política de los polos de desarrollo industrial, es sin duda ventajosa desde el punto de vista de la economía en su conjunto. Su actividad no atiende al desarrollo de la región en su conjunto sino a la instalación de industrias de exportación con destino a regiones ya desarrolladas... (que) implantadas según un cálculo de rentabilidad a plazo mediano, provocan migraciones hacia el polo a decenas de kilómetros a la redonda... el polo industrial, en vez de elevar la sociedad regional hacia un nuevo equilibrio interno..., provoca una degradación, una destrucción de la cultura regional, una subproletarización o *clochardisation* de la población. Ésta conocerá las frivolidades y las perversiones de la civilización industrial sin sus ventajas, en particular en materia de enseñanza. La proliferación de las actividades especulativas, en el terreno comercial, de bienes raíces e inmobiliarios, especialmente; el costo en la infraestructura urbana de los servicios, de las pérdidas de la producción agrícola, representará finalmente un múltiplo de lo que habría costado un desarrollo progresivo y equilibrado de la región, en función de las necesidades.¹⁵

¹⁵ André Gorz. "El Colonialismo por dentro y por fuera", *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo xxi, pp. 175-176.

V. Solamente dos ciudades importantes —Chetumal y Tapachula— se localizan en la frontera sur del país. Sus características y problemas difieren significativamente de los que presentan las ciudades de la frontera norte, tanto por causa de las características fisiográficas de esa región, como por el tipo de las relaciones económicas, sociales y culturales que se establecen en dicha frontera.

El análisis del movimiento demográfico de los municipios mencionados, a partir de las series estadísticas de 1930 a 1960 (véase cuadro 4) muestra que en ambos casos ha habido incremento de la población, incremento que ha sido mucho más grande para el municipio de Payo Obispo, en donde se localiza la ciudad de Chetumal; también la cronología de ese crecimiento ha sido diferente para uno y otro. Así, entre 1930 y 1940, el municipio mencionado tuvo un incremento demográfico equivalente casi al 100%, mientras que el de Tapachula fue de sólo 17.1%; éste se ha acelerado paulatinamente a partir de esta fecha, en tanto que en Payo Obispo descendió entre 1940 y 1950, para crecer nuevamente entre 1950 y 1960.

Salvo el lapso comprendido entre 1930 y 1940 en el municipio de Payo Obispo, en que la población rural creció a una tasa mayor que la urbana (al 146.0%), en todos los casos y los años la población que vive en ciudades tiende a aumentar más rápidamente. El crecimiento de la población rural en el lapso señalado se debió fundamentalmente al proceso de colonización auspiciado por el gobierno nacional en esta época, proceso que desapareció entre 1940 y 1950, para reanudarse a partir de esta última fecha. El que esta corriente colonizadora se haya concentrado sobre todo en la zona urbana en los últimos tiempos, se explica por la limitación de las áreas agrícolas del territorio de Quintana Roo y por la reducción sufrida por las actividades relacionadas con la explotación de la madera y el chicle, que ha sido la fuente tradicional de trabajo de la población rural. En contraposición, las obras urbanas realizadas por el gobierno federal con miras de dotar a Chetumal de los servicios necesarios, ha atraído a la ciudad una buena cantidad de mano de obra. En última instancia, ello significaría que los programas de colonización del sureste no han alcanzado sus objetivos originales.

Resulta importante señalar que los municipios y localidades de Tapachula y Chetumal han crecido demográficamente y de manera considerable por incremento biológico, debido sobre todo a las bajas tasas de mortalidad, hasta donde se puede inferir de los registros estadísticos. En el caso de Quintana Roo, la mortalidad calculada para el último censo de población fue de 9 por cada mil habitantes, que en promedio es inferior a la nacional equivalente a 15 por millar.

CUADRO 4

INCREMENTOS DE LA POBLACIÓN DE LOS
PRINCIPALES MUNICIPIOS URBANOS FRONTERIZOS DEL SUR

Municipio	Años	Población total	Población urbana	Población rural	Incrementos intercensales %	
					Urbana	Rural
Payo Obispo	1930	4 629	2 790	1 839	—	—
	1940	9 200	4 672	4 528	99.0	146.0
	1950	12 058	7 247	4 811	31.0	6.0
	1960	18 713	12 775	5 938	55.0	26.0
Tapachula	1930	36 742	13 800	22 900	—	—
	1940	43 032	15 200	27 800	17.1	21.4
	1950	59 760	30 000	29 800	38.9	7.2
	1960	85 312	41 700	43 600	42.8	46.3

FUENTE: Dirección General de Estadística.

Por lo que respecta a Tapachula, el incremento natural de la población ha constituido el principal mecanismo de crecimiento, de manera que los cálculos realizados para el municipio señalan que tres cuartas partes de ese aumento se deben a esta causa. Debe agregarse, con relación al caso de Tapachula, que su población representa la más grande concentración demográfica del Estado de Chiapas, aún mayor que la capital, Tuxtla, ya que alberga al 7% de toda la población de la entidad. Una característica también notoria de la estructura demográfica de este municipio es que su población rural creció relativamente más que la urbana (46.3% contra 39%), lo que puede asociarse a los cambios experimentados por la actividad agrícola, especialmente el cultivo del café. Las áreas destinadas a este cultivo, durante el periodo 1940-1949, se redujeron en un 30% al final del conflicto bélico, ya que una buena parte de los propietarios de haciendas cafetaleras eran ciudadanos alemanes. En cambio, durante el periodo 1950-1959, la superficie destinada a la producción cafetalera aumentó a más del doble de la existente entre 1944-1946 (17 000 has. contra 7 500) al unísono del aumento de la cuota de exportación del grano. Además del cultivo del café, la región del Soconusco ha experimentado una sensible diversificación de sus cultivos, adquiriendo importancia el del algodón, que en 1959 ocupaba más de 7 000 has.; ambos factores evidentemente han funcionado como elementos de atracción de mano de obra hacia las zonas rurales, lo cual casi no ha sucedido en otras partes del país.

El último recuento de la población de los municipios fronterizos del sur —del que hay datos—, señala que entre el 34.2% y el 36.1% de la población era económicamente activa, lo que concuerda con la pauta nacional. Sin embargo, ocupacionalmente, entre los dos municipios se presentan diferencias importantes en cuanto a la distribución de la PEA. De acuerdo con el censo de 1960, en Payo Obispo la mayor parte de la fuerza de trabajo (el 49.1%) se ubicaba en el renglón de servicios, lo que nos permite inferir que esa población radicaba fundamentalmente en Chetumal; 23.5% se hallaba ocupada en actividades primarias, y casi en la misma cantidad (el 11.6%) en la industria y el comercio. Por el contrario, en el municipio de Tapachula y en la misma fecha, más de la mitad de la PEA, el 53.1%, se dedicaba a la ganadería y a la agricultura, el 15.6% a la industria, el 14.3% prestaba servicios y el 10.7% trabajaba en el comercio. En este municipio, de acuerdo con los datos censales de 1950, no parecía haberse producido una evolución sensible en la estructura ocupacional, y se podía advertir la misma relación entre uno y otro grupo de actividades. Por el contrario, en Payo Obispo se advierte

una inversión total respecto de los porcentajes de la población que se ocupa en actividades primarias y en la prestación de servicios (véase el cuadro 5).

Calculando el ingreso de la población por el método del insumo-producto, se obtienen los siguientes datos: en el municipio de Tapachula el ingreso bruto correspondiente al año de 1959 se estimó en 354.2 millones de pesos, como resultado de un importe total de ventas de 752.7 millones y un total de insumos de 398.5 millones. Si descendieron 21.8 millones, se obtiene un ingreso neto de 332.4 millones de pesos, que distribuido entre la población da un ingreso medio por habitante equivalente a \$ 4,150.00 anuales, cifra que excede al promedio nacional por aproximadamente un 15%. Si se compara este ingreso con el estimado para todo el Estado de Chiapas, resulta que el del mencionado municipio es más o menos el doble del estatal, hecho que debe haber influido sensiblemente para la atracción de población a la zona de Tapachula. Además, resulta significativo este desequilibrio por cuanto Chiapas es, como se sabe, una de las entidades federativas con más bajos niveles de desarrollo. En el caso de Payo Obispo el total de las ventas realizadas en el año de 1960 se estimó en 207.1 millones de pesos, de los cuales, al deducir insumos por valor de 84.9 millones, se obtiene un ingreso neto para sus habitantes de 122.2 millones. De esta manera el ingreso promedio por habitante llega a ser de \$ 6,530.00, que excede al promedio nacional en un 87%. Esto puede atribuirse al hecho de que la población es, como ya se ha señalado, predominantemente urbana y empleada en sectores no primarios. A este respecto es importante señalar que el sistema burocrático, tanto local como federal, representa una fuente muy considerable de los ingresos de la población por concepto de salarios; en 1960, de los 51 millones que tal ingreso suma, el 53% provenía del sector gubernamental.¹⁶

La relación económica de las entidades municipales fronterizas del sur es sustancialmente diferente a la que muestran las ciudades de la frontera norte, tanto en su volumen como en sus características. En efecto, en el caso de la delegación de Payo Obispo, el monto total de las transacciones mercantiles con el extranjero representa una cifra de \$ 2,977.00 per cápita, con una balanza favorable a la delegación; por lo que respecta al municipio de Tapachula, esas transacciones arrojan una suma por habitante de \$ 2,300.00, aproximadamente. En ambos casos este indicador resulta sumamente bajo para localidades fronterizas, especialmente si se toma en cuenta que

¹⁶ *Estudios de la delegación de Payo Obispo y del Municipio de Tapachula*, Programa Nacional Fronterizo, documentos 1 y 2, México, 1961, mimeo.

CUADRO 5

DISTRIBUCIÓN DE LA PEA POR RAMAS DE ACTIVIDAD
ECONÓMICA EN LOS MUNICIPIOS FRONTERIZOS DEL SUR

Entidad	Años	R A M A S D E A C T I V I D A D					Insuficiente- mente especi- ficadas
		Agropecuarias, Industrias silvicultura, etc.	Comercio	Transportes	Servicios		
Payo Obispo	1950	49.0%	15.4%	8.2%	3.7%	20.3%	3.4%
	1960	23.5%	11.7%	11.5%	4.2%	49.1%	—
Tapachula	1950	51.8%	19.1%	11.0%	3.0%	14.6%	3.5%
	1960	53.1%	15.6%	10.7%	4.6%	14.3%	1.7%

FUENTE: Dirección General de Estadística.

dicha cifra en las ciudades del norte es de \$ 8,600.00 anuales por persona. Sin embargo, en Payo Obispo las compras de los habitantes en el extranjero tienen cierta importancia en relación con la posible dependencia económica, ya que el 22.4% de los ingresos netos de la delegación corresponde a las compras realizadas en el exterior por empresarios y residentes. Cualitativamente este intercambio económico presenta las siguientes características: los residentes de Payo Obispo gastan por compras de bienes duraderos y de consumo en el extranjero casi la mitad del volumen total de compras, es decir, 13.8 millones sobre una suma total de 27.4 millones. En cuanto a las ventas de la entidad al exterior, se hallan compuestas en un 74% por las transacciones de maderas y sus subproductos, lo que revela la escasa diversificación de ese comercio.

En el caso del municipio de Tapachula, el 83% de sus ventas al exterior está representado por el comercio cafetalero, que si bien no se origina completamente en la entidad, sí se concentra en ella en donde sufre un proceso de reventa. Ello implica que los ingresos de la población por este motivo, se hallan sujetos a las grandes fluctuaciones experimentadas por el café en el mercado internacional, lo que ha dado como consecuencia crisis periódicas en la economía municipal. En relación con la economía cafetalera, se debe señalar que un aspecto importante del comercio fronterizo de Tapachula con Guatemala concierne a los salarios que se pagan a trabajadores guatemaltecos que de manera temporal trabajan en las fincas cafetaleras. Esos salarios significaron en 1960 diez millones de pesos, que se pagaron a 6 000 trabajadores que laboraron entre 90 y 100 días al año; proporcionalmente estos salarios implicaron el 71% de todos los pagos realizados por Tapachula a Guatemala. Pero los residentes del municipio adquieren en Guatemala, o de guatemaltecos, muchos productos de origen europeo, norteamericano o japonés y que resultan más baratos en el vecino país. Estas compras se realizan de manera directa y, por lo tanto, escapan al control oficial, aunque es bien conocida la intensidad del contrabando en esta región del país.¹⁷

El valor de las compras que en 1960 realizaron los habitantes de Payo Obispo y de Tapachula en el interior del país, en términos per cápita anuales, arrojó cifras de \$ 2,960.00 y \$ 2,893.00, respectivamente, que son superiores a los promedios de las compras nacionales realizadas por los municipios fronterizos del norte, que fueron equivalentes a \$ 1 865.00 anuales por persona. En el caso de Payo Obispo estas compras en el mercado nacional se hicieron en un 90% a través

¹⁷ *Idem.*

de Mérida, que actúa como revendedora de los productos del país. La ciudad de Tapachula, como ya se ha hecho notar, constituye un centro financiero y comercial de una vasta zona del estado de Chiapas y de una parte de Guatemala, pudiendo estimarse que el mercado sobre el cual ejerce un relativo control lo componen 300 mil habitantes nacionales y una fracción de los 500 mil guatemaltecos que viven en los tres departamentos contiguos a la frontera mexicana. La capacidad de compra de este conglomerado humano, calculada en más de mil millones de pesos anuales, indica las posibilidades que tiene este municipio para acrecentar sus relaciones con el mercado nacional y de iniciar un proceso de industrialización local que satisfaga las necesidades de ambas partes de la frontera.

En términos generales la fisonomía de la actividad económica de esta región fronteriza del país es la de las regiones subdesarrolladas exportadoras de materias primas e importadoras de artículos manufacturados. Pero las perspectivas para salir de esta situación son fundamentalmente distintas, pues mientras Tapachula cuenta con un potencial propio de mercado, representado por los residentes mexicanos de esta zona del sur, en el caso de Chetumal ese mercado depende en mayor escala de la capacidad económica de los distritos limítrofes de Honduras Británicas. Además, la situación colonial de Honduras representa condiciones político-económicas diferentes a las que se encuentran en el caso de las relaciones con Guatemala, lo que hace más difícil implementar programas de integración fronteriza, sobre todo si se toma en cuenta el aislamiento geográfico de la delegación de Payo Obispo respecto del país, circunstancia que no existe en el caso de Tapachula, punto por donde se realiza la mayor parte del tráfico económico de México con los países centroamericanos, debido precisamente a la existencia de vías de comunicación.

Los factores limitantes para el desarrollo de esta región fronteriza del sur, y por lo tanto de sus principales centros de influencia urbana, Chetumal y Tapachula, radican justamente en la falta de adecuadas vías de comunicación que unan al territorio de Quintana Roo con el resto del país, y al municipio de Tapachula con su área nacional de influencia. Pero debe agregarse a ello la escasa diversificación de la actividad económica que, como se ha dicho, hace de esta región un fenómeno nacional de subdesarrollo.

La situación urbana en estas ciudades ha tendido a mejorar en los últimos años, y respecto de algunos servicios la dotación es suficiente y aun rebasa las necesidades actuales, como es el caso de la capacidad instalada de energía eléctrica. Tapachula, especialmente, ha intensificado de un tiempo acá la modernización de su estructura física

y ello ha incrementado de manera considerable la industria de la construcción. En cambio, Chetumal se moderniza mucho más lentamente a este respecto, sin que pudieran preverse por el momento estímulos que dinamizaran el proceso de modernización de la ciudad. En efecto, la corriente turística hacia Chetumal es sumamente raquí-tica y esencialmente se reduce al cruce fronterizo de la población beliceña, en buena parte debido a que la incomunicación de Chetumal con la península de Yucatán no estimula una corriente más estable. Si bien en Tapachula esa corriente de visitantes extranjeros ha tendido a incrementarse en los últimos años, tampoco es suficiente para estimular un significativo cambio en la estructura material de la ciudad. Desde el punto de vista cultural y político, los rasgos principales de estas ciudades fronterizas se deben a su aislamiento del resto del país, por lo que el carácter marginal de la vida, respecto de las principales tendencias de la sociedad nacional, es muy sensible. Ello se traduce en una orientación localista de las sociedades fronterizas del sur, en muchos sentidos encerradas sobre sus mismos valores y actitudes. La vida de la nación llega hasta esta región como un reflejo débil, que no puede imprimir una huella definitiva y permanente dentro de un contexto integrado de participación social, económica y política. En este caso, un programa de integración regional al resto del país parece una medida indispensable y urgente.

VI. Ciertamente México es un país marítimo, si se toman en cuenta los extensos litorales que posee y la facilidad que existe para intercomunicarlos en diversos puntos. Sin embargo, ello no significa que el potencial representado por dichas circunstancias ha sido desarrollado; por el contrario, pensamos que ellas representan un reto a la creatividad del país. Ese reto es la resultante de las relaciones económicas de la nación con las economías de los países más desarrollados y de las consecuencias que dichas relaciones han tenido para la forma en que el país se ha desarrollado regionalmente.

El origen más común de los puertos mexicanos puede hallarse hacia mediados del siglo XIX, cuando el modelo de la economía nacional, como el de todas las economías periféricas, se basa fundamentalmente en la exportación. Desde este punto de vista los puertos constituyen los puntos de salida de las materias primas y alimentos generados en el país, y el punto de llegada de la producción manufacturada de los países centrales. Generalmente el ferrocarril es el medio de enlace entre los puertos y las zonas productoras y/o consumidoras, por lo cual se establecían frecuentemente entre ambos sistemas estrechas relaciones de funcionamiento y organiza-

ción. Por otra parte, esta función terminal de los puertos contribuyó a una considerable expansión de sus servicios, especialmente de aquellos que se relacionaban con la economía exportadora, como bancos, casas de cambio, grandes almacenes de importación y exportación y bodegas de almacenamiento. La ampliación de esta actividad, a su vez, era un factor de atracción de población; así, la urbanización portuaria fue muy acelerada, aunque patológica, ya que el modelo exportador no generó ni recursos ni servicios propios y suficientes. Además, las grandes fluctuaciones de la economía de exportación trajeron consigo grandes vicisitudes a los puertos de los países periféricos, que continuamente oscilaron entre la bonanza y la crisis.

En México los puertos de Tampico, Veracruz, Coatzacoalcos y Salina Cruz, en el sur, son ejemplos conspicuos de este proceso histórico. Los cuatro puertos fueron construidos por las compañías ferroviarias que los operaban de acuerdo con sus propias necesidades económicas. Además, el sistema transísmico Salina Cruz-Coatzacoalcos vio prácticamente concluidas sus actividades económicas con la apertura del canal de Panamá, a tal punto que al presente no mueve absolutamente nada de carga. El puerto de Santa Rosalía, Baja California, construido a fines del siglo pasado, tuvo alguna importancia en tanto que sirvió de base para la exportación de cobre afinado, el que todavía se exporta pero en mucho menor escala. Tampico se desarrolló fundamentalmente debido a la actividad petrolera, que asimismo motivó la construcción del canal intracostero entre este puerto y el de Tuxpan, en la actualidad no utilizado pero en condiciones de serlo.¹⁸

Al término de la etapa armada de la Revolución, reconstruido el sistema ferroviario e incrementada la construcción de carreteras, surgen nuevas necesidades de transporte y nuevas perspectivas para los puertos, dentro de la política de desarrollo económico. Se rehabilitan y amplían los puertos existentes: Veracruz, Tampico y Coatzacoalcos. Nace el puerto de Progreso en Yucatán para la exportación de henequén. En diversos lugares del Golfo el desarrollo de la industria pesquera contribuye a la formación de nuevos puertos, como el de Tamiahua, Ciudad del Carmen, Alvarado y Lerma. En el Océano Pacífico aparecen los puertos de Ensenada, La Paz, Guaymas, Mazatlán y Puerto Ángel, que se agregan a los existentes de Salina Cruz, Acapulco —base para el comercio con el oriente en la época colonial española— y Manzanillo, que en un tiempo sirvió

¹⁸ *Los puertos en el panorama de México*, Secretaría de Marina, Dirección General de Obras Marítimas, Departamento de Planteamiento y Programas, México, 1969, mec.

para la exportación de manganeso y que al disminuir la producción de este mineral sirve para exportar cereales.

En la medida en que el país ha aumentado sus exportaciones y las ha diversificado dentro del proceso nacional de desarrollo económico, los puertos han ido adquiriendo mayor relevancia como puntos claves del comercio interior y exterior. Puede medirse el grado de esa importancia por las cifras del movimiento portuario total del país que entre 1950 y 1968 se ha cuadruplicado, como puede observarse en el cuadro siguiente:

MOVIMIENTO PORTUARIO DEL PAÍS

Cifras anuales en toneladas métricas

1950	7	284	829
1955	14	252	836
1960	14	964	634
1968	28	112	191

FUENTE: Dirección General de Estadística, S.I.C.

Los factores que en la actualidad deben considerarse como los más importantes para la evolución de los puertos mexicanos son, en orden de importancia, las *actividades agrícolas* de alto rendimiento económico, como el algodón, los cereales, los cítricos y otros tipos de productos frutales. La influencia de esta producción es bien clara en el caso de los puertos del Pacífico norte, asociados a dinámicos *hinterlands* agrarios como los de Hermosillo, Ciudad Obregón y los del Valle del Yaqui y del Mayo; la *industria petrolera* que, si bien localizada en la faja costera del Golfo y por lo tanto de impacto directo sólo en los puertos de esa región, ha contribuido al desarrollo de otros en el Pacífico que sirven de terminales de oleoductos, como es el caso de Salina Cruz y Rosario en Baja California. Desde este punto de vista es interesante señalar que la industria petrolera ha propiciado y logrado ya el enlace de las zonas portuarias del Golfo y del Pacífico a través del sistema de aprovisionamiento petrolero de Minatitlán y Salina Cruz, con lo cual el país puede ser servido totalmente de los recursos energéticos de este tipo. La *industria pesquera* ha contribuido en menor proporción a este proceso de desenvolvimiento portuario, ya que los sistemas de pesca utilizados en el país son esencialmente escuetos e improductivos, y quedan sujetos a las condiciones naturales cambiantes. En 1969 la actividad pesquera no pudo recuperarse y, aunque se logró incrementar la captura de algunas especies importantes, en otras la dis-

minución fue muy sensible; tal cosa, sobre todo en el caso de especies de alto rendimiento económico y generadoras de divisas, como el camarón, ha producido efectos negativos en el movimiento portuario, sobre todo en el Pacífico. El último de estos factores es el *turismo*, casi completamente concentrado en los puertos de Acapulco y Puerto Vallarta, que son centros de atracción del turismo internacional y, por ello, el más productivo desde el punto de vista económico. Como es bien sabido, la industria turística resulta básica para México en cuanto es la mayor fuente de divisas del país, al mismo tiempo que implica grandes inversiones de infraestructura que son recuperables sólo a largo plazo, especialmente para el sector público de la economía. En el caso de los países subdesarrollados esta situación es más negativa, ya que la ampliación que la actividad turística produce en el sector terciario de la fuerza de trabajo, se traduce en una mayor afluencia de población marginal a los centros turísticos con el fin de ocuparse en servicios, lo que en última instancia contribuye a acrecentar los problemas de estas ciudades. Por otra parte, la actividad turística es un factor impulsor de la economía de bajos efectos multiplicadores, sobre todo en el caso de que —como sucede respecto de México— el turismo nacional depende en buena parte de los carteles internacionales que controlan la economía turística.

El *hinterland* demográfico de los puertos mexicanos, calculado con base en la determinación de los puntos teóricos de iso-costos,¹⁹ se apreció para 1960 en aproximadamente 34 millones de habitantes, lo que representa la casi totalidad del país. Es evidente que este dato sólo puede tomarse como referencia muy gruesa de la influencia generalizadora que los puertos del país ejercen sobre todo el territorio nacional, dadas las circunstancias geográficas a que se ha hecho referencia. En realidad el *hinterland* demográfico efectivo debe ser mucho menor, ya que muchos de los puertos carecen de las vías de comunicación y transportes que determinan objetivamente el área de influencia. No obstante, la importancia de algunos de ellos, concretamente de los puertos de Tampico y Veracruz, puede medirse por el hecho de que entre 1950 y 1960 se han convertido en áreas metropolitanas que han englobado a su área de influencia municipios contiguos: el de Ciudad Madero en el caso de Tampico y el de Boca del Río en el de Veracruz.²⁰ Aunque

¹⁹ *Sobre el diagnóstico del sector portuario y algunas evaluaciones preliminares*, Secretaría de Marina, Dirección General de Obras Marítimas, Departamento de Planeamiento y Programas, México, 1963.

²⁰ Kingsley Davis et al. *The World's Metropolitan Areas*, University of California Press, Berkeley, 1959.

el caso de Coatzacoalcos es más tardío, pues sólo sobrepasó los cien mil habitantes entre 1960 y 1970, su crecimiento en esa década (del 99.9%) ha sido mucho más rápido que el de los dos puertos mencionados en primer término; por otra parte, Coatzacoalcos como puerto y Minatitlán como zona productora y transformadora de petróleo, con el tiempo han llegado a formar un complejo urbano industrial de gran importancia que ya se ha mencionado en relación a los "polos" de desarrollo. Pero el puerto que ha tenido un mayor crecimiento en el lapso señalado ha sido el de Acapulco, que según el censo de 1970 llegó casi al cuarto de millón de habitantes, para un crecimiento porcentual en la década igual al 161.1%. En este mismo sentido, y en orden de importancia, le sigue el puerto de Ensenada, con un incremento del 74.5%, y finalmente el de Mazatlán, con el 52.6%; Tampico y Veracruz crecieron en este lapso en un 57.1% y 57.7%, respectivamente. Éstos son los puertos que en dicho decenio han superado la cifra de los cien mil habitantes y debe hacerse notar que, excepto Coatzacoalcos, los de mayor aumento demográfico han sido los puertos con una fuerte actividad turística, como es el caso de Acapulco y Ensenada.

Desde el punto de vista económico, y con base en la zonificación nacional realizada por la Secretaría de Industria y Comercio en su estudio sobre el "Diagnóstico Económico Regional del País", en que se presentan las principales zonas de concentración de la actividad económica,²¹ se observa que los puertos de Coatzacoalcos y Veracruz son los de mayor importancia, ya que en sus *hinterlands* se localizan hasta seis importantes actividades económicas. De manera general, los restantes puertos marítimos nacionales sirven a *hinterlands* que, como el Distrito Federal, sólo concentran hasta cinco actividades económicas, lo cual quiere decir que esta manera de determinar los *hinterlands* económicos de los puertos no refleja su real importancia en cuanto al valor y volumen de la producción. Por su parte, el puerto de Ensenada sirve a un *hinterland* de sólo cuatro actividades económicas y el de Salina Cruz a uno de tres.

En esta somera y gruesa determinación de los *hinterlands* económicos de los puertos marítimos nacionales vale la pena destacar ciertos casos específicos que resultan ilustrativos de la situación. Una situación privilegiada en este sentido es la que tienen las regiones agrícolas del Pacífico centro y noroeste, ya que los puertos de Manzanillo, Mazatlán, Topolobampo y Guaymas dominan *hinterlands* de alta productividad. Sin embargo, las instalaciones portuarias y la factibilidad del transporte en los *hinterlands* es muy des-

²¹ Los puertos en el panorama de México, op. cit., pp. 63-70.

igual, y solamente hasta fechas recientes se ha tratado de modificar esta situación, especialmente en el caso de Manzanillo, que durante mucho tiempo tuvo dificultades para servir a su *hinterland* económico, sobre todo a la zona agrícola del Valle de Apatzingán, cuyo algodón de exportación tenía que derivarse al puerto de Mazatlán con el consiguiente encarecimiento de los fletes y, por lo tanto, de un importante producto de comercio con el exterior. Situaciones similares, pero aún no superadas, representan los puertos de Topolobampo y Guaymas, aledaños a las zonas de riego del Valle del Fuerte y de Hermosillo, en donde el desarrollo de esos puertos está íntimamente ligado al sostenimiento e incremento de la más valiosa producción agrícola del país. El caso de la cuenca económica del Distrito Federal, servida por los puertos de Acapulco y Tuxpan, resulta también relevante en estas relaciones, ya que la insuficiencia de las vías de comunicación y transporte con estos puertos, sobre todo respecto del transporte de carga pesada y de alto costo, ha frenado el desenvolvimiento del *hinterland* económico.²²

El papel que pueden jugar los puertos en el desarrollo económico de un país depende esencialmente de las obras portuarias que los habiliten como puntos de enlace del comercio interior y exterior. Aun el desarrollo social de los habitantes de esos puertos está asociado a la construcción de tal infraestructura, que en última instancia constituye el factor indispensable para dinamizar su vida urbana. En el caso de los puertos mexicanos, los requerimientos de orden físico son considerables y generalizados, lo cual requiere crecientes inversiones por parte del sector público y privado. Ahora bien, a pesar de que la inversión portuaria ha crecido a una tasa anual del 3.5%, que supera el crecimiento de la población del país, dichas inversiones han carecido de correlación con lo que indican los factores de la actividad económica a este respecto: producto bruto nacional, inversión pública y producto del sector portuario. Ello es indicio de que no ha existido un plan coherente para las inversiones en obras portuarias de acuerdo con el crecimiento de la economía nacional. Se reafirma este hecho al observar que entre el movimiento portuario global y el PBN se presenta una alta correlación, de tal suerte que la tasa de incremento del 2.8% anual del primer indicador representa una de las manifestaciones del desarrollo económico del país. Resulta significativo subrayar, además, que ese incremento del movimiento portuario depende sobre todo del sector agrícola, de la industria de transformación, de la industria en general y de la industria petrolera, en tanto que es errático respecto de la

²² *Ibid*, pp. 66-75.

producción minera, muestra de una estrecha relación con el desenvolvimiento histórico de la economía de México. Esa falta de planteamiento de las inversiones portuarias puede también medirse por el tipo de las obras que se realizaron entre 1950 y 1960 y que no tendieron a incrementar y mejorar las instalaciones para los servicios portuarios propiamente dichos.²³

El desarrollo del país, respecto del desarrollo del sistema portuario, no se reduce a la expansión y mejoramiento de los puertos marítimos. México tiene la posibilidad de construir y mejorar un amplio sistema de canales intracosteros en el Golfo de México, del cual parte se ha realizado hace ya tiempo en la laguna de Tamiahua; por este medio podría unirse con la frontera norteamericana en la ciudad de Matamoros, a su vez puerto fluvial y marítimo. De mucha mayor importancia sería la intercomunicación, por medio de canales, del sistema fluvial del sureste del país, que es una red navegable de consideraciones naturales. Esta comunicación intracostera resulta más conveniente, porque los ríos de la zona no tienen comunicación directa con el mar, debido a la presencia de grandes barras en las desembocaduras, que sólo podrían eliminarse por medio de costosas escolleras. La realización de esta obra, con base en los ríos y lagunas interiores del sureste, beneficiaría a bajo costo una enorme y potencialmente rica región de los estados de Veracruz, Tabasco, Campeche y Chiapas, en la actualidad casi completamente incomunicada debido precisamente a su ecología de bosques tropicales lluviosos, zonas de anegamiento y grandes ríos.

La falta de datos por localidad impide precisar las características económicas, sociales y culturales de los habitantes de los puertos, de tal manera que sólo algunas inferencias muy generales pueden proporcionarse al respecto. El modo de vida urbano varía grandemente de acuerdo con el propio desarrollo de cada localidad y del que les ha sido inducido por la posición que ocupan dentro del desenvolvimiento económico del país. En unos casos los puertos son pequeñas ciudades de características marcadamente rururbanas, con una base económica que descansa fundamentalmente en actividades primarias extractivas como la pesca. En estas localidades, en las que a veces se localizan pequeñas plantas beneficiadoras de pescado y sus derivados, los salarios son generalmente bajos y equiparables a los que obtienen los campesinos de las zonas agrícolas desarrolladas. Datos obtenidos por investigación directa entre la población del puerto de Frontera, señalan que el ingreso modal se halla entre los 600 y los 1 000 pesos mensuales y que sólo una pequeña parte de la población —el 8%,

²³ *Ibid*, p. 76.

que está empleada en las plantas que benefician los productos marinos, en el gobierno, en pequeños comercios— traspasa estos ingresos modales. Los pescadores de tales localidades casi siempre están afiliados a cooperativas pesqueras y a organizaciones sindicales de nivel nacional, pero los datos económicos respecto de la industria pesquera muestran que hay una tendencia a que tal afiliación no represente una forma eficaz de superar los problemas económicos de dicha población. En Frontera, por ejemplo, el mayor problema que se presenta a estas organizaciones se deriva del enjutamiento de la actividad pesquera, lo que ha dado lugar a una emigración hacia otros puertos u otros centros urbanos para buscar empleo. Se ha llegado a afirmar, por parte de los industriales de la pesca, que la organización cooperativa —que priva en el Pacífico— es una de las causas del deterioro de la producción pesquera de México, aunque no se aportan datos probatorios de tal correlación. Podría informarse que la influencia negativa se deriva, por una parte, del control de la pesca por las cooperativas y, por la otra, de su baja productividad. Sin embargo, ni el gobierno ni los particulares se han preocupado por desarrollar e incrementar esa productividad.

Por lo que toca a los puertos que juegan un papel más dinámico en el intercambio comercial del país, la situación de la población es superior a la ya mencionada, pero sin llegar a igualarse a la de los obreros de los grandes centros industriales. En estos casos la actividad portuaria da lugar a una amplia ocupación terciaria, bien sea en las labores de estiba y manejo de mercancía, como en la administración fiscal y económica del complejo portuario. El sector del empleo en el gobierno adquiere aquí mucha significación, que se incrementa en la medida en que el puerto representa un mayor volumen de tráfico nacional e internacional. Ello da lugar, asimismo, a una ampliación de la actividad comercial y de operación del intercambio comercial, lo que se refleja en mayores tasas de empleos en estos renglones. La urbanización física y social de estos puertos presenta muchos puntos aberrantes, puesto que su origen en el auge de la economía de exportación les dio un carácter meramente transitorio de ciudades-almacén; y porque en la época contemporánea el desarrollo nacional no ha convertido al país en una entidad económica de suficiente dinamismo como para requerir de una infraestructura portuaria de importancia. Más aún, al mismo tiempo que la economía mexicana tiende a ser centralizada en unos cuantos polos de desarrollo, las economías generadas por los puertos sólo de manera sorprendentemente pequeña los benefician. Debido a ello las autopoibilidades para resolver los problemas inherentes a la urbanización son también

muy limitadas. Tiene que ver con esa limitación la real autonomía de los municipios, sobre todo en el aspecto económico, por lo que las obras portuarias que se realizan,—instalaciones y dotación de infraestructura y servicios urbanos— tienen que depender siempre de la Federación, que hasta el momento sólo ha dado una “prioridad secundaria” a los puertos.

Un rango superior entre los puertos lo ocupan aquellos que dependen básicamente de la actividad turística. Siendo esta actividad uno de los principales renglones de la economía nacional, el desenvolvimiento de los puertos turísticos ha sido muy grande, y ello ha beneficiado a diferentes localidades portuarias, especialmente las situadas en la costa del Pacífico. Los ingresos por turismo en estas ciudades, así como las inversiones en instalaciones y servicios turísticos, han cambiado de manera sensible su fisonomía, haciéndola cada vez más internacional y cosmopolita.

A mismo tiempo, la fuerza de atracción generada por el turismo ha sido causa de serios problemas urbanos para las poblaciones que allí viven y que continuamente crecen estimuladas por la expansión de las posibilidades de empleo en los servicios privados y públicos. A esta expansión se ha asociado un agudo problema habitacional para las capas más pobres de la población, que han invadido terrenos periféricos, suscitando con ello graves conflictos sociales y formando grupos marginales y cinturones de miseria. Las condiciones de vida en estos “campamentos” y los bajos ingresos generales de dichas poblaciones, aunadas al elevado costo de vida que produce el turismo y a sus actividades colaterales de evasión, han propiciado la aparición de una activa prostitución que tiende a generarse sin control efectivo y que se ejerce preferentemente en estas zonas y por las mujeres que allí viven.

Más recientemente se ha puesto al descubierto el ilegal tráfico de terrenos ejidales en los puertos turísticos, que de manera progresiva han ido pasando a manos de particulares. En varios casos este traspaso de terrenos ha limitado las posibilidades de un planteamiento físico más acorde con su desarrollo.

Con relación a las ciudades portuarias turísticas, el núcleo del problema radica, como podrá haberse visto, en la contradicción que se establece entre las necesidades de incrementar y modernizar la industria turística, como uno de los principales renglones de la economía nacional, y controlar y encauzar los aspectos patológicos de urbanización que está provocando y que, si son considerables en países ya desarrollados, son casi inevitables en los que están en proceso de alcanzar el desarrollo.

VII. De esta visión panorámica de la problemática que presentan en la actualidad las ciudades fronterizas y los puertos del país, pueden extraerse algunas conclusiones generales, cuyo valor diagnóstico es igualmente general.

1. Las extensas fronteras internacionales de México y sus vastos litorales en la actualidad representan más un reto a la capacidad creadora y modificadora del país que un sólido punto de apoyo para su desarrollo. Este hecho tiene que ver con: *a*) La disparidad sustancial entre las fronteras sur y norte en buena parte debida a las condiciones ecológicas y culturales de cada una de ellas, pero sobre todo al tipo de sociedades y economía que le son vecinas, que han dado lugar a la formación de sociedades locales completamente distintas, *b*) La presencia de las ciudades fronterizas, en uno u otro lado, como expresiones de la discontinuidad e incongruencia del proceso de desarrollo nacional, de tal manera que en casi todos los casos estas ciudades representan "polos" de desarrollo aislados; *c*) La existencia de formas particulares de dependencia con el exterior a través de las ciudades fronterizas del norte, tanto en lo económico como en lo social y en lo cultural (aun políticamente puede advertirse en estas sociedades formas de comportamiento y de participación que se hallan influidas por esta dependencia); *d*) La incapacidad que hasta la actualidad ha tenido el país para desarrollar localidades portuarias eficientes, debido fundamentalmente a la discontinuidad e incongruencia del desarrollo del país; *e*) La presencia de ciudades portuarias turísticas de gran desarrollo demográfico y material, que en su mismo dinamismo han contribuido a producir formas patológicas de urbanización.

2. En el panorama de la urbanización nacional, las ciudades fronterizas del norte representan un caso de gran dinamismo, concentrándose en ellas un gran potencial económico para el país. Pero hasta el momento la sociedad mexicana no ha sido capaz de incorporarlas a sus procesos económicos e institucionales, a pesar de los esfuerzos realizados por el gobierno en ese sentido. Tiene que ver con esta incapacidad el mismo desarrollo de grupos políticos y económicos locales, cuya preponderancia ha surgido precisamente de las relaciones dependientes con la economía norteamericana del sur. Por otra parte, puesto que esa relación reporta considerables ingresos a la economía nacional, resulta difícil prever que tal dependencia pueda ser rota en un futuro cercano. En este sentido resulta indispensable que el país realice los esfuerzos necesarios para cerrar la brecha entre las regiones más dinámicas de su economía y la frontera norte.

3. Las localidades de la frontera sur, de mucho menor desarrollo que las de la frontera norte, se resienten además de un considerable

aislamiento que prácticamente las ha segregado del resto del país. Este hecho tiene importancia porque se hallan localizadas en entidades nacionales de muy bajo desarrollo general y, por lo tanto, limitadas para jugar el rol multiplicador que de otra manera podrían jugar.

4. En cuanto a las localidades portuarias, es posible advertir dos tipos polarizados de mayor dinamismo: el que corresponde a los puertos del Golfo, ligados a la actividad petrolera y de importación de bienes de capital, y los del Pacífico, de carácter turístico. Todos ellos se originaron en el proceso del desarrollo exportador del país, por lo que muchas de sus características actuales provienen de esa etapa poco propicia a un desarrollo normal y autónomo. En este caso también las discontinuidades e incongruencias del desarrollo nacional han imposibilitado la superación más rápida de esos antecedentes negativos, que en algunos casos han sido definitivos para la decadencia de los puertos.

5. La política de desarrollo portuario del país no ha sido congruente con el significado económico del desarrollo nacional y con las perspectivas que en él pueden jugar los puertos. En esta perspectiva se considera que el desarrollo portuario ha ocupado "prioridades secundarias" en las inversiones públicas y que, cuando se han realizado obras para su capacitación y mejoramiento, éstas han tendido a ser de bajas posibilidades retributivas. En este sentido el desarrollo portuario del país se halla íntimamente relacionado con el establecimiento de una red eficiente de comunicaciones y transportes que hagan efectivo el *hinterland* portuario.

6. La forma generalmente atrasada en que opera la industria pesquera del país ha sido causa eficiente para el muy bajo desarrollo de la gran mayoría de los pequeños puertos que tienen a la pesca como actividad fundamental, lo cual se refleja en un bajo nivel de vida para la generalidad de las poblaciones que en ellos viven. Los intentos por organizar cooperativamente a los pescadores mexicanos no han dado resultados apreciables y aun se ha imputado a esas organizaciones la disminución del volumen de la producción pesquera. Pero es evidente que dichas cooperativas no han sido dotadas con los recursos económicos, materiales y técnicos necesarios para elevar su productividad y, con ella, el nivel de vida de grupos considerables del país.

7. Siendo el turismo una de las más importantes actividades económicas del país, los puertos relacionados con esta actividad se han desarrollado considerablemente en los últimos años. No obstante, el carácter atrayente de la actividad turística, sobre todo en los casos en que los puertos tienen su área de influencia dentro de zonas menos desarrolladas y el hecho de que esa atracción sea principalmente para

la ocupación terciaria y en especial en servicios domésticos, han dado lugar a aglomeraciones urbanas de tipo atrasado y patológico. Tiene que ver con esta situación el carácter generalmente dependiente de la industria turística, que si bien demanda del país considerables inversiones en infraestructura, posibilita asimismo el retiro de amplios excedentes que no se reinvierten. Por otra parte, ese carácter de dependencia de la industria turística fija las principales condiciones de su funcionamiento, limitando con ello el efecto multiplicador en otras ramas de la economía nacional. Estas razones explican en buena parte la incapacidad de estas ciudades para resolver los problemas urbanos en general y, sobre todo, los de las zonas marginales formadas por la atracción ejercida.

8. El análisis de los problemas anteriores resumidos sugiere que, en gran medida, su resolución depende de la posibilidad de que el país realice un proceso de desarrollo más equilibrado e integral que incorpore las potencialidades representadas por las amplias fronteras y litorales. Sin embargo, el desarrollo así concebido y planeado requerirá correlativamente medidas que realicen el potencial representado por ellas y por sus principales localidades urbanas. En ambos casos parecen necesarias la adopción e implementación de políticas de conjunto que conciben los problemas fronterizos y portuarios como un todo y, por lo tanto, sujetos a un planteamiento regional.

INTERPRETACIÓN E INCÓGNITAS DEL DESARROLLO REGIONAL

Sergio de la Peña

A. PLANTEAMIENTO PRELIMINAR

Al preguntarse la razón del desarrollo desigual de las regiones de México, surgen numerosas respuestas que atribuyen tal fenómeno a muy diversos factores.¹ Sin embargo, queda siempre la sensación de que algo más debe incorporarse a la argumentación para que la explicación sea satisfactoria, combinando para lograrlo instrumentos, puntos de vista y métodos de las diversas ramas de las ciencias sociales. Esto es, la adecuada apreciación de los factores determinantes del crecimiento regional exige la proposición de un marco de interpretación global, aun cuando sea esquemático. Éste debe consistir en una explicación del desarrollo general del país en sus diversas etapas, incluyendo el señalamiento de los factores principales que han determinado dicha evolución. Se tiene la convicción de que solamente en relación con la dinámica del desarrollo de la nación es posible calificar adecuadamente sus particularidades sectoriales, regionales, etcétera. Por ello, a riesgo de repetir fatigosas argumentaciones, se adelanta la interpretación global.²

Un aspecto que debe aclararse previamente consiste en el supuesto esencial de la interpretación que sigue. Este supuesto consiste en que la interdependencia de los fenómenos internacionales y nacionales plantea un complejo sistema de influencias recíprocas que ponen en operación diversas funciones asociadas con esos impulsos en el seno de las respectivas sociedades. De esta manera, los acontecimientos externos a un país se traducen en impulsos que son absorbidos a través de los canales que se han establecido a lo largo de su historia —ingresos de exportadores, captación de impuestos a la importación, ocupación urbana, etcétera— y que a su vez inician la ope-

¹ Véase por ejemplo L. Yates. *Desarrollo regional de México*, Banco de México, 1962 y C. Stern. *Las regiones de México y sus niveles de Desarrollo socioeconómico*, tesis profesional, Escuela Nacional de Ciencias Políticas, 1966.

² Una elaboración más detallada del esquema de interpretación está en *Reflexiones en torno al subdesarrollo*, del mismo autor, CREFAL, Pátzcuaro, 1969.

ración de relaciones de interdependencia con otras funciones de orden interno. Estos impulsos se añaden a los acontecimientos nacionales de carácter autónomo con respecto al exterior para constituir el panorama económico y social completo del país.

El razonamiento complementario a la proposición anterior consiste en que la gradual transformación del fenómeno nacional va modificando el tipo y carácter de la influencia que esta sociedad ejerce sobre el exterior. Igualmente, los canales de absorción y de transmisión de impulsos se modificarán a través del tiempo, por efecto de la operación de funciones internas, ya sea que su acción haya sido iniciada por factores externos o por cambios de las variables nacionales.

Habría de suponerse que en cierta forma se repite el fenómeno de interdependencia en el ámbito nacional, entre las diversas regiones y los centros internos de concentración económica. Esto implica, metodológicamente, que el examen de un fenómeno cualquiera debe efectuarse tomando en consideración el sistema completo de interdependencias nacionales y externas, ya sea para incorporarlas al esquema analítico o para abstraerlas explícitamente.

De igual forma es esencial examinar la dinámica simultánea de los componentes internos y externos del sistema de interdependencias para comprenderlo y evaluar con propiedad su importancia relativa en la evolución del fenómeno en estudio. Se puede postular que un examen socioeconómico de una región habría de considerar, por lo menos, las interdependencias de ésta con la nación y con el resto del mundo, así como el sistema de interdependencias entre los componentes que constituyen el fenómeno regional interno.

B. HIPÓTESIS DEL SUBDESARROLLO DE MÉXICO

1. *Orígenes históricos del subdesarrollo*

Las fuentes del atraso en México se encuentran en las pautas de funcionamiento de toda la sociedad. Estas pautas son el producto de la acumulación de experiencias y de la adaptación de la sociedad ante situaciones en permanente modificación que, en el balance final, generan influencias que contribuyen al atraso. Por esta razón es inevitable el examen, aun cuando esquemático, del devenir histórico del país, ya que ello permitirá la apreciación de los mecanismos que en sí mismos determinan y constituyen el subdesarrollo.³

³ Una calificación preliminar de lo que podría conceptuarse como "subdesarrollo" sería la situación de dependencia externa que determina una permanente pérdida de excedente, combinada con el uso interno del resto del excedente creado en objetivos que no colaboran a resolver económica y socialmente esa condición.

Al igual que en otras áreas coloniales españolas, en México los acontecimientos económicos tomaron los cauces dictados por las imposiciones de España, pero las características de su crecimiento quedaron profundamente influidas por las herencias sociales del periodo prehispánico.

Las primeras actividades manufactureras de importancia fueron los ingenios azucareros, los beneficios mineros y las constituidas por los monopolios reales de tabaco y de pólvora al principio de la Colonia; pero a poco se estancó la industrialización durante un prolongado periodo. Las prohibiciones de la Corona sobre la producción y el comercio exterior de manufacturas, que tenían la finalidad de proteger las respectivas actividades peninsulares, no comprendían a las artesanías que, por otro lado, tampoco eran objeto de competencia entre las clases sociales ni entre los grupos raciales. Es decir, las artesanías eran una actividad preferentemente de indios y su comercio lo realizaban principalmente los mestizos, pero no desplazaban actividades ya establecidas ni afectaban a los demás sectores de la población y, por otra parte, tampoco establecían una competencia con productos españoles. Durante más de dos siglos se prolongó esta situación con variantes menores, aun cuando prevalecía una atmósfera de violencia y rebeldía permanente que con frecuencia resultaba en explosiones armadas de diversa importancia.

Mientras tanto la capacidad de sujeción colonial de España se deterioraba y, al mismo tiempo, la influencia que ejercía Francia y sobre todo Inglaterra, iban creciendo, pero no con el mismo ritmo con que se retiraba el poder hispánico ni con igual contenido y forma. España practicaba la explotación directa mediante la ocupación militar y el control del comercio mediante la fuerza. En cambio las dos nuevas potencias coloniales no habían alcanzado el poderío suficiente que les permitiese repetir el esquema de ocupación colonial español. Un indicador de este acerto es el hecho de que durante largo tiempo —más de dos siglos— se limitaron estos dos países a practicar la expansión económica mediante el comercio, a través de la fundación de puestos periféricos colocados estratégicamente en las áreas coloniales propias, los que habrían de ser centros del intercambio mercantil, así como en llevar a cabo un intenso contrabando en las ajenas.

Al romperse las ligas coloniales con España mediante el triunfo de la revolución de Independencia, se acentuaron las dos influencias contrarias sobre las flamantes economías autónomas de América Latina. Por un lado, el vacío en la dependencia externa comercial y política presionaba para iniciar un proceso de industrialización a

base de sustituir las importaciones que anteriormente se adquirían de España. Por otro, la apertura de las fronteras a las manufacturas inglesas y francesas que acudían a invadir los nuevos mercados era resentida por las incipientes plantas industriales y por las numerosas artesanías que habían logrado crecer entre los resquicios que dejaba el rígido sistema español de control, planteándose con ello uno de los conflictos de fondo entre liberales y conservadores de la época.

En efecto, después de los violentos encuentros entre las dos facciones de la clase dirigente, triunfó momentáneamente la tendencia nacionalista y desarrollada, la cual necesitaba vitalmente el mercado interno. Éste había sido protegido en los primeros años del periodo independiente de los embates de los países más desarrollados mediante la erección de barreras aduanales, una vez que se logró el triunfo de los pocos industriales sobre los defensores de las ideas liberales que, en las condiciones del país, eran contrarias a las necesidades que planteaba su desarrollo.⁴ A pesar de que el problema entre liberales y conservadores de hecho expresaba el álgido conflicto entre la clase media en proceso de surgimiento y los exportadores latifundistas, este choque no habría de resolverse en favor de la primera sino con el triunfo e institucionalización de la Revolución de 1910. En esta larga espera influiría poderosamente el efecto apaciguador del extraordinario auge creado por la rápida elevación de las exportaciones que tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XIX.

En efecto, después de las guerras de México con los Estados Unidos y con Francia, el gran auge de las exportaciones sobrevino al país en las décadas finales del siglo pasado, aunque desde antes ya existía una creciente corriente de comercio con el resto del mundo. Los efectos de la incorporación de la economía al intercambio moderno, al igual que en los otros países de América Latina, fueron de enorme importancia para los acontecimientos inmediatos y futuros de México. Por una parte, esta incorporación dio una gran vigencia al estrato de propietarios y al de la población ocupada en producir exportaciones y, por otro, el auge fue tan grande que redujo sustancialmente los fermentos rebeldes que existían entre los campesinos y la clase media. Ésta, por ejemplo, fue ampliamente beneficiada por las grandes ganancias de las exportaciones a través del gasto que solicitaba servicios de diverso tipo, ya fuesen administrativos, bancarios, comerciales, y entre estos, los muy valiosos de los importadores.

⁴ Vale señalar que buena parte del interés arancelario consistía en la captación de mayores ingresos fiscales a través del impuesto a la importación, más que en aplicar una medida propositiva de fomento industrial. Sin embargo, el efecto era similar.

El esquema comercial británico, que era el prevaleciente, se ilustra con el caso de los productos de acero que se vendieron profusamente en todo el mundo, sobre todo a partir de 1860, mediante el otorgamiento de créditos que ahora llamaríamos "atados". Operó plenamente en el caso de México, y mediante esta brillante fórmula financiera se erigieron gran parte de los ferrocarriles y posteriormente los principales sistemas eléctricos, puertos, transportes urbanos, etcétera.⁵ Los grandes beneficios obtenidos en el sector externo mediante la abundante venta de exportaciones, crearon una elevada capacidad de compra; al importarse grandes volúmenes de bienes, sobre todo manufacturas, se afectó la raquíta industria nacional, incapacitada como estaba para competir.

Desde el punto de vista del grado de subdesarrollo del país, el auge externo fue un retroceso ya que, a pesar de los elevados aranceles, tuvo lugar una abundante afluencia de bienes importados que destruyeron numerosos talleres y pequeñas industrias de interés interno, creando con ello una dependencia nacional mayor, aunque al mismo tiempo este proceso fue acompañado por la elevación del ingreso por habitante. Pero este retroceso no se podía llevar a cabo impunemente ya que se encontraba presente un núcleo de población dedicado a las actividades internas —pequeños empresarios, empleados, obreros— que no desaparecía con el auge externo y en cambio quedaba parcialmente relegada de los beneficios del desarrollo. Este núcleo, junto con otros más, sería el que más adelante plantearía serios conflictos.

Los productores, sobre todo los grandes exportadores, lograron repetir el esquema tradicional de explotación de la mano de obra y así los campesinos quedaron sujetos a un sistema servil difícil de distinguir del aplicado durante la Colonia. Sin embargo, en una forma o en otra la revolución de Independencia, las guerras internas y las intervenciones extranjeras junto con la experiencia republicana, habían hecho avanzar a algunos estratos sociales campesinos y urbanos que planteaban demandas económicas y políticas. En los frecuentes lapsos de recesión de la economía se daba la oportunidad a esos grupos disidentes para intentar la transformación de las normas de participación social en los beneficios del crecimiento económico. Pero, dada la rígida evolución que observó el país en esa época, esta aspiración exigía para su cumplimiento una profunda convulsión so-

⁵ Una ilustración notable del auge que gozó la economía está constituido por las obras urbanas de carácter público a lo largo y ancho del país. Considérense los mercados, kioscos, palacios municipales y relojes que se instalaron en todo pueblo de cierta consideración en ese periodo.

cial que destruyese las inflexibles estructuras políticas y económicas vigentes.

2. *El periodo del nacionalismo económico*

La oportunidad para modificar radicalmente la situación interna se presentó en la primera década del siglo actual, cuando coincidían condiciones internas y externas favorables para intentar una aventura de esa naturaleza. Así, la Revolución destruyó las barreras a la expansión interna que estrangulaban el país. Este poderoso movimiento era inevitable al conjugar la violencia contenida en el sector campesino con la creciente frustración de las clases medias, enfrentadas a un sistema que perdía su flexibilidad de acción, por lo que correlativamente crecía la brutalidad en los métodos de pacificación que se venían practicando durante varios decenios. La circunstancia del movimiento armado surgía precisamente en la etapa en que tenía lugar la transformación del esquema del poder mundial, que sucedía dentro de graves convulsiones internacionales asociadas al proceso de cambio de polo de hegemonía que pasaba de Inglaterra a los Estados Unidos.⁶ La pérdida de control inglés era factor suficiente para perturbar el funcionamiento de la economía mexicana, pero además esta pérdida no era sustituida correlativamente por el equivalente norteamericano, sino que en ciertos aspectos y en determinados momentos se creaba de nuevo un vacío en la dependencia de los países periféricos, vacío que tal vez influyó en el cauce que tomaron los acontecimientos de la Revolución Mexicana.

Al término de la Revolución, la posición de las actividades manufactureras en el panorama nacional no se había modificado sustancialmente, pero en cambio se había transformado la participación de las diversas clases sociales en el poder político. Por otra parte, las presiones externas para impedir la industrialización habían aumentado debido a que la tónica del desarrollo del nuevo polo principal de dependencia así lo exigía. Para los países periféricos esto creaba una profunda diferencia en la forma de dependencia, ya que la nueva metrópoli practicaba intensamente la protección de sus actividades mediante poderosas barreras aduanales.

Por su parte, la atmósfera nacional había cambiado, ya que se habían removido algunos obstáculos económicos con el triunfo de la Revolución, pero al auge de las exportaciones en la década de los años

⁶ Algunos acontecimientos relacionados con este cambio de polo de hegemonía mundial son: la guerra Hispanoamericana (1898), la rebelión Bóxer (1900) la expansión japonesa y la revolución turca (1908) entre otros.

veinte, en lo que se refiere a la reconstrucción europea y a la vigorosa expansión de la economía norteamericana, diluía las presiones internas. Entre los obstáculos que dificultaban la expansión industrial de México, resalta la presencia de las clases conservadoras, tradicionalmente exportadoras con intereses opuestos a los de los empresarios industriales. Mientras los primeros pretendían que los costos de producción de sus exportaciones fuesen lo más reducidos posible, los segundos clamaban por la vital protección arancelaria para iniciar la industrialización, la que habría de encarecer inevitablemente las manufacturas y presionar a favor de la elevación de salarios. La manera de marginar a los exportadores para intentar el proyecto de autonomía económica sólo podía consistir en arrebatarles su base de poder que era la propiedad de la tierra y que tenían concentrada en enormes latifundios. Los intereses de los exportadores estaban identificados con los de los inversionistas extranjeros, los cuales se encontraban dedicados a las actividades comerciales, agrícolas y extractivas.

La batalla del desarrollo habría de darse mediante el enfrentamiento interno de las clases sociales en conflicto, pero bajo la presión de las influencias externas. Éstas eran particularmente agresivas ya que se había proclamado la guerra de precios de manufacturas y los Estados Unidos pretendían la sujeción férrea de los mercados nacionales de los países dependientes. Por consecuencia iban agotándose las posibilidades de gozar de los beneficios de crecimiento para la población no ligada a las exportaciones. La posibilidad de expansión de estos grupos se cifraba en la derrota simultánea de los enemigos internos y externos. Sin embargo, debe insistirse en que, mientras proseguía el auge del sector externo, el conflicto se mantenía latente debido a las ventajas que recibía directa o indirectamente toda la población, lo que prevaleció a lo largo de la década de los años veinte.

La crisis de los años treinta fue la oportunidad apropiada para conglomerar las fuerzas internas que trabajaban en favor del desarrollo nacional, con el fin de intentar la eliminación definitiva de la hegemonía de las clases conservadoras y procurar al mismo tiempo una solución a la violenta presión externa.

La brusca terminación del auge externo de los años veinte por la crisis de 1929 y la posterior caída radical de la exportación fue el momento más oportuno para iniciar el desarrollo nacional. La debilidad de la sujeción de áreas dependientes creada por la concentración de toda la capacidad financiera en los Estados Unidos para enfrentar la crisis general, se combinó para México con la debilidad de los sectores exportadores, con lo cual fue posible abrir un amplio camino

a las presiones nacionalistas que precisamente se habían multiplicado por la contracción global de la economía.

La recuperación de los sectores exportadores más dinámicos y el rescate de algunas actividades estratégicas fueron la base para iniciar la construcción de la economía nacional. Así, la recuperación del sector petrolero, por ser vital para el sostenimiento de la capacidad para importar y para la industrialización, se convirtió en el centro e inicio de la expansión manufacturera. Para alcanzar estas aspiraciones se necesitaba al mismo tiempo una elevada formación de capital, que solamente podía provenir de los sectores agrícola y minero mediante la contribución a la capacidad para importar a través de sus exportaciones y la dotación de alimentos y de bienes intermedios para sostener el pesado proceso de industrialización. Éste, a su vez, habría de orientarse con preferencia a la elaboración de productos que permitiesen de inmediato sustituir importaciones y así colaborar al alivio de las poderosas presiones externas que se ejercían sobre la balanza de pagos.

La enorme transformación social a la que era empujado el país sólo era posible contando con el pleno apoyo de la mayoría de la población, la que debería estar dispuesta a aceptar los prolongados sacrificios que exigía la realización de un cambio de tal naturaleza. Debía ceder parte de su consumo de productos importados en aras de la adquisición de la maquinaria, equipo y bienes intermedios que requería el aparato productivo. Además tendría que aceptar la elevación de precios de las manufacturas en la etapa inicial de la industrialización, determinada por el incremento inevitable de los costos, sobre todo bajo las grandes presiones externas que se ejercieron en los primeros años de este proceso. Estos sacrificios solamente eran aceptables por la población en la medida que tenían lugar dentro de una atmósfera de movilización política. Una parte esencial de movilización habría de efectuarse por medio de la reforma agraria.

En efecto, eran necesarios grandes cambios sociales para la adaptación del aparato productivo a sus nuevas funciones. En el caso del sector agropecuario, además de lograr una oferta creciente para apoyar el desarrollo del país, habría de considerar la presencia de la gran masa de campesinos que había participado intensamente en el proceso revolucionario con la determinación de obtener tierras, y que continuaba parcialmente armada y, sobre todo, dispuesta a seguir luchando. Al mismo tiempo los conservadores continuaban siendo los dueños de enormes latifundios que por su organización productiva practicaban una explotación poco intensiva. Además, los latifundistas constituían un grupo muy activo en la lucha por la preservación del

mayor número de privilegios, convirtiéndose por lo mismo en peligrosos enemigos de la industrialización del país.

La urgente necesidad de encontrar una solución justa a las aspiraciones campesinas que permitiera apaciguarlos, se combinó con la exigencia de transformar las rígidas estructuras de la propiedad de la tierra para asegurar una abundante producción agropecuaria, mediante el uso más intenso de los recursos. Ello da lugar al diseño y aplicación de la reforma agraria que habría de ser de gran importancia para el desarrollo ulterior del país.

Aunque el intento para lograr cierta autonomía económica era la finalidad principal que se perseguía, era necesario aceptar que la dependencia mercantil externa iba a acentuarse durante el periodo que requería la industria para consolidarse, ya que la producción manufacturera necesitaba abundantes importaciones de bienes de capital e intermedios. Esta condición creaba una creciente rigidez en la relación de la economía con el exterior, la cual habría de prevalecer largo tiempo. Sólo podría relajarse cuando la industrialización llegase a producir una elevada proporción de los bienes de capital e intermedios necesarios para la operación de la economía, lo que tendría lugar en etapas muy posteriores.

También característica de este proyecto era la necesaria protección arancelaria de las actividades internas para garantizarles un lapso de respiro en tanto elevaban la eficiencia de la producción. Sólo entonces les sería posible enfrentar con éxito la competencia abierta de bienes importados del resto del mundo. En consecuencia, subieron en general los precios de las manufacturas hasta el nivel fijado por las elevadas barreras aduanales, los que cubrían ampliamente los altos costos de producción. Así, se estableció un nuevo proceso de concentración del ingreso en favor de los sectores empresariales y, en menor medida, de la población urbana en general —incluyendo los obreros— a costa de los sectores campesinos.

Estos cambios no sólo eran inevitables sino que eran una parte implícita del esquema de desarrollo, ya que además de garantizar la formación de capital a través de la concentración de ingreso y de generar incentivos a la producción mediante las grandes utilidades en las actividades industriales, eran el mecanismo más efectivo para lograr la transferencia de excedentes de otros sectores hacia los núcleos urbanos y en particular al sector manufacturero. Además de estas importantes funciones, los cambios en las relaciones de precios internos en favor de los bienes industriales servía como medio para presionar el crecimiento de producción agropecuaria para que cumpliera con las exigencias de disponer de mayor oferta de alimentos

y materias primas, al forzar a los campesinos a compensar la pérdida del poder adquisitivo del ingreso agrícola con la venta de un mayor volumen de sus productos.

Otro elemento de gran importancia en la política de desarrollo interno de México fue la intensa intervención del Estado en los acontecimientos económicos, no solamente para su regulación general, que ya era extraordinaria para esa época, sino también en la producción de bienes y en la prestación de servicios. La participación pública en los negocios internos, que comprendía grandes áreas de la economía, era la inevitable contrapartida del bajo nivel de producción que prevalecía en la mayor parte de los sectores de la actividad económica.

El desarrollo nacionalista se consolidó durante la Segunda Guerra Mundial, con la simultánea expansión de la industria, bajo el incentivo de la demanda insatisfecha de importaciones y el auge de las exportaciones. El avance de México fue de tal amplitud, y de tan grande magnitud su consecuencia social, que, a diferencia de otros países de América Latina, logró resistir las posteriores presiones internas y externas que se ejercieron en favor del abandono de los avances de la industrialización.

En efecto, en vez de plantearse el desarrollo interno como alternativa al estrangulamiento externo creado por una crisis de producción en la metrópoli, ahora se trataba de seguir el crecimiento hacia adentro pero con auge externo y dentro del marco de la cordialidad necesaria entre aliados en la lucha contra el fascismo. Para las actividades manufactureras el panorama prometía el alivio de la competencia de productos extranjeros en el mercado nacional y en la apertura de algunos mercados antes controlados por las metrópolis capitalistas, como era el centroamericano.

A pesar de las serias limitaciones existentes en esos años de guerra para adquirir los bienes de capital necesario, este impulso hizo avanzar a la industria que aprovechaba ampliamente las posibilidades de sustituir las importaciones, en especial las de bienes de consumo, aun cuando este proceso haya sido acompañado por intensas presiones inflacionarias, ya que el ingreso generado no encontraba contrapartidas equivalentes de oferta. El auge de la guerra consolidó, junto con la base manufacturera, a una clase social claramente definida, integrada por los empresarios nacionales y engrosada con frecuencia por políticos con "iniciativa privada". El Estado identificaba cada vez más su acción con la pauta de desarrollo capitalista, dentro de una hipótesis de expansión interna que reclamaba la paz entre los

núcleos sociales como condición esencial. Por esta razón las concesiones al sector campesino a través de una reforma agraria a medias, estaban dosificadas en función de las necesidades de pacificación del momento, y estas necesidades se reducían con los auges y aumentaban con las crisis.

Mientras tanto, en el ámbito de los intereses laborales urbanos eran necesarias mucho menos consideraciones, ya que la misma dinámica social había canalizado beneficios a esta clase social, que se aunaban al efecto del acelerado movimiento migratorio rural-urbano y la exagerada oferta de mano de obra barata para diluir la presión política y económica de las organizaciones de trabajadores existentes y para restringir severamente las posibilidades de su activación y conglomeración. Por otro lado, las organizaciones laborales no habían surgido únicamente como resultado de una lucha sindical, sino que en su mayoría fueron auspiciadas por el sector público en la década anterior, para contar con un instrumento adecuado de apoyo en la aplicación de la política de enfrentamiento con el exterior. Debido a su crecimiento artificial, el movimiento sindical no correspondía necesariamente al nivel de conciencia política de los trabajadores ni a su participación efectiva en los acontecimientos laborales. El pesado paternalismo y la manipulación estatal de los asuntos sindicales agravó la tara de origen de los movimientos laborales y los redujo a su función de negociación económica a costa de la pérdida de su posibilidad de lucha política, en cuanto se refiere a los intereses obreros. En cambio, constituyeron instrumentos de gran importancia estratégica en la modelación del esquema de crecimiento nacionalista, al agrupar núcleos de apoyo a las maniobras políticas requeridas.

3. *Los años de transición*

La posguerra en México se inició con mucha importación gracias a la elevada acumulación de divisas que tuvo lugar durante el conflicto bélico, y con un gran impulso del gasto público en obras que se habían detenido durante los largos años de hostilidades. Sin embargo, en poco tiempo se acabaron los años de abundancia, ya que el acelerado gasto de las reservas de divisas (se reducen a 200 millones de dólares de 1945 a 1947) las agotó en menos de dos años. Esa pérdida de divisas se debió a que la importación se duplicó en ese lapso y al bajo dinamismo que observó la exportación. Las ventas al exterior, que mantuvieron un alto nivel durante la guerra, se vieron afectadas por la política norteamericana de "dumping"

practicada a través de la liquidación de los enormes volúmenes de materias estratégicas acumuladas (véase el cuadro 1).

El corto periodo de auge de 1945 a 1947 tuvo gran importancia para la industria: ésta de pronto se vio sujeta a la competencia externa debido a la importación masiva de manufacturas, por lo que hubo de luchar por la erección de nuevas protecciones arancelarias. Para 1948 el deterioro del sector externo impedía satisfacer las exigencias crecientes de importación para cumplir con los ambiciosos programas de inversión pública y privada, así como para adquirir los bienes intermedios necesarios para la operación industrial, todo lo cual venía a ser la contrapartida de la marcada pérdida de dinamismo del ingreso interno y, por lo tanto, de la demanda.

La crisis de la posguerra golpeó violentamente a toda la economía, lo cual tuvo repercusiones mucho más graves que en el pasado. La industrialización exigía la importación de bienes intermedios para poder continuar su operación y, a diferencia de poco antes, no se podía retroceder en este campo contrayendo la producción y clausurando plantas, sin correr graves riesgos políticos. En el pasado, la contracción de la actividad económica en proporción con la magnitud de las crisis era suficiente para resolver el problema de balanza de pagos. En cambio ahora el margen político de maniobra era mucho más reducido. Se recurrió a la disminución directa del nivel de vida de la población trabajadora urbana y de campesinos como conjunto, a través de la manipulación de las relaciones entre ingresos por trabajo y los precios internos. Esto significaba que la defensa del "crecimiento hacia adentro" exigía una sumisión de todos los demás aspectos de la vida económica a esta finalidad.

Sólo mediante las devaluaciones de la moneda en 1947 y 1948, el estricto control de importaciones —incluyendo la implantación de permisos previos— y la reducción de los salarios reales fue posible aliviar la presión sobre la balanza de pagos. Sin embargo, esta política implicó la limitación de la capacidad de compra de la población y la consecuente afectación de la actividad económica general, todo lo cual tuvo crecientes repercusiones en la estabilidad política del país.

La solución a la recesión de la economía creada por el estrangulamiento exterior provino de esa misma área, cuando la guerra de Corea generó la enorme demanda que requería la economía norteamericana para renovar su crecimiento. Aumentaron rápidamente las ventas de bienes primarios de México, creciendo su exportación, sobre todo en 1949, cuando en términos reales se incrementó en un 19 por ciento. Mientras tanto la importación, que en 1948 había

CUADRO 1
BALANZA DE PAGOS 1945-1969
millones de dólares

Concepto	1945	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969
Saldo en Cuenta Corriente	1	-174	-167	-60	49	40	-215	-107	-118	-45	22	-123	-293	-268	-147	-311	-221	-156	-206	-407	-376	-370	-568	-742	-686
Exportación Bienes y Serv.	501	570	714	713	701	827	918	984	964	1048	1208	1324	1257	1268	1320	1372	1463	1587	1709	1836	1987	2181	2207	2506	2797
Bienes	321	369	483	470	456	544	606	655	597	664	780	850	758	758	753	786	844	944	987	1069	1158	1207	1147	1250	1443
Servicios	180	202	231	242	245	283	312	329	367	384	429	474	499	509	567	585	619	643	722	768	831	974	1059	1256	1354
Importación Bienes y Serv.	499	744	881	775	652	787	1133	1090	1082	1094	1186	1447	1550	1536	1466	1683	1684	1743	1915	2243	2365	2551	2775	3249	3483
Bienes	373	601	720	591	514	597	889	829	808	789	884	1072	1155	1129	1007	1186	1139	1143	1240	1493	1560	1605	1748	1960	2078
Servicios	128	145	161	184	137	190	245	262	275	305	302	375	395	407	460	497	545	600	676	750	805	946	1027	1289	1405
Errores y Omisiones	93	63	16	52	33	2	82	11	23	-44	-43	-34	118	62	52	108	-89	9	72	-139	212	89	200	302	-58
Cuenta de Capital	-2	-8	62	44	11	130	126	75	54	63	222	218	162	129	151	194	288	164	244	577	143	213	346	377	804
A. Largo plazo	36	22	65	32	30	70	99	85	53	112	129	150	192	193	142	120	286	261	301	514	172	287	408	489	791
Inversiones Directas	45	11	56	41	24	72	121	68	42	93	105	126	132	100	81	-38	119	127	117	162	214	183	130	227	249
Crédito a Nafinsa neto	7	33	23	7	17	11	14	43	33	41	58	49	90	125	78	189	185	148	155	384	-76	89	255	148	nd
B. Corto plazo	-37	-30	-4	13	-20	60	27	-9	1	-49	93	68	-30	-64	9	74	2	-97	-58	63	-30	nd	nd	nd	nd
Variación de Reservas	93	-119	-122	-68	27.6	172	-8	-21	-42	-26	202	61	-14	-77	56	-9	-22	17	110	32	-21	6	40	49	nd

FUENTE: Banco de México, excepto inversiones directas de 1966 a 1969 que fueron tomadas del Fondo Monetario Internacional.

disminuido 19 por ciento y 11 más al siguiente año, se elevó al 16 y 30 por ciento en 1950 y 1951, respectivamente. Esta evolución ilustra la creciente dependencia externa en que entraba la economía mexicana debido al proceso de industrialización, contrariamente a las promesas de independencia económica que auguraban los “desarrollistas” de los años treinta (véanse los cuadros 2 y 3).

La renovación de la dinámica del crecimiento, activada por la guerra de Corea, se había logrado plenamente, pero a un costo social elevado. En efecto, mientras se incrementaron las ventas al exterior, que hacían posible aumentar la importación de bienes, la variación desfavorable de los precios relativos a nuestra exportación con respecto a los de la importación iba generando una creciente pérdida en la capacidad de compra externa en relación con el resto del mundo. Al mismo tiempo esta pérdida era compensada, cuando era posible, mediante la venta de un mayor volumen de exportación, con lo que tenía lugar una creciente salida de excedente económico hacia el exterior.⁷

4. Los primeros indicios del nuevo desarrollo

Al término de la guerra de Corea empezó a evidenciarse un cambio en el panorama mundial que habría de tener profundas consecuencias en el desarrollo del país.

La dinámica de la economía interna seguía operando en torno a la vitalidad de la exportación y en favor de la industria, que para subsistir era protegida del exterior. La industrialización seguía considerándose el medio de alcanzar una autonomía nacional, por lo que merecía el apoyo irrestricto de toda la economía. Sobre todo, el sector agrícola contribuía a este objetivo aportando un creciente excedente agropecuario para beneficio de las manufacturas y de la población. Este excedente se extraía y era transferido principalmente a través del mecanismo de precios; pero para ello era necesario un aumento de la producción agropecuaria, lo cual se logró gracias a la expansión de la superficie cultivada en una primera etapa. Después, el mejoramiento técnico, que fue notable sobre todo a partir de los años cincuenta, empezó a ejercer una creciente influencia, a lo cual contribuyeron ampliamente los ambiciosos proyectos de irrigación iniciados y ejecutados desde dos décadas atrás.

⁷ Así, por ejemplo, la relación de precios del intercambio se reduce 8 por ciento entre 1945 y 1949, mientras que el *quantum* de la exportación se eleva en 32 por ciento en ese periodo, con lo que la capacidad para importar aportada por la venta de bienes crece 22 por ciento. Esta diferencia de 10 por ciento representa la pérdida de excedente por efecto de precios. Véase *El caso de México*, CEPAL, 1957.

CUADRO 2

OFERTA Y DEMANDA GLOBALES 1945-1968

millones de pesos de 1960

Año	Producto Interno Bruto	Importación de bienes	Oferta Demanda Globales	Total	Demanda Interna Inversión	Consumo	Exportación de bienes
1945	66 975	8 029	75 004	69 781	8 132	61 649	5 223
1946	71 429	10 665	82 094	75 566	9 732	65 834	6 528
1947	72 337	11 450	83 787	77 789	11 169	66 620	5 998
1948	75 613	9 264	84 877	78 897	11 839	67 058	5 980
1949	78 856	8 278	87 134	80 041	12 511	67 530	7 093
1950	86 973	9 589	96 562	89 129	13 572	75 557	7 433
1951	93 034	12 479	105 513	97 745	17 731	80 014	7 768
1952	96 095	12 405	108 500	100 422	18 329	82 093	8 078
1953	100 866	11 823	112 689	105 563	16 263	89 300	7 126
1954	106 118	11 878	117 996	110 819	17 444	93 375	7 177
1955	114 049	12 714	126 763	117 885	18 903	98 982	8 878
1956	120 432	14 797	135 229	126 182	22 285	103 897	9 047
1957	129 250	15 396	144 596	136 252	23 455	112 797	8 344
1958	134 654	14 629	149 283	140 276	22 271	118 005	9 007
1959	139 979	13 349	153 328	143 602	22 788	120 814	9 726
1960	150 511	14 831	165 342	155 809	25 507	130 302	9 533
1961	156 284	13 559	169 843	159 948	26 854	133 094	9 895
1962	164 675	12 724	177 399	166 297	26 887	139 410	11 102
1963	177 764	13 739	191 503	180 293	30 424	149 869	11 210
1964	195 853	15 160	211 013	199 691	37 041	162 650	11 322
1965	207 211	15 694	222 905	210 473	38 585	171 888	12 432
1966	222 546	15 941	238 487	225 547	43 143	182 404	12 940
1967	236 343	17 064	253 407	241 197	48 710	192 487	12 210
1968	253 596	19 189	272 785	259 971	51 438	208 533	12 814

FUENTES: Producto e inversión, 1945 a 1949, E. Pérez López *El producto nacional, 1950 a 1966*, Banco de México, 1966 a 1968, CEPAL, estudio anual.
 Importación y exportación de bienes, balanza de pagos deflactado, con índice de valor unitario de CEPAL.

CUADRO 3

TASAS ANUALES DE CRECIMIENTO DE OFERTA Y DEMANDA GLOBALES 1945-1968

porcientos

Año	Producto Interno Bruto	Importación de bienes	Oferta Demanda Globales	Demanda Total	Demanda Interna Inversión	Consumo	Exportación de bienes
1946	6.7	32.8	9.5	8.3	19.7	6.8	25.0
1947	1.3	7.4	2.1	2.9	14.8	1.2	— 8.1
1948	4.5	—19.1	1.3	1.4	6.0	0.7	— 0.3
1949	4.3	—10.6	2.7	1.4	5.7	0.7	18.6
1950	10.3	15.8	10.8	11.4	8.5	11.9	4.8
1951	7.0	30.1	9.3	9.7	30.6	5.9	4.5
1952	3.3	— 0.6	2.8	2.7	3.4	2.6	4.0
1953	5.0	— 4.7	3.9	5.1	—11.3	8.8	—11.8
1954	7.5	0.5	4.7	5.0	7.3	4.6	0.7
1955	7.5	7.0	7.4	6.4	8.4	6.0	23.7
1956	5.6	16.4	6.7	7.0	17.9	5.0	1.9
1957	7.3	3.7	6.9	8.0	5.3	8.6	— 7.8
1958	4.2	— 4.7	3.2	3.0	— 5.0	4.6	7.9
1959	4.0	— 8.7	2.7	2.4	2.3	2.4	8.0
1960	7.5	11.1	7.8	8.5	11.9	7.9	— 2.0
1961	3.8	— 8.6	2.7	2.7	5.3	2.1	3.8
1962	5.4	— 6.2	4.4	4.0	0.1	4.7	12.2
1963	7.9	8.0	8.0	8.4	13.2	7.5	1.0
1964	10.2	10.3	10.2	10.8	21.7	8.5	1.0
1965	5.8	3.5	5.6	5.4	4.2	5.7	9.8
1966	7.4	1.6	7.0	7.2	11.8	6.1	4.1
1967	6.2	7.0	6.3	6.9	12.9	5.6	5.6
1968	7.3	12.5	7.6	7.8	5.6	8.3	4.9

FUENTE: Cuadro 2.

Con la reducción de la inquietud campesina por la aplicación de la reforma agraria durante una década (1938-48) y con el avance de la producción empresarial agrícola, se dieron condiciones para que el sector cumpliera con el papel que de él se esperaba. Al mismo tiempo y como consecuencia, se acentuaron las diferencias en los diversos tipos de agricultura coexistentes, o sea, la de autoconsumo, la comercial interna y la de exportación.

Hasta bien entrada la década de los años cincuenta continuaron aplicándose los principios tradicionales de nacionalismo económico y de fomento de su base industrial a través de la protección interna y

del exterior, bajo el supuesto de que la posibilidad del desarrollo seguía siendo la expansión de una burguesía nacional y que para serlo tenía que ser antimetropolitana. El modelo que había auspiciado la evolución económica de una creciente clase media y la consolidación de la hegemonía de una clase alta en torno al nacionalismo económico continuó considerándose vigente. Ello explica la renovación de la apertura populista a finales de los años cuarenta, que incluye la organización de un partido popular, como parte central de la reacción acostumbrada para enfrentar la crisis externa de 1947 que se suponía era de igual contenido y que habría de tener consecuencias similares a las tradicionales.

Sin embargo, el panorama mundial, y por ello la influencia exterior que recibía México había cambiado sustancialmente. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial la formación de capital en los Estados Unidos ya no absorbía el total de su ahorro generado como sucedía en el pasado, cuando el factor dinámico más poderoso de la economía norteamericana era la demanda interna de bienes de consumo y la expansión de su capacidad productiva. Al crecer enormemente las instalaciones fabriles durante la guerra, la relación entre las variables económicas condicionaba el crecimiento del ahorro a un ritmo que, al terminar el conflicto, superaba con mucho las necesidades internas de inversión; de esta manera se planteaba la disyuntiva de contraer la actividad o encontrar una solución externa. El plan Marshall vino a constituir esa solución exterior a la crisis de la posguerra, que amenazaba convertirse en una desastrosa recesión mundial. En efecto, mediante la aplicación de financiamiento masivo en forma de créditos públicos e inversiones privadas directas para la reconstrucción de Europa, era posible utilizar ese excedente de ahorro y al mismo tiempo dar ocupación a la población mediante el uso de la enorme capacidad instalada, que la demanda interna del periodo de paz no podía mantener funcionando.

Esta fórmula fue viable en el periodo de reconversión de la economía de guerra gracias a la ingente necesidad de las naciones europeas por reconstruir su capacidad productiva. Por esta razón la nueva condición del funcionamiento de la economía norteamericana pasó desapercibida en un principio para Latinoamérica. A ello contribuyó el alivio de la crisis exterior que sobrevino a través de la mejoría de la demanda de productos de exportación tradicionales, que crearon tanto la guerra de Corea como las primeras etapas de la operación regular de las economías europeas.

Sólo al término de la guerra de Corea aparecieron los signos del cambio de calidad en el funcionamiento de la economía norteameri-

cana para con Latinoamérica. Estos signos consistían en el trato correspondiente a receptores de capital, ya que la necesidad permanente de la economía norteamericana de colocar en el resto del mundo el exceso de ahorro y lograr al mismo tiempo activar la demanda para dar ocupación a la población, fue determinando el contenido y orientación de su política exterior. Para América Latina se inició un nuevo periodo de relaciones con la metrópoli cuyas consecuencias finales aún no pueden definirse, pero que en lo inmediato requería la modernización de la economía para adaptarla a su función de depositaria de capital.⁸

La crisis que acompañó el fin de las acciones bélicas en Corea afectó de nuevo la exportación de México (decaió 12 por ciento en 1953). A pesar de la contracción de las importaciones logradas mediante la aplicación de diversos medios para su restricción, el déficit exterior hizo inevitable la devaluación de la moneda en 1954, ya que en los años previos el país había perdido 88 millones de dólares de su reserva. Con esta nueva devaluación se logró plenamente el efecto deseado que consistía en impulsar la exportación y estabilizar las compras de bienes importados, al hacerlos más caros. El resultado, medido en cuanto la variación del nivel de reservas internacionales, fue notable: se incrementaron en 200 millones de dólares en 1955.

Mientras tanto, la modificación gradual de la actitud comercial de los Estados Unidos era muy importante para México. La hostilidad y la violencia del pasado, que incluían la guerra de precios para mantener el control de los mercados de su exportación en general y en particular de sus manufacturas, habían provocado los intentos de crecimiento hacia adentro de algunos países dependientes en los periodos de recesión mundial. De ahí, sin embargo, pasó la metrópoli a practicar una lenta invasión financiera mediante la afluencia de nuevas inversiones directas, que se dirigían sucesivamente a los sectores del comercio, manufacturas ligeras, servicios e industrias pesadas, todo ello sin dejar de lado el interés tradicional en los sectores primarios. Este nuevo carácter de la relación se combinaba con eventuales *dumpings* y diversos retornos a la pauta tradicional, sobre todo en épocas de recesión.

El efecto de la nueva pauta empezó a manifestarse con más intensidad a partir de 1953. Se combinaron la afluencia de capital

⁸ Una muestra del interés interno y externo por la modernización del aparato productivo, para participar en la nueva pauta financiera e industrial, es la ejecución del primer estudio sistemático de la economía, por la Comisión Mixta Mexicano-Norteamericana: *El Desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*. México, Nacional Financiera, 1953.

externo de largo plazo con la expansión del turismo y con las crecientes remisiones de divisas aportadas por los braceros para permitir el financiamiento de movimientos de capital de corto plazo y sobre todo del déficit en cuenta corriente externa que la baja dinámica de las exportaciones había creado. Sin embargo, esta fórmula se perturbó con la recesión de 1956 y con una desastrosa venta norteamericana de excedentes algodóneros, la que afectó seriamente la exportación mexicana (se contraen a precios corrientes desde 1956 hasta 1959). Sin embargo, el financiamiento externo permitió sostener el crecimiento de la importación hasta 1958, cuando también se redujo por efecto de la contracción de la corriente de las nuevas inversiones directas. Pese a la disminución de la importación que se logró mediante la aplicación de instrumentos monetarios y cuantitativos, fue inevitable la reducción de las reservas que llegó a ser de casi 80 millones de dólares en 1958 (véase el cuadro 1).

En el segundo quinquenio de los años cincuentas, la activación de la economía a través del impulso creado por la corriente financiera externa fue cobrando cada vez mayor importancia en la determinación de las fluctuaciones del crecimiento. La elevación del producto, bajo la influencia positiva del proceso de formación de capital, fue complementado por la intervención más enérgica del sector público en la modernización y adaptación de la economía, a través de la dotación de la infraestructura necesaria y de los servicios para el impulso de las actividades, particularmente industriales. Para lograrlo, también el Estado recurrió al financiamiento externo de largo plazo (se duplica en 1958 con respecto al año anterior) para acelerar la ejecución de vitales obras públicas, procurando utilizar preferentemente el uso de crédito internacional con el fin de reservar al sector privado el uso de la capacidad de financiamiento interno, todo ello dentro de las limitaciones dictadas por el impulso irrestricto a las empresas privadas, sin distinción de nacionalidad. Es ilustrativo de esta pauta el crecimiento promedio de la inversión pública en términos reales entre 1955 y 1961 (9 por ciento anual), a diferencia de la reducción con tasa de 1 por ciento anual que sufrió entre 1950 y 1955.

El proceso de industrialización continuaba en aumento, sobre todo al iniciarse la práctica de la asociación de capitales privados nacionales con los externos que facilitaba la afluencia de financiamiento del resto del mundo. No menos importante era la rápida incorporación de la tecnología que aportaban las nuevas empresas que se establecían en el país, no sólo en cuanto a la técnica de producción, sino en los métodos de mercado, propaganda y administración.

Al mismo tiempo, el resto de la economía iba respondiendo plenamente a los estímulos de la demanda interna, aportando crecientes volúmenes de bienes para satisfacer los requisitos de producción intermedios y de consumo, así como de la formación de capital. A diferencia de otros países latinoamericanos, en el caso de México el sector agrícola, apoyado en la amplia base de la infraestructura que construía diligentemente el sector público, aportaba no sólo una gran parte de la capacidad externa de compra a través de los sucesivos auges de los productos de exportación (algodón, tomate, piña, etcétera), sino que también era la base para sustentar la estabilidad interna de precios. Este gran éxito de impedir las desquiciantes presiones inflacionarias que plagan a numerosos países de la región, también fue resultado de la afortunada combinación de los cambios estructurales iniciados desde dos décadas atrás para impulsar la producción interna (reforma agraria, transformación ocupacional, adaptación administrativa, formación de capital básico); además la contribución del financiamiento externo permitió un incremento en la importación y por tanto en la inversión y en la demanda interna en su conjunto, más allá de la limitada capacidad del aparato productivo nacional que correspondería a las posibilidades exclusivamente internas.

El aumento de la capacidad para importar mediante el financiamiento externo era considerable a pesar del cargo creciente de la remisión de utilidades e intereses (en promedio representaron 8.7 por ciento de las exportaciones de bienes en 1950-55, en tanto que pasaron a ser 9.7 en 1956-61). También se avanzaba en la rigidez de la dependencia de la importación para sostener los niveles de la inversión, de la actividad productiva y del consumo, ya que aun cuando el proceso de sustitución de productos de importación se iba acelerando, todavía estaba lejana la etapa de saturación industrial que habría de permitir la disminución neta de estas compras del exterior.

Por otro lado, la vulnerabilidad externa de la economía iba creciendo al aumentar la dependencia de importación por parte del aparato productivo y por parte de las funciones de consumo. Así, se multiplicaba la importancia estratégica de los flujos financieros para mantener la dinámica de la evolución de la economía. Esta mezcla de mecanismos y condicionantes introducía una doble vulnerabilidad, ya que a la tradicional dependencia de la exportación para mantener los niveles de actividad de toda la economía, ahora se sumaban las variaciones de las corrientes financieras.

Durante 1959, al efecto depresivo de la exportación y de los movimientos de capital, se añadió la influencia de los factores monetarios

y crediticios internos que, en vez de jugar un papel compensatorio, operaron en igual dirección con el fin de aliviar a toda costa las presiones que sufría la balanza de pagos externos. Tanto el gasto público como el crédito fueron objeto de controles para reducir las presiones de los consumidores y de los productores internos sobre la demanda de importación. Tal cosa era efecto de la preferencia tradicional de los diseñadores de la política económica de México por la estabilidad monetaria, que tiende a traducirse en el ajuste de los medios de pago a los niveles de actividad prevalecientes, por lo cual las variables monetarias tienden a ser determinadas por los impulsos de la economía.

Un nuevo periodo de recuperación tuvo lugar en los años 1959-61, en buena medida bajo la influencia de los cambios acelerados en la relación con el exterior y de la activa labor de creación de la infraestructura requerida. La adaptación de la economía a las nuevas condiciones se consolidó desde principios de la década a través de la afluencia de la capital privado del exterior y de la instauración de la era de la asistencia financiera de carácter público. Esta tónica fue sistematizada poco después por los Estados Unidos mediante la institucionalización del financiamiento a Latinoamérica a través de la Alianza para el Progreso.

La muestra más clara del grado de avance de la economía en la nueva pauta consistió en la reacción que tuvo durante la grave crisis mundial de 1961 y su prolongación en 1962. En esa ocasión la exportación aumentó en forma considerable con una variación favorable de sus precios; pero el estancamiento de la producción se originó principalmente en el violento impacto de los movimientos de capital de corto plazo inducidos por la grave situación de la economía norteamericana.⁹ Se puede suponer que esta nueva experiencia del subdesarrollo expresaba la consolidación de la nueva tónica del comportamiento de la economía atrasada, indiciada desde principios de la década anterior.

5. Desarrollo reciente y la nueva dependencia externa

En el periodo 1962-68 se acentuaron las tendencias que habían caracterizado las relaciones de México con el exterior. Sin embargo, la nueva dependencia económica y el funcionamiento de sus mecanismos iban marcando definitivamente limitaciones a la acción autó-

⁹ Es de señalarse la deformación provinciana que atribuyó exclusivamente la salida de capitales a la reacción de inversionistas ante declaraciones del entonces presidente de la República Adolfo López Mateos. El movimiento de capitales tuvo lugar en muchos otros países latinoamericanos en el mismo lapso.

noma del sector público y, por lo tanto, a sus instrumentos tradicionales de regulación económica.

En este periodo, el elevado crecimiento del producto interno bruto (7 por ciento anual) responde a la intensa formación de capital, tanto por parte del sector público como del privado. A la activación económica contribuyó poderosamente el sector externo al incrementarse la exportación (4 por ciento anual en valores constantes y un aumento de precios de casi 20 por ciento entre 1962 y 1967), así como el volumen de financiamiento de largo plazo. Tanto el atractivo de los elevados rendimientos internos, que indujeron volúmenes crecientes de inversiones directas del exterior, como el intenso endeudamiento público con el resto del mundo (con la notable excepción en el año 1965) marcaron la pauta del periodo.

Mediante este expediente se logró sostener un ritmo de crecimiento de la importación particularmente elevado (7 por ciento anual en términos reales), que no podría haber financiado la exportación por sí sola, a pesar del rápido aumento de los ingresos por turismo. El incremento de la capacidad de compra externa y los incentivos a la actividad económica interna que aportó el mayor financiamiento externo por parte de aquella esfera, tuvieron como contrapartida el rápido aumento del cargo por amortización de la deuda y el de la remisión de utilidades e intereses de inversiones directas.

Al mismo tiempo, el proceso de industrialización, que era el símbolo mismo de las esperanzas de liberación económica y a cuya finalidad se dirigió la mayoría de las acciones de la política de desarrollo del país, ha sido frustrado por varias razones. Algunas son de carácter técnico-mercantil y determinan la imposibilidad de sustituir la importación de suficientes bienes en un corto plazo para aliviar efectivamente el peso sobre la balanza de pagos externa. Otras, directamente relacionadas con las anteriores, son de carácter técnico-productivo y determinan la imposibilidad de elevar suficientemente la eficiencia, por lo que las manufacturas nacionales están obstaculizadas para participar en la concurrencia mundial. En una forma o en otra, estos obstáculos están relacionados con la reducida dimensión del mercado interno, limitado gradualmente por el nivel y la forma en que se encuentra distribuido el ingreso. Esto afecta la capacidad de compra de la población, por la irrestricta protección interna y externa a la industria y porque la tecnología disponible corresponde a las exigencias de economías altamente evolucionadas, en las que es un propósito central de la inventiva técnica ahorrar en la mano de obra.

Una solución para estas dificultades técnicas ha sido la posibilidad

de ampliar el espacio económico mediante la asociación mercantil con países que aspiran a establecer el libre comercio y la libre movilidad de los factores productivos (mano de obra y capital) en un largo plazo. Sin embargo, la práctica de estas iniciativas ha puesto en evidencia que, a pesar de permitir la operación más eficiente de las unidades productivas existentes, la debilidad externa ha sido poco modificada con el procedimiento de integración regional de mercados.

En 1967, cuando las amenazas de recesión perturbaron la actividad nacional, se mostró con claridad la creciente dependencia externa de los países atrasados, a pesar de las iniciativas de integración económica. La dependencia ha mantenido su preponderancia en la determinación de los acontecimientos internos a través de los cambios en la exportación sobre las variables nacionales, lo que afecta la disponibilidad de productos vitales de importación. Además se ha multiplicado por la acelerada intervención del financiamiento externo en la determinación del nivel y forma de la actividad económica, atraído en parte por los incentivos de la integración económica latinoamericana.

En efecto, el libre intercambio consiste en especial en el comercio de manufacturas, en su mayoría elaboradas por subsidiarias regionales de las empresas mundiales más poderosas. Así, bajo condiciones de crisis depresiva, que se traduce generalmente en estrangulamientos financieros en la metrópoli, las matrices exigen a las sucursales de las empresas extranjeras establecidas en México su pleno apoyo financiero. Esta práctica se traduce en movimientos de capital que son determinados por la situación prevaleciente en la metrópoli y no por los intereses o los acontecimientos de la economía periférica. De aquí que pueda suceder que empresas con elevado nivel de actividad en el país dependiente, se vean frenadas por estas exigencias financieras metropolitanas.

Aun tratándose de empresas de capital nativo que tienen mayor autonomía financiera, se observa que la demanda de sus productos es función directa del ingreso interno y que éste depende en gran medida de las condiciones económicas mundiales, las cuales influyen a través del nivel de compras de productos de exportación mexicano y de los flujos financieros. Aun en este tipo de empresas, las condiciones externas de la economía son determinantes principales de su actividad.

Las tendencias recientes de la economía señalan que los países que no pudieron intentar el crecimiento interno en la época favorable para las iniciativas nacionalistas (el periodo 1930-50) se encuen-

tran en la actualidad en una etapa de difícil funcionamiento por la gran vulnerabilidad que crea la inexistencia de actividades productivas diversificadoras. Por la otra parte, los países que procuraron la creación de una economía nacional, a pesar de los enormes sacrificios que la población tuvo que sufrir para este fin, no alcanzaron las metas más ambiciosas que se habían establecido y también son altamente vulnerables a los acontecimientos del exterior.

Al consolidarse la nueva pauta de dependencia a partir de los primeros años de la década de los cincuenta, se fue haciendo cada vez más evidente que los instrumentos de control que lograron establecer los países que intentaron el desarrollo interno ya eran inoperantes: consistían principalmente en la posibilidad de clausurar las relaciones con el exterior, lo que ahora estaba impedido por la creciente afluencia de inversiones externas. A partir de esa consolidación, la inversión directa se convirtió en el factor perturbador más intenso, ya que desde entonces origina los flujos de capitales de diversa naturaleza que se han convertido en los principales determinantes del crecimiento, tanto en las etapas de expansión como en las de crisis. Al mismo tiempo, a diferencia de las economías que no habían intentado la industrialización masiva, en el caso de México era vital el sostenimiento de la corriente de bienes importados para mantener la actividad productiva interna, reduciendo en esta forma el margen de aplicación de medidas restrictivas a las compras externas en los periodos recesivos.

Esta evolución plantea la urgente necesidad de resolver la rigidez que con respecto a las importaciones han creado las manufacturas, y, al mismo tiempo, de intentar nuevos rumbos para el desarrollo. Esta posibilidad puede consistir en la superación de la crítica etapa actual mediante una canalización masiva y creciente de inversión nacional hacia las actividades de transformación, de tal manera que el efecto nato de la sustitución de productos de importación sea suficientemente grande para incorporar los cambios tecnológicos subsecuentes sin más presiones sobre la importación.

Por otra parte, la vulnerabilidad externa actual es una resultante de la pauta mundial de desarrollo que no puede modificarse radicalmente en un país aislado a menos que rompa con el sistema de relaciones existentes. Por ello, la creciente corriente de salidas de capital de diversa naturaleza al exterior sólo puede compensarse mediante el incremento de la exportación, incluyendo manufacturas, así como con una afluencia cada vez mayor de inversiones directas y créditos externos. Sin embargo, esta pauta agrava el problema al comprometer cada vez más a la economía en el peligroso proceso de dependencia.

La disyuntiva a corto plazo consiste en optar por un desarrollo autónomo aunque difícil y penoso, o por un bienestar inmediato a costa de elevar la vulnerabilidad actual. A largo plazo no parece haber opción alguna, sino que el primer camino es el único posible.

Con base en la exploración global aquí adelantada, es posible evaluar los factores del crecimiento regional. Inevitablemente será una apreciación esquemática y preliminar, en vista de que aún falta una hipótesis detallada que proponga la interdependencia regional y la de las regiones con el resto del mundo. Por ahora sólo se pretende detectar las características de las líneas principales que ha seguido el crecimiento de las economías locales en relación con la pauta que ha observado la expansión nacional.

C. HECHOS NOTABLES DEL DESARROLLO REGIONAL

Parecen distinguirse desde principios de la Colonia dos elementos característicos del desarrollo regional, que en ocasiones operan en igual dirección y en otros casos tienen un comportamiento independiente. Uno de ellos consiste en la influencia que sobre ese desarrollo ejercen los factores determinantes de la localización de las actividades productivas de bienes; otro es la dinámica de la concentración demográfica. A estos dos elementos se asocia y combina el efecto que tiene la acumulación de capital sobre la actividad económica.

En la etapa prehispánica la concentración demográfica estaba condicionada a la disponibilidad de recursos agrícolas explotables. En la época colonial la concentración demográfica preexistente era un factor de elevada rigidez, en parte porque prevalecía la influencia decisiva de los recursos agrícolas en cuanto a la ubicación de la población. Sin embargo, surgieron actividades de orientación externa y otras más productoras de bienes para uso interno, y con ellas algunas tendencias descentralizadoras que obedecían a nuevos impulsos.

Desde la época colonial se consolidó la actividad económica de interés interno en el altiplano, en combinación con el proceso de expansión periférica emprendida por el surgimiento de nuevas actividades mineras, agrícolas y ganaderas, principalmente de exportación. Parece que en ese periodo la ponderación de los factores de localización era particularmente elevada en lo que se refiere a la ubicación de los recursos naturales —mineros y agrícolas— y a la existencia de mano de obra explotable. La población era trasladada sin demasiados miramientos a los lugares de la explotación, siempre

que ésta fuese suficientemente productiva. Sin embargo, el traslado de la población no aseguraba su estabilidad pese a que se ensayaron diversas formas de organización para lograrlo. Estas formas tenían en común la preocupación por retener en el lugar de trabajo a la mano de obra y a tal fin se practicaron diversos sistemas tales como la esclavitud que se difundió ampliamente en la práctica de la agricultura tropical y de la minería, así como la encomienda que se aplicó preferentemente en áreas que tenían suficiente población desde épocas prehispánicas.

La marcada tendencia a la concentración urbana que desde esa época se observa, pese a las disposiciones contrarias que dictan las leyes referentes a la encomienda, fue acompañada por un modesto crecimiento de artesanías de interés local. Los servicios absorbían, en tanto actividad económica, a la inmensa mayoría de la población urbana y respondían a las necesidades de comercio y de atenciones personales de los propios "ciudadanos" de una reducida población rural de los alrededores cercanos al núcleo citadino. Posiblemente influyeron en las pautas de evolución urbana de la época las normas que prevalecían en la organización de las actividades agrícolas y las peculiaridades de la tenencia de la propiedad rural, así como la posición que guardaba el trabajo en el panorama de la producción. Estos elementos se traducen desde entonces en la tendencia de la población a concentrarse en poblados, a diferencia de la pauta característica de diversas sociedades europeas donde la población rural se inclina a vivir en el mismo lugar de trabajo.

Pese a la tendencia que se observa hacia la concentración urbana y a la expansión de las actividades en el altiplano, pero sobre todo en torno a la Ciudad de México, puede calificarse de descentralizadora la manera de operar de la sociedad colonial, en comparación con la evolución posterior del país (véase el cuadro 4).

Durante la época colonial, el orden de importancia de los factores de localización de las actividades, era: la existencia de recursos naturales tales como tierras explotables, depósitos mineros, aun cuando perdieron importancia, así como agua para riego; las fuentes de energía (bosques maderables, caídas de agua); la fuerza de trabajo, y, en el último lugar, la ubicación de la demanda. Los costos relativos del transporte eran tan elevados que las actividades principales tendían a localizarse preferentemente en las inmediaciones de las fuentes de materias primas, aceptando muchas veces el costo adicional de trasladar trabajadores a los sitios de explotación, antes que transportar grandes volúmenes de los bienes primarios. Sólo a finales del periodo colonial, cuando el derrumbe del poder español afectó el pacto im-

puesto, cobraron mayor importancia las funciones internas, marcando el rumbo del periodo independiente.

Al principio de la vida independiente se creó un vacío relativo en la dependencia externa del país, a pesar de la creciente influencia inglesa y francesa.¹⁰ Ello dio lugar a una cierta expansión de las pequeñas industrias dedicadas a satisfacer la demanda de bienes que antes venían de España, aunque sufrían estas actividades los embates de la eventual aplicación de políticas librecambistas y, con frecuencia, de las asonadas militares. Se unen estas actividades a la influencia de la dinámica demográfica para acentuar en este periodo la importancia de los centros urbanos en la localización de mayor número de unidades productivas, matizada por el efecto contrario que ejercían la agricultura de interés interno, el cual puede suponerse de importancia menor. Esta evolución venía a incorporar la demanda interna como factor de creciente importancia en los criterios de ubicación y de la actividad, sobre todo por contraste con la debilidad que prevaleció en el sector externo en ese periodo.

La incorporación al país de los cambios mecánicos producto de la revolución industrial, fue de elevada importancia tanto por la liberación relativa de la producción con respecto a la ubicación de las fuentes de energía, como por la potencialización de la capacidad productiva del trabajo humano. Sin embargo, en el caso de las economías dependientes fue de mucho mayor importancia la preponderancia del mundo exterior que cualquier otro factor. A ello contribuyó el hecho de que la transformación mecánica fuese introducida principalmente por las empresas que reincorporaron la economía a la esfera exterior a través del comercio internacional, en la segunda mitad del siglo.

De esta manera, en la etapa del "vacío" en el periodo independiente, las actividades industriales que aportaron la nueva tecnología, se localizaron con frecuencia lo más cerca posible a la demanda interna. Se trataba de manufacturas ligeras de elevado precio que se localizaban en especial en las cercanías de los grandes centros poblados, aun en el caso de tener altos costos de transporte de las materias primas necesarias (véase el cuadro 4).

En el lapso del "vacío" independiente la combinación de los factores industriales, agrícolas y demográficos, dio como resultado una tendencia hacia la centralización de la expansión. Aun cuando

¹⁰ Un indicador de la influencia de Inglaterra y Francia consiste en la rápida contratación de empréstitos con estos países —sobre todo el primero— que llevaron a cabo los primeros gobiernos independientes. Véase Manuel Payno. *México y sus cuestiones financieras*, México, 1862.

CUADRO 4

IMPORTANCIA DE FACTORES DE LOCALIZACIÓN DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA POR PERIODOS HISTÓRICOS
Rangos^a

Factores	PERIODO HISTÓRICO						
	Preluispánico ? — 1521	Colonial 1521 — 1821	Independiente 1821 — 1870	Moderno 1870 — 1930	Preparativo 1930 — 1940	Nacionalista Crecimiento 1940 — 1950	Nueva Economía 1950 — ?
Recursos naturales							
Agrícolas dedicados:							
Producción interna	A	D	A	F	C	E	C
Exportación		B	F	B	E	B	D
Mineros		A	E	A	D	C	E
Energéticos			D	C	F	F	F
Hidráulicos							
Minerales			D—1	C—1	F—1	F—3	F—3
Electricidad				C—2	F—2	F—2	F—2
					F—3	F—1	F—1
Mano de obra	B	C	C	D	B	D	B
Demanda interna		E	B	E	A	A	A
Tendencia resultante	Centralizadora	Descentralizadora	Centralizadora	Descentralizadora	Centralizadora	Centralizadora	Centralizadora

^a Rangos según orden de importancia:

A factor de mayor importancia.

F factor de menor influencia.

se estima que fuese modesta dicha expansión, es indudable que influyó en el decaimiento de las regiones más especializadas en la exportación, a cambio de estabilizar y aun crecer las de mayor concentración urbana. En cambio, en las décadas de la reincorporación de la economía al exterior y del consiguiente auge de las exportaciones, en el periodo que podría denominarse “moderno”, una parte de las actividades de interés interno desaparece. Éstas fueron eliminadas por la afluencia de la importación a través del mecanismo de acelerada identificación de la economía con el exterior por medio del fastuoso auge prevaleciente.

La expansión del consumo y la febril actividad inversionista dedicadas a erigir la infraestructura económica, que se financió en parte con créditos ingleses, caracterizó las dos últimas décadas del siglo pasado, cuando en breve plazo se construyeron ferrocarriles, puertos, sistemas eléctricos, de telecomunicaciones y de transporte eléctrico urbano.¹¹ Debe resaltarse que esta abundante formación de capital tuvo como principal finalidad facilitar el acceso a los recursos naturales que habrían de exportarse tanto a Europa como a los Estados Unidos; al mismo tiempo, tuvo la virtud de ampliar la demanda mexicana de manufacturas importadas. La expansión regional venía de esta forma en “paquete”: transporte, energía y tecnología para extraer los recursos destinados a la exportación. Ello creó, además de la repentina riqueza de regiones hasta entonces olvidadas, la paralela euforia y crecimiento de los centros urbanos, beneficiados a través del lucro comercial, de la concentración de utilidades que producían los latifundios y de la corrupción de los administradores de la política nacional.

La misma dinámica del sector exportador y la consecuente repercusión sobre el ingreso, que se añadían al efecto de la abundante inversión —particularmente externa— en las actividades productivas más dinámicas y en la construcción de la infraestructura necesaria, crearon incentivos a la producción de aquellos bienes para uso interno, que no pudieron ser desplazados por la importación, o sea, principalmente, productos agrícolas básicos, alimentos, ciertos textiles, artesanías y otras industrias ligeras. De esta manera se iban creando actividades de interés interno, tales como la importante industria pulquera, en el ámbito de producción de bienes agrícolas y artesanales, de servicios administrativos, personales y de comercio, que

¹¹ La inversión norteamericana participaba desde entonces en la formación de capital en México, como fue el caso en la construcción de las líneas férreas entre la ciudad de México y la frontera (Ciudad Juárez y Nuevo Laredo) a través de concesiones otorgadas en 1880.

resaltan a pesar de la importancia que habían cobrado para entonces las actividades orientadas hacia la producción de bienes para la exportación, y de la abundante afluencia de la importación.

En la misma medida se habían transformado las pautas de localización de la actividad económica y el correspondiente crecimiento regional. Por un lado operaba una nueva apertura a la expansión de regiones abandonadas, debido al interés por la explotación de recursos naturales exportables y gracias a la existencia de las nuevas posibilidades técnicas del transporte —ferrocarriles y vapores— y de la disponibilidad de nuevas fuentes de energía. A esta tendencia centrífuga de la actividad exportadora se añadía el impulso a la explotación agropecuaria inducida por la expansión de la demanda interna que produjo la elevación general del ingreso, la que a su vez estaba directamente asociada al auge del sector externo y de las inversiones básicas. Mediante la combinación de estos dos componentes de la producción de bienes —exportación y productos agropecuarios de uso interno— que representaban la inmensa mayoría de la oferta de bienes, y debido también a la transformación tecnológica, cobró primordial importancia la ubicación de los recursos naturales como criterio de localización, y por lo mismo hubo la tendencia a la difusión espacial de la actividad económica. La fuerza de atracción que ejercían los centros urbanos pasaba a término secundario, aun cuando continuaba creciendo su importancia mediante la combinación del incremento demográfico, más acelerado que el de las áreas rurales, con la más rápida elevación de su ingreso. La modificación de la importancia relativa de los factores de localización estaba determinada principalmente por la pauta de interdependencia de la economía con el exterior (véase de nuevo el cuadro 4).

El panorama de la ubicación industrial a principios de este siglo muestra la existencia de cierto número de pequeñas unidades fabriles, preferentemente concentradas en los principales centros urbanos, que lograron sobrevivir a la aplastante oleada de importación inducida por el auge externo. Al mismo tiempo, saltan a la vista unas pocas industrias importantes —instaladas mediante inversiones externas, en su mayoría— dedicadas a llevar a cabo procesos elementales de refinamiento de minerales. Sólo en algunos casos notables se trata de instalaciones de gran magnitud —Fundidora de Monterrey, cervecerías y textiles, entre otras—, cuya localización obedece a la marcada ponderación de la ubicación de los insumos en general y la de materias primas provenientes de la transformación elemental de recursos naturales en particular, reflejando con ello la facilidad del trans-

porte (en cuanto permite el acceso a los recursos) y su elevado costo que induce a las empresas a instalarse cerca de tales depósitos. En todo caso, el carácter predominante del desarrollo comparativo de esa época es de centralización de la actividad.

Con el intento de ruptura de la estrecha relación con el exterior que tuvo lugar en la década de los años treinta, se modificaron sustancialmente los factores determinantes de la localización industrial. La pauta anterior de primacía en la orientación hacia el exterior, como hemos visto, había entrado en nuevas normas por el cambio de polo de dependencia a raíz de la Primera Guerra Mundial. En la etapa de conflicto exterior, estas relaciones debían ser transformadas para iniciar un proceso de construcción de una economía interna diversificada, con el fin de alcanzar cierta autonomía económica. Era necesaria la observación de múltiples condiciones, entre ellas, el rescate del sector exportador más rico, que era el petróleo, y el impulso a la producción agropecuaria para disponer de un abundante excedente que habría de ser trasladado a los sectores urbanos para este fin. Era también necesaria la transformación de las formas de producción y el establecimiento de relaciones de precios apropiadas entre bienes agrícolas y urbanos para que tuviese lugar ese traslado de excedente. Todo esto requería del apoyo a las actividades rurales y urbanas, incluyendo la satisfacción de las exigencias elementales de orden técnico, para emprender el proyecto de industrialización en el que se basaba la política nacionalista.

Entre otros elementos que requería la ejecución de este proyecto, estaba la movilización popular, por lo que era necesaria la organización laboral, así como la pacificación interna, lo cual añadía finalidades a la reforma agraria, recién emprendida una década antes.

La industrialización hubo de iniciarse por la parte más accesible, o sea, por la sustitución de importación de bienes de consumo mediante su producción nacional. Entre estos bienes resaltaban los productos alimenticios, bebidas, tabacos, textiles, vestidos, zapatos y algunos bienes de consumo duradero, muebles, entre otros. Todas estas manufacturas tenían en común la relativa facilidad tecnológica para emprenderse, la reducida necesidad de capital que planteaban, la modesta transformación de materias primas que requería la producción de esos bienes y la abundante existencia de estas materias dentro del catálogo de la oferta nacional.

Debido a la nueva orientación de la actividad económica en relación con el exterior, la elección del camino de "crecimiento hacia adentro" afectó de nuevo las normas de localización de la actividad. Esto se debió primordialmente a la predominancia de la expansión

de industrias livianas con elevada atracción hacia la ubicación en áreas cercanas a la demanda, a lo que contribuía la estructura de tarifas del transporte ferroviario con acentuada preferencia hacia el acarreo de materias primas. No menos importante en esta tendencia centralizadora era la existencia de mayores facilidades de infraestructura en zonas urbanas y sobre todo la perspectiva de su mejoría y ampliación, así como las disposiciones arancelarias de servicios públicos urbanos que favorecían las inclinaciones centrípetas, tales como los servicios de agua y energía. En otro orden de importancia también influía la política fiscal de apoyo que se empezó a aplicar, como es el caso de las exenciones temporales de impuestos prediales a estas actividades. Por otro lado, el decaimiento de las actividades de exportación reducía la presión centrífuga que éstas ejercían sobre la localización de la actividad económica como conjunto, en tanto que la expansión de la agricultura interna registraba modestos avances que colaboraban poco a la influencia descentralizadora que la caracteriza. Más bien, el efecto más importante fue el de estabilización inicial —demográfica y productiva— provocada por la aplicación de la reforma agraria.

Otro factor de concentración fue la dimensión que cobró el fenómeno de la migración rural —urbana en el curso de la década de los años treinta. Era producto de presiones que han sido ampliamente discutidas, como son las diferencias económicas y culturales entre núcleos viviendo en uno u otro sector, así como el creciente *momentum* de la migración a través de los lazos familiares de los migrantes. Un elemento de elevada importancia que en especial incidió para favorecer la migración interna en esos años, fue la desafortunada combinación de la tendencia al estancamiento en los cultivos comerciales de exportación —como reflejo de la crisis primero y del bloqueo económico más tarde— con la virtual cancelación del “bracerismo” a los Estados Unidos que tradicionalmente venía aliviando la presión campesina sobre la ocupación agrícola nacional. Esta clausura de la migración temporal externa fue el resultado de la agresiva reacción norteamericana al intento de crecimiento nacional de México y de los graves problemas internos de ocupación que plagaban esa economía.

Este lapso de preparativos nacionalistas que comprende la década de los años treinta, se caracterizó por la concentración de la actividad, al igual que todos los periodos de crecimiento interno registrados en el pasado. En esta época, se debió a la gran importancia que cobró la demanda interna, combinada con la relativa autonomía técnica de numerosas líneas de producción de interés interno con

respecto a la ubicación de bienes primarios y fuentes de energía. A cambio de estos factores favorables a la concentración, operaron las influencias centrífugas de la agricultura de interés interno y, en menor grado, las actividades mineras y agrícolas de exportación, que en conjunto pasaron social y económicamente a un segundo plano. Dentro de la relatividad de los términos empleados, puede afirmarse que en cada región tuvo lugar una preponderancia de la concentración hacia los centros urbanos y que nacionalmente este movimiento tuvo una contrapartida de acentuada concentración de la actividad y del crecimiento demográfico en las regiones más saturadas (véase el cuadro 4).

Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial se dieron dos circunstancias contrarias. Por un lado, se acentuó el proceso de industrialización en torno a la sustitución de importaciones, forzada como se encontraba por la escasa oferta en los mercados mundiales de las mismas; esto ayudó a acelerar la expansión de los principales centros urbanos y su poder de atracción de nuevas actividades. Por el otro, la renovación de las corrientes de exportación tradicionales —de materias primas estratégicas y de alimentos agrícolas— que por fin venía a aliviar la prolongada crisis externa, aportaba nuevos incentivos a la tendencia centrífuga de la actividad económica dentro de normas que guardan extraordinaria semejanza con las prevalecientes en la década de los años veinte. Sin embargo, en el periodo bélico cobró mayor importancia un nuevo factor de atracción de la actividad económica hacia los grandes centros urbanos, que consistió en la influencia de las corrientes de financiamiento interno, tanto por lo que se refiere a la presencia de mercados de capitales e instituciones financieras, como por la marcada preferencia de estos intermediarios por las inversiones urbanas. Al mismo tiempo, se observa la modificación paulatina de la pauta de industrialización.

En efecto, el proceso de crecimiento industrial venía indicando transformaciones de gran importancia por lo menos en dos aspectos: por una parte se iniciaban los primeros intentos nacionales de aventurarse en campos más complejos de la producción manufacturera —aparatos eléctricos, bienes intermedios, máquinas-herramientas—, lo que exigía plantas de mayor tamaño, más elevada concentración de capital y técnicas más complejas. En estas ramas sucede con frecuencia que, para fines de localización de la actividad, la estructura de costos determina una mayor ponderación a la ubicación de las materias primas que a la demanda de sus productos. Por otra parte, se iniciaba la afluencia de capital externo, en muchos casos para financiar industrias dedicadas al armado o ensamblado de partes

importadas, cuya localización era preferentemente elegida en torno a centros de concentración de la demanda y con adecuadas comunicaciones terrestres con otros puntos de demanda. Sin embargo, es notable la importancia que cobró el sistema de transportes para las nuevas plantas industriales, en parte por la influencia que ejercía sobre los costos el valor creciente de los sitios industriales urbanos.

En la posguerra se renovaron parcialmente los impulsos para intentar el desarrollo autónomo al igual que en el periodo de la gran crisis mundial, una vez que se consolidó la tendencia depresiva (1947-49) que siguió al fastuoso derroche de divisas acumuladas durante el conflicto bélico. Las fuerzas depresivas, la simultánea liquidación norteamericana de sus reservas de materias primas estratégicas que abatieron los precios de la exportación mexicana y la presión por sostener un elevado nivel de consumo de importaciones, condicionaron la resistencia interna que en esos años se calificó una vez más de apertura nacionalista.

Los años de renovación nacionalista imprimieron gran preponderancia a todos los factores de concentración de la actividad económica. A éstos se añadieron los efectos del decaimiento de la exportación de materias primas ya que, al reducirse su producción, disminuyó correlativamente la influencia descentralizadora que ejercían estas actividades. A dichas tendencias de aglomeración creadas por la preponderancia que cobraba la industria ligera como base del crecimiento, contribuía el rápido incremento demográfico urbano. En este panorama los elementos que actuaban en favor de la descentralización de la actividad económica eran las acciones emprendidas para adaptar al sector agrícola para que pudiese cumplir con las exigencias del crecimiento interno y el necesario mantenimiento del nivel de producción para exportación. Tales acciones consistieron en la transformación de la infraestructura, sobre todo en la construcción de ambiciosos proyectos de riego y el mejoramiento de la producción y de la eficiencia, mediante el esfuerzo para la tecnificación agrícola. También en esos años se consolidó en definitiva la orientación empresarial de toda la economía, lo cual fue particularmente notorio en el sector agrícola.¹²

El cambio contemplaba la virtual congelación de la actividad agraria, la atención de preferencia a la producción empresarial y el acento en el crecimiento de la producción a base de mejoramiento de la productividad, aun cuando se continuaban ampliando las superficies cultivadas. Esta orientación restaba ponderación a la expansión terri-

¹² La modificación del artículo 27 constitucional sanciona la orientación empresarial del crecimiento agrícola. Esta reforma tuvo lugar en diciembre de 1946.

torial de la agricultura y la sumaba a la tecnificación de la producción, para lo cual se necesitaban abundantes inversiones básicas.

Así, en el periodo de crecimiento nacionalista que sucede a la Segunda Guerra Mundial y que se prolonga bajo condiciones depresivas en la posguerra, prevalecen esencialmente tendencias favorables a la concentración económica. En esta tendencia influyen la expansión industrial y la dinámica demográfica que superan ampliamente la acción centrífuga auspiciada por las actividades agromineras de exportación y las agrícolas de interés interno. El resultado en el crecimiento regional consistió en incrementar el desequilibrio preexistente, matizado apenas por el efecto de algunas obras de infraestructura, que frena dichas tendencias más que modificarlas sustancialmente. En este sentido influyeron las grandes obras de riego, los proyectos de construcción de carreteras y puertos, así como las obras públicas urbanas.

Los años de transición (1949-52) fueron particularmente desconcertantes debido a que persistió el impulso de crecimiento "hacia adentro" a pesar de la acelerada activación de las exportaciones tradicionales, y gracias a la elevada demanda norteamericana creada por la guerra de Corea. Esta novedosa coexistencia de tendencias del crecimiento, que hasta entonces habían sido antagónicas, es el primer signo de la modificación del funcionamiento de la economía. Al término del conflicto coreano surgió de nuevo la crisis tradicional que obligó a una nueva devaluación (1954) apenas seis años después de la anterior, debido a la inflexibilidad de la economía que le impidió poner a funcionar el mecanismo automático de ajuste externo.

En el curso de la segunda mitad del decenio de los años cincuenta se consolidó plenamente la nueva pauta del funcionamiento de la economía mexicana. Ésta consistía en su creciente identificación con el exterior, no sólo por la rigidez en la dependencia comercial de las importaciones, creada tanto por el proceso de industrialización como por la tecnificación agrícola, sino también por la creciente vulnerabilidad producida por la afluencia de financiamiento externo en forma de inversiones directas. Pero la nueva pauta conlleva el acelerado crecimiento manufacturero y la transformación de su base productiva, en gran medida por medio de esas inversiones externas, cambiando radicalmente con ello la estructura industrial, la orientación principal de su proceso de expansión y, por lo mismo, el peso relativo de los factores de localización. Con esto se afectaba profundamente el conjunto y el detalle del fenómeno social. Así por ejemplo, los cambios en la estructura de clases de la sociedad

y en la dinámica y contenido de los conflictos sociales, fueron afectados en diversos grados por estas tendencias y a su vez ejercieron cierta influencia en el fenómeno de la evolución regional. Entre ellos son de mencionar la marcada centralización del poder político y la concentración financiera —instituciones, colocación de recursos, etcétera— en la ciudad de México, auspiciando a su vez otras poderosas presiones de atracción de actividades a este centro.

La dinámica de la concentración urbana de la demanda cobró mayor importancia en vista de la velocidad de la industrialización y del acento definitivo de ésta en el aprovechamiento de la demanda interna. Aun cuando más adelante se iniciaron esfuerzos por una integración económica con otros países latinoamericanos, y aunque tales esfuerzos tuvieran éxito en cuanto al volumen del intercambio comercial, parece que la política de acuerdos de distribución de mercados en exclusividad entre corporaciones internacionales era más importante que los deseos de exportación de los gobiernos latinoamericanos. En otros casos, el desproporcionado costo comparativo de producción de las manufacturas en estos países, impide la concurrencia de los productos a otros mercados no regulados. De esta forma, el nuevo espacio económico no vino a transformar la tendencia general de la economía en sus dos características principales. Es decir, no cambiaba sustancialmente la ponderación de los productos tradicionales de exportación sobre la problemática nacional, ni la influencia de los acontecimientos financieros sobre la pauta de crecimiento.

En México parece que se ha dado en forma particularmente intensa el efecto de la distribución de “esferas de influencia” de empresas internacionales, por lo que la ubicación de la demanda interna ha cobrado nueva importancia en la localización de la actividad industrial. Esto se debe a la elevada incidencia de empresas internacionales en el panorama industrial reciente y al hecho de que la mayoría de ellas están dedicadas a elaborar bienes de consumo bajo el impulso de la sustitución de importación. A estas industrias se han incorporado las dedicadas a la elaboración de bienes intermedios, siendo con frecuencia sucursales de poderosas corporaciones externas al igual que las más escasas industrias pesadas. En estas actividades los factores primordiales de localización operan en igual sentido que en el caso de las plantas dedicadas a la elaboración de bienes finales, tendiendo por ello a establecerse preferentemente en los principales centros urbanos. La excepción notable en este panorama es el caso de industrias que transforman materias de baja densidad económica, en las que inciden con elevada ponderación las facilidades de trans-

porte y la localización de los recursos naturales, como es el caso de las cementeras.

Con tendencias en favor a la concentración muy similares a los dos tipos de industrias ya comentados, aunque de diferente origen, es el caso de las industrias dedicadas a la elaboración de bienes de capital, tales como máquinas-herramientas y equipo de transporte, entre otros. A las tendencias centralizadoras que ejercen, contribuye poderosamente el que estas industrias se iniciaran a base de practicar el ensamble y armado de productos y con una estructura de precios particularmente favorable, que permitía su localización en áreas urbanas, aun cuando no fuese ésta la solución mas económica.¹³

La tecnificación agrícola que acompañó al proceso de industrialización reciente, alimentó las tendencias concentradoras en el sentido de reducir los coeficientes de ocupación, además de contribuir a la demanda de manufacturas —insecticidas, fertilizantes bienes de capital— que se elaboran en áreas urbanas. Como contrapartida, las actividades agropecuarias generan también una influencia secundaria de descentralización a través de los incentivos locales al comercio y el transporte, además de la que ejerce directamente en razón de la práctica agrícola en regiones periféricas con recursos naturales adecuados. A ello contribuyeron los grandes volúmenes de inversión pública destinada a obras básicas.

Un aspecto notable de las nuevas normas de la economía consistió en la modificación de la influencia descentralizadora del sector agrícola comercial, ya que su nivel de actividad fue determinado no sólo por las condiciones de los mercados externos, sino cada vez más por la demanda nacional. Esta peculiaridad, producto del mismo proceso de formación de una base industrial, redujo la marcada oscilación que en el pasado sufría la actividad económica, producida por la tendencia centrífuga en los periodos de auge externo y el movimiento contrario en las etapas críticas y, por tanto, de crecimiento interno. En la actualidad, su influencia tiende a ejercer una inclinación descentralizadora —o al menos estabilizadora— más independiente de las variaciones de la exportación, aun cuando sujeta a otro tipo de elementos externos.

Mientras tanto, los servicios urbanos iban acelerando el proceso autogenerador de influencias centralizadoras. En efecto, pese a la elevada y creciente subocupación de la fuerza de trabajo en este

¹³ La estructura de precios de manufacturas es con frecuencia a tal grado favorable, que los costos de producción no son el fundamento para seleccionar los sitios de localización de la actividad industrial. Así, las plantas automotrices igualmente se establecen en Irolo, Hgo., que en Monterrey, N. L., Toluca, Méx., o Cuernavaca, Mor.

sector, la presencia de una masa humana en aumento en los centros urbanos y la consiguiente oferta de mano de obra, combinada con la falta de oportunidades de ocupación en otras actividades, acentúa la proliferación de servicios superfluos. La flexibilidad de la ocupación en servicios, además de alimentar factores subdesarrolladores asociados al crecimiento desproporcionado de estas actividades, ejerce atracción de movimientos de migración interna e influye en la localización industrial a través de la demanda que aglutina. En este sentido afecta la dinámica del desarrollo regional, en vista de que acelera las inclinaciones hacia la concentración de la actividad.

Las tendencias descritas se acentuaron a lo largo de la década de los años sesenta, resultando en poderosas fuerzas centralizadoras en torno a los puntos de tradicional concentración demográfica y económica, matizadas por la influencia que en sentido opuesto ejerce la agricultura, así como por algunas presiones específicas de carácter centrífugo, tal como la elevada inversión pública dedicada al mejoramiento y expansión de las obras de infraestructura en las regiones periféricas.

Otro aspecto de singular importancia es la gradual pérdida de flexibilidad global de la economía creada por los mecanismos de absorción regional de las crisis externas. En efecto, las recientes crisis externas (1961, 1966 y 1968) parecen haber generado presiones en el seno de la economía mexicana que se transmitieron a los centros urbanos sin ser amortiguados por las economías regionales periféricas, a diferencia de lo que sucedía en el pasado. Esto proviene por una parte del tipo de relación ahora vigente con el exterior, que influye no sólo en el ámbito comercial a través de la variación de las exportaciones, como en el pasado, sino también en la esfera financiera que incide sobre las actividades dinámicas urbanas, o sea industriales y comerciales. Por otra parte, ha tenido lugar una transformación correlativa en las relaciones existentes entre los sectores rurales y urbanos y entre las economías regionales dentro del ámbito nacional. Estas modificaciones influyen sobre los mecanismos internos de ajuste y de absorción de efectos de las variables externas. Por ejemplo, las actividades rurales, a través de los cambios en la ocupación, transfieren contingentes de trabajadores de las actividades exportadoras a las dedicadas al autoconsumo. Estas posibilidades de absorción de los efectos exteriores, que eran de vital importancia para intentar el crecimiento "hacia adentro" a partir de los centros urbanos, ahora pasan a un término secundario y van perdiendo perspectiva y vigencia como alternativas de crecimiento.

Los medios principales de transmisión de los factores recesivos,

que eran las actividades exportadoras, ahora con frecuencia son precedidas por los acontecimientos de la esfera financiera. Por lo mismo el nivel de actividad de buena parte de la industria y de los servicios queda afectado de inmediato al iniciarse el ciclo recesivo a través de las variables financieras, ya que las sucursales de empresas externas están sujetas a las necesidades de las casas matrices, que en esos casos usualmente exigen el mayor apoyo financiero posible, lo que a su vez repercute directamente sobre la economía dependiente. De esta manera el fenómeno de internacionalización del desarrollo que ha tenido lugar por medio de la inversión directa, además de impedir la renovación de la hipótesis de "crecimiento hacia adentro", produce una vulnerabilidad característica de la economía que se expresa en las nuevas formas de transmisión de las crisis y en el nuevo impedimento para resistirlas. Y también, en la medida en que se afecta la forma de funcionamiento nacional, es inevitable que el desarrollo regional resienta severas modificaciones de fondo y de forma.

D. ALGUNAS INTERROGANTES ACERCA DEL DESARROLLO REGIONAL

En los apartados anteriores se elaboró una explicación global, aun cuando esquemática, de las fuerzas que operan en las tendencias del crecimiento regional.

Un aspecto contenido en el análisis precedente consiste en las tendencias contrarias que se sucedían en el pasado, entre la concentración espacial de las actividades y las condiciones de crisis o auge exterior. Ello se debía a la apertura correlativa al crecimiento interno, inducido por la contracción externa, que ponía en vigor la preeminencia de actividades de interés nacional, las que tenían una dinámica y características tales que producían fuerzas centralizadoras contrarias a los impulsos que prevalecían en el periodo de auge del sector externo.

También hemos adelantado la hipótesis acerca de la creciente polarización de la economía bajo la poderosa influencia de las nuevas normas mundiales de funcionamiento económico, que aparece desde mediados del presente siglo.

Estas condiciones y particularidades del subdesarrollo de México sugieren que en toda la historia del país el crecimiento regional ha sido un elemento determinado principalmente por los acontecimientos económicos nacionales. En cambio, la influencia de la dinámica de las economías regionales ha tenido una importancia secundaria en los periodos de centralización y sólo tiene peso en

las etapas de centrifugación de la actividad, una vez determinado este movimiento por los acontecimientos nacionales. Por ello, en cada etapa histórica la influencia de los diversos factores de localización responde a su vez a la pauta de funcionamiento prevaleciente en todo el país. En este sentido global se plantea la interrogante:

1. La pasividad del desarrollo regional mexicano, resultado en parte de su forma de subdesarrollo, ¿es susceptible de transformarse mediante la aplicación de una política especialmente diseñada para ello, independientemente de las tendencias nacionales prevalecientes?

En el caso de que hubiese alguna posibilidad de que se iniciara una acción específicamente encaminada a controlar los acontecimientos regionales, parece que tendrían que modificarse aspectos centrales de la pauta actual de interdependencia del sistema económico. La magnitud de esas modificaciones y los aspectos que son susceptibles de transformación determinarían el diseño de la respectiva política de desarrollo regional. Por ello se plantea:

2. ¿Es posible, política y económicamente, modificar aquellos aspectos de la pauta de funcionamiento del sistema que impiden emprender una acción sistemática de crecimiento regional equilibrado?

Entre los aspectos que deberían afectarse para permitir una acción propositiva de desarrollo regional, se encuentran en primer lugar los elementos que constituyen los criterios de localización industrial. Dentro del sistema prevaleciente, estos elementos están formados por relaciones de costos de producción y de precios de los bienes que el sector público puede afectar por dos vías. La primera es directa y está constituida por la regulación centralizada de estas variables; a través de un control detallado que formaría la base de un sistema de planificación regional. Pero ello plantea la duda acerca de la necesidad de que se requiera un aparato nacional de regulación:

3. ¿Es viable la existencia de un control central de las economías regionales sin que exista un sistema de correspondiente regulación a nivel nacional?

La segunda vía de modificación es indirecta y consiste en la manipulación del sistema de precios —por lo tanto de costos— que constituye una forma de intervención a través de incentivos que in-

ducen los impulsos necesarios en los entes económicos, combinada con ciertas regulaciones mínimas de carácter compulsivo. La inversión pública en obras de infraestructura, el otorgamiento de servicios públicos subsidiados, los impulsos a la producción a través de la política fiscal, la creación de medios de asistencia técnica y financiera, son algunos de los medios principales que se aplican extensamente en México para crear las bases indispensables de la producción e inducir cambios de precios que afecten en alguna medida las variables económicas. Las prohibiciones a la importación de ciertos bienes, la observación de precios tope, la imposición de regulaciones urbanas de localización industrial, los reglamentos sanitarios, son ejemplos de los muchos medios de carácter compulsivo que se aplican. Sin embargo, unos y otros operan en general en todo el ámbito de la economía, contribuyendo en muchos casos a la concentración, porque crean condiciones de costos favorables en esta dirección. Por ello es de preguntarse:

4. ¿Pueden establecerse normas de aplicación de medidas por parte del sector público suficientemente poderosas para inducir pautas específicas de desarrollo regional, aun cuando impliquen una marcada discriminación en favor de zonas atrasadas?

Esta consideración nos lleva directamente al problema del diseño de la posible política de desarrollo. En este aspecto es inevitable empezar por las cuestiones relativas a la solución más adecuada para cumplir con las necesidades del desarrollo nacional, una vez hecha la opción acerca del grado de dependencia externa o acerca del esfuerzo que se pretenda aplicar para contribuir a que se tome esa decisión y a que tenga lugar un desarrollo autónomo. Por ello nos preguntamos:

5. ¿Cuál es el contenido de la política de desarrollo regional que responderá a las necesidades regionales y nacionales para resolver el estado de subdesarrollo?

En el campo específico de la política regional surgen también interrogantes de orden general cuya respuesta habría de constituir el criterio a seguir para su diseño. Una de ellas se refiere a la preferencia relativa que deberá darse a la atención de regiones. Esto es, puede optarse por un criterio de otorgar preferencia a la expansión de áreas atrasadas con un sentido de justicia espacial, pero con un elevado costo inmediato, ya que generalmente se requieren complejas obras de infraestructura, así como del subsidio temporal a las

actividades locales. También puede optarse por el criterio de eficiencia inmediata y aplicar los recursos escasos en las áreas que, por su grado de adelanto, garantizan mayor producción; en la medida en que se observe esta política, será posible una acumulación más acelerada que permitirá en un futuro disponer de más medios para dar asistencia a las regiones atrasadas. Por ello surge la pregunta:

6. ¿Cuál es el criterio de desarrollo regional que debe prevalecer, el de justicia espacial inmediata o el de eficiencia productiva inmediata?

No menos importante es hacer consideración de la acelerada transformación de la estructura ocupacional en México en dirección diferente de la que se observa en los actuales países adelantados. El paso creciente de los servicios sobre la producción física de bienes, que es consecuencia de la incapacidad del sistema económico para absorber mano de obra en otras actividades, plantea una problemática novedosa para las perspectivas del desarrollo. Parece que una consecuencia regional consiste en que los coeficientes de producción de bienes físicos por persona ocupada, correspondientes a las áreas periféricas, tienden a elevarse —pese a la subocupación— en comparación con lo que sucede en las regiones que contienen grandes centros urbanos, donde se localiza la inmensa mayoría de servicios. Estas tendencias, inherentes a la pauta de desarrollo actual, plantean la interrogante en relación a la política regional:

7. ¿Podrían convertirse los servicios, a través de los incentivos necesarios, en un medio de descentralización complementario a las actividades productoras de bienes, transfiriendo a los sitios productores los servicios necesarios?

Existen pruebas de que la interdependencia entre las economías regionales se tradujo en épocas pasadas en un sistema de transmisión de los ciclos externos, que creaba un mecanismo de amortiguación de tales ciclos de elevada efectividad. Este mecanismo estaba constituido por tres elementos fundamentales altamente relacionados entre sí que eran: la flexibilidad creada por los movimientos migratorios, la desviación de la actividad hacia el autoconsumo (que de hecho constituye la esencia del intento de “crecimiento hacia adentro” de orden regional) y la diferencia de tiempo que se introducía en la repercusión y transmisión del ciclo, dándose el caso de que una región estuviese en auge y la vecina en depresión. En cambio, a medida que se consolida la pauta actual de crecimiento nacional,

esta capacidad de amortiguación se va perdiendo, contribuyendo ahora las diversas regiones a multiplicar la vulnerabilidad del sistema. La siguiente interrogante crea la posibilidad de establecer una política de desarrollo regional:

8. ¿Es viable en la actualidad la renovación, ahora propositiva, de la diferenciación de respuestas del ciclo económico mundial, de tal manera que se reconstituya la capacidad del país de amortiguar dichos ciclos, pero sin sacrificar por ello la posibilidad del desarrollo regional?
9. En relación directa con la cuestión anterior, ¿tendría sentido el intento de lograr un crecimiento "hacia adentro" de carácter regional, en el contexto de los criterios de desarrollo nacional vigentes, siendo ese tipo de crecimiento una de las alternativas para inducir la mencionada capacidad amortiguadora del ciclo?

Además de esta cuestión de carácter general, la transferencia de las crisis es de vital importancia para los dos niveles de desarrollo aquí tratados, o sea nacional y regional. Parece a primera vista que sería deseable contar con la más poderosa defensa posible de las partes vitales del sistema económico, es decir los centros urbanos, mediante el impulso de regiones con economías altamente diversificadas. Pero una relación que con frecuencia se da en muy diversos campos consiste en que la preocupación por la defensa reduce la capacidad de acción. Esto se podría traducir, en nuestro caso, en el mayor costo social del crecimiento o la pérdida de eficiencia o la menor contribución regional al desarrollo nacional, provocado todo ello por un diseño de política en particular de defensa en comparación con la organización regional altamente especializada. De aquí que nos preguntamos:

10. ¿Cuál es la forma de interdependencia regional en cuanto al grado de especialización (y por lo tanto de vulnerabilidad de cada región) que resulta más adecuada para satisfacer las aspiraciones del desarrollo acelerado?

Por último, una cuestión que merece examinarse es la relativa a las soluciones genéricas de descentralización que con frecuencia se proponen. Tal vez la más frecuente consiste en el propósito de retener de manera productiva los excedentes de mano de obra rural en el campo, para lo cual generalmente se sugiere la instalación de industrias rurales. Se supone que éstas deberían operar en la trans-

formación de materias primas agropecuarias y que darían ocupación a la población que de otra forma emigraría a las ciudades, acentuando la concentración urbana. Ahora bien, este proyecto, que parece derivarse de las más ortodoxas teorías ocupacionales de las manufacturas, parece poco efectivo en vista de la modesta capacidad de ocupación de la mano de obra en industrias que operan con acentuadas variaciones estacionales.

De aquí que tal vez en el caso de los países subdesarrollados como México, debería explorarse la posibilidad de proceder primero a incorporar selectivamente elementos de la vida urbana en áreas rurales y después acentuar el esfuerzo en su industrialización que se limitaría entonces a manufacturas a base de materias primas rurales. Así, es de preguntarse, en estrecha relación con la cuestión número 9:

11. ¿El medio de descentralización inicial debe ser la industrialización del campo o más bien una parcial urbanización?

LA REGIONALIZACIÓN CULTURAL DE MÉXICO: PROBLEMAS Y CRITERIOS

Guillermo Bonfil Batalla

La región cultural es un concepto que ha pasado históricamente por muchas vicisitudes. Esto quiere decir que el contenido concreto del término *región cultural* ha variado sensiblemente a lo largo del tiempo.

En una primera época, cuando los antropólogos se dedicaban únicamente al estudio de los grupos llamados primitivos, grupos de cultura simple, pequeños y perfectamente delimitados, la región cultural era fácil de establecer. Se localizaban las características de una serie de culturas vecinas y se determinaba, sobre la base de algunos rasgos fundamentales, cuáles eran comunes a estos grupos. Esto permitía establecer un perímetro dentro del cual todos los grupos pequeños con cultura simple que lo habitaban participaban, aun teniendo culturas diferentes, de una serie de rasgos comunes. Así fue concebida en una época la región cultural.

Sobre esa base se hicieron algunas investigaciones, por ejemplo el famoso estudio precursor de Wissler, *the American Indian*,¹ en el cual, a partir de la distribución espacial de una serie de rasgos o de elementos culturales, se lograba establecer áreas en todo el Continente Americano, es decir, se identificaban los grupos que participaban de ciertos elementos tecnológicos como el arco y la flecha, cierto tipo de agricultura, o cualquiera otro de los elementos seleccionados por el autor. Todo esto permitía establecer mapas de distribución de elementos que, superpuestos, revelaban núcleos o pequeñas áreas que tenían en común un mayor número de elementos culturales. Esta manera de concebir la región cultural tuvo incluso importancia teórica, porque permitió el desarrollo en Europa de la llamada escuela de los círculos culturales, que, con base en la distribución de ciertos elementos y complejos culturales, pretendía establecer el punto de origen de esos mismos rasgos y los cambios que un elemento

¹ C. Wissler. *The American Indian*, New York, Oxford University Press, 1938 (3a. ed.).

había sufrido al difundirse en un área mayor. La escuela de los círculos culturales, establecida por Schmidt y por Graebner, tuvo gran importancia en una época y la tiene en la actualidad en ciertos campos de investigación, especialmente en el folklore, ya que en el norte de Europa se sigue empleando un criterio semejante para el estudio de los mitos, los cuentos y las tradiciones orales de todo tipo.

Algunos años después el antropólogo norteamericano Alfred Kroeber trató de combinar esta técnica de estudio de la distribución de elementos culturales con el criterio de identidad geográfica y económica de los grupos considerados. Es decir, se tomaba todavía como base principal la distribución de los elementos culturales, pero se les agrupaba tomando en cuenta la similitud de condiciones geográficas y también la similitud de los niveles tecnológicos, de los niveles de producción, para establecer así las regiones culturales.²

Sobre esta base general, se han hecho en México desde el siglo pasado una gran cantidad de estudios referidos fundamentalmente a la población indígena; pero en lugar de tomarse una serie amplia de elementos culturales y estudiar su distribución, los estudios se refieren, por lo general, básicamente a la distribución de un solo aspecto de la cultura, que es el lenguaje. A partir de 1864, con la obra de Manuel Orozco y Berra, se realiza el primer intento de establecer los límites, la ubicación geográfica y la regionalización a partir del estudio de las lenguas indígenas.

De entonces a la fecha se suceden una buena cantidad de investigaciones que intentan establecer la regionalización cultural de México sobre la base única de la distribución de las lenguas indígenas. Después de Orozco y Berra hay estudios de Francisco Pimentel, de Antonio García Cubas, de Nicolás León y de algunos investigadores extranjeros como Powel y Thomas y Swanton que trabajan hacia 1911. El propio Kroeber propone en 1934 una regionalización lingüística de México. Ya en fechas posteriores, a partir de 1937, varios investigadores mexicanos, como Miguel Othón de Mendiábal y Wigberto Jiménez Moreno, realizan estudios cada vez más precisos de la distribución de los grupos indígenas, tanto prehispánicos como actuales, clasificados y agrupados siempre de acuerdo con las características de su idioma.³

Los últimos intentos en este sentido son los que realizan el doctor

² A. L. Kroeber. *Cultural and Natural Areas of Native North America*, Berkeley, University of California, 1949.

³ Hasta 1940 se registran 18 clasificaciones de lenguas indígenas de México. Cf. J. A. Vivó. *Razas y lenguas indígenas de México. Su distribución geográfica*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941.

Mauricio Swadesh⁴ y posteriormente el de Mercedes Olivera y Blanca Sánchez;⁵ en el último ya no se trata solamente de señalar la ubicación de la población o de marcar la dispersión de los hablantes de ciertas lenguas indígenas, sino que se toman en cuenta otros criterios demográficos, esto es, densidad de hablantes tanto bilingües como monolingües a nivel municipal para todo el país. De este tipo tenemos estudios basados en los censos de 1940, 1950 y 1960.⁶

Los criterios lingüísticos varían; a veces se establece la división o la regionalización sobre la base estricta de lenguas diferentes, pero en otros casos se agrupan las lenguas en familias lingüísticas o incluso en troncos de origen común, establecidos en la actualidad sobre la base de los estudios glotocronológicos del doctor Swadesh. Esto permite establecer, ya no una cantidad enorme de pequeños grupos dispersos, más o menos colindantes unos con otros, sino áreas mucho más grandes, ya que el criterio fundamental no se basa en la lengua precisa que cada uno de ellos habla, sino en el tronco lingüístico al que pertenecen esas lenguas. Las áreas resultan entonces un poco mayores.

Aparte de estos intentos a escala nacional, hay algunos estudios mucho más detallados a escala regional o estatal; por ejemplo, el mapa inédito que establecieron Weitlaner y Manrique para Oaxaca, en el que no se trabajó a nivel municipal sino a nivel de localidad, señalándose para cada localidad el o los idiomas que se hablan, de tal manera que el resultado es mucho más preciso y detallado que el que ofrecen los mapas de distribución a nivel nacional.

Ahora bien, el uso exclusivo o primordial del criterio lingüístico tiene desde luego una serie de ventajas; pero tiene también serias limitaciones. Ofrece posibilidades de análisis en la medida en que el idioma no es un elemento secundario en el contexto general de la cultura, sino todo lo contrario. Para nuestros fines, el lenguaje es, en primer lugar, un vehículo de expresión de la cultura y un factor primordial de identidad étnica; la participación de un idioma

⁴ M. Swadesh. *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1959; *Id. Indian Linguistic Groups of Mexico*, México, ENAH, 1959.

⁵ M. Olivera de Vázquez y Blanca Sánchez. *Distribución actual de las lenguas indígenas de México*, México, INAH, 1965.

⁶ Departamento de Asuntos Indígenas. *Mapas lingüísticos de la República Mexicana* (preparados por M. Othón de Mendizábal y W. Jiménez Moreno), México, 1944 (con datos censales de 1930); Instituto Nacional Indigenista: *Densidad de la población de habla indígena de la República Mexicana* (preparado por M. Germán Parra), México, 1950 (con datos censales de 1940); A. Marino Flores. *Distribución municipal de los hablantes de lenguas indígenas en la República Mexicana*, México, INAH, 1963, (con datos censales de 1950).

común, la comunidad lingüística, es una condición necesaria para lograr la identidad étnica, la conciencia de sus hablantes como un grupo diferente. Además, el estudio de las relaciones históricas de las lenguas a través de la glotocronología permite postular la existencia pasada de relaciones entre grupos que hoy aparecen como totalmente distintos y que sin embargo, gracias al análisis lingüístico glotocronológico, se demuestra que tienen un origen común o por lo menos que estuvieron en relación muy estrecha. Pero desde otro ángulo el solo criterio lingüístico resulta ser un enfoque sumamente parcial, limitado incluso desde el propio punto de vista lingüístico: si bien se dispone ya de una colección grande de mapas de distribución de las lenguas indígenas, no se cuenta, en cambio, con estudios serios y comparables de la dialectología del español en México. O sea que este tipo de investigaciones nos han dado un conocimiento fundamental y amplio en torno a la población indígena y han dejado fuera a la mayoría creciente de la población que no habla lenguas indígenas. De esta manera los mapas de distribución lingüística actuales informan apenas sobre una pequeña parte del país, en tanto que el resto permanece casi totalmente desconocido, incluso desde el punto de vista lingüístico. Por último, queda en pie el hecho de que la regionalización lingüística nos ofrece sólo un criterio, y éste resulta insuficiente —aunque necesario— para establecer en forma adecuada la regionalización cultural de México.

Se han hecho otras investigaciones que tratan de superar esa limitación de los estudios puramente lingüísticos, tomando en cuenta la información etnográfica general. De este tipo también existen estudios desde tiempo atrás; pero los que podemos considerar más completos se inician con la obra de Carlos Bassauri sobre la población indígena de México,⁷ publicada en 1940, en la que el autor dedica breves capítulos a cada uno de los grupos indígenas y ofrece una información general y casi siempre superficial sobre los distintos aspectos de su cultura, desde el medio ambiente en el que vive, hasta la organización social, las actividades económicas, etcétera. El libro de Bassauri tiene, pues, el mérito de ser el primer intento serio en este sentido; su limitación estriba en que muchos grupos eran mal conocidos en la época en que se publicó y las referencias que de ellos tuvo el autor fueron insuficientes y a veces fríamente equivocadas; a pesar de eso posiblemente es la obra de ese tipo más completa que se haya publicado en México, con la excepción de algunos estudios recientes a los que se hará referencia más adelante. también el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM editó,

⁷ C. Bassauri. *La población indígena de México. Etnografía*, 3 vols. México, 1940.

bajo la dirección de don Lucio Mendieta y Núñez, una *Etnografía de México* que tuvo una historia bastante azarosa y fue muy discutida y criticada cuando se publicó, al grado de que el libro no se encuentra hoy con facilidad. En opinión de algunos especialistas la obra tenía deficiencias serias en el tipo de información que se utilizó y en la manera en que se manejó esa información.⁸

Como en el caso de los estudios lingüísticos, entre los estudios generales de tipo etnográfico hay, aparte de estos intentos nacionales, algunas investigaciones regionales. Para citar sólo algunos ejemplos: George Foster hizo un recorrido entre los popolucas de Veracruz, cuyos resultados se publicaron en 1940; allí se ofrece una amplia visión regional de la cultura de todo el grupo.⁹

Por su parte, el maestro Weitlaner publicó una amplia lista de datos diagnósticos para todo el norte del Estado de Oaxaca, incluyendo una gran cantidad de rasgos y su distribución a nivel de localidad, de municipio; o de grupo étnico en su conjunto.¹⁰

Disponemos, además, de varios estudios regionales que fueron patrocinados y realizados por instituciones norteamericanas. El primero fue el estudio de Yucatán auspiciado por la Institución Carnegie, bajo la dirección de Alfred Kidder; se inició allá por los años veinte y trataba de cubrir una gran cantidad de aspectos de la cultura yucateca y de la historia natural de la península. Por desgracia los resultados se publicaron sólo parcialmente y el proyecto mismo no se terminó.¹¹ Poco después y sin usar los antecedentes del estudio de la Carnegie en forma sustancial, Robert Redfield realizó otro proyecto de tipo regional en Yucatán. En este caso había un planteamiento teórico muy claro: se trataba de someter a prueba la hipótesis del *continuum* folk-urbano, es decir de estudiar la forma en que un centro urbano afecta y modifica la vida de las comunidades rurales que poseen culturas con grado variable de características *folk*, y de precisar en qué medida la cercanía geográfica y el mayor contacto con la urbe se reflejaban en transformaciones en la vida de esas comunidades. Redfield eligió cuatro localidades en la península para llevar a cabo su estudio.¹²

⁸ Instituto de Investigaciones Sociales. *Etnografía de México. Síntesis monográficas*, México, UNAM, 1957. Cf. "Polémica Comas-Mendieta", *Tlatoani*, 2a. época, núm. 11, 1957.

⁹ G. Foster. *Notes on the Popolucas of Veracruz*, México, IPGH, 1940, Publ. 51.

¹⁰ R. Weitlaner. *Datos diagnósticos para la etnohistoria del norte de Oaxaca*, México, INAH, 1961.

¹¹ G. Ch. Shattuck, et al. *The Peninsula of Yucatan. Medical, Biological, Meteorological and Sociological Studies*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1933.

¹² R. Redfield. *Yucatán, una cultura de transición*, México, FCE., 1944.

En la década de 1930 se inicia en la meseta de Michoacán el Proyecto Tarasco. Éste contó primero con el patrocinio de la Universidad de California y después con el de la Institución Smithsonian. El proyecto tenía realmente una visión regional, fundamentada en los planteamientos de Julián Steward. Por desgracia tampoco llegó a concluirse; pero se publicaron varias monografías y una geografía cultural de la región tarasca elaborada por Robert West.¹³ Más recientemente ha habido proyectos regionales muy ambiciosos, como el patrocinado por varias universidades norteamericanas en la zona de los Altos de Chiapas, cuyos resultados se han publicado sólo en mínima parte.¹⁴ Hay también algunos estudios antropológicos del norte y el noroeste de México a cargo de universidades de los Estados Unidos.

Un resumen de lo que hasta fines de la década de 1950 se había hecho en México —tanto en términos de estudios de comunidad como regionales— sobre todo por parte de antropólogos norteamericanos, lo ofrecen los volúmenes VI, VII y VIII del *Handbook of Middle American Indians*, publicados recientemente bajo la responsabilidad general de Robert Wauchope.

Por otra parte, disponemos de algunas investigaciones sobre la distribución de elementos de la cultura, como por ejemplo la vivienda. Hay breves investigaciones, una del propio don Lucio Mendieta y Núñez, otra del ingeniero Fabila, sobre la vivienda indígena, en las que se estudian las características de la habitación y su localización en distintas áreas del país.¹⁵

Sin embargo la mayor parte de la información de que se dispone para la regionalización cultural en México no procede de estos proyectos regionales, sino de los estudios monográficos que se han realizado a nivel de comunidad en un buen número de zonas indígenas de México; ésa es la fuente principal de documentación etnográfica de que se dispone hasta el momento. Su valor y sus limitaciones para efectos de regionalización serán tratadas más adelante.

En relación con los proyectos regionales que se han llevado a cabo en México —algunos de los cuales, los más importantes, he mencionado arriba—, es digno de señalarse que los planteamientos teó-

¹³ R. C. West. *Cultural Geography of the Modern Tarascan Area*, Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology, Publ. 7, 1948. Cf. J. Steward. *Teoría y práctica del estudio de áreas*, Washington, Unión Panamericana, 1955.

¹⁴ F. Cancian. *Economics and Prestige in a Maya Community*, Stanford, Stanford University Press, 1965; E. Z. Vogt (Ed.). *Los zinacantecos*, México, INI, 1966.

¹⁵ L. Mendieta y Núñez. *La habitación indígena*, Monografías del Instituto de Investigaciones Sociales, México, UNAM, 1939. A. Fabila. *La habitación rural en México*, México, 1938.

ricos de la investigación han sido cada vez más elaborados teóricamente, más sofisticados. En efecto, en un principio se trató de estudios de distribución de rasgos, sin ninguna otra cualificación en la distribución. Después se intentó probar algunas hipótesis, como la del *continuum* folk-urbano. Más adelante se introduce el enfoque ecológico, es decir, se pretende entender la región a través de la relación del hombre con su medio ambiente. Por último, hay un enfoque nuevo de la antropología social en el que se intenta conocer el sistema de relaciones sociales a nivel regional: las formas de relación social que ligan a los distintos sectores de la población en un ámbito espacial mayor que el comunal. Aquí estamos ante lo que podemos llamar el aporte indigenista a los estudios regionales.

La preocupación por los problemas de la población indígena se hace sentir en una nueva forma a partir de la revolución de 1910. Es precisamente don Manuel Gamio quien, con la intención eminentemente práctica de buscar soluciones a esos problemas, diseña un proyecto de investigación regional para el cual establece once regiones en México. Se plantea el estudio detallado y multidisciplinario de cada una de esas regiones, con el fin de conocer no sólo sus antecedentes históricos, sus características sociales y culturales, y su organización económica, sino también sus problemas actuales, las causas de esos problemas y las posibles maneras de resolverlos. De las once regiones previstas, Gamio escogió para iniciar su proyecto el área de Teotihuacan. Los azares políticos de la época impidieron que terminara su ambicioso y visionario proyecto; sólo fue posible hacer la investigación del valle de Teotihuacan, y los trabajos prácticos se quedaron apenas en sus inicios.¹⁶ Pero este enfoque regional y multidisciplinario, el primero en la historia de la investigación antropológica, se reiniciaría después por la teoría indigenista de México, expresada en especial en la obra del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán.

La teoría indigenista es fundamentalmente la respuesta a una problemática práctica; sirve como base para la planeación y organización de los centros coordinadores y para la acción que debe llevar adelante el Instituto Nacional Indigenista; esto, a nivel de teoría, ya que la práctica no siempre ha sido consecuente. Para establecer la teoría de los centros coordinadores, el doctor Aguirre Beltrán utiliza una teoría de la aculturación; es decir, que el marco general del trabajo indigenista está basado en una concepción del proceso histórico de las relaciones que han mantenido las poblaciones indí-

¹⁶ M. Gamio. *Introducción, síntesis y conclusiones de la obra "La población del Valle de Teotihuacan."* México, SEP, 1922.

genas a través de cuatro siglos y medio, primero con la cultura colonial de origen europeo y más tarde con la cultura nacional mestiza.

Las condiciones de la población indígena actual se estudian, no en sí mismas, sino en su relación con la sociedad nacional. El enfoque es eminentemente regional como lo revela, ya desde su título, el libro del doctor Aguirre Beltrán, *Regiones de refugio*.¹⁷ El autor plantea, para decirlo aquí en pocas palabras, que las áreas con alta densidad de población indígena están organizadas a manera de un sistema solar que tiene por centro a una ciudad mestiza, y esa ciudad funciona como centro rector de toda el área indígena; las comunidades indígenas quedan sujetas a él, son satélites de ese centro rector mestizo. Las relaciones entre las comunidades satélites y el centro rector son relaciones de dependencia, relaciones asimétricas que funcionan en detrimento de la población indígena. Hay una relación de dominio —un “proceso dominical”, lo llama el autor— y de explotación en aspectos económicos, políticos, legales, religiosos, todo en beneficio de la población mestiza. Una serie de rasgos culturales de las poblaciones indígenas pueden explicarse mejor si se atiende a este tipo de relaciones subordinadas ante el centro rector. De esta manera, al decidir la labor práctica indigenista se toma en cuenta —por lo menos en teoría— esta relación y se plantea la destrucción de estos vínculos asimétricos desfavorables para la población indígena, como primera medida. La labor indigenista tiene que afectar no solamente a la población indígena, sino también a la población mestiza de las regiones de refugio. La tesis del doctor Aguirre Beltrán sobre el proceso de aculturación enfatiza el carácter de las relaciones sociales que se establecen entre los grupos que entran en contacto, y explica, con base precisamente en la naturaleza de esas relaciones, las modalidades y características de los cambios culturales que ocurren en virtud del contacto.

Este planteamiento general de indigenismo ha dado en México varios estudios regionales, como el realizado por el propio Aguirre Beltrán en la cuenca de Tepalcatepec¹⁸ y la investigación del profesor Alfonso Villa Rojas en la cuenca del Papaloapan, entre el grupo mazateco.¹⁹ En ambos casos elaboró la regionalización en términos de cuencas hidrológicas. Ya el profesor Ángel Bassols, en

¹⁷ G. Aguirre Beltrán. *El proceso de aculturación*, Colección Problemas Científicos y Filosóficos, 3, México, UNAM, 1957; *Regiones de refugio*, III, México, 1967.

¹⁸ G. Aguirre Beltrán. *Problemas de la población indígena de la cuenca del Tepalcatepec*, México, Memorias del INI, 3, 1952.

¹⁹ A. Villa Rojas. *Los mazatecos y el problema indígena de la cuenca del Papaloapan*, México, Memorias del INI, 7, 1955.

el primero de los trabajos que componen la presente obra, señaló por qué las cuencas hidrológicas no sirven de base para la regionalización y no pueden, por lo tanto, ser el criterio fundamental; sin embargo, por consideraciones administrativas y políticas y porque había un plan de acción gubernamental en cada una de estas zonas, encomendado a un organismo regional, el Instituto Nacional Indigenista hubo de realizar su acción dentro del marco dado por la cuenca hidrológica.

El enfoque indigenista ha orientado también otros estudios a nivel regional, pero ya no globales, sino sobre aspectos específicos, como el estudio del sistema comercial; esto resulta de gran interés dado que las relaciones comerciales entre la población indígena y la población ladina son uno de los mecanismos principales de la explotación económica que sufre el indígena. Sobre esto, quien más trabajó fue el doctor Alejandro D. Marroquín, que hizo investigaciones tanto en los Altos de Chiapas como en Tlaxiaco y en el área de la Mixteca alta.²⁰

Una derivación reciente de este planteamiento regional del indigenismo mexicano es la obra del doctor Rodolfo Stavenhagen, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*,²¹ en el que el enfoque no es el proceso aculturativo ni las relaciones interétnicas *per se*. Se emplea fundamentalmente el criterio de clases sociales; es decir, se interpretan las relaciones entre la población indígena y la población mestiza, no en términos de diferencias culturales, sino como un proceso histórico en el que esas diferencias han desempeñado un papel importante, como parte de una relación clasista que resulta ser la determinante.

Hasta aquí el problema indigenista; pero hay otros enfoques regionales que se han producido en la investigación antropológica y que tienen particular importancia porque no se refieren en primer término a la población indígena. Encuentro el antecedente, el punto inicial, en las investigaciones realizadas en el Instituto Nacional de la Vivienda, inspiradas básicamente por los antropólogos Arturo Monzón y Luis Lesur. Se llevaron a cabo varios estudios regionales en zonas mestizas rurales con el objetivo fundamental de establecer los grados de dependencia institucional entre las diversas comunidades de una zona; es decir, se pretendía establecer los nexos, y en especial los nexos de dependencia. La técnica de investigación

²⁰ A. D. Marroquín. "Consideraciones sobre el problema económico de la región tzeltal-tzotzil", *América Indígena* XVI: 3, 1956; *Id. La ciudad mercado. Tlaxiaco*, México, UNAM, 1957.

²¹ R. Stavenhagen. *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI, 1969.

incluía la aplicación de un cuestionario en cada una de las localidades, para establecer su dotación institucional y cuantificar su grado de dependencia. El supuesto implícito era que el grado de autonomía de una localidad depende de su dotación y disponibilidad de una serie de elementos institucionales. Cuando una localidad carece de instituciones que puedan satisfacer ciertas necesidades, éstas deben satisfacerse en otra localidad que sí esté dotada para ofrecer esos servicios. Las relaciones de dependencia que así se establecen conforman una red de centros principales y secundarios, localidades satélites y localidades más o menos independientes, dentro de una región determinada por ese mismo procedimiento.²² Creo que esas investigaciones han inspirado estudios posteriores importantes, como el que actualmente realiza en el área de Cholula la etnóloga Margarita Nolasco, quien pretende introducir en los estudios regionales un enfoque netamente estructuralista, en el sentido antropológico propuesto por Lévy-Strauss.²³ Ésta es, en todo caso, una derivación que enriquece el planteamiento inicial que hizo Monzón hacia 1956 en el Instituto Nacional de la Vivienda.

En resumen, lo que se ha hecho hasta ahora en materia de regionalización cultural en México, presenta las siguientes características: en primer lugar, el predominio casi absoluto del estudio de las culturas indígenas. Esto parece explicable, en parte, por atender al contraste cultural más evidente de México. El énfasis en el estudio de las culturas indígenas se revela aun en los estudios que incluyen a las urbes mestizas, como son por ejemplo los que se ajustan al enfoque indigenista, porque en ellos se estudia el centro regional mestizo en función de la población y de la cultura indígena, que perduran como el punto de interés central.

En segundo lugar, la mayor parte de los estudios realizados hasta ahora son esencialmente descriptivos. Esto es, se trata de investigaciones regionales etnográficas, con intención histórica, en las que se da mayor importancia al conocimiento de la cultura tradicional que a las modificaciones recientes o a los problemas que plantea el proceso de penetración de la tecnología industrial y de las otras de la sociedad moderna. Se trata, ante todo, de rescatar la cultura del pasado con fines de explicación histórica.

En tercer lugar, a pesar de que en muchos de estos estudios se declara la intención de emplear un enfoque histórico, en la realidad

²² La metodología de esta investigación la estudié directamente en el INV; hasta donde conozco, no hay una publicación al respecto.

²³ M. Nolasco. "La región de Cholula", *Cholula, reporte preliminar*, México, Ed. Nueva Antropología, 1967.

resulta que la mayor parte son investigaciones sincrónicas que hacen hincapié en el estudio de las relaciones intercomunales dentro de una región en un momento histórico dado.

Por último, debe señalarse la abundancia de estudios de comunidad, realizados de tal manera que es muy difícil su utilización en términos de una visión regional, en primer término porque no son comparables en muchos casos ni para muchos fines. Los estudios de comunidad se realizan desde marcos teóricos diferentes, con intenciones particulares distintas, y los datos se presentan en la forma que mejor conviene en cada caso al autor. De tal manera, cuando se intenta tomar tres o cuatro estudios monográficos de localidades que están en una misma área, la comparación resulta difícil —a veces francamente imposible— porque cada uno de ellos toca aspectos diferentes, los presenta y los interpreta en forma distinta, destaca algunos, minimiza otros, dentro de un esquema diferente para cada monografía. El resultado es que todo ese riquísimo material descriptivo sólo es utilizable en mínima parte para una regionalización cultural. Por otra parte, también en los estudios de comunidad se ha dado una desproporcionada atención a las comunidades indígenas en relación con las comunidades mestizas; apenas existirá una media docena de estudios de comunidades mestizas, en tanto que se dispone de varias docenas de estudios —calidad aparte— de comunidades indígenas. Se cuenta entonces con abundante información etnográfica sobre grupos indígenas de comparación difícil; y la integración de ese material dentro de una perspectiva regional resulta sumamente problemática.

Existen también, con las limitaciones ya señaladas, varios intentos de ubicar y de identificar a la población indígena sobre la base lingüística. Y se dispone también de una teoría regional consistente, aunque discutible, para las zonas de alta densidad de población indígena, expuesta por Gonzalo Aguirre Beltrán, y que puede denominarse, siguiendo a su propio autor, la teoría de las regiones de refugio.

Quisiera ahora referirme a los problemas que presenta una regionalización cultural en México, dejando la reseña histórica de lo que ya se ha hecho en ese sentido. En primer lugar debe considerarse que aquí no se trata de regionalizar una serie de culturas primitivas, como en los primeros intentos de la antropología cultural, sino que es necesario establecer regiones culturales en el ámbito de una sociedad grande, compleja, estratificada, “moderna”. Esto significa que no existen unidades discretas desde el punto de vista cultural, sino un amplio sistema que relaciona a los diversos grupos y que permite

cierta "fluidez" cultural; además, significa que hay segmentos horizontales en la sociedad, que ya no pueden ser vistos en términos de localidad. Por ejemplo hay clases sociales, hay estratos sociales, hay grupos ocupacionales, que sólo pueden entenderse en términos de la sociedad global, porque no son localizados; sus culturas resultan ser subculturas horizontales y no verticales localizadas. Por otra parte, en la sociedad global hay institutos formales de nivel nacional que influyen en las culturas locales en tanto que provocan cierta homogeneidad en la vida social. Por último, habría que tomar en cuenta también la difusión de pautas culturales a través de los medios modernos de comunicación, que tienden a establecer o a reforzar la uniformidad cultural. Estos factores, unidos a la presencia de una creciente movilidad horizontal, serían los principales problemas que presenta la naturaleza distinta de la sociedad de la que hoy debemos ocuparnos, en relación con el tipo de sociedades sobre las que antes trabajaban los antropólogos.

No obstante el hecho obvio de que funcionan hoy una serie de mecanismos que tienden a uniformar el estilo de vida de la población, es un hecho igualmente obvio el que subsisten diferencias regionales en las formas de vida en México. Estas diferencias son perceptibles a simple vista: quien viaja a Yucatán, a Chihuahua, por ejemplo, siente que está participando de ámbitos culturales diferentes que se expresan en una enorme cantidad de detalles o a veces de aspectos mucho más importantes. Estas diferencias regionales en el México de hoy no pueden explicarse sólo por contrastes en el hábitat, en las condiciones geográficas, puesto que existe a veces más semejanza entre zonas geográficas apartadas que entre zonas más o menos uniformes y cercanas, y porque hay contrastes dentro de un mismo ámbito geográfico. Tampoco pueden explicarse únicamente por diferencias en la estructura del proceso de producción económica, ya que encontramos áreas agrícolas que tienen básicamente la misma tecnología y el mismo régimen de propiedad, y que sin embargo manifiestan diferencias culturales muy considerables. Por último, es evidente que no pueden atribuirse las diferencias regionales de cultura a distinciones en la biología humana, es decir, a las características raciales de la población, porque tal tesis ha sido ya totalmente descartada gracias a las investigaciones de la antropología física. Resulta entonces que el punto de partida para poder establecer y comprender las diferencias regionales en la cultura es la *visión histórica* de la región cultural; en otras palabras, las regiones culturales deben ser consideradas en su dimensión temporal como *la expresión espacial de un proceso histórico*. Éste es, para mí, el criterio fundamental:

la región cultural es la expresión espacial, en un momento dado, de un proceso histórico.

Cada época va dejando su huella, su impronta, en un ámbito geográfico cualquiera; pero esa huella, aun cuando los acontecimientos históricos considerados sean de escala nacional y afecten a todas las localidades, no es la misma en cada zona. Y no lo es debido a la acción de una serie de factores, entre los que se cuentan las diferencias geográficas, la situación histórica previa de la región, el contexto de la sociedad global en el momento en el que se producen los acontecimientos y muchas otras circunstancias, como se verá en algunos ejemplos esquematizados un poco más adelante. En ese proceso histórico ha ocurrido una serie de transformaciones; algunas de ellas son globales o generales, es decir, afectan diferencialmente a toda la sociedad, en tanto que otras son transformaciones particulares, localizadas espacialmente y cuyas consecuentes modificaciones culturales alcanzan a expresarse sólo en un área o en ciertas localidades. Esto se debe a que la dinámica histórica no resulta solamente de factores nacionales o globales, sino también de una dinámica —una microdinámica si se prefiere llamarle así— a nivel local, que obedece a situaciones concretas de cada zona y que produce modificaciones regionales particulares; al mismo tiempo, impide que las transformaciones generales de la sociedad global se expresen de manera idéntica en todas y cada una de las regiones culturales. En otras palabras, una vez que se ha conformado una región cultural como resultado de un proceso histórico particular, la realidad cultural establecida “traduce” los efectos de las modificaciones de la sociedad global de la que forma parte. Esa “traducción” se da no sólo entre los factores funcionales y la cultura regional, sino también con los factores disfuncionales. La reinterpretación y el sincretismo se cuentan entre los mecanismos de “traducción” mejor conocidos en el estudio del cambio cultural. Obviamente, en la medida en que subsistan los mecanismos de “traducción”, se mantendrán —y en cierto sentido, se reforzarán— las diferencias culturales. Los mecanismos de “traducción” funcionan en todos los aspectos cuando se trata de culturas diferentes; pero cuando se manejan subculturas —como es el caso de las diferencias regionales en México— no deben entenderse en términos absolutos, sino admitir que actúan sólo para ciertos ámbitos de la cultura regional.

En un estudio así planteado, el marco mayor para la comprensión de las regiones culturales en México debería incluir, desde mi punto de vista, en primer lugar, el conocimiento de la situación inmediatamente anterior a la conquista europea. Se parte de ese momento, no porque entonces comience la historia, sino simplemente porque con la infor-

mación arqueológica disponible, lo que se puede decir de épocas muy anteriores a la conquista no responde al tipo de datos que se requiere para entender el proceso histórico que habrá de explicar las características de las regiones culturales a partir de la conquista. En cambio, el conocimiento de la situación desde 1300, más o menos, hasta la conquista, sí puede alcanzar la suficiente precisión.

El actual territorio de México hacia el momento de la conquista presentaba varios contrastes culturales importantes. El primero de ellos, el fundamental, era la división entre el área mesoamericana y el área llamada Árida-América. El centro y el sur de México y algunas partes costeras hacia el norte formaban una región, Mesoamérica, ocupada por pueblos que poseían una alta civilización: pueblos sedentarios, agrícolas, urbanizados, con un desarrollo tecnológico, político y de superestructuras religiosas, de conocimientos, de arte, etcétera, que los colocan ya dentro del grupo de las altas civilizaciones arcaicas del mundo.²⁴ En contraste, la región al norte de Mesoamérica, la llamada Árida-América, estaba ocupada por pueblos nómadas o seminómadas de cazadores y recolectores, o de agricultores incipientes en algunos casos, sin un marcado proceso de urbanización, sin una organización política ni sistemas superestructurales tan desarrollados como los que caracterizaban a los pueblos de Mesoamérica. Esto establece, así, una primera división fundamental.

Pero Mesoamérica no era uniforme; es decir, esta región que sirvió de asiento a las altas civilizaciones arcaicas, presenta en su seno contrastes de distinta naturaleza. Uno de ellos existe entre las tierras bajas y las tierras altas, esto es, entre las civilizaciones que florecieron en las tierras bajas, especialmente en el Golfo de México y en el sur y sureste del país, y las civilizaciones de los pueblos del altiplano, de los valles centrales.

Por otra parte, desde el ángulo estrictamente cultural, deben distinguirse, por lo menos, dos grandes tradiciones en Mesoamérica: la tradición maya, que abarca el sureste y parte del sur de México, y la tradición, que pudiéramos llamar nahua, del centro de México. Aparte de estas dos tradiciones principales hay, desde luego, algunas otras, que en mayor o menor medida se ha intentado englobar dentro de una u otra de las dos mencionadas, aun cuando evidentemente no sean idénticas.²⁵ Hubo enclaves regionales, como el tarasco, el zapoteco, el mixteco y otros, que correspondían a unidades políticas inde-

²⁴ P. Kirchhoff. "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales." *Acta Americana*, I: 1, México, 1943.

²⁵ Al respecto véase la discusión en Sol Tax (Ed.). *Heritage of Conquest*, Glencoe, The Free Press, Ill, 1952.

pendientes unas y otras sometidas, pero que mantenían en todo caso su identidad étnica y su unidad política, por lo que determinan el establecimiento de una configuración cultural más compleja y variada a cierto nivel de análisis, dentro del área maya o dentro del área de cultura nahua.²⁶

El panorama anterior es importante porque, unido con el análisis de las características y los intereses de los conquistadores y colonizadores españoles, nos explican el hecho de que la conquista y la colonización no se hayan realizado como un solo proceso uniforme en México, sino que se presenten formas y métodos diferentes que obedecen —repito— a estos dos factores fundamentales: la situación cultural prehispánica y los objetivos y características de la empresa de conquista.

Así, la conquista del centro de México, el área más densamente poblada, no implica la destrucción total de las formas de organización de la población indígena; más bien se controlan o substituyen las élites y se usan las formas previas de organización, ahora bajo el dominio español. Muchas formas culturales indígenas y muchas instituciones de nivel local se mantienen, aunque con pequeñas modificaciones y ajustes; se aprovechan mucho de la cultura y de la organización social indígena para establecer, mantener e incluso reforzar el dominio español. En contraste, la conquista del norte no se consuma totalmente sino hasta casi el fin de la Colonia. Hasta 1780, en que se logra la pacificación total del norte, la conquista es allí una lucha constante; es necesario reducir los pueblos, quitarles su carácter nómádico y hacerlos sedentarios. Además, si en el centro de México es posible, una vez destruidas las capas dominantes nativas, mantener el control sobre la población, en el norte, como se trata de pequeñas bandas nómadas, el control de la población es mucho más difícil y obliga a usar procedimientos de conquista y de colonización muy distintos de los que se emplearon en el centro del país.²⁷

Hay que tomar en cuenta también el carácter de la cultura que los españoles trajeron a México. Con frecuencia se piensa que la cultura española en su totalidad es la que vino a México; sin embargo, un análisis preliminar como el realizado por George Foster,²⁸ demuestra que se trató de una cultura de conquista, es decir, de una cultura seleccionada. Así, se implantaron en México algunas instituciones y

²⁶ C. N. B. Davis. *Los señoríos independientes del imperio azteca*, México, INAH, 1968.

²⁷ W. Jiménez Moreno. *Estudios de historia colonial*, México, INAH, 1958; D. Brand. *México: Land of Sunshine and Shadow*, N. J., Van Nostrand, 1966.

²⁸ G. M. Foster. *Cultura y conquista*, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1962.

modalidades culturales que en España ya no tenían vigencia; se seleccionaron, dentro de la enorme variedad de formas culturales españolas aquellas que resultaban adecuadas para implantar y consolidar el sistema de conquista y de dominio. Ésta es una de las perspectivas de análisis más interesantes para el estudio de la cultura nacional y para la regionalización cultural en México.²⁹

En resumen, la situación cultural previa a la conquista y las condiciones y características diferenciales de la conquista y la colonización resultan en procesos distintos de ocupación humana en las diversas regiones.³⁰ En este marco general se ubican los factores específicos: la tecnología recién importada, las condiciones geográficas del medio, las características demográficas, la disponibilidad de mano de obra, el nivel cultural de los grupos dominados (que ofrece mayores o menores perspectivas para ciertos tipos de trabajo) y el aporte de las culturas africanas. A través de la considerable migración, los esclavos dejan su huella más marcada en ciertas regiones que en otras, lo cual se debe también a las características generales de estos procesos de ocupación.

A partir del momento en que finaliza el proceso de ocupación humana que representa la conquista europea, comienza un nuevo proceso que también va a tener influencia determinante sobre las diferencias culturales regionales en México: es lo que pudiéramos llamar el proceso de estructuración nacional. Las unidades políticas que existían en el momento de la conquista eran unidades pequeñas en todo el norte de México: bandas. En Mesoamérica había varios señoríos independientes no sometidos al dominio de los mexicas; los grupos que sí estaban sometidos mantenían, sin embargo, muchas de sus características étnicas diferentes. Todas estas unidades, más o menos identificables desde el punto de vista cultural, comienzan a estructurarse en un sistema económico colonial, en un aparato administrativo único. Después, a partir de la Independencia, el proceso continúa con la misma estructura y organización en términos nacionales, lo que se promueve a través de implantar y extender una serie de instituciones que intentan llegar a toda la población e incluirla en sus términos. Este proceso, ahora lo podemos percibir, no es fácil; en sus orígenes es aún más difícil el establecimiento de una forma de gobierno común, de un sistema de justicia, de un sistema monetario, una legislación, una lengua y un ideario que se extiendan poco a

²⁹ Una aplicación de la hipótesis de Foster, en A. Warman, *La danza de moros y cristianos. Un estudio de aculturación*, tesis profesional, México, ENAH, 1968.

³⁰ El término "proceso de ocupación humana" ha sido sugerido en el sentido que aquí se emplea, en Manuel Diégues Júnior. Cf. *Regiões culturais do Brasil*, Rio de Janeiro, Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, 1960.

poco para fundamentar y legitimar identidades y vínculos entre toda la población. Y a medida que esta estructura institucional se va organizando, se amplían las posibilidades de movilización de la población, en función ya no de un esquema regional sino del nuevo proyecto nacional que se ha creado. El marco nacional amplio permite mayor movilidad horizontal y vertical de la población, lo que va a afectar necesariamente de manera distinta a cada una de las regiones culturales. Esto significa que hay un decremento de la autarquía regional, que hasta cierto grado existió en algún momento—cuando menos en algunas regiones—, y que se hace inevitable una mayor interdependencia a través del comercio, de la transferencia de mano de obra, de la legislación, de la extensión de las comunicaciones, la educación, etcétera.

En la medida en que el país pasa de la independencia política a una mayor dependencia económica del exterior, se deja también sentir —y se refleja en el problema regional, desde el punto de vista cultural— una influencia extranjera que puede ser directa o indirecta, a través de una serie de mecanismos diversos. Cuando ciertos aspectos de las subculturas regionales son contrarios a los intereses exteriores, a los intereses de la metrópoli imperialista, entonces se manifiestan presiones para modificar las culturas y la organización regionales con el fin de ajustarlas a estos nuevos objetivos. Las nuevas demandas pueden ser desde capacitar mano de obra para la fundación de nuevas explotaciones, hasta propiciar la reforma agraria para evitar revueltas campesinas y crear un mercado interno.

Ahora bien, de acuerdo con esta visión de la región como la expresión de un proceso histórico, cabe admitir que hay regiones que desaparecen en el nuevo sistema; a lo largo del proceso, ciertas regiones no tienen condiciones para subsistir como tales y se integran paulatinamente a otras. De la misma manera puede postularse el surgimiento de nuevas regiones culturales, cada una de las cuales habrá de irse estructurando de manera distinta en el contexto de la sociedad global.

Los factores que determinan las diferentes formas de estructuración y de relación entre las distintas regiones y entre cada una de ellas y la sociedad global, deben incluir, en primer lugar, su régimen de producción, en el que entran en juego, de nueva cuenta, las características del ambiente geográfico, el nivel de desarrollo tecnológico, las condiciones demográficas, etcétera. En segundo lugar, su tradición histórica particular, es decir, el contenido cultural de la región, que combina la gran tradición que caracteriza a un área con las tradiciones locales, las pequeñas tradiciones. En tercer lugar,

la dinámica condicionante y —en forma dialéctica— también condicionada, de la sociedad global. La combinación de estos tres grandes grupos de factores es la que determina que cada una de las regiones culturales se relacione con la sociedad global y con las demás regiones en una forma diferencial, particular y específica.

Convendría, por último, hacer referencia a las posibilidades de regionalización cultural en México. Como se ha visto, es dable establecer regiones desde el punto de vista cultural de acuerdo con objetivos concretos; así se pueden hacer tantas regionalizaciones como objetivos concretos se propongan para la investigación. Si se toman como criterio los aspectos de la cultura, por ejemplo, podría hacerse una regionalización en base a la religión: ¿cómo se expresa espacialmente la religión en México? ¿Dónde hay catolicismo y dónde protestantismo? ¿Dónde hay variantes de catolicismo popular? ¿Dónde sobreviven elementos de las religiones prehispánicas? O bien, el criterio base puede ser tecnológico, bajo el cual se buscarían, por ejemplo, las regiones de tecnología agrícola semejante. En fin, existe una enorme gama de posibilidades para establecer regiones culturales (que así tendrían que llamarse) a partir de criterios particulares perfectamente definidos en función de problemas de investigación.

Esto es totalmente válido y no puede ni debe descartarse. Pero me parece que es indispensable establecer un marco general, un patrón de regionalización más complejo y más completo, que no podrá ser exclusivamente cultural, sino que habrá de tomar en cuenta los factores de organización y de estructura social; será entonces una regionalización sociocultural, entendida como la expresión territorial, espacial, de un proceso histórico. En esta perspectiva, el criterio de homogeneidad mayor no es el criterio válido; es decir, las regiones así entendidas *no son necesariamente homogéneas* desde el punto de vista cultural, sino que pueden ser regiones heterogéneas pero que tienen (criterio básico) una *estructuración interna* que les da unidad. Así, las diferencias culturales dentro del área tienen una función dentro del conjunto total, son complementarias dentro de la unidad de la región. Vale la pena insistir un poco más sobre este punto. Por lo común, se tiende a pensar en la región cultural como un conjunto homogéneo. Hay una forma de vida peculiar característica de cada región. Evidentemente esto es cierto y negarlo equivaldría a negar la noción misma de región cultural. Pero en sociedades complejas, el hablar de homogeneidad no implica que todos los sectores de la población del área participen en la misma forma de un mismo patrón cultural. Por el contrario, en la circuns-

tancia de una sociedad estratificada con cultura compleja, hay por definición formas de vida diferentes que se integran en un conjunto específico que es el patrón regional; ese sistema no es necesariamente armónico, sino que incluye contrastes y aun contradicciones fundamentales entre los diversos sectores sociales, sin que esto impida considerar que todos participan del mismo patrón regional. Más aún: son precisamente esos conflictos un factor esencial en la dinámica propia de la región —y, por lo tanto, son también elementos fundamentales para definir a la región.

No es fácil hacer definiciones, pero ante la insuficiencia con que ha sido tratado el tema, conviene intentar algunas aproximaciones a la definición en términos de antropología social. De acuerdo con los planteamientos anteriores, una región sociocultural sería la expresión espacial de un proceso histórico particular, que ha determinado que la población del área esté organizada en un sistema de relaciones sociales que la sitúan en el contexto de la sociedad global en términos de relaciones características particulares con el todo y con las demás regiones. Es decir, el criterio básico debe ser que la naturaleza de las relaciones sociales dentro de una región permita que *la región en su conjunto* se relacione, se estructure, dentro del contexto global, en forma unitaria y diferencial. Visto así, el concepto de región sociocultural resulta ser útil como un nivel más de descripción y de análisis, válido en tanto que es un nivel intermedio entre el enfoque macrosociológico de la sociedad global —que ha sido el enfoque tradicional de la sociología, por lo menos en nuestro medio y el enfoque comunal que ha caracterizado a la antropología. Como se ve, propongo aquí un concepto de región sociocultural en términos de una división interna de sociedades globales, nacionales. Así entendida la región, nada tiene que ver con el uso que se le da al mismo término cuando se emplea en una escala mundial —cuando se aplica, por ejemplo, a la América Latina— en su conjunto.

El valor eurístico del concepto de región cultural, así entendido, sería justamente el establecer un nivel intermedio de determinación sociocultural; porque las comunidades no se ligan directamente en todos sus aspectos a la gran sociedad nacional, sino que existe una serie de elementos que se definen a nivel regional y sólo a este nivel. Desde este ángulo, la región vendría a ser, en términos de Julian Steward, un nivel de integración sociocultural, distinto del nivel nacional y distinto también del nivel local.³¹ Se podrían men-

³¹ J. Steward. "Levels of Sociocultural Integrations: An operational concept", Albuquerque, *Southwestern Journal of Anthropology*, VII, 1951.

cionar ya algunas instituciones que son características de este nivel regional. Por ejemplo, el sistema de mercados semanales que existe en muchas áreas de México, el *tianguis*, que pasa semanalmente de una localidad a otra y que liga a las poblaciones de un área, no puede entenderse solamente en términos nacionales ni exclusivamente en términos locales; cabe sólo en el nivel de integración regional, dentro de un contexto determinante de regiones. En otro orden, los santuarios y las peregrinaciones que son de enorme importancia en México como factores de relación y como mecanismos de identidad, también tienen que entenderse en términos regionales ya que generan un ámbito de interrelación que no es ni local ni nacional. La función de los centros urbanos y su relación con el *hinterland* rural, es también sólo comprensible dentro de una perspectiva que contemple a la región cultural como un nivel de integración. Y, por último, ciertas formas de estratificación social, por ejemplo la relación ladino-indígena, no pueden entenderse completamente en términos de comunidad local, y no tienen gran significación al nivel de la sociedad global; pero, en cambio, resultan ser una forma de estratificación que hace posible entender la dinámica sociocultural de ciertas regiones en México.

Me parece que los ejemplos anteriores son suficientemente claros como para poder postular, en base a ellos, que la región sociocultural no es una mera categoría descriptiva, sino un concepto analítico que tiene su fundamento en la existencia objetiva de un nivel específico de integración y determinación social y cultural, en sociedades complejas, pluriculturales, que no han tenido un proceso homogéneo de desarrollo histórico.

Quisiera señalar, ya para finalizar, la inconveniencia de concebir la región sociocultural como un área delimitada con absoluta precisión. Entendida en los términos antes propuestos, no cabe imaginar una línea divisoria tajante. Más bien habría que explorar la posibilidad de representar la región sociocultural como un núcleo territorial en el que sus características precisas se presentan de manera clara y dominante, y en torno al cual hay un ámbito en el que esas mismas características aparecen con menor intensidad y nitidez. El paso de una región a otra, más que un corte brusco, sería una zona de transición donde coexisten y se mezclan los elementos indicadores de cada una de las regiones vecinas. Se manejan aquí fenómenos sociales complejos y dinámicos, para los que no es dable esperar una expresión territorial exactamente delimitada; tal circunstancia de ninguna manera les resta legitimidad ni pertinencia como tema de investigación.

Las ideas antes expuestas, pergeñadas en desorden y a veces sólo bosquejadas, son apenas una aproximación preliminar, tentativa, a la problemática teórica de la regionalización cultural de México. Exigen un esfuerzo posterior más sistemático, más riguroso. Demandan, sobre todo, una base documentada que incluya ejemplos concretos de la formación y la estructura actual de algunas regiones culturales.

ÍNDICE

Introducción	5
Geografía y desarrollo histórico de México. <i>Angel Bassols Batalla</i> .	11
Poblamiento y población en la regionalización de México. <i>Claude Bataillon</i>	45
Las ciudades fronterizas y los puertos de México. <i>Enrique Valencia</i>	71
Interpretación e incógnitas del desarrollo regional. <i>Sergio de la Peña</i>	115
La regionalización cultural de México: problemas y criterios. <i>Guillermo Bonfil Batalla</i>	159

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Jorge Gurúa Lacroix, se terminó la impresión de *Seminario sobre regiones y desarrollo en México*, el día 6 de julio de 1973. Su composición se paró en tipos Electra 11:12, 10:11, 9:10 y 8:9. Se tiraron 2 000 ejemplares.

**HC133
M369**



UNAM

17438

INST. INV. SOCIALES

HC133
M369

Ds. 17438

MEXICO

SEMINARIO
SODAL
REGISTRO
DESARROLLO
EN MEXICO

H0133
M369